



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
POSGRADO EN HISTORIA DEL ARTE

EL TAJÍN:  
ARTE Y POLÍTICA EN TIEMPOS DE CAMBIO

VOLUMEN 1

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE  
DOCTOR EN HISTORIA DEL ARTE  
PRESENTA  
ARTURO PASCUAL SOTO

DIRECTORA DE TESIS  
DRA. DURDICA SÉGOTA TOMAC

CIUDAD UNIVERSITARIA

2009



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PROYECTO ARQUEOLÓGICO MORGADAL GRANDE

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE ASUNTOS DEL PERSONAL ACADÉMICO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS  
CONSEJO NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA  
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

*A la memoria de Beatriz de la Fuente*

*A mi pequeña hija Mariana*

# AGRADECIMIENTOS

En una tesis como ésta que ha sido arrancada, poco a poco, a la tierra y al bosque tropical del norte de Veracruz, no puedo menos que comenzar reconociendo el profundo amor que me une con El Tajín. Entre sus ruinas aprendí a caminar en la selva y a nunca obviar el silencio de las aves. La antigua Plaza del Edificio de las Columnas, ahora territorio de caza de un desgarrado grupo de coyotes, se volvió por largos meses mi hogar en el campo. En el periodo en el que me desempeñé como director de esta zona arqueológica, distinción que siempre agradeceré en todo lo que vale a mi amigo el etnólogo Sergio Raúl Arroyo, entonces Director General del Instituto Nacional de Antropología e Historia, tanto el edificio como su magnífica plaza sirvieron para que atrincherara en ellos mi visión del mundo y mis indudables obligaciones como arqueólogo, aunque no fueron pocas las veces en las que Gumersindo y Armando, mis diligentes peones, me obligaron a regresar la vista para descubrir lo que se movía al ras del suelo. En esta plaza entendí de mejor manera al doctor Brueggemann (†), con quien la vida lamentablemente me enfrentó, y aquí mismo, sentados en la escalinata del pórtico, recibí las enseñanzas de mi maestro el doctor Wilkerson. Sé que alguna tarde nos volveremos a reunir en el mismo lugar puesto que nos queda aún pendiente el compartir en la cima de El Tajín una buena taza de café caliente.

Esta vez, he decidido posponer las manifestaciones de gratitud con la Universidad Nacional Autónoma de México, mi casa universitaria, y con el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología puesto que los funcionarios de ambas instituciones saben muy bien de mi reconocimiento permanente. Sin

embargo, no estoy seguro de que mi esposa Patricia, dueña del más dulce amor, sepa después de todos estos años lo mucho que la admiro. Si alguien de los dos ha ofrecido un tributo de dolor y sufrimiento, sin duda ha sido ella. Lastimada y por varios meses inmóvil en nuestra casa de Poza Rica, supo alentar mi pasión por la antigua ciudad de El Tajín, de tal manera que si hay aciertos en esta tesis todos serán de ella. Nuestra hija Mariana se convirtió en aquellos difíciles días en un verdadero pilar de fuerza y de amor. Marcada por una inteligencia poco común y una gran sensibilidad, logró normalizar nuestra existencia alrededor de sus estudios de primaria y de su gran alegría. Mi pequeña hija construyó una vida en esta ciudad y nosotros simplemente la seguimos. Con mis hijos varones, mis adolescentes, se ensañó la adversidad. José Ernesto hizo lo que mejor pudo y descubrió que siempre hay que mirar al futuro. Arturo, el menor, de pronto tropezó en la selva con el sentido de los empeños de su padre. Fue en ese momento cuando aprendió a guiarse en el denso bosque tropical, a percibir lo que está más allá de los sentidos. Sin cada uno de ellos, sin su entrega y su amor, esta tesis no sería lo que ahora es. Por todo lo anterior y por mucho más, vaya a ellos mi mayor gratitud.

Poza Rica de Hidalgo, Veracruz.

# ÍNDICE GENERAL

AGRADECIMIENTOS	6
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>9</b>
CRONOLOGÍA	16
<b>CAPÍTULO I</b> EL GOBIERNO DE LAS IMÁGENES: LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN	<b>20</b>
<b>CAPÍTULO II</b> LOS LABERINTOS DEL PODER: EL NUEVO ESTATUTO DE LA CIUDAD	<b>46</b>
<b>CAPÍTULO III</b> LOS PRODIGIOS DE LA CIVILIZACIÓN: EL GOBIERNO DE 13 CONEJO	<b>104</b>
<b>CAPÍTULO IV</b> "CUANDO LOS DIOSES CALLARON": EL TAJÍN EN CRISIS	<b>142</b>
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>172</b>
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	185
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	203



## INTRODUCCIÓN

Si me es permitido un momento de discurrir sobre el intento de semejante fabrica, pues diré que esta nación gentilicia quiso perpetuar y manifestar a la posteridad, a más del culto religioso para con sus deidades, su amor a las artes del diseño.

*Descripción icnográfica abreviada de la antigua y famosa pirámide o adoratorio del pueblo de Papantla* (Pirámide de Papantla, 1785).

Entre datos, puesto que no concibo otra manera de hacerlo, hay en esta tesis el propósito de ir tras las huellas de una fascinante civilización del México antiguo. Los gobernantes y el testimonio en piedra de su concurso adquieren un lugar fundamental en el texto; son ellos y las obras de arte que los retratan el hilo conductor del texto.

La selva tropical de Veracruz y la otrora espléndida ciudad de El Tajín son el escenario de todo cuanto aquí se narra. Las playas de arena negra del Golfo de México fueron sus dominios como también los intrincados manglares de la costa y los caudalosos ríos que se dirigen a su encuentro. En estas tierras de "grandes calores" (Sahagún, 1979) se forjó su magnífica civilización. Se trata de suelos fértiles y bondadosos colmados de sol y generosos en plantas como en animales. Por siglos han sido hogar de los hombres y -por supuesto- continúan siéndolo hoy en día:

...es tierra muy caliente y muy húmeda, y lo más del año hay neblina. Y las aguas ordinarias son, desde el mes de abril, hasta septiembre, y llueve tanto, que crecen en gran manera los ríos y arroyos, que se llevan los árboles y ciegan los pasos y caminos.  
*Relación de Hueytlalpa*, 1581 (Acuña, 1985:174).

Para el siglo XV la ciudad de El Tajín ya se había convertido en una ruina y la grandeza de su civilización apenas sobrevivía atrincherada en el recuerdo de algunos pobladores de la región. Si bien es cierto que el nombre *tajín* suele traducirse hoy en día con el mismo significado que le confirió Diego Ruiz en el siglo XVIII, esto es, el de *rayo* o *trueno*; creo que Wilkerson (1987) podría tener razón cuando supone que este término en realidad corresponde al de *lugar de los seres invisibles o espíritus*, una forma de designación típicamente indígena para todos aquellos lugares sagrados cuyos nombres se perdieron en la antigüedad y que –pese a ello– mantuvieron vigente un alto significado social (1987:16) (fig.1).

En la *Relación de Hueytlalpa*, redactada en 1581 por su alcalde mayor Juan de Carrión, se asienta que "... cansados de defender sus tierras y términos se dieron buenamente a Montezuma al cual obedecían" (García Payón, 1965:66). De hecho, existen algunas noticias que hacen de *Papantlan* y *Nauhtlan* sedes de antiguas guarniciones militares mexicanas (cf. Gerhard, 1986) mientras que la población local sería predominantemente de habla totonaca (García Payón, 1965). En las colecciones arqueológicas de Cuyuxquihui (cf. Ruíz Gordillo, 1987) son hasta cierto punto abundantes los ejemplos de alfarería mexicana, mientras que resultan verdaderamente escasos o son prácticamente inexistentes en las inmediaciones de El Tajín. De cualquier manera, creo que tenemos evidencia suficiente como para sostener que en el lugar que actualmente ocupa el poblado de Tajín Congregación, justo al sur de la zona arqueológica, había en tiempos de Moctezuma Xocoyotzin un asentamiento cuyas dimensiones no serían nada modestas.

En cuanto a la historia colonial de Papantla es sin duda la historia del pueblo totonaco. Tan antigua es su presencia en la región que pudiera parecer que siempre han estado allí, incluso durante el florecimiento cultural de El Tajín. Sin embargo, por más que el costo en sangre de la Guerra de Independencia lo pagaran ellos, son totalmente ajenos a los orígenes de la civilización local. La evidencia arqueológica de la que ahora disponemos es suficiente como para declarar aquí que no hubo un Tajín totonaco, por lo menos no antes del siglo X de nuestra Era, por más que hoy en día sean precisamente ellos sus moradores más cercanos.

En realidad este asunto es mucho más complejo que el sólo desterrar a un grupo étnico de su cuna actual. El problema de su más antigua etnicidad no escapa a los matices que le otorga su dimensión temporal; así que más allá de una respuesta categórica, tajante y ciega a las magnitudes del tiempo, lo que tenemos que buscar es una solución que dé cabida a los distintos momentos y a las diferentes maneras en las que los totonacos se fueron estableciendo progresivamente en estas tierras. No hay un Tajín totonaco, por lo menos no en los cimientos de su civilización, pero es de suponerse que sus pobladores siempre estuvieran interactuando con sus vecinos de la llanura costera. Como argumentaremos más adelante, si bien es cierto que no podemos atribuirles la parte más nutrida de su cultura material tampoco es posible dejarlos de lado si es que levantamos la vista hacia la montaña. Basta con recordar los procedimientos administrativos que regulaban la vida civil y religiosa del siglo XVI para comprobar que en 1556 el alcalde mayor del pueblo de Hueytlalpan, en la Sierra Norte de Puebla, tenía obligación de atender los asuntos de la villa de Papantla y esta exigencia, aunque de difícil cumplimiento, no parece haber cambiado sino hasta la primera década del siglo XVII. Es decir, todavía un siglo después de la Conquista los asuntos de gobierno de Papantla se ventilaban a través de las autoridades establecidas en la Sierra Norte de Puebla. Si bien se trataba de una disposición administrativa cuya observancia se topaba de lleno con las sinuosidades propias de la montaña de Puebla, esto no quiere decir que con tardanza y si se quiere hasta con engorro, se gestionaran de igual modo los asuntos relativos a estas tierras tan próximas al mar. El hecho podría probar la remota articulación de ambos territorios, vínculo que también se mantuvo con el obispado de Puebla para efectos de la administración del culto religioso, puesto que eran precisamente los curas de Mecatlán y más tarde los de Xonotla los que oficiaban en el cobertizo que durante todo el siglo XVI sirvió de improvisada iglesia en el pueblo de Papantla.

Si bien es cierto que sólo fue con la Conquista que se formalizaron estos límites políticos para la jurisdicción de Hueytlalpan, en realidad –por más diferencias que hubiera con las formas de la administración colonial–, dicho arreglo territorial no hacía otra cosa que reconocer una ancestral relación entre los pobladores de ambas regiones. Hoy se manifiesta aún en la vitalidad

comercial que une a Xicotepec de Juárez, en el parteaguas de la Sierra, con Villa Lázaro Cárdenas y la ciudad petrolera de Poza Rica. En este pequeño universo del Norte de Puebla participan hablantes de otras lenguas indígenas; por supuesto, hay náhuas, pero también –aunque son menos numerosos– tepehuas (cf. Ichon, 1973). Todos ellos conviven en un paisaje de montañas cuyo versante oriental cae prácticamente de tajo en la llanura costera del Golfo. Una diferencia de más de mil metros de altura determina un cambio radical en el clima y en la vegetación. Mientras que en Villa Juárez domina el bosque de pinos y oyameles, en las selvas de la franja costera crece una exuberante vegetación tropical. Abajo, entre las cuencas de los grandes ríos, la obsidiana es poca y quebradiza, cuando la hay, contrastando en cantidad y en calidad con los enormes yacimientos de tierra fría ubicados en las inmediaciones de Altotonga y de Zaragoza. Durante la época prehispánica, como veremos más adelante, resultaba impensable la posibilidad de sostener cualquier forma de vida civilizada sin tener acceso a los productos de la montaña. El Tajín y su incierta gente, por lo menos desconocida en cuanto a su filiación original, no podían haber pasado inadvertidos a la mirada de los totonacos, asentados de antiguo en las montañas de Puebla. Ambos pueblos protagonizaron una larga relación que muy probablemente fue modificándose con el paso de los siglos. Aunque intento avanzar en las páginas que continúan algunas ideas sobre el asunto, queda todavía suelta la mayor parte de la discusión. El desconocimiento de la arqueología de la montaña –quizá con excepción de Yohualichan– sin duda promueve una condición de estudio particularmente desventajosa como para aclarar el papel de los totonacos en la civilización de El Tajín. En realidad, echando mano de lo poco que sabemos de la cultura material de los primeros, podría suponerse que hay una ausencia real de un quehacer cultural propio manifiesto en expresiones individuales y claramente contrastantes con las que hoy suponemos como exclusivas de El Tajín. Sin embargo, el fenómeno bien podría ser sólo de carácter aparente y consecuencia directa de una verdadera *tajinización* de la sierra –si se me permite hacer válida la expresión– donde el sustrato original queda oculto, si es que no desplazado, por otro modelo cultural. Éste, aún siendo en principio ajeno, termina por cobrar carta de residencia dado el largísimo período durante el cual se verifica una relación probablemente basada en la sujeción de los pueblos de la montaña. El problema es realmente complejo y en otro

lugar del texto intentaré abordarlo desde la perspectiva de Zempoala, de la que el célebre cronista Díaz del Castillo, dice a la letra:

Subimos [al cu] sobre cincuenta soldados y los derrocamos, y venían rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos, y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros, [...] y cuando así los vieron hechos pedazos, los caciques y papas que con ellos estaban lloraban y tapaban los ojos, y en su lengua totonaque les decían que les perdonasen y que no era más en su mano ni tenían culpa (Díaz del Castillo, 1991:131).

De lo anterior puede quedar claro que tanto los gobernantes indígenas como los angustiados sacerdotes de Zempoala eran totonacos cuando Cortés llegó a las costas de Veracruz. Si bien es cierto que de lo declarado por Díaz del Castillo puede inferirse que el grueso de la población también lo era, esto no significa que para el primer cuarto del siglo XVI Villaviciosa, como dieron en llamarla los españoles, exhibiera los rasgos particularísimos de una producción cultural propia. Por el contrario, todo señala que la ciudad se hallaba profundamente *nahuatizada*, que su condición de súbditos del gran *Tlatoani* mexíca había calado hondo en la arquitectura local y que en un lapso menor de cien años, la ciudad había adquirido una fisonomía francamente vinculada con el centro de México. Es decir, los edificios ahora respondían a modelos arquitectónicos totalmente ajenos a la costa del Golfo e introducidos en la región a raíz de su conquista militar. Resulta innegable que hay edificios de esta misma época en los que se percibe un aire distinto y que permiten adelantar la idea de que quizá participaron de un proceso de regionalización de la arquitectura mexíca. Sin embargo, en estos últimos queda mucho más de lo que en sus orígenes fue extraño a estas tierras que de aquello que alguna vez quiso ser propio.

Si este fenómeno ocurrió en Zempoala en menos de un siglo, qué podemos discernir para la Sierra Norte de Puebla, donde es posible entrever una dominación cultural que probablemente se prolongó por más de seiscientos años. Volviendo al caso de Villaviciosa, sabemos por el propio Díaz del Castillo que más allá del aspecto que habían cobrado las construcciones de la ciudad, permanecían la frustración y el encono de un pueblo subyugado.

*Chicomecoatl*, entonces Señor de Zempoala, no dudó en aliarse en amistad con los españoles cuando vio en sus caballos y arcabuces una oportunidad concreta para zafarse de la enojosa dominación mexíca. Es interesante observar el poder de convocatoria que aún mantenía entre su pueblo el gobernante totonaco, tanto como para promover un levantamiento contra Moctezuma y marchar junto con los soldados de Cortés hasta la ciudad de México. Este conocido episodio de la Conquista ilustra de manera excepcional cómo el paso del tiempo, por largo que fuera el período, no alcanzaba a zanjar las diferencias de los pueblos en una relación marcada por el sometimiento y las diferencias étnicas. Aunque no es éste el lugar apropiado como para agotar el tema, sí es importante dejar bien claro que El Tajín y los pueblos de la montaña compartieron capítulos enteros de su historia. La Sierra Norte de Puebla pudo ser para El Tajín lo que en su momento significó Zempoala para el Estado mexíca

En efecto, El Tajín fue por largo tiempo el centro de gobierno de un Estado en plena expansión. Surgido a partir de formas de organización mucho más simples, se desarrolló sobre la base de una sociedad compleja y una vez que se presentaron condiciones tales como el reconocimiento de un liderazgo, el control de un territorio y la formalización de una economía capaz de producir excedentes. El comercio pronto se convirtió en el motor del Estado y en el mecanismo de generación de riqueza. Su producción ideológica recaía en manos de la clase dominante y un sistema de creencias hizo aceptable al grueso de la población las nuevas formas de autoridad que se desprendían de estructuras de gobierno altamente centralizadas. Podríamos decir que la sociedad en su conjunto creía en los poderes sobrenaturales del soberano. La elite promulgaba el carácter sagrado del gobernante y lo hacía el centro mismo del culto sosteniendo su posición de autoridad a través de alegatos tanto de orden mitológico como genealógico que lo conectaban directamente con los dioses.

El soberano de El Tajín también lo fue de un vastísimo territorio que incluía en la montaña a pueblos de lengua y costumbres distintas. Aún así, por más que se multiplicaran sus tierras, no hay razón como para suponer que la noción académica de Estado arcaico o temprano, en los términos que aquí la he formulado (cf. Skalník, 1978 y Yoffe, 2007), no describa suficientemente

el tipo de organización sociopolítica que caracteriza a El Tajín del período Clásico. Con todo, hay que decir que en su territorio se entrecruzaban los intereses de varios pueblos de la sierra y aunque ciertamente no hay testimonio en la costa de un Tajín totonaco, tampoco –a decir verdad- podremos comprobar en la montaña la existencia de un estilo cultural marcado por un quehacer propio e irrepetible que sea la expresión inequívoca de la producción material del pueblo totonaco. No lo hubo en la costa para el período Postclásico, ni parece haberlo en la tierra fría de Puebla para el Clásico. Ni siquiera la tradición alfarera de vajillas de pasta fina, tan largamente anunciadas como características de su industria artesanal (cf. Medellín, 1960), pueden serles atribuidas sin que medie discusión alguna. Sin embargo, allí están y estuvieron presentes en épocas pretéritas. Por más que parezca que he ido desdibujando su identidad hasta prácticamente hacerlos desaparecer del escenario cultural de Mesoamérica, no hay nada menos atinado que imaginarlo así. Quizá estoy reaccionando aquí a una suerte de *totonaquización* del ámbito arqueológico veracruzano promovida por una visión superficial de la historia antigua de México. En realidad sólo pretendo mostrar cómo la identidad étnica puede sobrevivir atrincherada en la lengua y las costumbres de grupo a pesar de que se encuentren ausentes en la expresión autorizada de las elites gobernantes, sin duda incorporadas –por lo menos en lo que toca a su aspecto formal- en la reproducción de modelos culturales decididamente extranjeros.

En concreto, todo parece indicar que no hubo un Tajín totonaco, no en los orígenes de su cultura y cuando menos no en la perspectiva de la clase gobernante de las ciudades de la llanura costera. Aún así, es innegable la participación de un componente étnico distinto, principalmente serrano, que fue insertándose en el modo de vida civilizada de El Tajín de maneras muy diversas y en circunstancias claramente distintas. Creo que sería absurdo no aceptar de inicio que llegó el momento en el que los totonacos terminaron, incluso en los territorios bañados por el mar, por convertirse en parte esencial de la realidad étnica y social de El Tajín.

# CRONOLOGÍA

El Tajín	a.C.	TEOTIHUACÁN
1300-1520 d.C. CABEZAS		POSTCLÁSICO TARDÍO
1100-1300 d.C. EL CRISTO		POSTCLÁSICO TEMPRANO
900-1100 d.C. LA ISLA B		ÉPICLÁSICO
600-900 d.C. LA ISLA A		CLÁSICO TARDÍO Xalilpa (700-850 d.C.), Mezque (650-750 d.C.)
350-600 d.C. CACAHUATAL		CLÁSICO TEMPRANO Tlacotalpa (350-450 d.C.), Sotomampan (450-550 d.C.)
0-350 d.C. TECOLITLA		PROTOCLÁSICO Tlacotalpa temprana (200-350 d.C.), Mecatlan (150-200 d.C.), Tlacotalpa (0-150 d.C.)
300 a.C.-0 ARROYO GRANDE		FORMATIVO TARDÍO Palaquite (150 a.C.-0)
550-300 a.C. ESTEROS B		FORMATIVO MEDIO
550-300 a.C. ESTEROS A		
1150-1000 a.C. CHITE		FORMATIVO TEMPRANO

a.C.



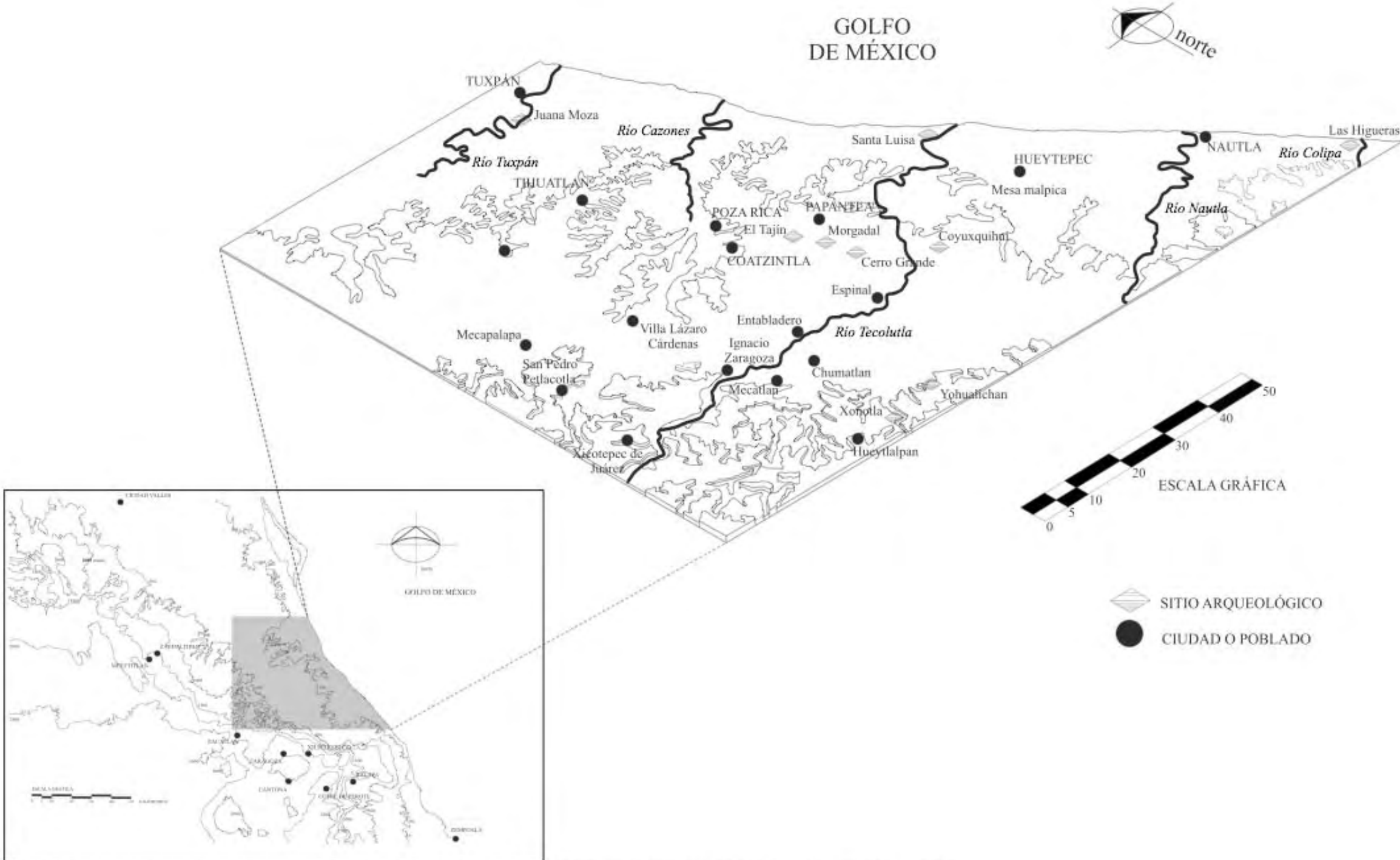


FIG. 1. Mapa de la vertiente oriental de la Sierra Norte de Puebla y la llanura costera del Golfo de México. Crédito: José Casto Camacho Sierra (2007).

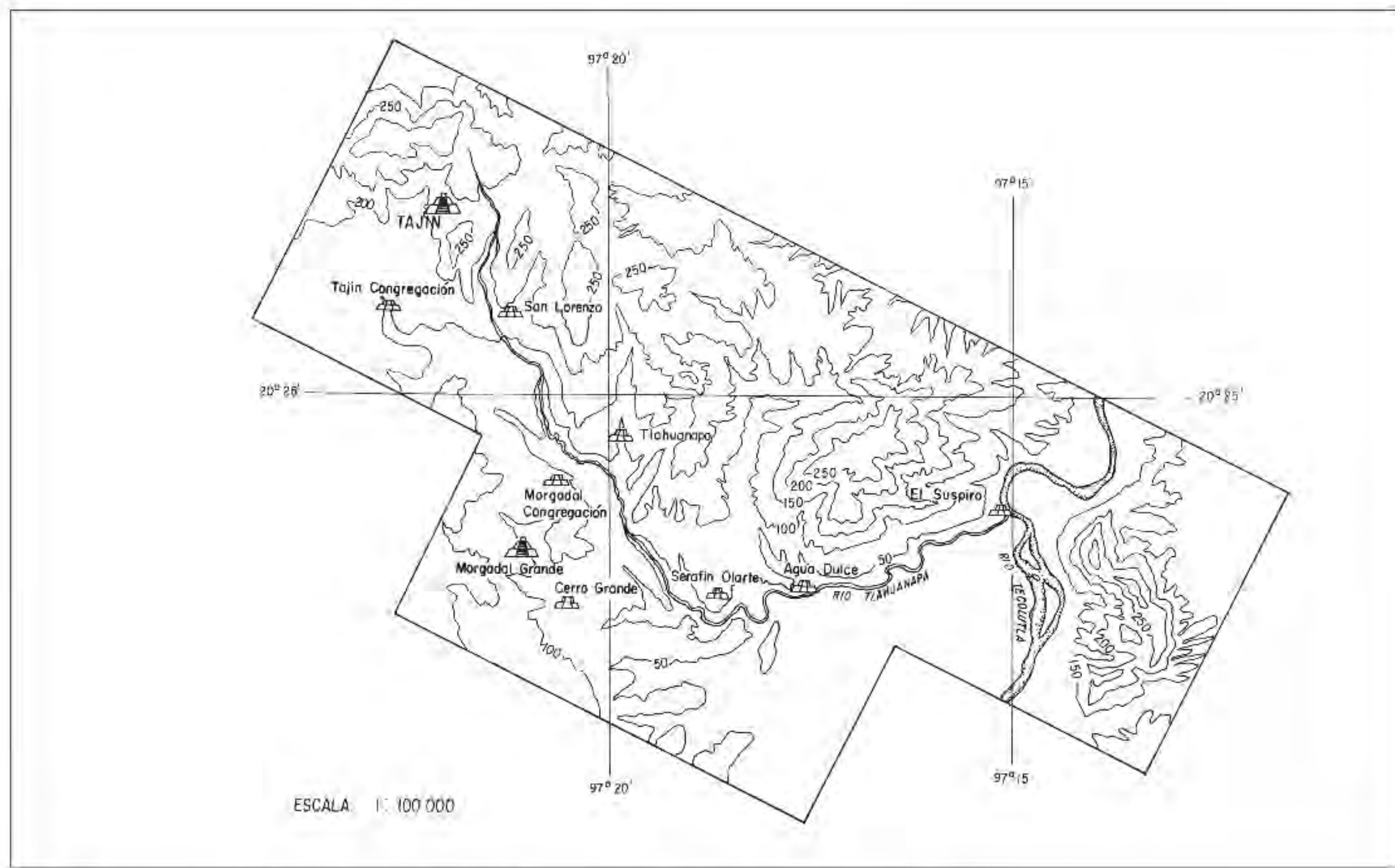


FIG. 2. Mapa con ubicación de los yacimientos arqueológicos del Corredor Tlaxiuanapa. Municipio de Papantla, Veracruz. Dibujo: Arturo Resendiz.

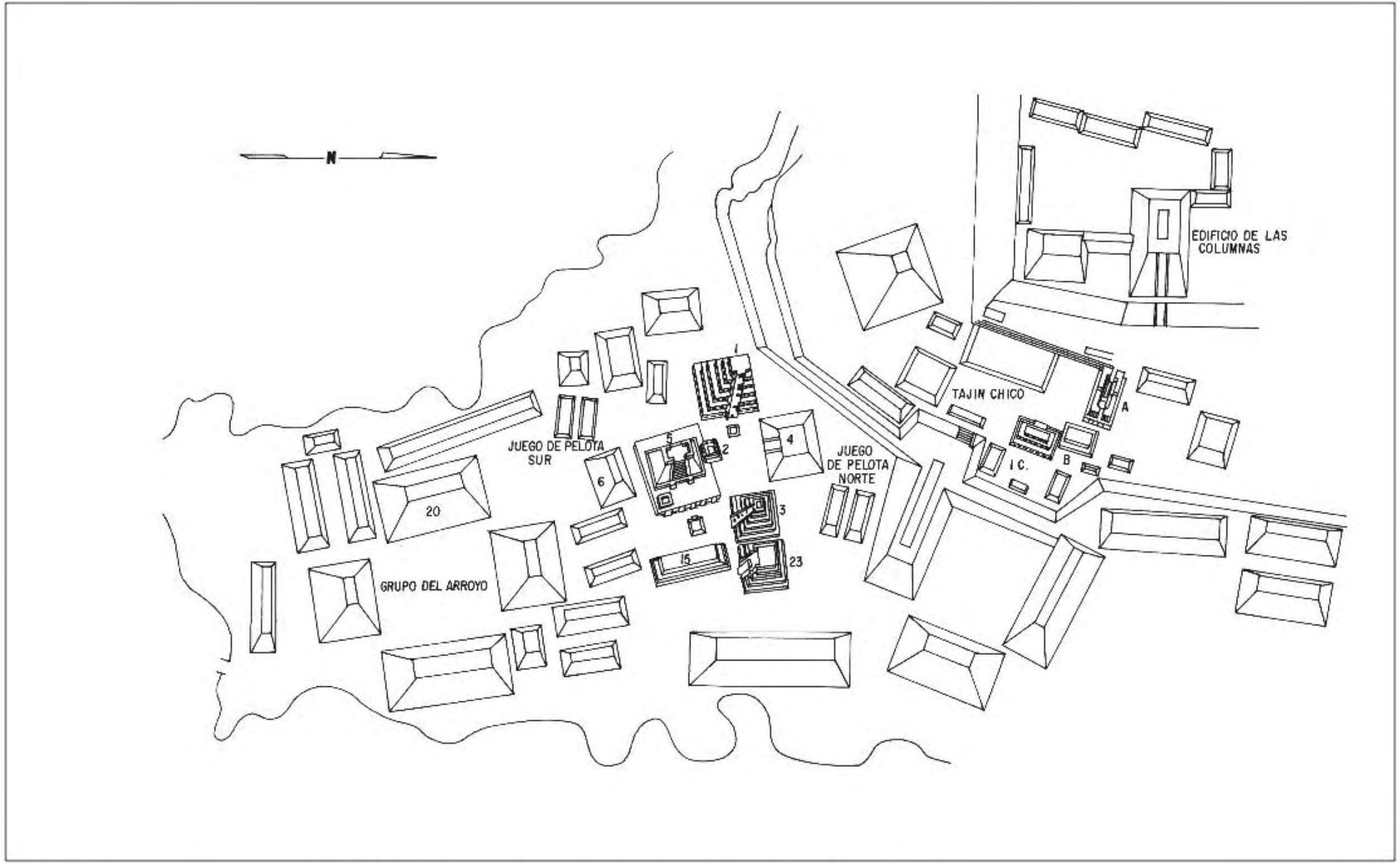


FIG. 42. Plano de la zona arqueológica de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz sobre un plano de R. Cervantes (Pascual Soto, 1990b).

# CAPÍTULO I

## EL GOBIERNO DE LAS IMÁGENES: LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN.

Todo era tinieblas, todo oscuro y había bestias y demonios. Pura carne cruda y no cocida [...] Con la luz de *Chechene* –nuestro padre- morían las bestias. Hecha la luz nos creó a nosotros y las bestias se refugiaron en los cerros. Cuando llueve sube el humo de las montañas, son las bestias las que cocinan ...

Domingo García, *Mito de la creación de Chumatlán* (1982, comunicación personal).

Para cuando inició el período Clásico en la región de El Tajín, alrededor del año 350 de nuestra Era, las clases dirigentes habrían convertido el punto más elevado de los poblados en la expresión material de su creciente poderío. En las plazas, nunca más espaciosa que ahora, se alzaban los templos de mayor significado social, mientras que en los suaves declives de las colinas, bordeando a tan magníficas plazas y sobre las laderas que miran a los afluentes del arroyo Tlahuanapa, uno de varios tributarios del río Tecolutla, se hallaban grupos de casas organizados sobre múltiples terrazas. Sus paredes solían formarse con rajadas de carrizo acabadas con un grueso repellido de barro que se cocía al calor de astillas de madera encendidas. En ocasiones se recubrían con un fino enlucido de mortero de cal y arena que en los inicios de la fase Cacahuatal, el Clásico temprano (ca. 350-600 d.C.), es probable que se pintaran de color rojo, por lo menos en el caso de aquellas construcciones dedicadas al culto o a la residencia de la elite. No obstante, dominaban el tono naranja del barro, los grises de la hoja seca de palma y el color amarillo de los suelos compactados por el ir y venir de la gente<sup>1</sup> (Fig.2).

---

<sup>1</sup> Las investigaciones del Proyecto Arqueológico Morgadal Grande han sido posibles gracias al apoyo del Instituto de Investigaciones Estéticas y de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (PAPIIT) de la Universidad Nacional Autónoma de México, del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Durante los últimos diez años nos hemos dado a la tarea de realizar excavaciones arqueológicas en distintos sitios de la región de El Tajín como en diferentes ámbitos de esta magnífica ciudad de otros tiempos.. Los pormenores de nuestras excavaciones en distintas unidades habitacionales de las ciudades arqueológicas de Morgadal Grande y

Mientras más lejos se hallaran del área pública de estas prístinas ciudades, bajando las laderas, las casas se volvían de hechura mucho más sencilla, mostrándose más apartadas entre sí. Aunque también estaban provistas de una estructura sólida de madera, las paredes se formaban sólo con hojas secas de maíz entretejidas en un armazón hecho con ramas que se fijaba en los postes de las casas. Una vez colocados los postes, se recubrían con el tradicional mortero de barro, sólo que ahora mezclado con abundantes pastos durante su preparación. No hay evidencia de la participación de plataformas de tierra apisonada en el contexto de estas últimas habitaciones, ni del uso de morteros de cal en sus acabados. Tampoco se hizo mayor uso de la piedra, salvo en el desplante de los cuartos o en aquellos sitios donde por causa de los frecuentes encharcamientos llegó a colocarse un empedrado somero con el propósito de facilitar el tránsito cotidiano junto a las casas (Fig.3).

Cada familia disponía de varios cuartos organizados en torno a un patio. Las habitaciones solían construirse en el borde de los terracedos con la entrada mirando hacia adentro, es decir, en dirección al patio doméstico. Eran necesarias por lo menos dos de estas modestas construcciones para resolver debidamente las necesidades diarias. Las más grandes de ellas se alineaban de lado y probablemente servían a los padres, a sus hijos y esposas, así como a una infinidad de niños para cobijarse en las noches. Las paredes se encontraban recubiertas con barro cocido, por lo menos la que miraba al norte, puesto que en esta dirección se presentan los vientos fríos y las lloviznas que caracterizan a la temporada invernal en la región. Formando esquina con alguna de las habitaciones solía edificarse otro cuarto, casi siempre más pequeño y no necesariamente acabado con recubrimientos de barro, puesto que generalmente servía a la familia como almacén de alimentos y de todos aquellos productos que debían mantenerse alejados de los guajolotes o de los perros de engorda y protegidos del merodear de los animales del monte. A causa de su distinta orientación, el almacén cerraba uno de los lados del patio familiar, introduciendo una separación real del resto

---

Cerro Grande han sido publicados recientemente por la Universidad Nacional Autónoma de México en coedición con el Instituto Nacional de Antropología e Historia en mi libro *El Tajín: en busca de los orígenes de una civilización*. (2006).

de los conjuntos habitacionales que se ubicaban en la misma terraza. Aunque las mujeres llevaban a cabo en el patio toda clase de tareas relacionadas con la preparación de los alimentos, era común que se destinara un pequeño espacio en el interior de las habitaciones, nunca dentro del almacén, para dar cabida a un fogón donde cocinar en los días lluviosos. Por lo regular se encontraba en una esquina. Ocurre hoy en día: cuando las casas lo presentan, suele hallarse junto a una pared donde las rajadas de carrizo que la componen se encuentran ligeramente separadas para permitir que el humo pueda escapar libremente entre ellas (cf. Kelly y Palerm, 1952) (Fig.4).

El interior de las habitaciones se distribuía de acuerdo con las diferentes actividades que tenían lugar en ellas. En un extremo del cuarto, siempre el mismo, se acomodaban las esteras que la familia usaba para dormir, mientras que del lado contrario estaba el hogar doméstico y el ajuar de casa. Puesto que buena parte de los objetos acostumbrados se fabricaban con materiales que no resisten el paso del tiempo en el ambiente húmedo del bosque tropical, como son bejucos, carrizos, maderas y guajes, entre muchos otros, resulta realmente difícil reponer en toda su variedad los objetos que se guardaban en las casas. Salvo por la cerámica y las herramientas de piedra tallada, todo ha desaparecido consumido por el paso de los siglos. Sin embargo, permanecen, a manera de huella, distintas concentraciones de compuestos químicos que son testimonio de la manera de habitar estos espacios. Ya no están las telas ni tampoco los cestos de aquella antigua gente, pero aún quedan impregnados en el suelo una serie de compuestos que permiten caracterizar las actividades que se desarrollaron de manera habitual tanto en el interior de las casas como en los patios domésticos<sup>2</sup>. Por supuesto, no había en estos cuartos un lugar que fuera más transitado que su único acceso, pero todo indica que la familia, además, solía reunirse junto a la puerta, tal y como sucede en los poblados actuales, donde la gente se acomoda allí mismo para disfrutar del aire fresco de la tarde. Adentro, todavía es posible reconocer un patrón de circulación

---

<sup>2</sup> La caracterización de las muestras de suelo de Morgadal y Cerro Grande ha corrido a cargo del biólogo Serafín Sánchez Pérez, responsable del Laboratorio de Suelos y Sedimentos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (INAH), con la colaboración de Rosa Emilia Ánimas Moctezuma, Ricardo Leonel Cruz Jiménez, José Luis Cruz Romero, Cristina Cuevas Carpintero, Luis Alberto Díaz Flores y Kenichiro Tsukamoto. Hoy en día continúa en los laboratorios del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

que privilegia el área de preparación de los alimentos, usualmente marcado por un enriquecimiento del suelo a partir de aportes de compuestos químicos relacionados con conductas culturales específicas.

No lejos de las cenizas del fogón estarían las ollas destinadas a contener el agua. En aquella época temprana serían de aspecto muy vistoso: siempre de forma semiesférica, tenían el cuello decorado con acanaladuras y se hallaban pintadas de color rojo oscuro hasta el hombro. En el patio, habría otras de mayor tamaño; siempre dispuestas en conjuntos servían para almacenar el agua de la familia. De boca muy ancha y decoradas sólo con bandas rojas, se les dejaba a la intemperie para que captaran algo de agua de lluvia. No hay que olvidar que el preciado líquido se traía de los arroyos en recipientes de barro y que era necesario cargarlos cuesta arriba antes de darlo a beber o de combinarlo con cal viva para remover la cascarilla de los granos de maíz que constituían la base de la alimentación cotidiana. Para cocinar se usaban vasijas de fondo plano y paredes divergentes, a veces con asas, que para este momento también comenzaban a pintarse de color rojo en el interior. Los tamales de hoja se servían en escudillas de barro muy lustrosas que solían pintarse en tonalidades contrastantes de rojo o café oscuro. No había comales, no por lo menos como los que conocemos hoy en día, pero es posible que este hecho no necesariamente deba interpretarse en el sentido de que no se cocían tortillas. Recuerdo haber visto alguna vez en la Sierra Norte de Puebla a una mujer totonaca que cocinaba los panes de maíz echándolos, uno a uno, sobre las paredes calientes de una cazuela de barro. A medida que se cocían iban despegándose solas, cayendo al fondo de la vasija y anunciando con ello que llegaba el tiempo de voltearlas o bien que ya estaban listas para comerse. Así que no es imposible que el maíz molido se convirtiera en harina de tortillas y no sólo en el ingrediente principal de los tamales, sino también de un tipo de bebida que sigue siendo muy común en el campo y que se conoce en México con el nombre de *pozol* (Fig.5).

Más allá de la forma en la que se consumía el maíz, no tenemos dudas en cuanto a que la dieta era realmente variada y que no sólo dependía de los productos que se cosechaban en las milpas. Al atardecer, la familia se reunía a comer y podía disfrutar de un guiso a base de gallina de monte (*Tinamus mayor*), de armadillo (*Dasypus novemcinctus*) o de venado (*Odocoileus*



*virginianus* )<sup>3</sup>. Hay que recordar que tenían perros de engorda, pero no sabemos con certeza si ya había aves de corral, particularmente guajolotes. Su cercanía con el río también les permitió obtener almejas y caracoles, cuyas conchas comúnmente aparecen en los basureros domésticos o arrojados con descuido sobre el patio. Hoy todavía figuran entre los manjares del río y son muy solicitadas al natural. Aunque no hemos hallado hasta ahora huesos de peces, sí existen unos cuantos objetos de piedra que probablemente servían a manera de pesas para las redes de pesca. En fin, como puede apreciarse, había toda una diversidad de alimentos al alcance, pero es interesante notar que a pesar de ello la población sufría desde época temprana enfermedades recurrentes de carácter infeccioso. Evidentemente existía un problema serio de salubridad, que quizá tenía que ver con los hábitos higiénicos y particularmente con la manera de disponer de los desechos orgánicos de todo tipo que se generaban en grandes cantidades en las muy pobladas ciudades del período Clásico. Tanto las ollas rotas como los sobrantes diarios de la comida iban a dar al mismo lugar, es decir, a basureros donde los residuos permanecían a cielo abierto pudriéndose por largo tiempo. Por otra parte, esta costumbre que se pierde en el tiempo (usar los arroyos tanto para proveerse de agua como para lavar la ropa de la familia, tal y como sigue sucediendo hoy en día) facilita su contaminación y la transmisión de enfermedades. Si inferimos que los perros seguramente deambulaban por las casas y que hurgarían en los basureros, entonces comprenderemos las condiciones de insalubridad que prevalecían en estos asentamientos. Aunque pueda parecer contrastante, la clase dirigente no escapaba de estas mismas condiciones de vida: de hecho las compartía sin reservas más allá de su quehacer en los templos.

El asunto podría tener una explicación de carácter cultural que se relaciona con la manera en la que antiguamente se concebía la enfermedad. Hoy en día, entre los totonacos de Mecapalapa y San Pedro Petlacotla, en la Sierra Norte de Puebla, existe la noción de un alma múltiple que se sitúa en todas las partes del cuerpo y que constituye una suerte de principio vital que se

---

<sup>3</sup> La identificación de los restos óseos de los diferentes vertebrados terrestres hallados en el curso de las excavaciones arqueológicas se efectuó en el la Facultad de Ciencias de la UNAM y estuvo a cargo de la Dra. Graciela Gómez Álvarez. Con ella colaboraron el arqueólogo Inti Terán Gómez y los biólogos René Sabel Reyes Gómez, Héctor Carlos Olguín Monroy, José León Pérez y Noé Pacheco Coronel.

manifiesta en el pulso de los individuos con el batir del corazón. La enfermedad y por supuesto la muerte sobrevienen con la fuga sucesiva de sus diversas *li-stákna*, digamos almas, lo que provoca un debilitamiento progresivo del cuerpo (Ichon, 1973:174-178)<sup>4</sup>. Las almas pueden caer al suelo por causa de un gran susto, por el encuentro casual de un brujo, por un viento dañino y hasta por mirar un arco iris sobre el agua. Para remediar el espanto es necesario levantar el alma errante a través de una ceremonia que se propone devolverla al cuerpo del enfermo. No entramos aquí en mayores detalles y, por supuesto, no intentamos significar con lo anterior que la gente de El Tajín habría compartido exactamente la misma noción que de ella tienen los totonacos actuales.

## I

Sobre una de las terrazas que limitan al poniente la primitiva Plaza Sur de la ciudad arqueológica de Morgadal Grande, existió un aposento de paredes de barro cocido sobre las cuales se aplicó un fino enlucido de cal pintado de color rojo oscuro. Como era lo habitual, contaba con un techo de palma tejida, el que es posible que se incendiara alrededor del año 420 de nuestra Era, a juzgar por la forma en la que terminaron consumiéndose el embarro y los enlucidos de estuco<sup>5</sup>. El lugar fue reconstruido en incontables ocasiones y durante el Epiclásico (ca. 900 d.C.), las paredes llegaron a ser azules con bandas verdes y amarillas. Sus orígenes pueden fácilmente hacerse retroceder hasta por lo menos la segunda mitad del período Protoclásico, alrededor del siglo III d.C., y es a esta época a la que corresponden una aguja fabricada en piedra coralina y varios malacates de barro. Es interesante hacer notar el hecho de que esta clase de objetos aparecen de manera exclusiva en las residencias de elite. Definitivamente el hilado de la fibra de algodón era una habilidad que no compartía el grueso de la población. De cualquier forma, la hechura del hilo y de las piezas de tela se consideraban actividades

---

<sup>4</sup> Alain Ichon realizó su investigación sobre las creencias y las prácticas religiosas tradicionales de los totonacos de Mecapalapa, Pantepec, Jalpan, Pápalo y San Pedro Petlcoctla en el marco de la Misión Arqueológica y Etnológica Francesa entre los años de 1960 y 1963.

<sup>5</sup> Todos los fechamientos de radiocarbono referidos en el texto se efectuaron en el laboratorio BETA ANALYTIC, INC. de la ciudad de Miami (Florida), con la participación de los doctores Darden Hood y David Miller.

típicamente domésticas y se desarrollaban en los espacios de residencia propios de la elite local. A juzgar por las representaciones en piedra de los más tempranos gobernantes de El Tajín, era común que sólo vistieran un lienzo que les cubría los muslos y que se mantenía sostenido al cuerpo por una elaborada fajilla. Esta clase de prenda quizá se teñía o bordaba para enriquecer su aspecto y podía formar en la orilla del faldellín una hilera de flecos o de borlas. Daneels ha sugerido que en el centro de Veracruz, específicamente en la cuenca del río Cotaxtla, es probable que se diversificara el uso de los recursos naturales durante el Protoclásico, si es que no a partir del Formativo superior (1997:219), y que el algodón pudo convertirse en un producto característico de la costa del Golfo para efectos de su intercambio comercial con la montaña de Puebla (2005:468). Semejantes prendas debieron ser únicas por razón de su vistosidad y el cincel del escultor evocaba los elaborados diseños de las piezas de tela que se reservaban para uso exclusivo de las clases dirigentes, particularmente uno de los extremos de la fajilla que una vez ajustada en la cintura bajaba hasta caer detrás de las piernas. Esta punta de tela se convirtió muy pronto en un símbolo de alto estatus social y su uso acompañó por largo tiempo a los individuos de la elite (Figs.6 y 7).

En la misma habitación encontramos los diminutos fragmentos de varias orejeras tubulares modeladas en un barro muy fino de color naranja con un espesor menor de 2 milímetros y cuya circunferencia máxima no rebasa los 2 centímetros. Las que conocemos de Morgadal Grande, como también las que proceden de otros conjuntos de elite excavados por nosotros en la Plaza Poniente de Cerro Grande y en el Cerro del Oeste de El Tajín, deben fecharse –en todos los casos- entre los años 230 y 410 de nuestra Era, muy al final del período Protoclásico o en los inicios del Clásico temprano. Por lo regular se asocian con fragmentos de vasos trípodes cilíndricos y en uno de los casos apareció con una navajilla prismática de obsidiana verde cuyo yacimiento de origen es con toda seguridad la Sierra de las Navajas, en el Altiplano Central mexicano (Fig.8).

En la perspectiva de esta tesis resulta significativo el descubrimiento de candeleros, braseros personales tal y como los define Daneels en la cuenca del río Cotaxtla (2005), así como restos de esta última clase de vaso y de sus

soportes rectangulares en contextos que apenas preceden al incendio de esta temprana residencia de elite (Figs.9 y 10). Hay que agregar que el techo pudo quemarse en forma espontánea y que seguramente ardió hasta que se consumió en su totalidad, puesto que el piso quedó cubierto por una infinidad de diminutos fragmentos de carbón. El uso de braseros ceremoniales, así como la presencia de un hogar en el interior del cuarto, hacen posible explicar el origen del incendio. Sin embargo, como veremos más adelante, las condiciones políticas de este período podían fácilmente desembocar en luchas entre las distintas ciudades. Sabemos bien que el odio y el encono entre asentamientos rivales podía perpetuarse en el tiempo y que cuando finalmente se cobraba venganza el nivel de destrucción que se infringía adquiriría proporciones verdaderamente bíblicas. Si no fuera por que existe una posibilidad concreta de que una buena parte de la Plaza Sur hubiera quedado envuelta en llamas en un mismo momento del siglo V de nuestra Era, no esbozaría aquí la posibilidad de un incendio provocado. No obstante, es mejor pensar por ahora en un evento casual que por haberse manifestado en forma repentina no dio tiempo a sus moradores de trastocar el arreglo original del ajuar doméstico.

Allí las cosas permanecieron en su lugar y los vasos trípodes cilíndricos quedaron hechos pedazos al fondo de la habitación, más o menos en el centro, junto con un candelero. Los vasos tienen soportes rectangulares cuya decoración parece esculpida en el barro fresco. Son recurrentes las representaciones de personajes vistos de cuerpo entero y colocados en medio de una multitud de grecas. También los hay decorados exclusivamente con diseños geométricos que adquieren frecuentemente el aspecto de volutas. El calado era una técnica decorativa usual y sólo exhiben pintura aquellos que no fueron acabados con motivos incisos. Los diseños podían extenderse a todo el cuerpo del vaso y algunos ejemplos son verdaderamente extraordinarios, puesto que se valían de la forma circular del objeto para dar cabida a la representación de una cabeza humana cuyo rostro ocupa la mitad de la superficie exterior de la vasija, mientras que las orejas y el cabello arreglado en mechones hacen lo propio en lo que queda del espacio disponible. En lo que hace a los candeleros de barro, estos debieron servir para quemar resina de copal en actividades domésticas de carácter ritual. En la costa sólo podía obtenerse a partir del comercio con los pueblos de la

montaña. Sin embargo, hay datos que indican el uso de un árbol local de propiedades muy semejantes y que responde al nombre de *pum* en lengua totonaca o copalillo, si lo volvemos al español. *Pumalhcu*, es el brasero o "...el lugar donde juntan lumbre" (Aschmann,1973:86) (Fig.11).

Resulta claro que hacia el año 250 d.C., iniciándose el Clásico temprano en la región, comenzaron a manifestarse localmente las cerámicas de la esfera cultural teotihuacana y, junto con ellas, una cierta disposición de las elites por incorporar este estilo que se extendía por buena parte de Mesoamérica, representado por vasijas de formas hasta entonces inéditas. Aquel trastorno venido del centro de México debió incidir en la conducta ritual de las clases dirigentes, puesto que fueron ellas las que promovieron su imitación local y quienes terminaron por incorporar tan novedosas vasijas al propio ceremonial. Sin embargo, el gusto por los vasos trípodes cilíndricos, por los llamados floreros, por las vasijas con soportes anulares y hasta por los candeleros debió ir más allá de las razones puramente estéticas. Su inclusión en el ajuar de los templos y en sus residencias respondía a un claro proceso de transformación cultural, de suerte que los vasos trípodes estarían allí tanto por lo que eran como por la significación que ahora se les concedía. Si la elite, hasta cierto punto, había tomado partido por el modelo cultural teotihuacano, entonces los cambios de la forma pudieron estar condicionados por las modificaciones introducidas en el pensamiento religioso. El énfasis puesto en la reproducción de tan singulares vasijas, todas ellas completamente ajenas a las más antiguas tradiciones alfareras de la llanura costera, señalan a una elite que había optado por recrear un modelo cultural extraño pero que la colocaba en pie de igualdad frente a la civilización teotihuacana. No hay que olvidar que este mismo proceso también estaría ocurriendo en otros rumbos del México antiguo y en lugares tan distantes como son las selvas mayas del Petén guatemalteco y el valle del río Motagua, en Honduras (cf.Pascual, 2004b y 2006a) (Fig.12).

Evidentemente, la estructura comercial de la antigüedad favorecía de manera decisiva la interacción cultural de las más disímiles regiones de Mesoamérica, los bósques de coníferas se acercaron como nunca antes a las selvas tropicales. Las caravanas de comerciantes se internaban en la llanura costera siguiendo el curso del río Nautla, dejando atrás las minas de obsidiana

de Altotonga. El río se vadeaba en lugares específicos del camino, siempre los mismos, y los cargadores descansaban de sus pesados bultos en escalas comerciales definidas con anticipación. La ciudad de El Pital (Fig.13-14), a unos cuantos kilómetros del mar y de la antigua desembocadura del Nautla, seguramente constituía uno de los destinos más importantes de esta ruta de mercaderes que se originaba en tierras de clima templado y que bajaba por Xiuhtelco (cf. García Payón, 1950). Por aquí se diseminó en el norte de la costa central veracruzana el modelo cultural teotihuacano y por este mismo camino regresaban piezas de algodón, plumas de loros y guacamayas, granos de cacao, placas de piedra hermosamente labradas que probablemente se usaban como soportes para espejos de piritita o hematita (cf. Wilkerson, 1990:167) y que exhiben los entrelaces característicos de este momento de desarrollo de la civilización de El Tajín<sup>6</sup> (Fig.15), además de extraordinarios vasos trípodes cilíndricos con soportes rectangulares que en la costa terminaron por adquirir tamaños y decoraciones sin precedentes en la ciudad de Teotihuacán (cf. Rattray, 2004). Vale la pena señalar que esta gran metrópoli del centro de México, probablemente el lugar más cosmopolita de Mesoamérica en su tiempo, integraba a varios núcleos de población, algunos representados por minorías étnicas que sin menoscavo de su identidad cultural sirvieron de enlace para el comercio de productos venidos de tierras lejanas (cf. Torres Peralta y Delgado, 2005).

La obsidiana de Altotonga, cuya distribución probablemente se supeditaba a los intereses comerciales teotihuacanos, aunque es muy posible que se encontrara en explotación desde el Protoclásico, constituyó en los inicios del Clásico temprano la fuente principal de abastecimiento de vidrio volcánico en la región. Muy pronto, si es que no de manera simultánea, comenzaron a llegar a la costa navajillas prismáticas traídas de las minas de Zaragoza-Oyameles, mismas que para el año 600 de nuestra Era proveían casi el total de la obsidiana que se usaba en esta parte del litoral del Golfo. El camino

---

<sup>6</sup> Una de estas placas circulares de piedra fue hallada en Kaminaljuyu, en los Altos de Guatemala, en una ofrenda funeraria de la fase Esperanza, ca.400-450 d.C. (cf. Kidder, Jennings y Shook, 1946:fig.31 y Sanders, 1978). Otra se encuentra en el *Metropolitan Museum of Art* de Nueva York (cf. Wilkerson, 1990:167-169) y una más se conserva en Dumbarton Oaks (cf. Solis, 1994:226). Son particularmente interesantes los fragmentos de ellas que fueron encontrados en la cueva de la Pirámide del Sol de Teotihuacán (cf. Stark, 1998:225).

salía de la sierra por Chumatlán y Entabladero para continuar por la llanura aluvial del Tecolutla. También podía bajar un poco más al norte, a la altura de la población actual de Xicotepec de Juárez, para seguir bordeando el río Cazonas. Como podrá verse no eran pocas las alternativas que ofrecía esta vasta red de caminos que se originaba en el parteaguas de la Sierra Norte de Puebla. Las caravanas seguramente intercambiaban todo tipo de mercancías a lo largo de la ruta y se surtían de la piedra volcánica tan apreciada para la fabricación de metates en la llanura costera. Su carencia en la región ha hecho que hoy en día continúen en uso aquellos que aún reclamando un origen prehispánico han aparecido en el campo y que, por su rareza, hayan adquirido un valor de cambio en las comunidades donde todavía se conservan. Poseer un metate de basalto—hay que decirlo— es prácticamente un motivo de orgullo para estas familias de campesinos.

## II

Ahora bien, regresemos una vez más a esta temprana residencia de elite para decir que en la esquina noroeste del cuarto localizamos, enterrado bajo el piso, el fémur de un individuo adulto. Aunque es perfectamente posible que se hubiera reihumado ya en su condición actual, la evidencia de la que disponemos hasta ahora, sumada a las pocas probabilidades de conservación del material óseo en el ambiente hostil de los suelos locales, hacen posible suponer que fue sepultado al concluir su desmembramiento ritual y que dicho evento ocurrió durante o inmediatamente después de la muerte del individuo, culminando con la disgregación de las partes del cuerpo<sup>7</sup>. Aunque es realmente poco lo que sabemos de las conductas funerarias del Clásico temprano, cada vez se fortalece más la idea de que el sacrificio humano constituía una práctica ritual bien definida y que probablemente se valía de los primeros altares de las grandes plazas como medio para disponer de los restos mortales de las víctimas. En el caso de nuestro fémur no estamos necesariamente frente a los despojos de una víctima del sacrificio humano. En realidad desde el año 250 d.C. resulta muy marcada una conducta ritual que determina la inhumación de distintas partes del esqueleto en contextos

---

<sup>7</sup> El antropólogo físico M. Sittón ha logrado determinar que el fémur de Morgadal Grande muestra marcas de corte que son resultado indirecto del proceso de desprendimiento de las partes blandas de la pierna (2001).

domésticos. De hecho, luego de la reconstrucción del cuarto tras su incendio a principios del siglo V de nuestra Era, se enterraron las partes de un antebrazo en la misma esquina, sólo que ahora a menor profundidad. Esta forma de disponer de los restos mortales señalan una conducta que gira en torno al fallecimiento de los miembros de un mismo grupo de parentesco y que se vincula con un interesante culto a los ancestros. En mi opinión, esta práctica funeraria, que no está reñida con otros rituales de sangre que pudieron generarse en este mismo sentido a nivel de las comunidades, tiene que ver con el acto de colocar en los cimientos de la casa una parte del cuerpo del fundador del linaje. Es decir, de aquel individuo desde el cual se traza el origen de la familia y que constituye la base del grupo de parentesco. Hasta ahora no tenemos evidencia de un comportamiento equivalente en las habitaciones de la gente común, donde en cambio sí aparecen los entierros completos de hombres y mujeres. La compleja percepción indígena de los ancestros, de los cultos con los que se veneraban y del propósito de conservar de esta manera sus reliquias, ciertamente se combinaba de antiguo con un alegato de carácter genealógico cuya finalidad quizá favorecía la demostración de cercanía con el ancestro venerado en un intento por fijar la propia posición en el grupo (cf. Fox, 1972:114)<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Vale la pena decir a propósito de este asunto que las tumbas oaxaqueñas del período Clásico, particularmente las halladas en Monte Albán, son espléndidos ejemplos de esta voluntad de consignar cada uno de los pasos generacionales que los separaba del fundador y por reclamar o volver legítimos los derechos del grupo implícitos en este acto de afirmación. Es el caso de las tumbas de los valles centrales de Oaxaca, donde el sustento material de semejantes alegatos son los muros pintados, en ciertas ocasiones se alteró deliberadamente la línea de descendencia original al repintar de manera engañosa una nueva sucesión de parejas de ancianos (cf. Miller, 1995 y Pascual, 2006b). En lo que toca a las reliquias de los ancestros, se colocaban formando parte del ajuar de esta especie de criptas familiares que usualmente se hallaban en el centro de los conjuntos residenciales y con la entrada bajo el patio doméstico. Durante la exploración de la Tumba 105 de Monte Albán aparecieron dos segmentos de fustes de columnas de piedra, "...sobre el de la izquierda y abajo del de la derecha, estaban los huesos de un esqueleto que se enterró incompleto" (Caso, 1938:86).

No quisiera prolongar esta discusión sobre temas zapotecos más allá de los propósitos ilustrativos que me he fijado en esta parte del texto, pero resulta necesario señalar que en Lambityeco, justo encima de la entrada de la Tumba 6, puede verse otra pareja de ancianos modelados en argamasa de cal y arena, donde el hombre sujeta con la mano izquierda lo que puede ser un fémur a juzgar por la detallada representación de la epífisis proximal. Ambos personajes corresponden a la elite local y según parece vivieron y murieron entre los años 640 y 755 d.C. (Miller, 1995:141). Lind (1983) y Urcid (1994) establecieron que en la tumba se encontraban sepultados seis individuos y que varios fémures fueron extraídos de ella: "resulta claro que los *coquis* [señores de linaje<sup>8</sup>] removieron los fémures de sus



Si bien es cierto que hemos hallado una colección significativa de huesos largos en las residencias de elite de la región de El Tajín, lamentablemente su estado de conservación es tan precario que no resulta viable extraer de ninguno de ellos material genético en condiciones de ser analizado por técnicas moleculares para saber si se trata de individuos emparentados. De cualquier forma, el punto central de esta discusión tiene que ver con la posibilidad de que ciertos privilegios de grupo se transmitieran por la vía de la herencia y que los linajes que conformaban las antiguas elites de la región perpetuaran sus derechos con alegatos de tipo genealógico. ¿Qué tan minucioso era este recuento? En realidad es muy difícil saberlo, pero a medida que se segmentaban los linajes no es improbable que la lucha por mantener el mismo estatuto en la sociedad se acompañara de la necesidad de reivindicar cada vez con argumentos más sólidos su cercanía con el ancestro común. Es necesario decir que la vida en comunidad giraba en torno a los grupos de descendencia. No parece haber duda en cuanto a que la familia se concebía de manera extensa y que se construía con criterios de filiación que incluían a todos los individuos vivos que mantenían entre sí relaciones de consanguinidad. Son precisamente las implicaciones de este mismo sistema de parentesco las que hoy permiten a los indígenas totonacos de la región de Papantla referirse a su propio grupo étnico en términos de una familia por el sólo hecho de contraponerse –a manera de un linaje- con otros de lengua y costumbres diferentes. En fin, esta manera de concebir el parentesco toca por igual al mundo mesoamericano, aunque en El Tajín no queda claro si los derechos políticos de la elite se heredaban por vía de la madre o del padre.

---

ancestros de la tumba y los usaron como símbolos de su derecho hereditario a gobernar" (Lind, 1983:82). Aunque es evidente la existencia de una conducta ritual que determina la remoción de huesos particulares del esqueleto humano, no hay que olvidar que los procesos de segmentación de los linajes promueven por definición la multiplicación de los ancestros, los que en un momento dado pueden ser reivindicados en su conjunto como eslabones indispensables en el recuento genealógico que los separa del fundador. Dependerá estrictamente de la organización social, de los sistemas de parentesco y matrimonio, así como del propósito último de la demostración genealógica, las estrategias que cada grupo cultural tendrá como válidas para efectos de reclamar derechos concretos que sólo a través de la filiación y del recuento pormenorizado de los pasos generacionales pueden ser reconocidos por la comunidad.

Como veremos a continuación, el asunto es a todas luces central para comprender la forma en que los linajes accedían y se relevaban en el poder<sup>9</sup>.

### III

Fue justo en el ámbito de las plazas de las primeras ciudades de la región donde fueron colocados a manera de estelas los relieves que retratan la efigie de los más tempranos gobernantes. Usualmente representados de pie y con el cuerpo de frente, los que han llegado hasta nosotros sostienen en la mano derecha un báculo que remata a la altura del rostro formando un arreglo de círculos concéntricos, algo así como un abanico redondo, y en la mano contraria llevan una bolsa que suele hallarse decorada. Todos visten por definición como jugadores de pelota. Parte importante de la indumentaria eran sin duda las rodilleras, que también podían solucionarse a manera de ajorcas hechas de tela o con cuentas, además de brazaletes y collares que para esta época sería común que se fabricaran con piezas de hueso, concha, en ocasiones de barro y, en menor proporción, de piedras duras. En algunos casos se observa una faja ceñida al pecho que, si bien corresponde a una de las características del atuendo de los jugadores de pelota, no necesariamente se encuentra presente en todas y cada una de las representaciones del Clásico temprano. De hecho, sólo se advierte como tal en uno de los relieves de El Tajín, el que por otro lado ilustra la producción más antigua de esta serie si atendemos a consideraciones de orden formal y particularmente a las dificultades que presentó su ejecución en cuanto a la solución frontal de los diminutos pies. Hay que decir que este rasgo de los primeros relieves muy pronto se substituyó por su representación de perfil, al tiempo que aparecieron las volutas, mismas que otorgarían a las manifestaciones plásticas del centro de Veracruz su identidad definitiva (Fig.16).

---

<sup>9</sup> Whitecotton sugiere que los antiguos zapotecos habrían favorecido la selección de varones para designar al gobernante, por mas que en la Colonia algunas mujeres llegaron a ocupar la posición de *cacique* (1977: 156). No hay que olvidar que el poder y la autoridad, según el mismo autor, se estructuraban sobre idénticas bases de descendencia y de cercanía con el fundador del grupo. Fray Juan de Córdova dice en su *Arte en idioma zapoteco* (1578) que era preferida la línea del hombre y la primogenitura en los asuntos relativos a la sucesión. En el caso de los valles centrales de Oaxaca y quizá también en nuestra región el sistema era de carácter bilateral con un marcado acento patrilocal, es decir que la línea del padre establecía los derechos de residencia.

En una estela de Morgadal Grande, largamente conservada en la escuela de El Chote (Fig.17) hasta que fue trasladada al Museo Nacional de Antropología, puede observarse sobre la cabeza del gobernante una clase de tocado que servía para señalar el singular estatuto de los individuos de la elite local. Se trata de una especie de armazón rectangular, estrecho y aparentemente rígido en su construcción, que se ajusta perfectamente a la frente del personaje. A ambos lados y encima surgen atados de plumas extraordinariamente largas. En el centro, es posible distinguir un diseño, por lo regular el mismo en varios relieves del siglo III o IV de nuestra Era, que figura dos bandas entrelazadas, algo así como un nudo fuertemente apretado aunque, a decir verdad, todo el tocado parece elevarse a la categoría de un símbolo, el que por añadidura le corresponde a los gobernantes del Clásico temprano. En efecto, no sólo parece manifestar la autoridad de la que se hallaban investidos de antiguo, sino que semejante adorno debe estar en su conjunto por la institución política que representan. Tan es así, que este tocado es el mismo que portan los más tempranos tlállocs que conocemos en la región y cuya construcción icónica, tal como hemos dicho, no comparte todas y cada una de las reglas de la producción signíca teotihuacana en cuanto a la definición de su identidad simbólica (Fig.18).

Pero vayamos por partes. Es necesario dejar claro que las imágenes de estos gobernantes escaparon de su destrucción en múltiples ocasiones. Las que han sobrevivido, una mínima parte de las que seguramente debieron labrarse en un lapso algo menor de tres siglos, lo hicieron por razón de haber sido reaprovechadas –la mayoría ya en pedazos- como piedra común de albañilería. Es por esta razón que suelen aparecer descontextualizadas y pueden reaparecer eventualmente en prácticamente cualquier lugar de los asentamientos. Por otro lado, resulta evidente que por más que los relieves fueran solidarios en cuanto al tema de la figuración y hasta en la naturaleza de las insignias que portan los personajes allí representados, hay entre ellos una variación estilística importante que corre en el mismo sentido de la que exhiben los soportes hermosamente decorados de los vasos trípodes fabricados en barro. Si por su condición de reuso se hace ahora imposible fecharlos en los yacimientos de donde proceden, es importante señalar que aún queda la posibilidad de guiarse a través del estilo para proponer fechas

concretas a partir de las decoraciones características de esta clase particular de vasos cerámicos. Aún tratándose de objetos que surgen en la región en función de un cambio cultural que impacta precisamente a los grupos de elite, manifiestan todo un proceso de asimilación y luego de reelaboración local de un modelo cultural en principio extraño y de clara extracción teotihuacana.

Hay muchas cosas que sin duda deben y pueden explicarse en el litoral norte del Golfo, especialmente en la región de El Tajín, a partir de su interacción con Teotihuacán; pero el conjunto de hechos culturales que se manifiestan localmente en vísperas y durante los primeros dos siglos del período Clásico cobran tal fuerza expresiva que van mucho más allá de lo meramente teotihuacano al constituir en época temprana una experiencia única que sólo puede explicarse en la medida de la propia civilización de El Tajín. La trascendencia social de los jugadores de pelota, la proliferación de los corredores ceremoniales dedicados a este propósito, el señalamiento explícito de los gobernantes y la voluntad de hacerlos trascender al inmortalizarlos en la piedra, ponen en evidencia a una elite que por más que sus manifiestos corran en el sentido de la transformación, siempre busca equilibrarse en los mismos principios que tradicionalmente armonizaban a la sociedad. Por más que la forma refiera un innegable componente teotihuacano, hasta un verdadero esfuerzo de los grupos de linaje por colocarse en pie de igualdad con las prestigiosas elites del centro de México, el carácter de tales adaptaciones no hacen otra cosa mas que advertir repetidamente sobre la naturaleza estática de la sociedad y sobre la permanencia de un sustrato cultural originario de profunda raigambre. En lo personal me parece claro que la representación simbólica del gobernante expresa tanto a la comunidad en su conjunto como a aquella parte del sistema cultural que no admite concesiones y de la cual de alguna forma depende la civilización en su forma conocida. Su efigie es mucho más que una proclama de poder político. Es, en suma, un acto de afirmación de lo establecido.

El hecho es que la civilización de El Tajín crecía sobre la base de una economía de mercado y que la piedra angular de la gestión de tan antigua institución política era precisamente su capacidad para redistribuir las mercancías. Basta con poner en su precisa dimensión la empresa que significaba mantener en la llanura costera un flujo constante de obsidias

procedentes de la Sierra Norte de Puebla, particularmente de Altotonga en esta época, como para comprender la importancia de su papel en el Clásico temprano. Sin embargo, no es todavía clara la manera de accionar de las elites locales frente al quehacer comercial teotihuacano, en cuyas manos sin duda recaía el abasto de obsidias verdes traslucidas de la Sierra de las Navajas en la región de El Tajín. Tal proliferación de imágenes de gobernantes en asentamientos que para el Clásico temprano no muestran diferencias jerárquicas entre ellos, como es el caso de Morgadal Grande, Cerro Grande, La Concha y por supuesto El Tajín, permite suponer desde ahora que pudo generarse una cierta inestabilidad en la definición política del territorio y un consecuente acceso diferencial a las rutas de comercio y, por consiguiente, a los productos venidos de tierras lejanas. Es importante advertir que son estos mismos asentamientos los que más tarde y sin menoscabo de su jerarquía futura en el patrón de asentamiento, habrían de cumplir estas importantes tareas de redistribución.

Evidentemente es necesario construir indicadores arqueológicos confiables que permitan acercarse más y de mejor manera a la definición del estatuto político de estas primeras ciudades y de sus prístinos gobernantes en época anterior al surgimiento de un verdadero Estado territorial como fue sin duda el de El Tajín durante el Clásico tardío. Quedan muchas cosas por averiguar, en especial si Teotihuacán hizo las veces de un elemento integrador de la región y catalizador de las diferencias políticas locales o, si por lo contrario, estimuló las rivalidades entre los asentamientos y sus grupos de linaje. Por lo pronto es imposible establecerlo en definitiva, aunque podría trabajarse en el sentido de que los cada vez más complejos tocados de los gobernantes pudieron terminar siendo depositarios de una clase de información que ya no sólo remitía al carácter de su investidura, sino que iba más allá al hacer explícita su identidad y por añadidura la del territorio bajo su control.

Esta idea surge frente a una maltratada estela que retrata la efigie de uno de los más tempranos gobernantes de La Concha y cuyo énfasis en el tocado repite en otra de la misma época que actualmente se conserva en el Museo de Antropología de Xalapa (Figs. 19 y 20). De esta última desconocemos el lugar preciso de su procedencia, aunque la piedra arenisca de color amarillento que sirvió para labrarla fue obtenida casi con toda seguridad en algún sitio de la

formación geológica Mesones, directamente al sur de la gran ciudad de El Tajín. En esta última estela, tallada alrededor del siglo V o VI de nuestra Era, el escultor dedicó más de un tercio de la superficie para dar cuenta de un vistoso tocado donde destacan las cabezas de dos serpientes que miran en direcciones opuestas<sup>10</sup>. Ambos animales aparecen separados por intermedio de un círculo y enmarcados por un enorme rectángulo coronado con plumas. Como es de esperarse, el gobernante lleva un bastón y en la mano contraria sostiene de antiguo una bolsa hoy casi imperceptible. Por otro lado, el rostro es sorprendente en términos de sus relaciones estilísticas con la producción alfarera de la época teotihuacana. En el caso del relieve de La Concha el tocado prácticamente se ha perdido, en buena medida por razón de la fácil intemperización de esta clase de piedra mucho más suave y quebradiza. Con todo, aún es posible distinguir dos grandes círculos concéntricos que repiten dentro de este nuevo rectángulo la misma posición que ocupan los perfiles de las serpientes en el relieve de Xalapa. Aunque disponemos de poca evidencia, podría ser provechoso en el futuro insistir en esta misma línea de argumentación para intentar aclarar -hasta donde sea posible- el panorama

---

<sup>10</sup> Erik Velásquez y Guillermo Bernal me han hecho notar las extraordinarias semejanzas formales que existen entre el vistoso tocado de nuestro gobernante y el atuendo de la *Waxaklaj'un Ub'aah Chan*, "Dieciocho son las Serpientes de la Guerra", tan frecuente en la iconografía maya del período Clásico. En el caso de la Estela 7 de Piedras Negras el rostro del soberano emerge de las fauces abiertas de una serpiente igualmente adornada con plumas. El atavío era indudablemente de carácter militar y aquí es verdaderamente revelador el que sus orígenes en el mundo maya deban hacerse retroceder hasta el período teotihuacano de Tikal.

En efecto, a cada lado de la Estela 31 se labró la representación de un guerrero vestido a la usanza teotihuacana. Ambos personajes llevan puesto el tocado de la *Waxaklaj'un Ub'aah Chan*, además de sostener escudos rectangulares y lanzardos. De ellos, me interesa en lo particular el guerrero que se yergue a espaldas del gobernante, no sólo porque el escudo lleva inscrita la imagen de Tláloc, sino porque la forma que adquiere el tocado de la serpiente de la guerra sugiere que el rostro del soldado emerge directamente de la boca abierta del reptil. Es decir, la figuración de la mandíbula del ofidio baja prácticamente hasta tocar el cuello del personaje. Por otro lado, es clara la presencia de un rosetón en el centro del tocado, justo entre los ojos de la serpiente, y que Taube (1992) lo ha interpretado como la representación de un espejo.

Aunque no es mi propósito entrar aquí en detalles, creo que los elementos que aporta la figuración de los guerreros teotihuacanos de la Estela 31 de Tikal son suficientes como para suscribir la propuesta de que el gobernante de la estela del Museo de Antropología de Xalapa incorpora en su atavío el tocado de la *Waxaklaj'un Ub'aah Chan* y que dada su innegable adscripción a un contexto de elite fuertemente ligado al estilo cultural teotihuacano, el uso de tan singular tocado necesariamente debe interpretarse con el mismo sentido que ahora le reconocemos en área maya.

político de la región y el carácter hasta cierto punto autónomo de los asentamientos de aquella época.

#### IV

A este mismo momento del período Clásico, alrededor del año 450 de nuestra Era, también corresponde la estela de Cerro Grande y de la cual desafortunadamente sólo se conserva la mitad inferior del relieve (Fig.21). Sin embargo, todavía es posible seguir esta producción escultórica en varios relieves que originalmente se exhibieron en los edificios consagrados al juego de la pelota. La cancha quedaba enmarcada por muros formados con hiladas de sillares de arenisca perfectamente careados y unidos entre si sin la participación de cementante alguno. En cada una de las paredes y siempre ocupando la parte alta de las mismas, se labraban los diseños a manera de una banda que podía agotar el total de la superficie disponible del muro o limitarse sólo a su parte central. En ambos casos existía un fuerte sentido de simetría y de bilateralidad, esto es, lo que había de un lado del relieve se repetía en el otro y de igual manera sucedía en la perspectiva de los muros. La temprana introducción de paramentos verticales hechos con grandes bloques de piedra en el singular contexto de una arquitectura de tierra cubierta directamente por aplanados de mortero de cal y arena, probablemente tiene que ver con el peso de las pelotas de hule que se acostumbraban en el ritual y con el hecho de que durante el juego habrían rozado constantemente con los muros de la cancha. Una construcción hecha de tierra no ofrecía la posibilidad de generar muros verticales, ni tampoco presentaba la dureza necesaria como para resistir sin daños el golpe de la pelota. Además, el grosor de estos muros de piedra traduce su capacidad de resistir el considerable empuje de los volúmenes de suelo que constituyen el núcleo constructivo de las plataformas de cuya oposición surge el corredor ceremonial. Es necesario hacer notar que en el Clásico tardío las paredes de la cancha remataban con un talud relativamente amplio que servía, por causa de su inclinación, para que las pelotas regresaran al lugar donde se desarrollaba el juego. Sin embargo, no tenemos ejemplos de las edificaciones más antiguas, así que no es posible asegurar que ya estuvieran presentes desde época tan temprana.

Ahora bien, tallados en piedra de grano muy fino, los magníficos tláloc de Cerro Grande fueron labrados en una de las caras de los dos larguísimos sillares que los muestran, mismos que en la primera mitad del período Clásico se encontraban ensamblados justo en el centro de los muros de una remota cancha de juego de pelota (Figs. 22 y 23). Los ojos están formados por círculos concéntricos, la nariz es humana y aparece representada de frente. Portan una barra rectangular a manera de nariguera y en el lugar de la boca se forman tres grandes dientes aserrados. Sobre la cabeza hay un tocado que da origen a dos atados de plumas que se extienden a ambos lados de la cara. Los brazos surgen directamente atrás del rostro, se muestran abiertos y terminan en manos que empuñan grandes cuchillos de obsidiana. Probablemente fueron hallados en la Plaza Poniente de Cerro Grande y se suman a otro relieve de El Tajín que, pese a encontrarse muy dañado, permite reconocer la misma representación de esta importante deidad (Fig.24). La boca está formada por labios muy gruesos y aunque existe esta diferencia con respecto a sus similares de Cerro Grande, es perfectamente posible tenerlos como equivalentes y hasta suponer que en cierto momento era común que figuraran en los paramentos verticales de los juegos de pelota. A todo lo anterior hay que añadir que en el multicitado relieve de nuestro gobernante de El Tajín, los diseños de líneas y círculos que aparecen dentro de la bolsa que lleva en la mano izquierda sugieren el rostro estilizado de un nueva imagen de Tláloc. A decir verdad, no creo posible que la casualidad haya urdido semejante visión, menos aún si es que consideramos la vocación cultural de la elite que la produjo. En su interior pueden distinguirse, a manera de apunte, los elementos básicos de esta deidad. Dos círculos por las anteojeras y dos grupos de bandas, unas horizontales y otras verticales, por la nariguera y los dientes (Fig.25). De cualquier modo, no podemos ignorar que sus representaciones eran mucho más socorridas de lo que normalmente hemos imaginado y que se valían de muy diferentes vehículos de expresión. Hay que recordar el ejemplo de Vista Hermosa y el notable soporte de un vaso trípode de barro hallado por Wilkerson en la localidad de Jicaltepec, en la vecina cuenca del río Nautla (Figs.26 y27). Aquí vuelve a aparecer el rostro del dios de la lluvia visto de frente, con los ojos envueltos por párpados que terminan en ganchos. Sobre la



boca lleva una banda horizontal que en los extremos se curva hacia abajo así cuatro grandes dientes aserrados<sup>11</sup>.

El ejemplo de Vista Hermosa es realmente notable puesto que se trata de una figura humana de gran dinamismo que adquiere la postura que hemos señalado a propósito de los tlálocs de Cerro Grande. La solución del rostro es realmente cercana al último relieve de El Tajín por razón de que se ha desprendido completamente de los signos que identifican a la deidad. Por el estilo de su hechura más parece tratarse de una obra escultórica propia de del Clásico tardío, pero por más que muestre cambios significativos a nivel

---

<sup>11</sup> En otro estudio escrito hace más de quince años y que dediqué a *La Iconografía Arqueológica de El Tajín*, concluía a propósito del relieve que muestra, al decir de García Payón, "...una jamba o tablero" (1947:86) procedente de Cerro de la Morena, en la región de Misantla, que la imagen allí labrada se ajustaba perfectamente a las representaciones de Tláloc de la región de El Tajín:

"En un marco con fondo que representa las nubes se encuentra en relieve una figura humana con el cuerpo de frente y la cara de perfil; lleva en la cabeza un penacho de plumas y al frente un objeto de imposible identificación, por estar roto; el ojo izquierdo está rodeado del peculiar lente de Tláloc; lleva nariguera y en la boca colmillo y dientes; un collar en dos hileras y *máxtlatl* [faldellín] con adorno y sandalias; en la mano derecha sostiene un báculo y en la izquierda la bolsa *xiquipilli* " (García Payón, 1947:86).

Todavía hoy creo que esta primera aseveración se sustenta sin mayor problema (1990:138-141), aunque resulta indispensable precisar algunos puntos. En primer lugar, hay que decir que se trata de una estela y no de una jamba o tablero de un edificio, como supuso equivocadamente don García Payón. Por otro lado, después de tantos años, existen elementos suficientes como para declarar ahora que fue labrada durante el Clásico temprano, probablemente un poco antes del año 600 d.C. y que corresponde a esta misma serie de monumentos de piedra que se hicieron para honrar a los más tempranos gobernantes. El hecho de que el personaje aparezca aquí completamente vuelto de perfil no debe sorprendernos, puesto que sabemos bien que en las últimas estelas labradas en El Tajín representan a los gobernantes de idéntica manera. Sin embargo, lo que más me interesa por ahora es subrayar el valor del relieve de Cerro de la Morena en la perspectiva de esta tesis, puesto que constituye el único ejemplo que conocemos más allá de la región de El Tajín e incluso de la cuenca del río Nautla, donde se hallaba antiguamente la ciudad de El Pital.

El encontrar una talla en piedra de estas características en territorios relativamente alejados de El Tajín, por más que con el paso de los siglos habrían de convertirse en su área natural de influencia, presupone la necesidad de revisar con todo cuidado la posibilidad de que este modelo de unidades políticas independientes fuera común durante el Clásico temprano en buena parte de la llanura costera del Golfo, así como en las estribaciones de la sierra, y que sus vehículos de expresión cultural fueran equivalentes. Es decir, que a pesar de la reivindicación de los derechos políticos de cada una de las comunidades, todas ellas participaran de un mismo sustrato cultural cuyas manifestaciones más tardías llamamos ahora como cultura de El Tajín.

formal sigue expresando puntualmente el mismo haz de conceptos que se relacionan con sus representaciones más antiguas. Las manos se encuentran igualmente llenas con objetos, probablemente los mismos cuchillos, pese a que no pueden reconocerse del todo y el tocado vuelve a exhibir los larguísimos atados de plumas que son comunes a la deidad. Parte de la fuerza interior de la imagen deriva del hecho de que se trata de un alto relieve donde la figura verdaderamente sale del plano de la piedra. El recurso técnico era bien conocido en el mundo de El Tajín pero fue muy popular –por alguna razón que desconozco- durante un período relativamente corto que debe andar alrededor del siglo VII de nuestra Era. Para entonces las estelas de los gobernantes adquieren casi el aspecto de esculturas en bulto<sup>12</sup> (Figs.28 y 29).

Por otra parte, en el Edificio 9 de la Plaza Sur de Morgadal Grande fueron sepultados en una época tan tardía como lo es el Epiclásico los fragmentos de por lo menos dos grupos escultóricos que corresponden a distintos momentos del Clásico temprano y a diferentes etapas constructivas de uno o más juegos de pelota. Todos ellos terminaron reutilizados como piedra común y suman un total de siete grandes bloques de piedra (Figs.30 - 36). Labrados sólo en una de sus caras, se sobrepusieron buscando ensamblarlos de tal manera que embonaran perfectamente y que una vez juntos exhibieran los cuerpos entrelazados de dos serpientes cuyas cabezas de perfil probablemente remataban los extremos contrarios de los muros. En uno de los casos, todavía se distingue el arranque de un tocado que debía continuar en otro sillar que originalmente ocupaba la hilada superior y que lamentablemente no ha llegado hasta nosotros. Es importante recordar que de este mismo edificio proceden otros bloques de piedra que aunque no muestran relieve alguno seguramente participaron de ambos grupos escultóricos ocupando algún lugar por debajo del relieve. El tema central de la figuración fue exactamente el mismo y las serpientes se hallarían en toda época formando registros horizontales en lo alto de los paramentos verticales de la cancha.

---

<sup>12</sup> García Payón (1951) estaba convencido que el par de ejemplos que halló de ellas en la Pirámide de los Nichos de El Tajín, uno apenas representado por los pies del personaje, alguna vez ocuparon la parte alta de las alfardas de la única escalera del edificio. Sin embargo, hoy sabemos que esto es muy poco probable puesto que fueron con toda seguridad reusadas en la antigüedad como piedra ordinaria en ocasión de alguna de las reformas arquitectónicas que experimentó dicha construcción a lo largo del tiempo.

## V

La evidencia reunida hasta aquí debería bastar para probar la existencia de edificios dedicados al juego ritual de la pelota desde época muy temprana, pero el declarar su ubicación junto a los grandes basamentos piramidales cuya construcción se atiene estrictamente a los primeros tres siglos de nuestra Era, es algo que aún siendo muy probable no ha quedado -por lo pronto- suficientemente resuelto en términos de yacimientos arqueológicos concretos. Sin embargo, la posibilidad de que así fuera es siempre digna de tenerse en cuenta. De hecho la Plaza Central de Cerro Grande ofrece un magnífico terreno de prueba para estudiar la dinámica ocupacional de los espacios públicos del período Protoclásico y de sus marcadas transformaciones en el ámbito cultural característico del Clásico temprano (Fig.37). No hay que olvidar que el Edificio 4 de Cerro Grande tuvo que esperar hasta el siglo III o IV d.C. para que adquiriera la dimensión monumental que lo distingue y que, por otro lado, lo acerca a la volumetría de las gigantescas plataformas piramidales estudiadas por Wilkerson en El Pital. A diferencia de esta última ciudad de la cuenca del Nautla, sólo Cerro Grande en la región de El Tajín conservó prácticamente intacto lo que podríamos definir como un patrón antiguo en lo que toca al urbanismo local. Es decir, plazas de no menos de una hectárea de superficie, generalmente mucho más espaciosas, y edificios que pueden llegar a los 100 metros por lado. Aunque el Edificio 4 es realmente excepcional, la mayor parte de las construcciones de esta época presentan magnitudes algo menores. Resulta claro que el segundo cuerpo constructivo de nuestro edificio fue agregado comenzando el Clásico temprano o al final del Protoclásico y que en época anterior, posiblemente el Formativo tardío, mostraba un sólo cuerpo de unos cinco metros de altura que servía como enorme basamento a una serie de cuartos edificadas con paredes de barro y techados con palma tejida, pero definitivamente -no obstante la sencillez de su hechura- consagrados a un uso ceremonial. No sabría decir si sobre este gigantesco terraplén también se habría hecho espacio a un edificio dedicado al juego de la pelota, pero ciertamente ya existían en este momento dentro del entorno de la primitiva ciudad. A decir verdad, tampoco sabría que pensar sobre el lugar que ocupaban las estelas de los gobernantes, pero todo indica que ya las habría y que éste sería su ámbito natural.

En el caso de la Plataforma Norte de Morgadal Grande, que para el mismo período mostraba un arreglo equivalente al que hemos reconocido en Cerro Grande, quien se valía de una plataforma de tierra de unos 80 metros por lado con taludes formados por sillares burdamente trabajados (Figs.38 -41). En un nivel más bajo y junto al extremo oriente de la primitiva plataforma es probable que ya existiera un juego de pelota actualmente sepultado por el muy posterior Edificio 18. Los bloques de piedra habían sido colocados en su lugar antes del año 250 de nuestra Era y para inicios del Protoclásico, si es que no a finales del Formativo tardío, se amplió el basamento y se colocó una rica ofrenda de vasijas que son propias de la producción alfarera de esta época. Desgraciadamente las condiciones del suelo son tan comprometedoras en cuanto a la preservación de los materiales arqueológicos, particularmente en lo que se refiere a los restos óseos, que ha llevado varios años liberar una parte todavía muy pequeña del depósito ritual. No obstante, pese a la lentitud con la que avanzan los trabajos arqueológicos en el lugar, sabemos que en lo alto del basamento había un grupo de casas cuya disposición seguía las orillas de la estructura. Semejante arreglo permitía dejar libre de construcciones el centro de la plataforma y fue justo aquí donde se enterró la ofrenda. Como podrá verse, existía una forma precisa de alojar aquellos aposentos dedicados al culto, por mas que su aspecto general remitiera a las sencillas habitaciones de la vida cotidiana. Por otra parte, el caso de la Plataforma Norte es único puesto que es probable que de ella provenga la estela del Chote. En efecto, la piedra es en todos sentidos igual a la usada en los taludes, lo que además apunta hacia la tecnología de un período muy temprano y a su obtención en la misma cantera. El gobernante retratado en esta estela es sin duda uno de los más antiguos que conocemos en la región.

Es este momento singular de la civilización, mismo que se manifiesta en los depósitos arqueológicos conformados durante el período Protoclásico, el que constituye no sólo el antecedente directo sino la materia prima de la que habría de valerse la cultura de El Tajín en el Clásico tardío. De hecho, el modelo teotihuacano impactaría a nivel regional sobre elites que jamás renunciaron al ritual del juego de la pelota y que en todo caso aceptaron un cierto grado de transformación pero sin apartarse del sustrato cultural originario. Dicho sustrato, que a nivel cerámico ilustran las vasijas de nuestra

ofrenda, es el mismo al que debemos los grandes basamentos piramidales, las más antiguas edificaciones destinadas al juego ritual de la pelota, además de las estelas labradas, las que se ajustan -en mi opinión- al mismo patrón cultural que comparte Cerro de las Mesas, muy cerca de la Laguna de Alvarado (Stark, 1991 y 1997), y que definitivamente lo vincula con una serie de rutas comerciales que fluyen desde el sur de México (Lee y Navarrete, 1978), cruzando la región del istmo de Tehuantepec (Lowe, 1998), y por donde se habría difundido en época temprana la escultura de estilo Izapa, Chiapas (Daneels, 2005). La adopción local de las estelas y el uso de grandes bloques de piedra en la construcción de los paramentos de la cancha de los edificios consagrados al juego de la pelota pueden tener que ver con este proceso de carácter general que en el centro de Veracruz, tal y como lo ha explicado Daneels (1997), incide en la formación de una cultura característica del Protoclásico que se asocia desde los finales del período Formativo con la aparición de una clase dirigente en el seno de una sociedad cada vez más compleja. Por supuesto que hay un discreto componente cultural de filiación olmeca en la región, mismo que se manifiesta en vísperas del Formativo Medio en la esfera cerámica de la fase Ojite (Wilkerson, 1972). Sin embargo, son el surgimiento de Cerro de las Mesas y el desarrollo de la sociedad Epi-Olmeca en las montañas de los Tuxtlas el impulso que suscita entre los años 300 a.C. y 100 d.C. (Lowe, 1989) un verdadero cambio en la región y que probablemente imprime su mayor contribución a la cultura local en los primeros tres siglos de nuestra Era (cf. Ortiz, 1975 y Pool, 2000).

## CAPÍTULO II

## LOS LABERINTOS DEL PODER: EL NUEVO ESTATUTO DE LA CIUDAD.

Estos señores tenían gran orgullo de sus ancestros, porque de ahí les venía la prosapia.

Fray Diego de Landa, *Relaciones de las cosas de Yucatán* (1994: 108).

El final de la Era teotihuacana (ca. 650 d.C.) dio paso a un complejo proceso de redefinición cultural que estimuló, a lo largo y ancho de Mesoamérica, la expresión de manifestaciones con un fuerte sello regional. Se trataba de una profunda revisión del propio sustrato cultural, misma que ahora alentaba la reivindicación de capítulos completos de la cultura local, precisamente aquella que, heredada del Formativo superior, parecía haber enmudecido por tanto tiempo frente al auge de Teotihuacán. Fue entonces cuando la ciudad de El *Tajín* alcanzó la plenitud. Era justo el momento como para reinventar localmente ese patrón de vida civilizada que compartían tantos pueblos, de expresarlo desde una perspectiva única e irrepetible. No se trataba de renunciar a un patrón pan-mesoamericano, sino de acotarlo y definirlo sobre la base de aquello que a partir de este momento le sería propio.

Por supuesto, dicho proceso se acompañó de una nueva experiencia de orden político que en el litoral norte del Golfo de México seguramente produjo desencuentros entre las distintas ciudades. No es que no los hubiera tiempo atrás pero el papel que había jugado Teotihuacán no pudo ser repuesto en su totalidad. Con todo, pese a sus rivalidades, compartían un sustrato cultural común y supieron encontrar acuerdos en la forma de manifestarlo. Sin embargo, el equilibrio de las cosas se había trastocado y con la ausencia de la rectoría comercial que de alguna manera había ejercido aquella gran urbe del

centro de México por tantos siglos, había necesidad de replantearlo prácticamente todo.

El mundo se había convulsionado, por lo menos aquel pedazo de universo sobre el cual regía un puñado de gobernantes que ahora se veía forzado a revisar sus ancestrales estrategias políticas y comerciales. Muy pronto habría de cesar el flujo de la obsidiana de Altotonga y desaparecerían los vasos trípodes cilíndricos con soportes bellamente decorados. Aunque es posible que continuaran produciéndose hasta finales del siglo VI de nuestra Era, para entonces serían lisos y raramente pintados de color rojo. Los candeleros de barro se hicieron de lado y la obsidiana comenzó a llegar desde otros rumbos de la Sierra Norte de Puebla.

La sustitución de los yacimientos tradicionales de vidrio volcánico podría ir acompañada, si es que no la determinó por sí sola, de una suerte de fracaso comercial en el que se vio envuelta la vecina ciudad de El Pital. Hasta ella llegaban rutinariamente las mercancías de la sierra, las que bajaban la montaña bordeando el río Nautla, y por este camino se encausaría la mayor parte del tráfico comercial que se dirigía a tierra caliente. Las minas de Altotonga se hallaban justo a su paso y con esta obsidiana de color violáceo y relativamente opaca viajaría otra de aspecto traslucido y de color verde que se obtenía en la Sierra de las Navajas, no demasiado lejos de la ciudad de Teotihuacán y en la misma dirección hacia donde enfilaban las caravanas que regresaban de la costa del Golfo de México<sup>1</sup>. Si la enorme y cosmopolita ciudad de El Pital se extinguió como un centro mayor de redistribución estoy convencido de que se debió a una interrupción real de la ruta comercial del Nautla y a un reajuste profundo de los intereses económicos del oriente de Mesoamérica, los que terminaron dejándola de lado al reorganizarse las vías comerciales que se internarían en el bosque tropical. La sustitución de las fuentes de vidrio volcánico o, en su caso, la explotación intensiva de los yacimientos que durante los últimos tres siglos no habían tenido una importancia significativa para la fabricación de herramientas cotidianas, son un claro indicador de que el papel fundamental que desempeñó El Pital hasta

---

<sup>1</sup> Es revelador que esta obsidiana de calidad excepcional sólo volviera a ser objeto de intercambio hasta bien entrado el siglo XIII d.C. y en un entorno cultural completamente ajeno al de la civilización de El Tajín.



el año 600 de nuestra Era ahora quedaría relegado. Si tenemos por cierto que a partir del siglo VII d.C. son los yacimientos de Zaragoza-Oyameles los que surten la inmensa mayoría de la obsidiana que se consume en la región, entenderemos que su distinta ubicación en la montaña de Puebla haya favorecido el desplazamiento de las actividades comerciales de mayor relevancia social hacia la cuenca del río Cazonas y, por extensión, a los territorios que controlaba El Tajín desde tiempos inmemoriales. No se trata de la apertura de una nueva ruta comercial; no habría nada más alejado de la verdad que concebirlo así. Es desde mi punto de vista un asunto que tuvo que ver más con la balanza comercial y con un consecuente cambio en el equilibrio político de ambas cuencas. En efecto, las condiciones políticas y económicas que se generan en vísperas del Clásico tardío tras la destrucción del mundo comercial teotihuacano, más parecen inclinar el fenómeno hacia el lado contrario. Es decir, a medida que iban aumentando las actividades comerciales en la región de El Tajín irían disminuyendo proporcionalmente en El Pital y en toda la cuenca del río Nautla hasta adquirir poco a poco un carácter decididamente local. Ya Wilkerson había notado con toda razón que ambos asentamientos participan de la civilización de El Tajín en momentos muy distintos y en circunstancias diferentes (1994a y b). El Tajín toma a su cargo el liderazgo comercial del Clásico tardío, mientras que El Pital termina sujeto a su esfera de influencia al modificarse el panorama político de la llanura costera.

De cualquier manera, en una región de ríos caudalosos, los efectos adversos de una inundación podrían haber sido catastróficos para un asentamiento que como El Pital dependía del Nautla en todo los sentidos. Aunque históricamente sus plazas nunca han quedado anegadas por las crecientes del río, es clarísimo que el impacto en las actividades agrícolas pudo haber adquirido proporciones desastrosas, particularmente frente a la posibilidad de un cambio en la ubicación de su desembocadura. Es hasta cierto punto común que en aquella parte de costa los ríos y los arroyos modifiquen parcialmente su curso o hasta que muden de lugar para verter sus aguas en el mar. En algún momento del período Formativo, según el mismo Wilkerson, ocurrió esto último con el Tecolutla (1972) y quizá también con el río Nautla al mediar el período Clásico (1994a), lo que terminó llevándolo más hacia el sur y lejos de su confluencia original en el Estero Casitas. Por supuesto que un evento de

esta naturaleza, si es que coincidió de alguna forma con los trastornos comerciales derivados del final de la hegemonía teotihuacana, debió conducir a una crisis política de consideración. Pero por severos que fueran los efectos de las crecientes, las funciones sustantivas de la ciudad se hubieran reorganizado tarde o temprano, tal y como sucede hoy en día con la cercana población de San Rafael cuando queda bajo las aguas del río, aunque no sabría que decir en cuanto a los efectos adversos que pudo tener semejante aluvión en la región deltáica del Nautla en lo que toca a la magnitud del daño ocasionado en las áreas productivas de las que dependía la ciudad y al impacto ecológico a corto y mediano plazo. De cualquier forma, estoy convencido de que la ciudad no se ahogó con la creciente del río y que su suerte se relaciona más con hechos humanos que con los eventos de la naturaleza, no obstante que éstos últimos puedan adquirir de vez en cuando el aspecto de verdaderos cataclismos. El Pital con o sin fango sobrevivió y permaneció ocupado por largo tiempo. La ciudad terminó cobrando una nueva dimensión, ajustando sus funciones en una perspectiva que iría variando desde el tradicional enfoque regional a uno eminentemente local. Con menos población, se rehizo a nivel urbano en uno de los extremos del primitivo asentamiento para conservar a partir de ahora dimensiones mucho más discretas que en el pasado.

## I

A menos de cien kilómetros de aquí, situado sobre un lomerío que divide a las cuencas de los ríos Tecolutla y Cazones, se encontraba El Tajín (Fig.42). Para el siglo VII de nuestra Era se daba a la tarea de construir en el fondo de un estrecho valle una nueva ciudad. Donde alguna vez estuvieron los campos de cultivo, sobre los mejores suelos, ahora se alzaban edificios de piedra. Resulta claro que algo estaba sucediendo en la región, algo que iba más allá del inédito estatuto comercial del que ahora gozaba. Por siglos los asentamientos habían rehuido los lugares bajos y ahora El Tajín parecía desestimar todo aquello que en el pasado había mostrado la conveniencia de establecerse en sitios altos y bien resguardados. Hay que decir que El Pital era en cierto modo una ciudad abierta, aunque metida entre el río y las estribaciones de un pie de monte que gana mucho de la llanura costera. A pesar de ello, la posición de El Tajín no resulta menos extraña, bordeada por lomeríos y despejada de

cualquier altura hacia el sur, justo en la dirección del arroyo Tlahuanapa por donde se habría encaminado en toda época el tráfico comercial que se dirigía a la llanura aluvial del Tecolutla. Su emplazamiento es perfecto entre ambas cuencas; lo que en realidad sorprende es que para este momento ya se intentara colocar una ciudad entera a los pies del lomerío que había servido como núcleo original del asentamiento. Es claro que en las elevaciones que cierran tan angosto valle hacia el poniente se hallaba una prístina ciudad, particularmente activa entre los años 220 y 450 de nuestra Era, época en la cual se reformó en el punto más elevado del Cerro del Oeste una serie de cuartos que coronaban una inmensa plataforma de tierra flanqueada por un edificio dedicado al juego de la pelota. Como era lo usual, los cuartos contaban con paredes de barro y probablemente se hallaban techados con palma tejida. Es notable el hecho de que sobre algunas paredes fueran colocados finísimos enlucidos de mortero de cal pintados de color rojo. Sabemos que la ciudad del Protoclásico se extendió considerablemente durante la primera mitad del período Clásico, ocupando prácticamente todas las colinas del lado poniente. El centro del antiguo asentamiento es posible que se hallara en el ámbito de las plazas del Edificio de las Columnas, del Tajín Chico y del Edificio T, este último formado por un inmenso volumen constructivo cuyos antecedentes bien podrían hacerse remontar al Protoclásico. En lo que hace a la Plaza del Edificio de las Columnas, es posible establecer desde ahora que en su extremo poniente, justo donde hoy se encuentra un imponente talud de piedra con varios metros de altura, se hallaba en la ladera del cerro un terracedo que servía en el siglo III d.C. de asiento a varias casas edificadas con paredes de barro. Abajo, corre el mismo arroyo de temporal que más adelante cruza el pequeño valle de El Tajín antes de verter sus aguas en el Tlahuanapa. Para entonces la plaza sería un poco más pequeña y es posible que en el mismo lugar que ocupa actualmente el Edificio de las Columnas hubiera una plataforma de alguna manera similar a la que hemos descrito para el Cerro del Oeste. En el lado oeste de la plaza los depósitos arqueológicos del Clásico temprano se encuentran a no menos de seis metros de profundidad y contienen fragmentos de grandes vasos trípodes cilíndricos.

A esta época, es decir al Clásico temprano, y a este preciso contexto urbano corresponden los relieves de piedra que hacen suya la imagen de los más

tempranos gobernantes de El Tajín. Pero esta ciudad no bastaría para alojar las actividades inherentes a su nuevo estatuto político y comercial. De cualquier forma, como veremos en los capítulos que continúan, la elite local jamás renunció a su derecho de renovar en la misma sede los edificios de gobierno. Con sólo observar la manera en la que se condujo uno de los más afamados gobernantes del Epiclásico, podremos descubrir que con sus actos buscaba en realidad la afirmación de sus derechos políticos a través de legitimarlos públicamente. Para ello, (sin que entremos aquí en mayor discusión en cuanto a que si 13 Conejo estaba empeñado en construir un artificio político capaz de lavar su origen espurio, lo que dejaré al lector a su propio criterio) intentó alcanzar el reconocimiento y la aprobación social. Por un lado, declaró en los relieves del Edificio de las Columnas que los derechos que reclamaba para su persona emanaban de una fuente divina y que esta condición le otorgaba por añadidura un carácter decididamente sobrehumano (Fig.43). Pero semejante declaratoria aparentemente era insuficiente como para despejar cualquier duda posible en torno a su origen, así que decidió emprender un proyecto arquitectónico colosal en el punto más alto de la ciudad. Hoy sabemos que las tareas de albañilería no iniciaron sobre un terreno yermo, en un área baldía del asentamiento sino que por el contrario arrancaron en uno de los lugares más antiguos y revestido del mayor prestigio posible. En efecto, todo parecería indicar que su elección buscaba apropiarse simbólicamente de un espacio ancestralmente dedicado a las manifestaciones de la elite. Es decir, el Edificio de las Columnas –su obra emblemática- se sustentaría en el legado de todos aquellos gobernantes que habían construido hasta ese entonces la civilización de El Tajín (Fig.44). La manera en la que 13 Conejo resolvió disponer de esta primitiva plaza, por lo menos 500 años después de que se le ganara a la selva, refuerza la idea de que la vastedad de sus dimensiones originales, la formidable obra de terracedo que presupone su creación y el considerable volumen de los edificios que la ocupan, deban corresponder en sus orígenes al Protoclásico. Para el siglo X de nuestra Era no hubo en El Tajín ninguna otra obra que implicara un manejo semejante de volúmenes de suelo, sencillamente porque la escala de lo que ahora se concebía como monumental había cambiado. Las moles arquitectónicas del Protoclásico nunca más se repitieron en la arquitectura local, lo que no quiere decir que los edificios de otros tiempos no se adecuaron a los requerimientos de la floreciente ciudad. Por otro lado, llama la atención el hecho de que 13

Conejo se presentara a sí mismo de la misma forma en la que acostumbraban hacerlo los gobernantes de la antigüedad, esto es, como un jugador de pelota cuya casi absoluta desnudez adquiere en las columnas labradas de este último edificio un valor simbólico exactamente igual al que tenía en el pasado (Fig.45). Además, tan enfática promoción de su vinculación con Tláloc, la deidad tutelar de la clase política local, recalaba en una estrategia de argumentación que se fincaba muy lejos en el tiempo y que nuestro gobernante ahora tenía la necesidad de inmortalizar en la piedra.

No debemos perder de vista la importancia social que tenía de antiguo el Edificio de las Columnas, puesto que Conejo supo capitalizarla en función de sus alegatos políticos. Hay que subrayar aquí que el concurso de medio milenio de civilización no había alterado de modo alguno los principios básicos de la sucesión y de la conducta ritual inherente a los actos de gobierno. De hecho, es asombroso cómo se mantuvo durante el Epiclásico la percepción original de la institución política en su conjunto y fascinante la manera en la que se estructuraron los argumentos que legitiman los derechos políticos de este gobernante postrero de la ciudad. Las estrategias de demostración son en todo sentido idénticas a las socorridas en el Clásico temprano y ponen en evidencia a una sociedad altamente cohesionada. Por supuesto, la participación de un sistema calendárico, revelado aquí en la piedra, y la expresión ritualizada de los últimos hechos de guerra son a todas luces propios de este momento crítico de la civilización, aunque no se alejan de la voluntad de exaltación de la figura del gobernante. Lo que no quiere decir -por otro lado- que en el pasado el nombre de su linaje, así como sus éxitos militares, fueran desconocidos por la comunidad o que no apuntalaran de igual forma la eficacia de su gobierno. La novedad está en el haber proporcionado un sustento material a esta clase de información. Es éste y no otro el punto clave para entender la trascendencia política de esta novedad icónica. Por supuesto nada tiene que ver con la materia del discurso, pues se trata fundamentalmente del deseo de combatir la naturaleza efímera de la lengua hablada al eternizar las palabras en la piedra.

Por otro lado, los rituales de decapitación parecen ser mucho muy antiguos en la región y probablemente se relacionen en cuanto a la selección de las víctimas con los episodios militares en los que se veía envuelta la comunidad.

Coincidió con Daneels en que este ritual de sangre pudo haber tenido un efecto de unificación del grupo (2005:3), particularmente si es que el sacrificado terminaba haciéndose cargo de las ofensas proferidas por otra comunidad. Sabemos que los gobernantes de Cerro Grande decapitaban a sus enemigos en el siglo III de nuestra Era, si no es que desde épocas anteriores, enterrando sus despojos en el centro de las plazas y en un lugar relativamente cercano a la cancha del juego de pelota (Figs.46 -49). Los episodios de Vista Hermosa los representaron en la piedra con el cuerpo descarnado y sujetando del cabello la propia cabeza (Fig.50). No obstante, en el Clásico tardío se generó a nivel regional un silencio inédito en cuanto a las prácticas de decapitación ritual. Con excepción de un hermoso relieve de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, donde un cráneo se torna en pelota y donde manan serpientes como chorros de sangre del cuerpo sin vida del decapitado, no hay otro elemento en la ciudad que la refiera (Fig.51). Aunque ciertamente no era una costumbre que se hubiera extinguido, los escultores no volvieron a mencionarla por un par de siglos, hasta que en los relieves del Juego de Pelota Sur parece aludirse a ella cuando uno de los personajes envueltos en la escena coloca un descomunal cuchillo de obsidiana en la garganta de un individuo que yace sobre una piedra de sacrificio sujeto de los brazos por la espalda (Fig.52). En este último caso, el ritual se cuenta en tiempo diferente, esto es, antes de que ocurra la decapitación y no justo después de ella, como era lo usual en la manera antigua. El silencio, que sólo habrá de romperse al final de este período intermedio de la civilización, parece precedido por una época marcada por la inestabilidad política y cuya duración total acompaña por lo menos a todo el siglo VII de nuestra Era.

## II

Como se recordará, es justo en este momento cuando El Tajín habrá de inaugurarse como el principal gestor de las actividades comerciales que revisten, como en el caso de la obsidiana, un valor estratégico tanto para el mantenimiento de la ciudad como para la supervivencia de la civilización. Aunque tenemos muy pocos datos al respecto, no deja de ser interesante reparar en que una vez que sobreviene la ruina de El Pital y que se crea un vacío de liderazgo, todos los competidores capaces de hacerse cargo del rumbo comercial de la región no muestran diferencias apreciables entre ellos

en cuanto a complejidad urbana o especialización de las actividades productivas. Es posible que la ciudad de El Tajín fuera de tamaño ligeramente mayor al que entonces tenían Morgadal y Cerro Grande pero no hay nada que indique una diferenciación jerárquica sustancial. Más bien, todos los sitios que se ordenan a lo largo del arroyo Tlahuanapa, desde el lugar donde surge hasta su confluencia con el río Tecolutla, son muy parecidos entre ellos y ocupan el rango más alto de una tipología ideal de asentamientos activos en el Clásico temprano. Es esta uniformidad y el equilibrio de las manifestaciones políticas de las prístinas ciudades lo que hace pensar que el territorio se hallaba muy fragmentado y repartido en unidades políticas cuyo ámbito de decisión era estrictamente local. Por supuesto que interactuaban en vísperas del Clásico tardío, pero esto no significa que con ello renunciaran a su independencia. El dominio que ejercían sobre sólo una parte de la ruta comercial era, por lo visto, aquello que definía la magnitud real de su propia esfera política. La gran diferencia entre ellos, puesto que si la habría en este aspecto, se fincaba en el lugar desde donde interactuaban. Es decir, el control de ciertos puntos del territorio que resultaban ser cruciales para mantener activo el tráfico comercial o el dominio de áreas específicas, terminaban fortaleciendo a ciudades concretas. Evidentemente la vitalidad política y la eficacia administrativa podían disminuir si es que se modificaban las condiciones originales del área bajo su control. De manifestarse alteraciones severas en los itinerarios locales a consecuencia de estrategias comerciales ajenas a la llanura costera del Golfo, entonces la capacidad de reacción de las elites se vería disminuida en virtud de su participación sólo como intermediarios. Aquellas ciudades nutrían sus actividades comerciales a partir de los grandes circuitos del oriente de Mesoamérica, enganchando a las rutas mayores los productos de la región a través de operaciones de corto y mediano alcance. Como puede apreciarse el esquema favorecía una enorme fragilidad de las relaciones políticas y llevaba implícita la necesidad de revisarlas constantemente. Pero todavía más grave era el hecho de su dependencia económica con un modelo comercial que en buena medida respondía a los intereses teotihuacanos y sobre el cual no tendrían mayor injerencia. Las ciudades del Tlahuanapa en realidad sólo participaban de manera marginal, acomodándose a las variables circunstancias de la época.

Si para el Clásico tardío quitamos de este difícil escenario al único actor que promovía hasta cierto punto la integración comercial de la región o que por lo menos establecía límites concretos a sus diferencias políticas, entonces será sencillo imaginar el grado de adversidad con el que inició el siglo VII d.C. y si hacemos de la obsidiana un indicador confiable de la magnitud de los cambios que se introdujeron en los viejos itinerarios comerciales de la montaña, entonces resultará muy probable que hubiera ocurrido un conflicto de proporciones mayores que desembocara, luego de un período de ajuste, en un equilibrio económico sustentado en una realidad política inédita. ¿Qué tanto sabemos de la manera en la que ocurrieron las cosas?

El Tajín, como ya lo hemos dicho, invade sus mejores terrenos agrícolas para destinarlos a la construcción de nuevos edificios de la ciudad. Este sólo hecho, que en definitiva no corresponde a la conducta de la mayor parte de los asentamientos, por lo menos no de manera tan enfática y mucho menos en una época así de temprana, implica de suyo la substitución del área productiva de la ciudad. La explicación de tan amplia reforma urbana debe echar raíces en un conjunto de episodios que la preceden y que guardan relaciones evidentes con la obtención de tierras alternativas de cultivo, por lo menos iguales si es que no mucho más fértiles de las que ahora se deshacía. Por supuesto que bosques que talar o terrenos baldíos siempre los hubo pero las decisiones de gobierno suelen ir más allá y por lo regular no corren en el sentido de dejar lo más por lo menos, así que el único sitio cercano que podría haber ofrecido una verdadera situación de privilegio con respecto a los productos del campo no puede haber sido otro más que la llanura aluvial de Espinal, justo donde el arroyo Tlahuanapa vierte sus aguas en el río Tecolutla. Ya Wilkerson (1980) había advertido el valor estratégico de este lugar del río al plantear que precisamente aquí se hubiera desarrollado en el Clásico tardío una agricultura de tipo intensivo aprovechando las bondades de los suelos de aluvión así como sus altos índices de humedad. De hecho, Wilkerson no vaciló en señalarlo como el granero de El Tajín y en sugerir la orientación comercial de un cultivo masivo de cacao en sus riberas.

Por otra parte, al siglo VII d.C. le corresponde un fenómeno demográfico que se manifiesta como una interesante consecuencia de este proceso de reintegración política y económica de la región. Hay que decir que con el



inicio de nuestra Era se aclara la tendencia general hacia el aumento de la población. Aunque las ciudades del Clásico temprano participan de ella, dicho incremento probablemente tuvo algo que ver con su congregación en torno a los centros mayores. Es decir, el núcleo político del territorio ejerció tal atracción sobre la gente que no sería imposible suponer que la ganancia de habitantes no sólo se debiera a una alza real en la tasa de nacimientos sino que su misma prosperidad comercial favoreciera cierta movilidad poblacional en grandes porciones del territorio. Wilkerson ha explicado este complejo proceso como un rasgo característico del período Protoclásico en toda la costa del Golfo, el cual estimularía el crecimiento de ciertos asentamientos a expensas de la desocupación de otros (1994a: 17). Si bien es cierto que en el Protoclásico se verificó un cambio radical del patrón de asentamiento, al parecer eminentemente ribereño, para la primera mitad del período Clásico no hay evidencias de que dicho proceso tuviera una incidencia directa en el despoblamiento de ciudades concretas. En todo caso, lo que estaba ocurriendo impactaba fundamentalmente el ámbito rural y se traducía en una marcada movilidad de las poblaciones campesinas que ahora buscaban instalarse lo más cerca posible de los centros urbanos. Es justo el efecto de este nuevo patrón de residencia, el mismo que hiciera de El Pital la más poblada de las ciudades de su época, el que ahora se suma un tanto engañosamente a nuestros cálculos de población. No se trata de un nuevo cambio en el patrón regional de asentamiento; éste ya habría ocurrido en el Protoclásico. Aquí en realidad estamos frente a un reajuste donde si no me equivoco la población rural estaría acercándose a las ciudades y con ello propiciaría el surgimiento de asentamientos mucho más grandes y aún más compactos. Es precisamente esta condición de las ciudades del Clásico temprano la que refuerza junto con la proliferación de estelas de gobernantes nuestra percepción sobre la complejidad de las relaciones políticas y la facilidad de que desembocaran en desencuentros entre asentamientos de igual jerarquía constituidos en centros comerciales y por extensión administrativos de su propio territorio de influencia. El panorama cambiará de manera muy importante en el siglo VII d.C., particularmente después de que se concretó el nuevo estatuto político y comercial de El Tajín, puesto que en el Clásico tardío no sólo se registra un aumento exponencial de la población, sino que es posible atestiguar un repoblamiento del campo. Los materiales arqueológicos de esta época parecieran haber invadido todos los espacios del territorio. A partir de

entonces y hasta el siglo X de nuestra Era es justo el período en que la región se encontrará mayormente poblada, al tiempo que El Tajín acrecienta su capital político y comercial.

Los hechos culturales del siglo VII de nuestra Era son verdaderamente excepcionales. Marcados por su propia vertiginosidad habrían de convertir a El Tajín en el centro de su universo. La ciudad creció a expensas de la tragedia de sus adversarios: no me cabe duda que en un primer momento la guerra jugó un papel decisivo. Si por largo tiempo se había mostrado como un mecanismo eficaz para resolver las diferencias políticas de las elites, no creo que ahora simple y llanamente renunciaran a sus privilegios para favorecer la hegemonía con la que terminaría levantándose El Tajín. Por supuesto pudo haber acuerdos entre los linajes pero el tono general de la región siguió siendo por algún tiempo el de un conflicto de intereses. Para entonces los edificios de piedra de la ciudad ya habrían cobrado cornisas voladas, las que arrancaban directamente encima del talud sin que todavía mediaran las series de nichos que muy pronto habrían de convertirse en característica de la arquitectura local (Fig.53). Es probable que se hubiera dado forma a la plaza de la Pirámide de los Nichos y al Grupo del Arroyo, aunque los edificios no serían los que hoy podemos apreciar puesto que las grandes reformas constructivas del Clásico tardío terminaron por borrar prácticamente todas sus huellas.

Sobre los orígenes de la Pirámide de los Nichos en realidad no sabría que pensar, puesto que las conclusiones a las que han llegado García Payón (1951) y Brueggemann (2005) con respecto a lo que se encuentra en su interior son tan contrastantes que evidentemente alguno de los dos, si es que no ambos, deben estar equivocados. De acuerdo con el primero de ellos hay toda una subestructura, incluso precedida por una serie de pequeños edificios formados con taludes de piedra sin labrar. En cambio, para Brueggemann el edificio "... fue construido de una sola vez" (2005: 515) y parece estar convencido de que García Payón, al practicar un túnel horizontal en uno de los costados de la Pirámide, confundió con una subestructura los elementos propios del sistema constructivo del edificio. Pero curiosamente el mismo Brueggemann declaró haber encontrado en sus excavaciones "... un tiro vertical que va del último cuerpo de la Pirámide de los Nichos hasta el

primero. Aunque este tiro no llegaba a ningún lugar específico" (2005: 515). Hoy clausurado luego de concluir su excavación, sólo sabemos que dicho tiro se encaminaba en la parte más alta del edificio hacia un tramo de escalera perfectamente estucada y pintada de color rojo que extrañamente tampoco conducía a ninguna parte. Como podrá verse en la perspectiva de García Payón, hay muchos elementos, mientras que en la de Brueggeman en realidad no hay nada, por más que pueda percibirse un serio problema de interpretación en cuanto a lo que si existe (Fig.54).

Estando así las cosas, volvamos la vista al Cerro del Oeste donde en el ámbito de la Gran Plataforma tuvimos la oportunidad de excavar una estructura piramidal formada por un relleno de tierra muy compacto. La edificación puede fecharse sin ningún problema entre los años 580 y 680 de nuestra Era. Contaba con un aposento superior delimitado por muros bajos de piedra finamente encalados que continuaban a manera de paredes fabricadas con materiales perecederos hasta alcanzar la altura convenida. Es probable que el techo fuera de palma tejida y en el interior del cuarto habría un piso muy pulido de estuco que descansaba sobre una preparación de arena revuelta con gravilla de río. Es importante notar que la plataforma que le servía de asiento se componía de varios cuerpos arquitectónicos y que sobre los taludes de cada uno de ellos se colocaron cornisas voladas hechas con lajas de piedra arenisca acomodadas en saledizo. Por lo menos el interior del aposento se hallaba pintado con murales entonados en un color café rojizo recorrido a tramos por bandas azules que parecen formar parte de diseños geométricos, algo así como grandes recuadros, con los que se buscaba repartir visualmente el espacio del muro dividiéndolo en sentido horizontal. Además, es probable que la diferencia de anchura entre la pared de madera y el muro de piedra que la cargaba se remarcará en el aplanado de estuco a través de molduras y que la pintura la enfatizara por medio de esta banda de color azul.

Como puede apreciarse, los edificios públicos de la parte alta de la ciudad eran de hechura bastante compleja y decorados con murales y relieves escultóricos. Abajo, no hay razón como para suponer que las cosas fueran distintas y que las edificaciones que surgían entre ambos arroyos tuvieran un aspecto muy diferente. El mismo García Payón, encontró sepultados dentro del enorme basamento que sustenta al Edificio 5 los vestigios de varios

edificios formados por taludes y cornisas voladas. Aunque su descripción no es particularmente prolija en cuanto a su fábrica y a los detalles de sus acabados, el sólo hecho de que se organizaran sobre una plataforma de grandes dimensiones los acerca de manera significativa al contexto de nuestro edificio del Cerro del Oeste, el que se erige sobre los restos de sencillas edificaciones del período anterior y encima de una gigantesca plataforma construida en el Protoclásico<sup>2</sup>.

### III

Ahora bien, de la Pirámide de los Nichos proceden varias lajas de piedra bellamente labradas con relieves que retratan a un gobernante excepcional del siglo VII d.C. La ciudad no podía producir nada menos significativo en esta época en cuanto a discurso político. Tan magnífica serie de tableros comenzó a recuperarse en pedazos por lo menos desde mediados del siglo XIX, cuando la pirámide sirvió como pedrera a unos señores Juárez de Papantla. Tomó muchísimos años para que el conjunto se reuniera, aunque todavía sigue incompleto. García Payón localizó una buena parte durante sus trabajos de excavación y puso a buen resguardo los que ya habían sido llevados a la ciudad de Papantla, mientras que hará menos de una década que Brueggemann halló otros fragmentos que luego le permitieron a Castillo Peña (1995), partiendo del catálogo de escultura publicado por Kampen (1972), organizarlos y avanzar enormemente en la reintegración de las escenas. García Payón supuso equivocadamente que todos ellos se encontrarían

---

<sup>2</sup> Sólo hay que añadir que García Payón en los últimos años de su vida y por circunstancias que no vale la pena detallar aquí, intentó por todos los medios a su alcance echar hacia atrás en el tiempo los orígenes del asentamiento y por ello no vaciló en fechar el Edificio 5 a través de la "...cerámica teotihuacana" (1974:143) de los períodos I y II (cf. F. Müller, 1978: 70-76). Aunque es poco probable que los modelos culturales teotihuacanos se hubieran manifestado con tanta anticipación en El Tajín, particularmente las cerámicas del período I o fase Tzacualli (ca.0-150 d.C.), el que las haya encontrado en el relleno del Edificio 5 de cualquier forma no lo hace tan antiguo, puesto que por mas que los tiestos correspondan efectivamente a esta época su utilización en tareas de albañilería presupone que fueron trasladados hasta este lugar y usados en calidad de basura junto con otros desperdicios que generaba la ciudad. La condición de su antiguo traslado, como también la remoción de su contexto original, determinan por sí solas la pérdida de sus cualidades iniciales de marcador temporal. Así que lo que sabemos del Edificio 5 no nos permite hoy proponer una fecha anterior al siglo VII de nuestra Era y tampoco, a decir verdad, debemos esperar que en este espacio de la ciudad hubiera edificaciones públicas de mayor antigüedad.

alineados en la parte alta de la fachada principal del aposento que remata la pirámide. Si pensaba de esta manera es porque no creo que hubiera distinguido oportunamente que habían sido aprovechados como piedra vulgar de construcción luego de haber sido desmontados de sus soportes arquitectónicos originales. Como se recordará, se trata de una condición muy frecuente de los relieves escultóricos cuyos contenidos iconográficos terminan cancelándose en la perspectiva social, de tal suerte que sólo queda la piedra donde antes se reconocía un acto concreto de comunicación. El hecho es que la Pirámide de los Nichos es una fuente inagotable de escultura del pasado y no sólo de aquella relativa al siglo VII d.C.<sup>3</sup>.

Más allá de la confusión que prevalece en torno al conocimiento de la Pirámide de los Nichos, debo decir que el edificio es sin duda emblemático para la ciudad y que no me sorprendería que en la antigüedad también lo hubiera sido. Lamentablemente ni siquiera es posible dar cuenta del lugar donde estos tableros se mostraban en el pasado, aunque el hecho de que aparecieran relativamente juntos o rodados al pie de la pirámide sugiere la posibilidad de que aún permanezcan en el ámbito del asentamiento para el cual fueron creados. Aunque sabemos que otros grupos escultóricos más antiguos sí se disgregaron con el paso del tiempo, probablemente a causa de la constante manipulación de la piedra que los muestra, este último afortunadamente permaneció relativamente compacto y hoy constituye el más importante texto iconográfico que conservamos hasta el momento de esta etapa crucial de la ciudad.

Si nos aproximamos a estos tableros saltará de inmediato a la vista que son prácticamente cuadrados, con algo más de un metro por lado, y que los recorre un marco formado por una sucesión de rectángulos que llevan un círculo inscrito justo en el centro. Cada uno se relaciona con el que sigue a través de dos bandas entrelazadas solucionadas a manera de eslabones de una

---

<sup>3</sup> Por razones que desconozco, García Payón terminó por obviar una serie de consideraciones de carácter arqueológico y por ello hizo participar casi todos los relieves de la pirámide en la reconstrucción ideal de una fachada que no les pertenecía y de la cual además disponía de muy poca evidencia puesto que estos mismos señores Juárez de Papantla la habrían desfigurado mucho tiempo antes de que él llegara por primera vez a El Tajín.

cadena. Los personajes y diseños que aparecen dentro de tan estrictos enmarcamientos pueden llegar a rebasarlo, exhibiendo una de las constantes formales de la escultura del Clásico temprano. De los once tableros que han llegado hasta nosotros sólo uno muestra un tratamiento singular del marco y aunque presenta un idéntico patrón de diseño, no delimita la escena en su conjunto al hallarse ausente en la parte alta y baja del tablero. Esta diferencia quizá deba interpretarse como una señal de su desigual colocación en relación con la ubicación original de los otros relieves. El asunto es por demás interesante puesto que la escena que le corresponde probablemente gira en torno a un gobernante (Fig.55). Su representación no puede ser más conservadora ya que se encuentra erguido, con los pies vueltos hacia los lados y el torso visto de frente. La cabeza se muestra de perfil y porta un elaborado tocado que ocupa, conforme con la norma del período anterior, casi una tercera parte del espacio disponible para su figuración. Como era costumbre, el personaje sujeta con una de las manos una enorme bolsa y con la contraria, en lugar del bastón, empuña un objeto mucho más corto que termina en un arreglo de plumas que afecta la forma de un gancho. La naturaleza de este nuevo símbolo de gobierno se vincula con el que porta uno de sus predecesores y cuya efigie aparece sobre una de las últimas estelas que se labraron en El Tajín.

Conocida como Escultura 2 (cf. Kampen, 1972), puesto que se ignora el lugar preciso de la ciudad donde fue encontrada, constituye en todos los sentidos el antecedente directo del grupo escultórico que aquí nos ocupa (Fig.56). El rostro de este nuevo gobernante se muestra de perfil y aunque se ha deshecho de la bolsa, el brazo izquierdo conserva la posición que se le confería de antiguo para que estuviera en capacidad de poder cargarla. El bastón ha desaparecido para convertirse en una especie de paleta que sintetiza todos y cada uno de los elementos que solían referirse con el primero. Este último posee un mango que remata en un círculo poblado de entrelaces. El gobernante aparece dando grandes voces y el sonido de la palabra se convierte en vírgulas que surgen de la boca. Perfectamente ataviado como jugador de pelota, llama la atención el que porte un tocado con forma de cabeza de ave y de dimensiones mucho más reducidas de las que eran habituales. Hasta donde conozco, esta estela de carácter indudablemente transicional en lo que toca al estilo artístico pero también en cuanto a la

redefinición de las convenciones icónicas a las que se ajustarán en lo sucesivo las representaciones de los gobernantes de El Tajín, rompe con el uso de los emblemas que tradicionalmente estaban por la institución política que representaban. Además, aparece tallado en una esquina del enmarcamiento el perfil de cuerpo entero de un felino cuyo hocico se ha transformado en un exagerado pico de ave.

En la estela de Cerro de la Morena (Fig.57) puede verse en el marco, ocupando una posición equivalente, la cabeza de otro animal que aunque se encuentra muy borrada en la piedra probablemente cumplía de antiguo con el mismo propósito de comunicación. Estoy convencido de que frente a un número mayor de ejemplos terminaremos reconociendo un prístino intento por revelar a través de estas figuras la identidad específica de los grupos de linaje. Por lo pronto, no es posible afirmar que así sea pero basta con recordar los alegatos dinásticos de 13 Conejo para verificar que hubo un tiempo en El Tajín en el que también importaba hacer mención del nombre del linaje y no solo del origen sobrehumano de su grupo de descendencia. Ciertamente es todavía muy pronto como para establecerlo en definitiva pero es una idea que probablemente no debamos desatender en el futuro.

Ahora bien, si regresamos al grupo escultórico de la Pirámide de los Nichos encontraremos que sólo uno de los tableros se aleja del formato usual para valerse de una laja de arenisca rectangular donde toma forma la imagen del gobernante (Fig.58). Aunque el tablero se encuentra en pedazos y con varios faltantes, puede reconocerse sin mayor dificultad la escena en su conjunto y toda una serie de elementos iconográficos que pese al aspecto todavía temprano del estilo artístico lo meten de lleno en la gran tradición escultórica del Clásico tardío. El gobernante viste ropas muy sencillas pero no esconde las rodilleras que lo definen como jugador de pelota. En el brazo derecho lleva enrollado un lienzo y con la mano contraria sujeta algo así como una punta o un cuchillo de obsidiana. Lamentablemente la cabeza y la mayor parte del cuerpo se han perdido, pero no por ello el relieve es menos interesante en la perspectiva de la civilización que lo produjo. Queda claro que para el siglo VII de nuestra Era prácticamente todo está dado en lo que toca a las convenciones icónicas que habrán de seguirse en los textos de piedra y en los muros pintados de El Tajín. Por ejemplo, el personaje ha

adquirido en el relieve una postura mucho más dinámica aunque sigue estando de pie ahora una de las piernas se halla ligeramente flexionada y hay un discreto intento a nivel del torso de lograr una verdadera representación de perfil. Aun así, el relieve no busca proponer con el movimiento aparente de la pierna una acción concreta del gobernante, por lo menos no es la intención de este particular tablero.

Como veremos más adelante, a propósito de las posiciones que muestran los individuos que serán víctimas del sacrificio ritual, las piernas probablemente servían para expresar una dualidad de conceptos que todavía hoy mantiene cierta vigencia entre los totonacos de la Sierra Norte de Puebla y que tiene que ver con las distintas actitudes que asumen los dioses en los momentos de creación y después de ellos. Es decir, cuando sentados se disponen a recibir las ofrendas de los hombres luego de que estando de pie les concedieran toda clase de favores. Así que esta doble postura, vengo de pie mientras que permanezco sentado, resume el modo en el que se articula la relación de la comunidad con sus divinidades y por ello, no es de extrañarse que dado el carácter sobrenatural que se le atribuía a los gobernantes estos últimos también encarnaran una actitud que en principio sólo era esperable entre los dioses. Prueba de ello es que 13 Conejo se halla sentado cuando la cabeza sin vida de uno de sus prisioneros rueda hasta detenerse entre sus piernas, mientras que los soldados de El Tajín conducen de pie a sus cautivos hasta el lugar de su ejecución ritual.

Por otro lado, en este mismo conjunto escultórico que además muestra en otros tableros los empeños del gobernante por realizar acciones concretas en torno a una serpiente de forma y tamaño descomunal, lo que sin duda no tiene precedentes en la escultura del Clásico temprano, es posible reconocer la vigencia de un sistema de signos que opera en el sentido de los locativos y que en realidad no se aparta de las convenciones icónicas mayormente utilizadas en Mesoamérica para referir los elementos del paisaje (cf. Marcus, 1992) (Figs.59 - 61). De tal forma que los cerros se representan aquí por medio de una pirámide escalonada dibujada con profusión de grecas, las que además sirven para anunciar la tierra misma cuando son pisadas por los gobernantes. Hay bancos decorados con entrelaces cuyo asiento reproduce en los bordes la manera de las cornisas voladas y hasta representaciones



esquemáticas de aquellos edificios que las exhibían. En uno de los casos el gobernante aparece sentado sobre uno de estos signos que están por lo que se entendía de antiguo a través de la figura estilizada de un cerro. En el México antiguo era hasta cierto punto común que un poblado se concibiera en términos generales como un lugar alto y bordeado por un cuerpo de agua. La palabra náhuatl *altépetl* expresa justo esta asociación y los códices mixtecos la mantienen como parte imprescindible en la producción de topónimos. Tanto en la montaña de Oaxaca como en el Valle de México la figura esquemática del cerro aparece calificada por otro signo, regularmente la efigie de algún animal, cuando se trata de revelar el nombre de una población. La toponimia del México contemporáneo está llena de ejemplos de lugares cuyos nombres originarios incluyen el locativo *tépetl* en su construcción o *tepec*, es decir *tépetl* y la contracción del sufijo náhuatl *can* o lugar. El sistema es en verdad muy antiguo y frente a lo anterior no hay razón como para suponer que no operara de idéntica manera en El Tajín. De hecho, en este último tablero la figura del cerro aparece calificada por dos bandas entrelazadas cuyo significado también lo evocaban los gobernantes del Clásico tardío cuando cruzaban los brazos sobre el pecho, tal y como puede atestigüarse en los relieves del Juego de Pelota Sur y en las columnas labradas del edificio homónimo (Fig.62).

En este último lugar, el más alto de la antigua ciudad, aún es posible observar sobre una de las fachadas que rodean el patio un adosamiento bellamente estucado que reproduce justo la forma de una pirámide escalonada. Originalmente contaba con seis o siete cuerpos constructivos y sobre la pared, mirando hacia el vano, se hallaban las representaciones de cuatro guerreros modelados de pie con pasta de cal. Aunque a ellos como también a su excelente factura volveremos en lo siguiente, es oportuno señalar aquí su participación en este elemento arquitectónico que en época ya muy tardía reproduce uno de los signos icónicos que sólo a partir del siglo VII de nuestra Era habrá de encargarse de referir aquello que en la cultura occidental le es dado a los tronos. En efecto, la montaña escalonada, como los bancos finamente decorados con toda suerte de volutas, no son otra cosa que lazos que unen al gobernante con el territorio; son finalmente su asiento y por extensión el de su linaje. No hay que olvidar que los dioses, como también los hombres deificados, suelen hallarse sentados cuando se disponen a recibir las

alabanzas que son propias de su condición sobrehumana. Así que no podemos menos que imaginar a un remoto gobernante ocupando su asiento en lo alto de esta pirámide trunca mientras que lo resguardan simbólicamente un grupo de los soldados de El Tajín (Fig.63). Por supuesto que semejante visión se ajusta a un complejo ritual de elite que remite al nuevo estatuto que habría adquirido la institución política a partir del Clásico tardío y que debe correr paralelo al elaborado ceremonial representado en los hoy fragmentados murales del edificio como también en los relieves escultóricos que hacen suyos las columnas del pórtico.

En suma, la noción del territorio sobre el que se ejerce la autoridad del gobernante se traduce en el símbolo del trono. Es decir, en el asiento de todo aquello que personifica su investidura. El banco ciertamente no está aquí por la representación de la tierra como proveedora del diario sustento, por más que no pueda deshacerse del todo de su significado primigenio. Repasado con grecas y volutas en realidad advierte sobre criterios políticos y administrativos con los que se construye la comunidad en su conjunto, en particular aquellos que habrían servido para definir lo que le era propio.

A este respecto es particularmente ilustrativa la concepción que tienen los totonacos de Mecapalapa con respecto a un grupo de deidades menores – todas ellas exentas de la fuerza creadora que distingue a los verdaderos dioses- y que más bien se desempeñan como intermediarios entre las divinidades y los hombres. Estos seres igualmente sobrenaturales son los Dueños o Señores del monte, de los animales salvajes, de los manantiales y hasta de los hogares domésticos. Todos están al servicio de una pléyade de dioses secundarios entre los cuales figura el de la tierra que se le conoce con el nombre local de *Montizón*, el que rige sobre la superficie terrestre. *Qotiti*, el Dueño del Más Allá, es su criatura y hoy en día se le confunde con el Diablo puesto que gobierna en el interior de la tierra. En época prehispánica muy probablemente se desempeñaba como una deidad de la muerte; es decir no era otro que el mismísimo *Kalinin* o Señor de los muertos. En el excepcional estudio de Ichon sobre la religión de los totonacos de la Sierra queda claro que la palabra *Montizón*, que sirve en la actualidad para designar el aspecto exterior de la tierra, corresponde a una deformación del nombre náhuatl del señor de los mexicas *Moctezuma*, quien gobernaba desde la

ciudad de Tenochtitlan un vasto territorio que desde mediados del siglo XV de nuestra Era incluía gran parte de la Sierra Norte de Puebla (1973:146). El hecho de que todavía hoy se preserve esta designación para el Dios de la Tierra, revela con su nombre Postclásico –aún aceptando de inicio la posibilidad de que se sobrepusieran conceptos que no eran estrictamente equivalentes- la importancia del aspecto territorial en la concepción de las instituciones políticas del México antiguo. Además, el que el nombre del soberano substituya en pie de igualdad al de la deidad enfatiza el carácter sobrehumano que se reconocía en la figura del gobernante, convirtiéndolo en un "... intermediario entre las verdaderas divinidades y los hombres" (1973:103) y elevándolo –por lo menos- a la categoría de Dueño en la perspectiva de los totonacos. El asunto es interesantísimo, particularmente si revisamos las invocaciones a la Tierra:

Yo soy Montizón,  
yo soy Montizón-Hombre,  
yo soy Montizón-Mujer,  
ninguno me gana,  
no hay quien me doble.

Yo les tengo cargados,  
todos los cristianos,  
todo el Mundo,  
me patean. Se sientan encima de mí.  
Me tiran agua de nixtamal,  
se me cagan,  
se me orinan.

Pero no se acuerdan de mí,  
nada me dan de trago,  
no me dan de comer.  
No más quieren andar,  
no más andan paseando.

Ya me duele mucho la espalda.  
¡Cómo me chorrean!  
Cada día, cada día ...

(Ichon, 1973: 149).

Como podrá verse, existe un claro traslape entre la criatura ciertamente no humana que carga a la gente sobre su espalda, la superficie terrestre, y la personificación del territorio definido sobre bases político-administrativas. Si se trata de un traslape accidental promovido por un relajamiento de los conceptos originales o si en la antigüedad eran las caras de una misma moneda, es algo que no podemos deslindar suficientemente hoy en día. Sin embargo, es muy clara la brecha que permitió que terminara equiparándose al soberano azteca con el primitivo Dios de la Tierra. En lo personal, me parece que quizá más que una brecha hay en esta noción del suelo el espacio necesario como para reivindicar en ella, por supuesto apelando a la naturaleza sobrehumana del gobernante, su derecho a imponerse sobre un territorio dado. Finalmente su investidura lo convertía de alguna manera en un subordinado de *Montizón*, en una presencia divina que tal y como lo hacen los Dueños vigila y resguarda el territorio de la comunidad.

Entre los totonacos de Papantla, el vocablo *kestín* sirve lo mismo para referirse al lomo de un animal cualquiera que a la sierra misma<sup>4</sup>, puesto que el espinazo del primero, *lit'ucxa* (Aschmann, 1973:199) en sentido estricto, remite al aspecto que ofrecen las montañas si es que hacemos prevalecer la idea de un *Montizón* al que le "... duele mucho la espalda" por razón de cargar a todos los cristianos y que tendido en su inmensidad llega hasta topar con el mar (Ichon, 1973:148-149). Hay que decir que la concepción de la tierra a partir de un gigantesco animal no es única de la religión de los totonacos. En varios relieves de El Tajín el suelo se representa a manera de una sucesión de vértebras sobre las que pisan los personajes, aunque en la mayor parte de los casos aparecen de pie sobre una banda horizontal poblada de complicados entrelaces siempre resueltos de forma muy cercana a la que corresponde al signo de la pirámide escalonada. Los ejemplos de vértebras dispuestas en grupos rebasan el ámbito escultórico, donde también pueden observarse en el espinazo de varios personajes descarnados, para luego hallarlas modeladas en argamasa de cal en cada una de las alfardeas de la escalinata del pórtico principal del Edificio de las Columnas. Es decir, no hay a mi juicio una manera más clara de dejar constancia de la base territorial que

---

<sup>4</sup> La loma, la falda del cerro o la colina (Aschmann,1973:34).

habría de caracterizar a esta institución política a partir del siglo VII de nuestra Era (Fig.64).

No quiero extremar aquí, ya lo he dicho en otro lugar del texto, el valor de las analogías etnográficas con los totonacos de la Sierra, ni tampoco es mi intención uniformar el pensamiento simbólico de la civilización de El Tajín con los rasgos arcaicos de la religión de este grupo étnico. Sin embargo, no he querido privar al lector de la posibilidad de explorar la complejidad conceptual de la investidura de tan remotos soberanos al sólo presentarla a través de un análisis académico de corte antropológico. Si bien es cierto que el aspecto ritual sostuvo si es que en un principio no definió por sí sólo los poderes políticos de la elite gobernante (cf. Fox, 1977:32), la gran transformación del siglo VII parece en realidad promovida por una concentración inédita del poder político que se manifiesta en el dominio de un territorio mucho más extenso a través de mecanismos de administración altamente centralizados. La diferencia real con las ciudades del Clásico temprano estriba en que estas últimas ejercían un poder muy reducido sobre el territorio circundante, mientras que su fuente de riqueza derivaba fundamentalmente de aquellas actividades lucrativas relacionadas con el comercio. No parece existir un verdadero control de la agricultura de subsistencia y menos todavía una concepción clara de la provincia o *hinterland*. Tan tempranos asentamientos surgieron en un entorno político con una escasa centralización del poder y en condiciones de un alto grado de autonomía económica (Wiesheu, 2000:94). Las comunidades urbanas del Clásico tardío, en especial la ciudad de El Tajín, se habrían convertido en la sede de un Estado burocrático cuya estructura administrativa pronto generaría toda una jerarquía regional que, además de la capital del Estado, abarcaría a centros administrativos provinciales y locales. Muchas de las ciudades que se encontraban activas durante la primera mitad del período Clásico, si es que no desde siglos atrás, desempeñaron las funciones de estos nuevos centros urbanos encargados de la administración provincial. Morgadal y Cerro Grande ejemplifican este último caso, mientras que El Naranjal –un sitio satélite de Morgadal Grande y un incansable productor de vasos trípodes cilíndricos durante el Clásico temprano- sirve bien para ilustrar el nivel local de la gestión del Estado.

Los relieves escultóricos a los que hemos hecho referencia, los mismos que en pedazos proceden de la Pirámide de los Nichos, son textos oficiales de esta elite renovada que por primera vez en la historia de la civilización de El Tajín se ve en la necesidad de producir un discurso político diferente. En razón de la naturaleza de sus contenidos los asiste un grupo de signos icónicos de cuño reciente. Aunque no hay un rompimiento con el estilo artístico de la época anterior, lo que no quiere decir que no lo hubiera en el futuro, las volutas y los entrelaces que se asociaban de antiguo con la figura del gobernante se irán suavizando en trazos hasta adquirir con el paso del tiempo un aspecto mucho menos rígido, si es que no más cursivo. En dichos tableros las volutas ya han quedado incorporadas al repertorio de los signos terrestres, a tal grado que se genera una versión de ellas que integra en su diseño el perfil esquemático de una cabeza de serpiente. Hay que decir que estos amenazadores animales del bosque eran viejos socios de la iconografía local del poder político. Ya hemos señalado su presencia en los juegos de pelota y en las estelas labradas del Clásico temprano. En estos últimos relieves de El Tajín no tienen un papel menos importante, en particular la representación de sus cuerpos entrelazados, sólo que ahora también pueden aparecer formando un círculo perfecto, algo así como si a un par de cuerdas retorcidas se las abriera del centro, de tal suerte que las cabezas se entretejen en la parte alta de la circunferencia y las colas de ambos reptiles caen a los lados o se anudan en la parte baja. Es común que haya un banco decorado con volutas bajo las serpientes y que la imagen de perfil del soberano aparezca en el interior del círculo en posición sedente (Figs. 65 y 66). El significado de todo ello podría correr en el sentido de un emblema, el de la investidura del gobernante, y se mantiene vigente hasta finales del Clásico tardío cuando –no sin algunas variantes, aunque más de orden plástico que conceptual- se le representa en el Juego de Pelota Norte de la ciudad. En suma, los elementos estables de esta asociación de signos, más allá de las soluciones temporales de la imagen, son el trono, las serpientes con los cuerpos retorcidos y el retrato conceptual del gobernante en turno (Fig.67). En el Juego de Pelota Norte se sobrepuso al banco la figura de perfil de una enorme tortuga, para aclarar todavía más los lazos que mantiene el soberano con el territorio (Fig.68):

... los granos de *xambe* [maíz verde] caían en el agua y los pececitos corrían a tragarlos. En el mismo momento llaga una

tortuga y un grano de *xambe* cae en su caparacho. La tortuga volvió a su gruta con el grano sobre su espalda. Del grano de *xambe* brotó un niño que crecía sobre la espalda de la tortuga. La tortuga lo paseaba como hace una pilmama. El niño se entretenía en rascarle la espalda, tanto y tanto, que la tortuga acabó por enojarse.

-No me rasques, niñoito, si no te voy a dejar donde estabas.

-¡Si ya no quieres cargarme, tanto peor! Pero si te rasco es porque estoy tejiendo tu vestido, un bonito *quechquemil*.

Y vuelve a rascarla. Con el tiempo la tortuga siente que el niño le estorba mucho y le dice:

-Ya pesas mucho. Ya estás grande. Ve a buscar a tu mamá.  
Y lo dejó en la orilla del río.

(Ichon, 1973: 74-75)

Como puede apreciarse en este pasaje del mito totonaca del Dios del Maíz, la tortuga asume la condición de cargadora. Sobre su espalda germina un niño al que habrá de abrigar durante su primera infancia, hasta que termina en sentido estricto pesándole mucho. Su papel ciertamente se combina con el de *Montizón*, aunque su actitud parece ser más favorable a los hombres, tal y como si fuera una madre substituta, por mas que también se queje de tener que llevarlos a cuevas. Con lo anterior puede entenderse, aunque sea de manera muy general, la función de este singular animal acuático en la antigua iconografía de El Tajín, donde se le encuentra cargando sobre las espaldas el trono del gobernante, además de la representación de este último entre los cuerpos anudados de dos grandes víboras.

La identidad simbólica de la serpiente no puede ser más compleja, aunque si hoy nos parece así bien podría ser porque hemos terminado por perder su verdadera dimensión conceptual. En la religión de los totonacos de la Sierra permanece muy poco de los múltiples significados que seguramente adquirió en épocas pasadas. Hemos dicho que la figuración de sus cuerpos enredados

proporcionaron la materia prima para la elaboración de los diseños entrelazados que caracterizan el estilo artístico de esta civilización. También hemos anotado el temprano papel de las serpientes en relación con la investidura de los gobernantes y que es posible que el soberano se concibiera de antiguo como criatura de una primitiva deidad terrestre. Si hay algo que en este mismo sentido no debemos obviar en cuanto al pensamiento religioso actual de los totonacos, es que la serpiente cumple con el encargo de vigilar las milpas del poblado. Es decir, tiene la categoría de un Dueño o Señor y es aliado imprescindible del Dios del Maíz, por mas que también se le considere como el alma de dicha planta (Ichon, 1973: 156). Como podrá verse existe un aspecto terrestre innegable en las culebras. Aunque más adelante tendremos oportunidad de discutir su relación con la figuración de la sangre brotando a borbotones del cuerpo sin vida de los decapitados, no quisiera pasar por alto el que Aschmann haya registrado en su *Diccionario totonaco de Papantla* la voz *luhuán* para referirse a "los no totonacos, los que no hablan el totonaco" (1973:54) mientras que a la culebra la llaman *luhua* en su lengua natal. Desde el punto de vista lingüístico todo parece indicar que no hubo totonacos en la llanura costera del Golfo antes del siglo IX de nuestra Era (cf. McQuown, 1964), lo que resulta muy plausible en términos de la evidencia arqueológica, puesto que hemos localizado en tierras de El Tajín un entierro colectivo que podría contener varios individuos genéticamente relacionados con este grupo étnico. De cualquier forma, como veremos en lo que sigue, el sólo hecho de que participaran de un contexto ritual vinculado al sacrificio humano no permite sostener que tan antigua gente formara parte de una población nativa. Los datos que los señalan como biológicamente emparentados con los totonacos son altamente provisionales por más que su sepultura, ocurrida entre los años 840 y 860 d.C., coincida en términos generales con las fechas que nuestros colegas lingüistas han propuesto para el habla totonaca de la costa.

Al asunto del análisis genético de las poblaciones antiguas de El Tajín regresaremos en otro lugar del texto, pero aquí me interesa resaltar la cercanía geográfica que existe entre las selvas tropicales y los bosques de coníferas que los mismos lingüistas han establecido como el probable emplazamiento del grupo totonaco en el período Clásico (cf. Manrique, 1975). Si bien es cierto que por ahora no estamos en posición de saber hasta qué punto los



totonacos terminaron perdiendo su individualidad, entendida aquí en estricto sentido arqueológico, frente al empuje de la civilización de El Tajín, no quisiera por ello dejar de avanzar la idea de que en el habla de los totonacos de la región de Papantla quedara, aunque privada de sus valores semánticos originales, una forma en verdad antiquísima de nombrar a los otros, a los no totonacos, y cuya vigencia ahora sólo se sostiene apelando a la tradición, a la fuerza de la costumbre. Tengo la impresión -puesto que una afirmación en este sentido sería excesiva en mi disciplina- que las culebras por siglos han personificado a la otredad en la lengua de los totonacos, surgiendo de un referente cultural hoy olvidado y vinculadas con una forma ancestral de nombrar a El Tajín y a su gente, con quienes interactuaron por vía del comercio y hasta de la sujeción. No puedo menos que recordar aquí la posición de avanzada que tendría entonces la ciudad de Yohualichan, ubicada en el parteaguas de la Sierra Norte de Puebla, no lejos de la actual población de Cuetzalan, y construida a la manera de El Tajín con nichos y cornisas voladas. Además en esta sierra, en territorio de otros, por siglos se había obtenido el valiosísimo vidrio volcánico cuyo comercio en la costa reclamaba como una tarea de Estado la ciudad de El Tajín. Una cosa es que no hubiera una penetración real en la costa de grupos totonacos con anterioridad al siglo X de nuestra Era, como argumentan los lingüistas, y otra totalmente distinta es asumir equivocadamente que El Tajín no hubiera tenido contacto con ellos antes de esta fecha, lo que resulta francamente inimaginable teniendo a la vista los hechos culturales que caracterizan a esta civilización de tierra caliente.

Ahora bien, regresemos una vez más a los tableros de la Pirámide de los Nichos para descubrir que la solidaridad estilística que existe entre ellos no es lo único que los relaciona y que permite tenerlos como contemporáneos. El tema central de la figuración insiste en la exaltación del gobernante. Al observarlos en su conjunto es posible descubrir que se organizan en pares y que la escena labrada en uno necesariamente se repite en otro. Es decir, en su arreglo original se contempló imprimir un cierto efecto de simetría o de bilateralidad en su disposición sobre los muros que antiguamente los presentaban. Prácticamente ideados como si fueran espejos, siguen muy de cerca el propósito último de la comunicación cifrada en el posterior Juego de Pelota Norte. En el caso de los hallados en la pirámide, debieron ser por lo

menos doce tableros, de los cuales conservamos diez enteros o casi completos<sup>5</sup> y fragmentos de cuando menos otros dos. La serie incluye los dedicados a retratar la figura estática del gobernante; los que lo señalan en actitud de dar un salto sobre un reptil; otros dos que lo representan sentado en un trono y un último par que lo hace entre los cuerpos entrelazados de dos serpientes descomunales. Quedan sueltos, esto es sin encontrar su equivalente, precisamente el tablero donde el soberano hace del signo de un cerro –la pirámide escalonada– su propio asiento y el que lo muestra en posición sedente con el rostro cubierto por la máscara de la deidad tutelar, una forma local del ancestral Tláloc teotihuacano, mientras que con una mano sujeta a la altura del pecho un rodete perforado en el centro y en cuya hechura se simuló la piel de las culebras y hasta las vértebras (Figs.69 y 70).

No hay que olvidar que aquello que resulta ser contemporáneo en términos de la arqueología no significa que haya coexistido en el pasado. Es decir, que aún tratándose de productos culturales de una misma época, esta condición no los hace necesariamente simultáneos, por lo que no le es posible escapar de un referente cronológico expresado por una distancia temporal y no, como podría suponerse, por una fecha concreta. Habida cuenta de esta ambigüedad en la que nos acostumbramos a manejar los arqueólogos, es posible declarar que los tableros de la Pirámide de los Nichos son –tal y como hemos dicho– estrictamente contemporáneos y no debe quedar mayor duda de que todos ellos participaron del mismo ámbito urbano. Sin embargo, muestran entre sí sutiles diferencias estilísticas y hasta algunas de carácter icónico que señalan la posibilidad de que rija en su factura un discreto efecto temporal. Por un lado, aunque tengamos por cierto que en El Tajín se labraron estelas durante la primera mitad del período Clásico, la serie de gobernantes que hemos discutido en el capítulo anterior y que fue hallada igualmente descontextualizada en la Plaza del Arroyo, el Tajín Chico y la misma Pirámide de los Nichos exhiben una particularidad que bien podría ser única

---

<sup>5</sup> El Panel 5 de Kampen (1972) fue publicado como tablero 32 en el catálogo de Castillo Peña (1995:138-140) a manera de un dibujo reconstructivo que añade un segundo fragmento a la pieza original. Aunque sus propuestas de reintegración de los tableros de la Pirámide de los Nichos no sólo son bienvenidas sino que constituyen un importante avance en el conocimiento de la escultura de este período, resulta evidente que en el caso de este tablero en particular hay un error de apreciación en cuanto a la ubicación de este segundo fragmento.

de esta ciudad de la llanura aluvial de Coatzintla y que consiste en que sus representaciones fueron talladas sobre lajas enormes de piedra arenisca, algo que trasciende en los tableros que ahora nos ocupan aunque con formatos mucho más reducidos. Por otro lado, la cercanía temática de estos últimos con respecto a la abordada en el Juego de Pelota Norte, podría apuntar hacia un emplazamiento igual de nuestros tableros, además que su tamaño no difiere mayormente del que corresponde a estos últimos. Sin embargo, observan una diferencia notable que tiene que ver con la naturaleza de sus soportes de piedra. Mientras que los tableros de la pirámide se valen de lajas de arenisca, los del juego de pelota aparecen esculpidos directamente sobre paramentos ensamblados con grandes sillares, tal y como se venía haciendo desde el Protoclásico. Me queda claro que el uso de lajas acompañó la producción escultórica de El Tajín por largo tiempo, probablemente durante todo el período Clásico, y definitivamente no son estos tableros de la pirámide sus únicos ejemplos conocidos. Además, en los juegos de pelota de la ciudad suelen aparecer formando conjuntos de tres paneles en cada lado de la cancha, lo que no deja espacio como para suponer que todas las piezas de tan remoto grupo escultórico hubieran participado juntas en los muros de una primitiva construcción de este tipo. De hecho, como ya hemos anunciado, exhiben ciertas diferencias de orden formal que presuponen su concurso a lo largo el tiempo. Hay tableros que incluso parecieran esculpidos por una misma mano puesto que muestran un estado concreto de la producción signica local y hasta errores de ejecución idénticos en las proporciones o en el movimiento aparente de los brazos y piernas de los personajes, mismos que les confieren aquí prácticamente el valor de *motivos firma* en términos de su atribución a artesanos concretos<sup>6</sup>. Sin embargo, me interesa subrayar aquí, puesto que no

---

<sup>6</sup> Sir John D. Beazley (1947, 1956 y 1963) dio forma a un procedimiento de análisis -puntual y riguroso- capaz de permitir la identificación de los antiguos pintores de vasos griegos y etruscos, como también la atribución de una obra propia. El *método atributivo* opera sobre la base del reconocimiento de las combinaciones de elementos que tienden a convertirse en habituales, permitiendo -de este modo- definir gradualmente los hábitos de los artesanos, así como sus defectos. Por supuesto, no es de esperarse que aquellos artesanos -cualesquiera que éstos hayan sido- exhibieran un mismo estilo a lo largo de toda su vida. Los defectos pudieron superarse o por lo menos atenuarse. Sin embargo, los hábitos -la forma de apoyar el pincel al trazar una línea, la solución de los pequeños detalles, el mismo dibujo de las manos o la calidad del contorno- suelen ser mucho más resistentes al cambio, puesto que no operan en el mismo sentido de las transformaciones del estilo, de la manera de representar. De hecho, la identificación de la obra de un mismo artesano depende del haber aislado sus hábitos para

es mi propósito agotar esta discusión, la posibilidad de seguir por su conducto la manera en la que terminaron corrigiéndose en los tableros más recientes los muchos defectos de hechura de los primeros y cómo quedaron definitivamente resueltos los problemas de representación de la figura humana, además de alcanzar una absoluta claridad conceptual en cuanto a la definición de las entidades simbólicas y a sus reglas estables de combinación sígnica (cf. Pascual, 1990b y 2006a)<sup>7</sup>.

De lo anterior podemos sacar en claro que hubo una época en la ciudad en la que las lajas de piedra sirvieron como soporte a las representaciones escultóricas de los soberanos. Aunque la evidencia al respecto no reviste un

---

luego reconocerlos, como surgidos de una misma mano, en una producción artesanal igual y contemporánea.

La individualidad de un artesano permanece unida a los hábitos personalísimos que registran sus propias obras. Sin embargo, en una producción de grupo, las diferencias entre manos distintas pueden no ser suficientes como para señalar una obra verdaderamente individual. Una cosa es distinguir entre aquellos artesanos que compartieron una misma rutina artesanal y otra muy distinta es el descubrir en alguno de ellos una clara y precisa identidad individual. En ella subyace la creación intelectual y hace de ciertas obras el punto focal de una producción de grupo, no sólo por la calidad de la expresión artesanal, sino fundamentalmente porque constituyen una suerte de paradigma que comparten los artesanos de un mismo taller o de una misma escuela. Usualmente, se trata de la obra del *maestro*, de una producción que tiende a ser imitada, y en la cual es posible descubrir un orden preciso que no siempre puede reconocerse en la producción de sus discípulos, frecuentemente sólo incorporados a la rutina del maestro al convertirse en seguidores de su manera, pero nunca o sólo difícilmente en intérpretes de un orden impuesto (cf. Pascual, 1998c:29).

<sup>7</sup> Es interesantísimo el poder constatar en el tablero 28 cómo el signo del trono se origina en una representación esquemática de una estructura piramidal provista de cornisas voladas y quizá hasta de nichos. Sobre el basamento alcanza a distinguirse una suerte de respaldo que resulta a todas luces equivalente al que muestra el trono representado en el tablero 30, de tal suerte que es justo este uso original de la silueta de un edificio como asiento del soberano el que condiciona que los valores semánticos que se les asociaba de antiguo terminen trasladándose a los tronos y que estos últimos los manifiesten haciendo suyo el perfil de las cornisas voladas que caracterizan a la arquitectura local. Hay que decir que la figuración de los respaldos nunca llegó a cobrar carta de identidad en la iconografía local, tanto así que en los tableros más recientes de este mismo grupo escultórico dejaron de representarse. Sin embargo, la magnitud de las transformaciones que se registran en los textos icónicos de la Pirámide de los Nichos rebasan por mucho el ámbito individual de los signos para proponer nuevos patrones de combinación que incluso llegan al punto de la invención de funciones inéditas de signos. Este es el caso de los tableros 29 y 34 (Castillo Peña, 1995) donde el gobernante finalmente aparece sentado dentro de un círculo que rodean o que en realidad forman los cuerpos entrelazados de dos serpientes. Los elementos sígnicos de ambos tableros no se apartan de la concepción que privaba en el primitivo tablero 29 (Castillo Peña, 1995), donde por otra vía en cuanto a estructura sintáctica se había procurado generar un enunciado idéntico en cuanto a contenido.

carácter concluyente, es posible pensar en que se hubieran colocado por grupos sobre los antiguos muros de una o más canchas dedicadas al juego ceremonial de la pelota. Si es que en efecto fueron ideados para exhibirse en la misma edificación, entonces resulta muy poco probable que todos los tableros que conocemos hasta ahora participaran de ella al mismo tiempo, puesto que sus diferencias estilísticas -pese a que los marcos presentan un tratamiento igual- y sintácticas a nivel de la articulación de los signos, por más que no parecen registrar cambios de importancia en cuanto al contenido, hacen insostenible presuponer lo contrario. En todo caso, unos irían relevando a los otros durante el período que les corresponde en su conjunto y que pone de manifiesto el proceso de formalización estilística e incluso simbólica del arte escultórico característico de la segunda mitad del período Clásico. Tales substituciones o adiciones de nuevos relieves no fueron inusuales en el mundo de El Tajín y quizá el mejor ejemplo de ello lo ofrezcan los tableros centrales del Juego de Pelota Sur, donde se desmontaron los sillares originales para sumar a los viejos paramentos de la cancha ceremonial un nuevo par de relieves cuya figuración los acerca mucho a los temas y a la identidad estilística de las columnas labradas del edificio homónimo.

Por último y con relación a los mismos tableros que hemos venido estudiando, debo agregar que junto con ellos fueron encontrados varios sillares de piedra esculpidos con diseños sobre una de las caras y que en algunos casos parecen corresponder en cuanto al estilo de su ejecución a los tableros más antiguos de la serie. Su particularidad reside en la naturaleza de los grabados y en la posibilidad de que, tal como ocurre en el Juego de Pelota Norte, pudieran haberse organizado de antiguo sobre los muros centrales de una primitiva construcción consagrada al juego ritual de la pelota, donde quizá formaban parte del borde superior de dichas paredes a manera de cenefas que las recorrían a todo lo largo. Se trata de representaciones muy tempranas de un grupo de imágenes que parecen aludir a su papel entre las divinidades y que con el tiempo se convertirán –no sin cambios o añadiduras– en las entidades simbólicas más socorridas en el arte de la ciudad de El Tajín. Aunque sin aparecer en la sobriedad de la piedra esculpida del período anterior, es probable que desde entonces ya se les reconociera a nivel de la comunidad por su carácter sobrenatural, aunque son precisamente las transformaciones políticas tan acentuadas que experimenta esta civilización

del México antiguo en el Clásico tardío las que determinan su inclusión en la iconografía local. Es particularmente interesante el cuerpo descarnado de un hombre al que se le sobrepuso la cabeza de perfil de un animal fantástico que acusa el aspecto de un reptil (Fig.71). El tratamiento del ojo, donde destaca el abultamiento formado por el párpado o quizá mejor por el arco superciliar de la bestia, corresponde a una de las convenciones icónicas más estables y más representadas en esta parte de la costa del Golfo. De hecho, en las siguientes figuraciones de esta deidad de la muerte, mismas que encierran toda una lección de anatomía en cuanto al conocimiento del esqueleto humano, sólo sobrevivirá de este animal el ojo, ahora puesto sobre un cráneo igualmente humano. Parecen indiscutibles la vinculación de la bestia original o de sus remanentes en forma de ojo con la concepción de la tierra (cf. Pascual, 1990b). Su signo no sólo volverá a aparecer en contextos que la señalan explícitamente, entre volutas y bandas entrelazadas que se forman por el suelo o bajo los pies de los gobernantes, sino que cuando esta suerte de párpado aparece con un extremo rizado remite específicamente a la identidad de las serpientes y a uno de los símbolos por excelencia de los soberanos de El Tajín (Fig.72).

#### IV

La muerte, entendida como las causas que interrumpían la vida, ciertamente no se originaba en las entrañas de la tierra, pero es a ella -a la tierra misma- a la que sin duda se deben los muertos una vez que han sido enterrados. Sólo en este sentido es que el Señor de la Muerte queda hoy en día representado por *Qotiti*, criatura de *Montizón*, o el Diablo para los totonacos de la Sierra Norte de Puebla (cf. Ichon, 1973:147). Pero aun asumiendo un cierto grado de paralelismo con el pensamiento simbólico actual, en uno de los relieves de las cabeceras del Juego de Pelota Sur de El Tajín es clarísimo cómo esta misma figuración despojada de carnes participa de un sacrificio humano al literalmente caer desde arriba, quizá descendiendo del cielo. Lo anterior introduce la posibilidad de que se hiciera una distinción real entre el hecho concreto asociado con la muerte y el destino del individuo representado por su cadáver una vez sobrevinida su inhumación (Fig.73):

¿Quién es el de debajo de la Tierra?  
 ¿El de más abajo?  
 Esas gentes se pararon,  
 Esas gentes se sentaron,  
 ¿quiénes eran sus compañeras?

Les ganó el de Abajo,  
 Les ganó el de más Abajo.

¿Quién es el Divisador de la tarde?  
 ¿Quién es el que guarda todo?  
 ¿Quién es el que reboza todo?  
 ¿Quién fue a enredarlo?

(Ichon, 1973: 186).

En esta plegaria que se pronuncia justo durante el entierro y que forma parte de un complicado ceremonial que toma siete días para llevarse a cabo en todas sus partes, hay dos elementos por demás interesantes que vale la pena discutir aquí aunque sea de manera muy breve. El primero, aparece referido cuando el oficiante pregunta sobre la identidad del que llama en el rezo como el divisador de la tarde. Es decir, por aquel que mira en la dirección donde se pone el Sol, hacia el oeste, donde al atardecer pareciera que desciende hasta tocar la tierra para luego ocultarse en sus profundidades. El segundo se manifiesta al momento de enunciar las acciones que cumple el incierto personaje por el que se pregunta. Pareciera que es el mismo que dirige la vista hacia el ocaso, aquel que lo guarda todo, lo carga en un rebozo y el que además lo tiene enredado:

Adonde se mete el Sol,  
 Debajo de la tierra,  
 Vengo parado,  
 Vengo sentado.

Tú eres 17 Viento,  
 Tú eres 17 Remolino,  
 17 Aire Muerto,  
 17 Viento Negro.

Te vamos a envolver,  
 Te vamos a enrebozar,  
 No tienes por qué desenvolverte,  
 No tienes por qué desamarrarte.

Pues te hemos dado de comer,  
 Pues te hemos dado de beber.

(Ichon, 1973: 186).

Más adelante examinaremos las evidencias que tenemos hasta el momento sobre las costumbres funerarias de la civilización de El Tajín, de manera muy especial la de hacer un fardo muy apretado con el cuerpo del difunto. Hay que hacer mención de la obvia relación que existe en la lengua de los totonacos de la región de Papantla en cuanto a los usos del vocablo *sihuí* que sirve lo mismo para decir "lo hila o lo retuerce" que "lo enrolla en bola" o *maksihuí* (Aschmann, 1973:94). Lo anterior bien podría explicar, por lo menos en sentido amplio, la naturaleza de aquel al que en esta última plegaria se le apercibe para que no vuelva entre los vivos. Sólo queda suelto el significado de "enrebozar" cuyo verdadero sentido es en todo caso el de cargar a la espalda, tal y como lo hace una madre indígena con su hijo recién nacido. Aschmann, registra a este respecto la entrada *c'uc'á* para "lo carga, lo lleva a cuestras, lo echa en el hombro" (1973:16) y *c'uc'aná* para el "cargador" (1973:17), mientras que *k'ok'á* sería "una madre que carga a su niño, tiene niño o cuida a un niño de pecho" y *k'ok'aná* "la pilmama, la nana, la nodriza" (1973:34). El asunto no dejaría de ser oscuro si no fuera porque en una de las bodegas de El Tajín se conserva el relieve de otro gobernante que lleva "enrebozada" una figura humana descarnada y provista de un párpado exagerado. El lienzo va anudado al hombro, de la misma manera en la que lo hacen las mujeres totonacas cuando transportan con ellas a sus hijos más pequeños. Este excepcional relieve escultórico, probablemente contemporáneo de los últimos tableros de la Pirámide de los Nichos, es fundamental en cuanto a la noción que prevalecerá en lo sucesivo sobre los gobernantes de El Tajín (Fig. 74). A este mismo relieve nos hemos referido en otro lugar, al señalar cómo se articula un programa iconográfico que muestra al soberano en actitud de burlar a la muerte puesto que -viniendo



sentado, viniendo parado- al voltear la cara enfrenta al esqueleto que lleva cargado, tal y como si fuera su *pilmama*, de cuya boca surge una especie de "espantasuegras" que se estrella en los labios apretados del gobernante. Hoy día, si los vientos son nefastos se les llama *aires* y estos últimos se entienden como el vehículo de la enfermedad. Por otra parte, los totonacos de la región de Papantla le llaman *jajmaní* a ese aliento vital o saliva que se le echa a alguien para prevenir que enferme de espanto (Aschmann, 1973: 27). En la Sierra Norte de Puebla uno de esos vientos dañinos espantó a una niña, por lo que hubo necesidad –según relata Ichon- de levantarle el alma. José, el curandero del pueblo de Pahua, simuló con figuras recortadas en papel azul "...el alma de la enferma y el viento que la capturó" (1973: 340). Como podrá verse la pérdida sucesiva de las almas se entremezcla en esta particular concepción sobre la enfermedad y hasta de la muerte, la que sobreviene cuando todas ellas se caen o terminan por abandonar el cuerpo. La boca pareciera ser el lugar más vulnerable de los vivos, en cierta forma es aquí donde se equilibran salud y enfermedad, vida y muerte. A través de ella enferman los aires y por ella escapan las almas, la energía vital. En otra ceremonia totonaca relacionada con los difuntos se pregunta: ¿Quién es el Tapador de la boca? Puesto que de alguna manera todos llevamos enrebozada a la muerte, la cargamos hasta que al fin se presenta; lo más que podemos hacer para retrasar su inevitable llegada es mantener bien apretados los labios. Somos su nodriza, nuestros actos la alimentan y permanece a nuestras expensas mientras que no encuentre la forma de amenazarnos (cf. Pascual, 1990b).

En realidad, si concedemos que en efecto hay un cierto paralelismo con las formas del lenguaje ceremonial de hoy en día, es decir de los años sesenta del siglo XX, entonces tendremos que reconocer que por mas reticencias que tenga nuestra disciplina en cuanto al valor de hacer esta clase de analogías, hay algo en ellas que aunque de manera vaga y por demás general permite ahora descubrir en tan antiguo relieve la vocación original del texto icónico en su conjunto y con ello, acercarnos a los cambios que se habían generado en el discurso político que, sin apartarse del todo del uso tradicional de soportes monolíticos labrados con la efigie del gobernante, ahora no sólo lo señalan como tal sino que en este caso refieren según creo el hecho digno de conmemorarse en piedra de que habría burlado a la muerte. Si no me

equivoco, puesto que nuestra lectura ciertamente conlleva sus riesgos, este acto de celebración está acompañado de toda una serie de implicaciones de carácter político cuya trascendencia para la vida de El Tajín es tal que prefiero posponer por ahora el detenerme frente a su significado social. Prefiero estar en posición de reforzar por otros medios la conclusión que he avanzado a este respecto. De cualquier manera, es un hecho que la vida política de El Tajín había cambiado a grandes saltos y que también en el muy posterior Edificio de las Columnas se representó una figura humana de perfil que lleva cargada en la espalda, sujeta con una pieza de tela, a otra de menor tamaño que en esta ocasión no la enfrenta con el giro del rostro. El sentido es el de una procesión; por lo menos camina con ella a cuestas puesto que apoya por delante un bastón a la manera en que suele hacerse al andar por las veredas. El personaje es uno de los más ilustres de la crónica y en otro pasaje aparece nombrado con el signo calendárico 13 Conejo, aunque su individualidad siempre se señale a través de un manojo de plumas que le coronan la frente por intermedio de un larguísimo soporte que afecta la forma de un tubo muy delgado. Aunque ello prueba la estabilidad y la recurrencia de dicha convención icónica, no hay en este caso –por lo menos no en lo que todavía se alcanza a ver del relieve- ninguna alusión a la muerte enrebozada. Es decir, se mantiene el concepto de la pilmama pero en un ámbito distinto en cuanto al significado último de la acción que lleva a cabo (Fig.75).

Sin embargo, es el vistoso tocado que distingue a este personaje el que me permite ahora regresar al segundo de estos tempranos frisos de la Pirámide de los Nichos. Como lo adelantamos en otra parte del texto, son las plumas colocadas de igual modo las que también corresponden a esta nueva figura humana que vista de perfil lleva una lanza sobre la parte alta de la cabeza. La punta es triangular tal como lo eran aquellas de obsidiana que se usaron en las guerras de la antigüedad y que suelen hallarse en las excavaciones arqueológicas. Colocadas a un costado, casi a la altura del abdomen, se hallan las formas de dos bandas entrelazadas que se mezclan con una tercera que describe la figura de un círculo perfecto horadado en el centro y a través del cual se logra observar el nudo que mantiene atadas a las primeras (Fig.76). Es interesante hacer notar que entre el revoltijo de relieves en pedazos que han sido atribuidos a la Pirámide figura un fragmento de otro friso cuyo estilo de ejecución me hace suponer una hechura muy posterior. Aunque media una

buena cantidad de años entre ambos relieves, este último insiste en la representación del mismo individuo cuya identidad queda revelada a través de la lanza a pesar de que se ha desprendido del espléndido arreglo de plumas para sustituirlo por un hueso o un largo palo retorcido que recuerda mucho al delgadísimo canuto que lleva sobre la frente la figura anterior. Este nuevo elemento del tocado aparece sujeto por una cinta que envuelve la cabeza del personaje, mientras que en el centro del cuerpo puede verse el dibujo esquemático de un ojo que remite –tal y como ya lo hemos explicado- a la bestia que nos carga a todos y que en los rezos totonacos suele dolerse de la espalda. Este mismo personaje presenta un abultamiento en el vientre que, aunque más parece un recurso plástico del escultor para señalar el borde de las costillas, procura mostrar el abdomen vacío que caracteriza a los seres descarnados asociados con la muerte (Fig.77). En suma, el discurso icónico de tan remoto friso parece incluir la personificación de la guerra enunciada no sólo por la lanza sino por la muerte y la tierra misma.

El aspecto territorial que se concede a la guerra es fundamental para concebir correctamente el modelo político sobre el cual se desarrollaba el Estado en la segunda mitad del período Clásico y la verdadera dimensión de su significado social en el mundo de El Tajín. Hay que tener claro que la expresión religiosa de semejante personificación de la violencia no parece haber correspondido al de una deidad autónoma, puesto que en el Edificio de las Columnas aunque descende entre los hombres armado con dos saetas y un cuchillo de piedra idéntico al que entonces se usaba para el sacrificio humano, parece establecer cierta clase de dependencia con el dios tutelar de los gobernantes, quien ocupa por su lado un lugar en el friso que sirve aquí para dividir dos de las escenas que dan noticia de la saga de 13 Conejo (Fig.78)<sup>8</sup>. Este vínculo podría

---

<sup>8</sup> Hay que decir que tratándose de los relieves del Edificio de las Columnas, no sobraría preguntarse si es que este guerrero descendente provisto de saetas no participaba de la expresión simbólica del culto a *Tlahuizcalpantecuhtli*. Es sabido que para el siglo IX de nuestra Era los monumentos escultóricos de las tierras bajas del área maya y los de Tula misma estarían incorporando una iconografía que apunta hacia la emergencia un culto eminentemente militar. No sólo se trata de la representación de guerreros armados con lanzadardos, hay en ella una indiscutible conexión con Venus y con su comportamiento en ciclos heliacales. Aunque queda prácticamente todo por averiguar sobre las manifestaciones concretas de este culto de elite en El Tajín, Eric Velásquez y Alfonso Lacadena han podido identificar en tios del Edificio de las Columnas la secuencia completa de glifos que en el área maya corresponde a los ciclos del planeta Venus (2008: comunicación personal). Por otra parte, es revelador que en las colecciones de este mismo edificio existan ejemplos de cerámica maya producida en la llanura costera de Tabasco (Wilkerson, 2008:

estar expresado aquí por la separación que los totonacos de la Sierra hacen de tajo entre los dioses verdaderos y los seres de los cuales se sirven para manifestarse ante los hombres. En esta misma línea de pensamiento, la guerra difícilmente sería un Dueño pero claramente no se organiza entre las deidades que deciden sobre el destino de los hombres. Sin embargo, la guerra se produce por estricta voluntad de los dioses –por lo menos así se justificaba frente a la comunidad- y el hecho de salir victoriosa de ella mucho tenía que ver con la clase de designios que ciertamente no son de los hombres.

A pesar de ello, por más que la comunidad estuviera convencida de que los dioses la encabezaban en la batalla, sabemos bien que la guerra más allá de los discursos ideológicos que intentan justificarla es el mecanismo por excelencia del que se valen prácticamente todos los intentos de expansión territorial. Los motivos que la originan en realidad nunca han sido materia de los dioses e inevitablemente anidan entre los hombres, por lo menos en aquellos que en un momento dado de la historia han tenido la necesidad de afrontarla o de promoverla. La lucha pretende asegurar los intereses fundamentales del grupo dejando sin efecto cualquier tipo de rivalidad o de amenaza posible. En cierta forma, es un catalizador de las diferencias o hasta de los enconos políticos y una incansable promotora de riquezas. Acotada en episodios concretos puede llevar al fortalecimiento de la economía de un pueblo pero cuando se apodera de los tiempos regándose sin medida en el territorio, termina desgastando hasta derrumbar al más fuerte de los gobiernos. Por supuesto que entre los períodos de guerra se genera al final de las hostilidades un tenso equilibrio ciertamente no desprovisto de elementos de control que impone el vencedor, los que fácilmente pueden llevar a diversas formas de coerción o transformarse en una dominación absoluta.

---

comunicación personal). Es decir, hay elementos suficientes como para sospechar desde ahora que el culto de *Tlahuizcalpantecuhtli* pudo permear la conducta ritual de El Tajín.

## V

Cuando Cortés desembarcó en las costas del Golfo de México durante el primer cuarto del siglo XVI pudo atestiguar el beneficio que a manera de tributo reportaban a los grandes *tlatoani* del centro de México las empresas militares que por casi un siglo habían sostenido en estas tierras bordeadas por el mar. El Conquistador y sus soldados bien pudieron notar que lejos de desfigurar la economía de estas poblaciones obtenían ventaja de ellas al preservar sus formas tradicionales de producción y grabarlas con altísimos impuestos. La recolección de todo lo tasado quedaba al resguardo de una serie de guarniciones militares estratégicamente dispuestas en el territorio y que por causa del inmenso temor que inspiraban a la población nativa el soldado español evitó desafiarlas en su marcha a la ciudad de México-Tenochtitlan. Es interesante saber por la pluma de Bernal Díaz del Castillo (1962) que el Conquistador se enteró pronto del recelo y la inconformidad con la que miraba a Moctezuma la población que unos meses atrás le había dado la bienvenida en Zempoala o Villaviciosa, como diera en llamarla el cronista español, y serían justo sus muchas rivalidades las que terminaron inclinando la balanza cuando los totonacos al fin se le aliaron en amistad. Este hecho es sin duda trascendental si es que no define por sí sólo la Conquista de México, puesto que habría de repetirse con los indígenas de Tlaxcala para adquirir entonces proporciones devastadoras en relación con el resultado del sitio de Tenochtitlan. Además, es revelador en cuanto a la manera en la que en la época prehispánica se administraban los territorios sometidos. El que Cortés y sus hombres fueran bien recibidos por el *Cacique Gordo* de Zempoala, el Señor *Chicomcoatl* o 7 Serpiente, y el que este último tuviera entre su gente el poder de convocatoria necesario como para poder desafiar a Moctezuma con semejante acto de sublevación, no hace otra cosa mas si no poner en claro que lo asistía una importante dosis de independencia política derivada, entre otras cosas, de su distinta filiación étnica además de su inobjetable derecho a gobernar entre los suyos. Aun así, existía una sujeción real que se manifestaba en términos de una merma económica y de un franco antagonismo con quienes habían hecho de su tierra la propia y de la cual ahora se enriquecían.

Como podrá notarse el sistema de tributo que regulaba las relaciones entre ambos pueblos en vísperas de la Conquista no esconde su origen ancestral. No hay que olvidar que eran las guarniciones militares mexicanas las que garantizaban que la carga de los mercaderes llegara a salvo a su destino; finalmente por estos mismos caminos se movía el tributo y a través de ellos se nutrirían los grandes mercados de México y Tlatelolco. Así que no sería de extrañar que un arreglo en el mismo sentido hubiera operado en tiempos antiguos y que los inmensos estados territoriales del pasado funcionaran sobre esquemas de administración hasta cierto punto iguales. Aunque ciertamente El Tajín no tenía ni remotamente la magnitud del Estado que encabezaba Moctezuma cuando fondearon los barcos españoles frente a las playas de Veracruz, esto no significa que avanzado el período Clásico dejara de sorprender tanto por la vastedad de los territorios que dominaba como por la variedad de los productos que se movían en su área de influencia. Todo parece indicar que una vez consolidado en la llanura costera del Golfo terminó por apoderarse de la montaña garantizando por la vía militar el control de las fuentes de aprovisionamiento y el abasto regular de aquellos recursos indispensables para el mantenimiento de la civilización. Los siempre codiciados yacimientos de obsidiana nunca dejaron de atizar rivalidades y no sería descabellado el suponer que en la región de Zaragoza-Oyameles, rica en vidrio volcánico de excelente calidad, se rozaran continuamente los intereses comerciales de varios pueblos de la región. No cabe duda de que El Tajín llegó a hacerse de otras tierras y que fue capaz de imponer a otros su propio modelo económico.

En ausencia de evidencia directa en torno a las formas que revestía el tributo en la antigüedad, solo cabe señalar que su probable imposición a otros pueblos del oriente de Mesoamérica constituía, junto con el fruto de la rectoría comercial, una manera cierta de allegar cuantiosos recursos al Estado. Es significativo el hecho de que tan pronunciada transformación de la esfera política de la ciudad se acompañara de una introducción masiva de obsidias procedentes de los yacimientos de Zaragoza-Oyameles y que su consumo en la llanura costera se explicara a través de un sistema de tributación que en la montaña ponía énfasis en la materia prima y no sólo en el resultado del intercambio comercial. No dudo ni por un instante que la base gravable hubiera dependido de la calidad de los productos considerados como

exclusivos de cada región y que por razón de haberlos hecho participar en los tratos comerciales desde tiempos inmemoriales se conocían en todo su valor. Hay que decir que no hay entre los edificios que produjo esta civilización del México antiguo alguno que pudiera tenerse como dedicado al almacenamiento de grandes cantidades de artículos, lo que podría parecer una condición ineludible de la recaudación del tributo y un incuestionable indicador de su existencia en el mundo de El Tajín. Aunque otras civilizaciones de rumbos distintos del planeta contaban con bodegas en el área de los templos y en sus palacios, esta inequívoca expresión del manejo altamente centralizado de los recursos administrados por el Estado no va de ninguna manera en demérito de otras soluciones que aún revelando un mismo grado de concentración del poder político no conducían forzosamente a prácticas de acumulación como las que se verificaron en el cercano Oriente. Es decir, lo recaudado –si es que en efecto estamos frente a alguna forma de tributación- no necesariamente tenía que alcanzar a manera de un todo indivisible el mismo destino, puesto que su traslado se enganchaba a los itinerarios de los mercaderes y no sería improbable que su conjunto comenzara a diluirse por la vía del comercio al alcanzar las primeras ciudades de la costa. La diferencia con el Viejo Mundo quizá tiene que ver con la perspectiva que privaba en torno al tributo y con nuestro desconocimiento en cuanto a si en realidad había en esta carga impositiva una voluntad implícita de generar reservas estratégicas de ciertos productos. En el caso de una formación de tipo estatal cuya función primordial iba en el sentido de garantizar por todos los medios el abasto y la redistribución de aquellos productos que aún no correspondiendo al entorno natural de la costa se consideraban de consumo indispensable, dicha imposición no sólo aseguraba su regular suministro en tierra caliente sino que en lo que toca a la obsidiana es posible que se gravara con su explotación a varios pueblos de la montaña con el propósito de obtener las grandes cantidades de vidrio volcánico que requerían las ciudades del bosque tropical. Aunque no es imposible que se almacenara una cierta proporción de ella, definitivamente ésta sería mínima puesto que El Tajín había optado por el control de los recursos y hasta de los procesos de su obtención y no por la acumulación de grandes cantidades de productos en establecimientos urbanos bajo su administración.

En estas circunstancias, los mercados locales no sólo jugaban un papel trascendental en la vida de la comunidad, sino que resultaban ser el lugar donde en cierta forma se equilibraban Estado y sociedad. Por supuesto que la tarea de regular la oferta interna de los productos venidos de otras tierras era una labor que dependía del Estado, aunque paradójicamente este último terminó por convertirse en el mayor y en el más exigente consumidor de los mismos recursos que controlaba. Las cosas llegaron a tal punto que la obsidiana, a pesar de su indispensable uso doméstico, casi desapareció de las casas en el período Epiclásico para destinar entonces sus pocas existencias a la fabricación exclusiva de armas, particularmente de puntas para varios tipos de lanzas; la piedra pómez que se obtenía en el lecho de los arroyos que bajan de la sierra se agotaba con la sola demanda generada por las obras públicas de la ciudad e incluso el abasto de cal para efectos de la construcción no debió eximir del tributo a los asentamientos vecinos que en épocas pasadas habían sostenido alguna forma de rivalidad con El Tajín. De hecho, algo tan sencillo como era conseguir leña para preparar el diario sustento se complicó a tal grado que no dudo que frente a la merma ecológica que había sufrido la región ahora también figurara madera en las cada vez más largas listas de tributos. En suma, si concedemos aunque sea de manera general la vigencia de un modelo económico cercano al que aquí describo, entonces podremos confirmar en los datos arqueológicos que la base y el monto de la tributación no siempre fueron los mismos y que se ajustaban periódicamente a las cambiantes condiciones culturales. Variables como fueron la densidad poblacional o las diferentes magnitudes del territorio probablemente determinaban la naturaleza y sobre todo la cantidad de los productos que reclamaba el Estado por derecho propio. Es decir, no había mejor bodega para El Tajín que su área de influencia, aunque paralelamente a la gestión del Estado se llevaban a cabo diversas actividades comerciales que, por más que se verificaran en los mercados a su cargo, se encontraban perfectamente deslindadas y eran justo aquellas que ponían al alcance de la gente de la costa toda una serie de artículos manufacturados que procedían de lugares muy lejanos de Mesoamérica. Este es el caso de los raros cascabeles de cobre, de algunas obsidianas de Michoacán, de hermosas piezas de jade o de fabulosos espejos fabricados puliendo pequeños trozos de mineral de hierro y de toda una variedad de cerámicas de aspecto muy variado que se producían en distintas partes del actual territorio mexicano. Por otro lado, no hay que



olvidar que existía un comercio muy activo de productos locales y sobre el cual es probable que el Estado no tuviera demasiada ingerencia. En realidad, no era otra cosa que un intercambio formal de los excedentes que producía la comunidad y que se basaba en los granos de maíz, en verduras o en frutos, en aves o en perros de engorda, en vasijas de todo tipo y en vistosos textiles, por sólo pasar revista de algunos cuantos.

Como podrá verse, un modelo económico de semejantes características sólo pudo imponerse y prosperar a través de acciones militares que en la montaña condujeron al establecimiento de fundaciones coloniales cuyo aspecto inevitablemente recuerda al de El Tajín. La guerra nunca cesó. Por el contrario, es muy probable que aumentara sensiblemente durante el Epiclásico como un último esfuerzo del Estado por preservar su injerencia comercial y su derecho a señorear en tierras sembradas con magueyes en la montaña de Puebla.

Recuerdo una ocasión en que la doctora Patricia Hernández, colega antropóloga física, reclamaba con un tono de severidad a uno de nuestros alumnos de posgrado su pretensión de hacer creer al jurado que lo examinaba que los hombres jóvenes sacrificados ritualmente en la región de El Tajín pertenecían a la comunidad. Sus esqueletos los señalaban como individuos saludables, así que no sólo sería extraño sino hasta improbable en términos biológicos que una sociedad optara por deshacerse de ellos y no de los enemigos. Su errada suposición quizá tiene que ver con el hecho de que muchos de nosotros –quizá lo mismo suceda con varios de mis lectores– fuimos educados en la creencia de que las civilizaciones del México antiguo prosperaron en la paz, verdaderamente absortas por su inigual devoción a los dioses. En la actualidad las cosas no han cambiado mucho en cuanto a la percepción del pasado indígena, puesto que los textos que siguen usándose en la instrucción primaria de nuestros hijos apenas reparan en las guerras de la antigüedad y por supuesto guardan absoluto silencio en lo que se refiere a los mismos rituales de sangre de los que "...se admiraron mucho de tan grandes crueldades" (Díaz del Castillo, 1991:111) los primeros españoles.

Siendo así las cosas, no resultará extraño el poder constatar en los relieves del grupo escultórico de la Pirámide de los Nichos que el gobernante ha

terminado por deshacerse del tradicional abanico circular para substituirlo por una lanza con punta de obsidiana. Esta arma arrojadiza es el signo por excelencia de la guerra, mientras que la largísima vara que servía al soplillo redondo probablemente guardaba un significado distinto que quizá se relacione con el de las perchas engalanadas que llevan los totonacos de Mecapalapa cuando capitanean ciertas danzas. A esta clase de accesorio lo llaman *pupulan* o vara tronadora y suele hallarse construido con una pieza de madera hueca que sirve para colocar otra de cornisuelo en su interior. Arriba se fija una rueda hecha de abanicos de papel plegado sujetos por un armazón de carrizo. Ichon los refiere en su obra como *bastones-trueno* al suponer que mantienen ciertos lazos de carácter simbólico con el grupo de bastones y de sonajas que en época prehispánica servían para propiciar los favores de las deidades acuáticas, particularmente los del dios Tláloc (1973: 422-430). En cambio, las lanzas remiten a un nuevo orden de cosas, especialmente cuando aparecen en manos de aquellos personajes cuyos actos están por los de la comunidad en su conjunto. No debe quedar ninguna duda en cuanto a que la guerra se volvió en la segunda mitad del período Clásico en el denominador común de las relaciones políticas de El Tajín con los grupos de la sierra, particularmente con sus vecinos de habla totonaca con quienes es posible avizorar que fueran largas y sumamente complejas. Aunque no queda clara la composición étnica que prevalecía en la montaña ni su diversidad en los territorios de los que entonces se adueñó El Tajín, sí podemos tener por cierto que los altares de las ciudades de la costa se nutrieron con hombres jóvenes nacidos en la montaña y que todos ellos murieron como víctimas del sacrificio por decapitación. A ellos volveremos en lo que sigue del texto, pero por ahora me interesa resaltar aquí que a mediados del siglo VI de nuestra Era –si es que no desde mucho tiempo atrás– ya se enterraban las cabezas apiladas de los enemigos en altares dispuestos en el centro de las plazas más importantes. Para aquella época los altares se encontraban pintados de color rojo y contaban con una cornisa volada que servía de remate al único cuerpo arquitectónico del que se valen. Con el correr de los siglos esta práctica ritual finalmente se extendió a las mujeres y como veremos más adelante es posible que varias de ellas hubieran gritado su desesperación con palabras del totonaco. Este asunto de los enemigos vueltos objeto de rituales de sangre es fundamental si queremos examinar la manera en la que se desarrollaron las guerras y la posibilidad de que en un momento dado se hubieran recrudecido

al cobrar tintes de una lucha interétnica. Un vuelco como éste habría disparado el conflicto hasta llevarlo a sus máximas proporciones, volviendo insanjable cualquier tipo de diferencia política y convirtiendo el enfrentamiento en una rivalidad interminable marcada por la violencia. Este encono por el otro, por el enemigo invasor puede observarse en la conducta del "cacique" de Zempoala cuando a casi cien años de sujeción descubre en la figura de Cortés la oportunidad de quitarse de una vez el sometimiento en el que vivía su pueblo. Por supuesto que atinar hasta dónde escaló el conflicto con la gente de la sierra es algo que todavía no estamos en posición de hacer, no por ahora, pero si hacemos memoria de lo que hasta aquí hemos dicho y a la luz de lo que agregaremos en las páginas que vienen en cuanto a la identidad genética de los hombres y mujeres que fueron a morir a la costa, entonces resultará bastante claro que los intereses, si es que no los apremios económicos y comerciales de toda una civilización del México antiguo, se entrecruzaron en la montaña con una marcada voluntad de resistencia de los otros que a juzgar por su lengua quizá guardaron en ella una forma ancestral de llamar a los que no eran de su estirpe señalándolos como a las serpientes o *luhuán*. Por supuesto, resulta indispensable obtener mayor información en los altares de El Tajín antes de proponer en firme lo que por ahora sólo constituye una directriz de nuestras investigaciones en la región.

De cualquier manera, el grupo totonaco no parece haber sido el único en convertirse en antagonista de esta civilización, puesto que no lejos del río Tuxpan se encontraban los territorios de habla huasteca. Aunque a esto último volveremos en lo que siguen, es pertinente advertir desde ahora al lector que justo enfrente de Juana Moza, una isla del río, Ochoa (1979: XI y 1991: 208-209) halló un sillar de piedra arenisca labrado de conformidad con la tradición escultórica de El Tajín. El programa iconográfico que le corresponde no deja lugar a dudas en cuanto a sus antecedentes y resulta ser paralelo a otros muchos relieves esculpidos en la ciudad muy al final del período Clásico. El tratamiento de la figura humana es definitivamente producto de esta civilización por más que el estilo parezca diluirse por causa de una tosca ejecución. No obstante se ven cumplidas todas y cada una de las normas que exige el canon a pesar de que no le fue posible al artista dejar oculta en la talla su diferente extracción cultural (Fig.79). Esta salvedad ciertamente interfirió de modo decisivo en la hechura de las figuras humanas

que aquí se muestran, cuyos rasgos apuntan a la escultura huasteca de Huilocintla. Con todo, esta interesante lápida, como se acostumbra llamarla en la actualidad, no podría alentar por sí sola cualquier pretensión de hacer retroceder en el tiempo las relaciones entre ambas áreas de Mesoamérica. Si bien es cierto que las hubo en el Formativo (cf. Wilkerson, 1972), aquellas que por razón de su complejidad política llevaron a El Tajín al establecimiento de fundaciones coloniales debieron ser de naturaleza distinta al involucrar un período no exento de guerras. Este hermoso aunque inusual relieve debió pertenecer a alguna de estas nuevas edificaciones de frontera y no creo que fuera casual que en el ejemplo de Juana Moza la faja que ciñe el faldellín de los personajes allí representados se hubiera transformado en una cuerda, muy similar a la que llevan atada en la cintura los prisioneros de esta formidable ciudad en las columnas labradas del edificio homónimo. No obstante, los personajes usan rodilleras -tal y como corresponde a los gobernantes- y no hay que olvidar que en este mismo edificio las cuerdas no sólo sirven para mostrar la sujeción de los cautivos, sino que en el contexto apropiado logran establecer los nexos que tocan por derecho propio a los gobernantes con la divinidad tutelar. Queda claro que el valor simbólico de las cuerdas es central en la producción icónica del Epiclásico local, tanto así que en los mismos relieves del Edificio de las Columnas es justo una cuerda el vehículo para significar la sangre que mana del pecho de un enemigo.

No quiero extenderme innecesariamente en el asunto de los conflictos armados que sostuvo El Tajín en la Huasteca. Además debo confesar que tampoco es que sepamos gran cosa en cuanto a la manera en la que se desarrollaron en la región del río Tuxpan, pero sí es claro que estos episodios cobrarían su verdadera dimensión mucho tiempo después de que la sierra quedara bajo el dominio de El Tajín. Es decir, se trata de eventos que remiten a las postrimerías de esta civilización, la época en la que se edificó el pórtico del Edificio de las Columnas y en cuyos relieves –los mismos que dan cuenta de la saga de 13 Conejo- vuelve a aparecer una imagen que desciende con el rostro vuelto hacia abajo para tomar parte de la misma escena donde un cautivo cae herido al suelo. Esta nueva personificación de la guerra sujeta con una de las manos un par de lanzas y con la otra el cuchillo de piedra del que se valen los sacrificadores.

## VI

La ciudad de mediados del Clásico tardío no sólo se hallaba decorada con magníficos relieves de piedra arenisca, su enriquecimiento por vía del tributo y su incuestionable derecho a gobernar la estarían convirtiendo en una gigantesca urbe completamente pintada. Pero si las esculturas de este período han llegado hasta nosotros vueltas pedazos, qué decir de los frágiles murales que alguna vez recubrieron las paredes de los aposentos de la antigüedad. Sin embargo, fue esta misma conducta cultural que determinó el reuso de la piedra labrada en tareas de albañilería y que se proponía el reaprovechamiento de prácticamente todo lo que estuviera al alcance la que también decidió la fortuna de las obras pictóricas del período Clásico. Como escombros y revueltos con toda clase de basuras han ido surgiendo poco a poco los fragmentos de murales de otros tiempos. Unos recuperados en excavaciones arqueológicas y otros traídos a la luz como si se tratara de pedacería sin valor, son ahora los únicos testimonio de las excepcionales obras de arte que llegaron a exhibirse sobre los muros de los edificios de gobierno. Poblados de brillantes colores, aquellos que datan del siglo VII de nuestra Era reivindicaban como propio el mismo estilo artístico de los tableros que hemos examinado en esta parte del trabajo y que entre otras cosas alentaba el que las figuras representadas entre tan estrictos márgenes no desbordaran ocasionalmente cuando las larguísimas plumas de los adornos o alguna parte del cuerpo de los personajes no alcanzaba a someterse al enmarcamiento impuesto por el tamaño de la laja de piedra. En el caso de los murales eran las dimensiones de las paredes aquellas que servían para establecer los límites que se remarcarían a través de este singular artificio. De cualquier manera, los tocados sobrepasaron frecuentemente las bandas de color con las que se perseguía este propósito. El fondo solía ser de un cierto tono de rojo mientras que para las figuras se reservaba el empleo de colores verdes, amarillos y varios matices de azul.

En realidad los cuartos debieron ser magníficos y las escenas de los murales prácticamente saltarían al paso del espectador en un ambiente más bien oscuro cuya poca iluminación se debía a que la única fuente de luz era la puerta de entrada. No se acostumbraban las ventanas.

Tampoco las había en las casas de la gente común, puesto que no se le halló sentido práctico a calar los muros con aberturas para aclarar el espacio interior de las habitaciones. De hecho, si se deseaba la luz del día bastaba con salir a los patios, así que no sería extraño que se favoreciera un ambiente de recogimiento en el interior de estos lugares. En los templos de la ciudad incluso se buscaba que los techos se ahumaran y que las paredes quedaran completamente ennegrecidas por causa de los numerosos braseros que se tenían dentro. Recuerdo el caso de un interesante templo de la Plaza Sur de Morgadal Grande donde se optó por pintar de color negro el interior del aposento para lograr este efecto inmediatamente después de acabada su renovación arquitectónica. No obstante, hubo murales en tan sombrías edificaciones y fue este ambiente siempre enrarecido por la combustión de resinas de olor lo que produjo que hubiera necesidad de reponerlos con mucha frecuencia y que los más antiguos terminaran hechos añicos enterrados bajo el piso de los templos de factura más reciente.

Así, vueltos pedacería en el relleno constructivo de los edificios del Tajín Chico aparecieron por lo menos tres fragmentos de un antiguo mural que se ajusta a las formalidades del estilo artístico que en párrafos anteriores hemos hecho saltar de la piedra a las paredes pintadas. Uno de ellos es en verdad notable, no sólo en cuanto a la forma y a su excepcional colorido, también lo es en lo que corresponde al tema de la figuración, puesto que sigue muy de cerca los asuntos y la manera de los tableros de la Pirámide de los Nichos. Con unos cuantos centímetros por lado y apenas más grande que la palma de la mano, muestra el rostro de perfil de la deidad tutelar de los gobernantes de El Tajín (Fig.80). Pintado con la piel de color verde olivo queda señalado por un imponente ojo con la mirada vacía y bordeado por una ceja muy abultada. Del exagerado arco superciliar baja el lomo de una nariz humana en cuyo extremo inferior se reparte una banda de trazo sinuoso que termina en ganchos. Este último elemento hace las veces tanto de la bigotera como del labio superior de la deidad, puesto que de allí surgen los dientes y un poderoso colmillo. La mandíbula inferior apenas se conserva, así como la mitad de un vistoso tocado que originalmente se distribuía a ambos lados de la cabeza y que no reparaba en la abundancia de plumas. El fondo es rojo y como ya hemos advertido había un enmarcamiento formado por una banda azul muy ancha seguida de otra más delgada pintada de amarillo, el mismo

color que sirvió para agregar debajo del ojo una orla pintada a manera de los pétalos de una flor. Del lado izquierdo, en la dirección en la que mira la deidad, se halla una banda de color verde que describe formas ondulantes y un motivo de ganchos azules que parece ser un apéndice del marco. Es interesante observar el manejo de la línea negra del contorno, la que puede ser sencilla y de mediano grosor o doble de un dibujo finísimo, tal como aparece sobre el rostro de la divinidad. Esta solución es sin duda paralela a la que era común en la escultura y en los murales emula una proyección plana del aspecto general de los bajorrelieves de esta misma época<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Wilkerson (1990) también atribuye a García Payón su descubrimiento, sólo que lo hace proceder de las excavaciones que condujo este último en el Edificio A del Tajín Chico. Sin embargo, propone una fecha del siglo X de nuestra Era como la época probable de su hechura. Como podrá verse hay un desacuerdo importante en términos de cronología entre nuestras estimaciones sobre la edad del fragmento y las de mi maestro, aunque cada uno ha procedido por su lado de idéntica manera en cuanto a orientación metodológica. Es decir, ambos hemos fincado nuestras apreciaciones sobre la base del reconocimiento de los diferentes momentos de desarrollo del estilo artístico de la civilización de El Tajín, un tipo de consideración que debo reconocer que fácilmente puede teñirse de subjetividad y que suele modificarse con cada nuevo hallazgo.

Es por ello que en los últimos años he promovido junto con mi colega Darden Hood, director del laboratorio Beta Analytic de la ciudad de Miami, un programa de fechamientos absolutos dirigido a la pintura mural. Partiendo de la experiencia y de los resultados obtenidos por mi igual con los aplanados de la Italia medieval, intentamos adaptar a los morteros de El Tajín los mismos protocolos de investigación usados exitosamente en el caso europeo, compensando la falta de documentos históricos que los refieran con una batería de fechamientos adicionales por AMS en un grupo de muestras de carbón de la misma procedencia con el propósito de examinar la pertinencia de nuestros resultados. En todos los casos, primero en los de Morgadal Grande y después en los de El Tajín, se ha presentado una importante distorsión de las fechas, las que pueden ser medio milenio más antiguas que las esperadas. Hood y su colaborador Ron Hatfield creen que la explicación a ello debe relacionarse necesariamente con la presencia de alrededor de un 8% de contaminación producida por la participación de carbón antiguo o por un porcentaje igual de carbonatos de mayor edad presentes en las muestras de mortero (2006:comunicación personal).

Aunque los resultados ciertamente son desalentadores en cuanto a método y hasta pudieran parecer desconcertantes, el hecho es que es perfectamente posible que en la antigüedad se molieran morteros de desecho para incorporarlos a manera de cargas en la preparación de la mezcla destinada a los nuevos aplanados. Por supuesto, no es algo que normalmente pueda observarse a simple vista pero es interesante hacer confluír aquí otros datos de nuestras excavaciones que pueden confirmar esta explicación del laboratorio. Por un lado, es cierto que los morteros de Morgadal Grande llegan a contener trozos de aplanados en su interior, en ocasiones tan grandes que aún puede distinguirse la pintura que los recubría. Por otro, sin olvidar que desde siempre la civilización de El Tajín estuvo marcada por una cultura del reuso, quedan todavía por aclarar ciertas conductas al parecer exclusivas del Epiclásico y entre las cuales sobresale la orientada al reaprovechamiento de grandes cantidades de morteros de cal para sufragar ciertas exigencias propias de la vida cotidiana. Esta gente –no hay duda de

El lector podrá imaginar qué tan bella habría sido esta magnífica ciudad del período Clásico. Además era muy común que el exterior de los edificios de mampostería estuviera enteramente pintado, adaptando el color a los diferentes elementos arquitectónicos. Aunque en el siglo IX dominaban las tonalidades de rojo, las cornisas y las grecas escalonadas que decoraban los tableros serían azules. Sin embargo, tiempo atrás el amarillo, así como varios tonos de verde y azul, además del imprescindible color rojo, se alternaban en las elaboradas fachadas. Tanto era el derroche de color que en la escalera oriente del Edificio C del Tajín Chico los escalones fueron pintados turnándolos de amarillo y azul. Sin faltar alguno, se les trazó un marco de este último color, quizá un poco más oscuro, y en el interior se dibujaron toda suerte de líneas entrelazadas. Evidentemente el gusto por el color era en aquel entonces muy distinto al nuestro. Hoy quizá nos podría parecer hasta estridente, pero no hay que olvidar que en aquella época hubiera sido inconcebible mostrarse frente a un templo o a uno de los edificios consagrados a las funciones de gobierno sin que estos aparecieran engalanados de esta manera. Probablemente la carga conceptual que se atribuía a los colores explicaba sobradamente su presencia en los muros y si sumamos la participación de los característicos diseños entrelazados, los que desde tiempos muy antiguos solían vincularse con los manifiestos políticos

---

ello- desvestía de los aplanados a las viejas construcciones de cal y canto para después ayudarse con ellos en la preparación del *nixtamal*. Por increíble que parezca, ha sido posible demostrar a nivel experimental que estos materiales que se obtenían en los muros o destrozando los techos de antaño eran hasta cierto punto adecuados para usarse en el proceso de remover la cascarilla de los granos de maíz, aunque la cantidad de mortero que había de agregarse al agua era ciertamente mucho mayor que cuando se hacía de la manera acostumbrada, es decir utilizando cal viva. El biólogo Serafín Sánchez Pérez ha podido determinar en su laboratorio de la Escuela Nacional de Antropología e Historia que las muestras obtenidas en Morgadal Grande garantizan una reactividad suficiente al sumergirlas en el agua y que esto se debe a un apagado incompleto de la piedra viva de cal en el proceso que en primera instancia se siguió para volverla útil en los trabajos de albañilería. El uso doméstico que se hacía entonces de los pedazos de mortero, advierte de un empobrecimiento real en cuanto a la disponibilidad de los recursos más elementales y de la necesidad de reaprovechar al máximo lo que hoy podríamos tener por basura.

En lo que se refiere al fechamiento de la pintura mural, nuestros esfuerzos ahora se concentran en el enlucido, esto es en la delgadísima capa de cal con la que por último se recubría el muro y que constituía la superficie pictórica. Dadas las características de su hechura, considerándola incluso como parte misma del mural, resulta muy poco probable que se usaran desperdicios molidos en su fabricación.



del Estado, podremos entender de mejor modo los complejos significados culturales que se hacían patentes con ellos. No es en ninguna forma ocioso traer aquí a la memoria el carácter sagrado que se confería por lo menos al color verde y a su gemelo azul (Figs.81 y 82).

Es sabido que las lenguas indígenas por lo regular no distinguen entre ambos colores cuando se trata de nombrarlos, pero entre los totonacos de la región de Papantla el asunto parece ser muy distinto, puesto que en el habla cotidiana suele distinguirse perfectamente entre ellos. Por un lado, la palabra *xtacni* sirve para designar el verde, aunque en realidad se refiere más a las plantas cuando brotan o verdean y sólo por extensión al color del follaje<sup>10</sup>, mientras que *sp'up'oko* se usa para dar nombre al color azul (Aschmann, 1973: 99 y 136). Pero esta gente distingue perfectamente entre sus valores tonales, de tal manera que cuando muy claro se dice *sp'up'ucu*, si se trata de un azul más bien grisáceo se preferirá el término *lhp'up'oko* (Aschmann, 1973:57 y 99). Es interesante que a la bruma o a las nubes se les llame de esta misma manera y que incluso el puma -una clase de felino americano- adquiere nombre a partir de la coloración de su piel (*lhp'up'okon*). Evidentemente el ámbito del significado del azul es muy complejo. Hoy en día se tiñen de este color las figuras de papel picado que se emplean en la celebración de diversos rituales. Además, puede valer aquí como prueba de la distinta identidad de estos colores el hecho de que en la Sierra Norte de Puebla los cuatro *truenos* principales, uno alojado en cada punto cardinal, tenga su propio color: "...rojo al este, amarillo al norte, azul al oeste y verde al sur" (Ichon, 1973:43), lo que adicionalmente introduce una diferencia en relación con los valores cromáticos que dominaban el cosmos en la versión de los mexicas y donde el verde o el azul no se asocian con rumbos definidos del universo. Si volvemos una vez más a la palabra de los totonacos de la costa encontraremos que al cielo -"...la atmósfera, el espacio o el infinito" (Aschmann, 1973: 6)- se le nombra *akapún*, donde el prefijo *aka-* señala a "algo asomado, saliente o extendido de donde está sujeto" (Aschmann, 1973: 5), como son las ramas al tronco de un árbol o el asa a un jarro, y *p'un* que está por el significado de germinar o nacer una semilla o por ejemplo, salir un

---

<sup>10</sup> El adjetivo *xtaccha* sirve entre los totonacos para calificar a la fruta cuando madura sin cambiar su color verde, tal y como sucede con los aguacates (Aschmann, 1973:136).

diente (Aschmann, 1973: 86). Cuando está a punto de llover se dice que el cielo azulea y con ello resulta clara la idea que de su inmensidad nacerán gotas de agua. En suma, con el mismo deseo de no extremar el valor de estas analogías, me basta por ahora recordar el carácter descendente que adquieren ciertas deidades en la iconografía de El Tajín cuando bajan desde lo alto para hacerse presentes entre los hombres y que esta capacidad germinadora del cielo podría quedar aludida por su color característico en los edificios que se destinaban al culto.

No me extrañaría que esta última idea pudiera incomodar a alguno de mis colegas a causa de su naturaleza deductiva y por el hecho cierto de que su único acicate son las reminiscencias de un pensamiento simbólico ancestral que apenas se revela a través de la palabra de los totonacos. De cualquier forma y sin que con ello intentemos declarar que la civilización de El Tajín es un producto cultural totonaco, no es remoto pensar que en la memoria de esta lengua pudieran guardarse –hasta cierto punto sucios y claramente fragmentados a causa de un innegable efecto de distorsión ejercido por el paso del tiempo- los restos de una manera muy antigua de percibir el mundo y de razonarlo. Si me equivoco no dudo que habrá quien me lo señale, pero el propósito de estas analogías no es la exactitud, puesto que hay en ellas un sentido mucho más modesto y que sólo pretende servir de ilustración a otras formas de explicar la realidad perceptible.

Lo que es un hecho incontrovertible es que la ciudad continuó creciendo y se consolidó en lo político hasta volverse un inmenso Estado territorial de cuya fama sin duda debe haber oído toda Mesoamérica. Hacia el siglo IX de nuestra Era el complejo de pequeñas esculturas que hoy conocemos con los nombres de *hachas*, *yugos* y *palmas*, llamadas así sólo en función de su aspecto y no porque sepamos mayor cosa de los valores rituales que se les asignaba de antiguo, fueron llevadas a territorios tan distantes como son varias ciudades del mundo maya (cf. Jiménez Moreno, 1966). Aunque volveremos a ellas en el capítulo siguiente, cabe señalar desde ahora que la piedra que solía usarse para labrar las piezas destinadas a los mercados más lejanos era regularmente de una dureza superior a la que ofrece la arenisca y generalmente talladas en roca metamórfica obtenida en buena parte en la montaña de Veracruz, entre el Cofre de Perote y la capital del Estado. Esto no

significa que no se fabricaran con materiales más suaves, pero quizá por razones de orden práctico derivadas de las exigencias de un comercio a larga distancia prefería excluirse todas aquellas labradas en lutita o areniscas de grano muy fino que por las características de la piedra podían fácilmente fracturarse durante el viaje. No me sorprendería que en el futuro pudiéramos comprobar que en la vertiente oriental del Cofre de Perote se hacía la mayor parte de estas esculturas, por lo menos de aquellas que se valen de rocas metamórficas o inclusive de basaltos y andesitas. En relación con los complicados relieves que exhiben, sólo puedo agregar que siguen puntualmente el estilo y los temas de la iconografía de El Tajín, aunque ya Proskouriakoff se había percatado de que es muy posible que el territorio donde surgieron nunca quedara completamente integrado por una sola versión del mismo estilo artístico, lamentándose que resultara tan difícil distinguir entre las variaciones que indican diferencias regionales de aquellas otras que son consecuencia del paso del tiempo (1953: 399-401) (Figs.83 -86).

Aunque en las raras ocasiones en que las han sido halladas formando parte de contextos arqueológicos suelen corresponder a la ofrenda funeraria de algún individuo de alta jerarquía social o en depósitos rituales aislados, sabemos bien que estas pesadas esculturas –por pequeñas que pudieran ser- eran versiones ciertamente incorruptibles de objetos idénticos que usaban los jugadores de pelota como parte esencial de su atuendo. Por supuesto, las esculturas a las que aquí nos referimos sólo formaban parte de una extensión de este mismo ritual y no del evento que corría a cargo de quienes ponían en juego la pelota (cf. Bertels, 1991). Si bien es cierto que la Universidad Veracruzana conserva en su Museo de Antropología de la ciudad de Xalapa una de las mejores y más bellas colecciones que conozca de esta clase de esculturas, tampoco es que permita -salvo contadas excepciones- una mejor aproximación a los contenidos conceptuales a los que se les asociaban en el pasado. Aún así, se trata de los productos que llegaron a tener mayor demanda en el *extranjero* y que de alguna forma se convirtieron en emisarios del universo cultural de El Tajín.

En este momento la ciudad habría cobrado un color rojizo de haberse visto a la distancia. En efecto, ya terminando el período Clásico, los verdes y los amarillos habrían desaparecido de las fachadas y el azul estaría perdiendo

espacios frente al color rojo. En el interior de los templos, así como en los pórticos y en los salones atiborrados de columnas característicos del Tajín Chico, los pintores de la ciudad encontraron espacios adecuados para llevar a cabo magníficos murales cuyas escenas declaraban la función de los edificios. La ciudad, ahora convertida en la más ilustre y poderosa del oriente de Mesoamérica, supo estimular la labor de sus pintores, quienes convirtieron cada una de las paredes en un mural y donde la ejecución de los ya tradicionales ganchos y entrelaces desembocó en un juego de líneas propio de calígrafos que terminó por disimular la identidad de las figuras entre espirales y toda suerte de líneas retorcidas. Hasta los inicios del siglo X de nuestra Era los motivos se pintaban sobre paredes entonadas de rojo, azul o verde y repartidas en secciones o registros horizontales por medio de bandas de color (cf. Pascual, 1995).

La verdad es que hasta hace muy pocos años pensábamos que tan antiguos pintores jamás se habrían atrevido a realizar imágenes de gran tamaño y que dada su ausencia parecía lógico suponer que llenaban el espacio colocando una multitud de figuras, siempre acomodadas en grupos precisos, repitiéndolas a todo lo ancho del mural. De hecho, suponíamos que habría una tendencia a la miniatura, a la ejecución de formas muy pequeñas aunque resueltas con verdadero lujo de detalles. Sin embargo, cuál sería nuestra sorpresa al percatarnos durante nuestras excavaciones en El Tajín que esta manera de entender los murales era sólo en parte correcta y que sin lugar a dudas había existido en la antigüedad una obra mural que involucraba a figuras de gran formato, diría que hasta enormes si tenemos en cuenta la representación de un felino cuyos fragmentos suman más de un metro de largo o los personajes de piel verde que aún hallándose en pedazos tienen la mitad de la escala humana (Figs.87 - 93). Nuestra percepción original del quehacer de los artistas de la ciudad definitivamente estaba influida por el desconocimiento de la posición de los fragmentos en relación con la obra en su conjunto y por el hecho de que los murales que se hallaban *in situ* no ilustraban adecuadamente la producción pictórica que tendría lugar en el interior de los aposentos. Todavía hoy tenemos grandes lagunas en cuanto a la composición y al tema de las escenas que se daban cita en lo profundo de los cuartos y lo que sabemos de ello, corresponde más bien a un período tardío durante el cual se registraron cambios de consideración en todos los ámbitos

de la cultura. En el caso de la pintura mural tales transformaciones la llevaron a experimentar un trastorno en los temas de figuración y, hasta cierto punto, un cambio técnico y una consecuente modificación del estilo artístico que por siglos había marcado la labor de los pintores. Antes del descubrimiento del mural del felino, cuya imagen aparece acompañada por varias guacamayas resueltas de tamaño natural, sólo el imponente pórtico del Edificio I del Tajín Chico podía ayudarnos a imaginar el carácter de los murales que se reservaban para los lugares más privados de los templos, sólo que a diferencia de los muros de una habitación los murales de un pórtico suelen hallarse perfectamente acoplados si no es que adaptados a la variedad de los elementos arquitectónicos que están presentes, como son taludes, tableros, cornisas, escaleras y alfardas, sólo por pasar aquí revista de los más significativos (Figs.94 - 96). En cambio dentro de los cuartos los únicos límites ciertos que se imponen a la obra del pintor son en realidad el techo y el piso, puesto que el mural puede y debe ocupar la totalidad de la superficie de los muros. Aquí el espacio no aparece determinado por las formas arquitectónicas. Su ordenamiento en la pared es resultado de un ejercicio intelectual que exige su división en tercios horizontales con excepción de los límites que prácticamente con el sentido de márgenes establecen en sentido vertical las esquinas del aposento. Arriba del tercio inferior, justo a la mitad del muro, es donde se hallan las grandes figuras, mientras que en el registro inferior se reúnen imágenes más pequeñas resueltas con gran destreza. La norma exigía para la decoración de los elementos arquitectónicos que participaban en el arreglo de las áreas vestibulares un tratamiento similar al que distingue al tercio inferior de los muros. Desde el punto de vista de la concepción de los murales, los pórticos eran considerados más como espacios exteriores que como el inicio real de los aposentos, lo que resulta especialmente interesante, puesto que la temática de estos murales podría anunciar aquí su función original por razón de su integración ceremonial con las plazas y no con aquellos espacios interiores que por apartados resultaban propicios para la reflexión individual (cf. Pascual, 1995).

En suma, lo que aún queda de la producción pictórica del Edificio I es suficiente como para advertir su consagración a un culto específico. Si nos atenemos a las imágenes que sobreviven en el pórtico, descubriremos que una de ellas exhibe el cuerpo descarnado de un mamífero al que se le sobrepuso

un rostro de perfil. El ojo es idéntico al que hemos descrito en párrafos anteriores a propósito del fragmento hallado por García Payón en el Tajín Chico, mientras que el ejemplo del Edificio I es distinto en lo que hace a la solución de la nariz y de la boca, las que aquí se ajustan a convenciones que claramente se alejan de los propósitos del "retrato" -si es que hacemos valer el término- para mostrar apego a la estilización propia de los patrones de bandas entrelazadas que participan en la obra. Es decir, la nariz queda expresada por una banda que surge de la cara a manera de un apéndice de color verde que más recuerda el hocico de un animal, aunque la boca se resuelve por separado a través de la figura elemental de un gancho pintado de azul. Es interesante notar que este incierto personaje cuenta en el mismo pórtico con una versión contraria que se inscribe en el tablero opuesto dentro de una cruz amarilla y cuyo antagonismo queda manifiesto por intermedio de un torso provisto de carnes y ataviado con un pectoral formado por varias hiladas de cuentas azules. De hecho, alcanza a verse una fajilla de tela blanca que sugiere la presencia imaginaria de un faldellín que aquí excede los límites del área pintada.

El Edificio I es sin duda una obra plástica de gran virtuosismo y uno de los ejemplos más valiosos de los contados murales que todavía se conservan en la antigua ciudad. Sin embargo, la excepcionalidad del trazo y la variedad de los recursos materiales disponibles para su ejecución, no son características inmutables de la producción pictórica de El Tajín. Hay que decir que la obra de estos artistas de la antigüedad era particularmente sensible a los cambios que se registraban en el ámbito político de esta civilización. No sólo a causa de su obligada adaptación a las exigencias figurativas de los nuevos tiempos, sino por su desventajosa susceptibilidad en relación con la oferta de aquellos insumos básicos que procedían de tierras lejanas. Aunque Ovarlez encontró en Paso del Correo, a unos cuantos kilómetros de El Tajín, ejemplos silvestres de *indigofera*, esto es de la misma planta de la que se obtiene el tinte indispensable para la fabricación de la pintura azul (2005: comunicación personal), no queda claro si las arcillas que se requieren para la fijación de este tinte en el proceso de fabricación de la base de pigmento tuvieron que ser llevadas a este lugar de la costa por vía forzada del comercio dada la especificidad de sus características físicas (Ovarlez, 2003). Desde el punto de vista de la arqueología, resulta evidente que en el Epiclásico el azul deja de

usarse como color de fondo en los murales y que su "encarecimiento" hizo que se reservara sólo para unas pocas pinceladas. Por supuesto que la explicación de su ausencia pudiera ser otra, pero la escasez de la materia prima es una posibilidad que tendremos que explorar en el futuro inmediato.

Como haya sido, con mercados mermados en su abasto o igualmente llenos de mercancías venidas de otros rumbos, la labor de los pintores fue transformándose lentamente. Si bien es cierto que eran tiempos en los que nadie hubiera podido imaginar qué tan severos serían los cambios que se avecinaban, la semilla de todas las distorsiones comenzaba a germinar en el seno de una sociedad cuya civilización todavía se mostraba revestida del mayor reconocimiento posible.

## CAPÍTULO III



## LOS PRODIGIOS DE LA CIVILIZACIÓN: EL GOBIERNO DE 13 CONEJO.

La antigua elite gobernante de la ciudad terminó por volver la espalda al mar, dando por descontada su capacidad de generar riqueza al floreciente Estado. Ciertamente las tierras bañadas por el Golfo de México no ofrecían la variedad de productos que solían llegar a los mercados desde varios sitios de la montaña de Puebla y Veracruz. Hemos dicho que en la llanura costera la obsidiana sería poca y sumamente quebradiza, inservible para convertirla en algo de utilidad dada la cantidad de arenas que contiene<sup>1</sup>. La piedra de basalto, a todas luces indispensable para la fabricación de los metates, sólo podía obtenerse a manera de guijarros en el cauce de un puñado de arroyos que bajan de las montañas. Sin embargo, eran las tierras bajas las que en realidad conformaban el mundo de El Tajín. En ellas se asentaba el grueso de su población y de ellas obtenían el cotidiano sustento.

El maíz se multiplicaba en los terrenos húmedos, mientras que los pueblos y las ciudades se hallaban fuera del plano de inundación de los caudalosos ríos de la región. Con todo, en el amanecer del siglo X los bosques habrían

---

<sup>1</sup> Los pedruscos de obsidiana que hoy día pueden obtenerse en las inmediaciones del Cerro Hueytepec seguramente fueron aprovechados en época prehispánica. Sin embargo, se trata de un vidrio volcánico que por sus características no resultaba apto para sustentar una industria lítica formal. De cualquier manera es muy probable que fuera utilizado a nivel local para satisfacer los requerimientos domésticos luego de una manipulación elemental cuyo propósito inmediato era obtener tajadores rudimentarios. Una herramienta fabricada en un material tan quebradizo ciertamente no justificaba dedicar demasiado tiempo en su manufactura. De hecho, se trataba de instrumentos informales que se desechaban muy pronto y que sólo se produjeron por la técnica de percusión.

retrocedido frente al inevitable avance de la civilización hasta quedar confinados en los lugares más apartados del territorio. No cabe duda de que había gente por todas partes, lo que seguramente comprometía el delicado equilibrio de la selva o de lo que de ella aún restaba. Los caseríos parecerían interminables. No había manera de saber dónde terminaba una ciudad y dónde comenzaba la otra. A cada paso surgía un nuevo techo de palma y las hojas requemadas de las plantas de maíz. Los perros de engorda saldrían al encuentro de los viajeros<sup>2</sup> y en el monte se escucharía cada vez menos el canto de las aves.

En algunas poblaciones -particularmente en la populosa ciudad de El Tajín- la gente había enfermado y los niños comenzaban a morir a edad temprana<sup>3</sup>. Aunque no se trataba de una población saludable, tampoco debemos suponer que esta condición de morbilidad fuera del todo inédita y que las enfermedades infecciosas se manifestaran por igual en los distintos ámbitos del territorio. Es posible que los procesos de deterioro de la salud fueran mucho más agudos en las ciudades que en el campo y que hubieran estado presentes desde el período Clásico, en pleno auge de la civilización de El Tajín. Sin embargo, fue justo en este momento, durante el Epiclásico local, cuando se manifestó una reducción significativa en la esperanza de vida al nacer de buena parte de las poblaciones urbanas y un empobrecimiento real de los nutrientes contenidos en los alimentos diarios. No obstante, por más que la población haya transitado por un período particularmente adverso en términos de salud, sería un error suponer que la insalubridad derivada de la vida en sociedad habría sido la causa fundamental de la desaparición de esta civilización del México antiguo. En todo caso, se trata de manifestaciones de

---

<sup>2</sup> Wilkerson (1980) ha sugerido que sería una práctica usual enterrar perros junto a los individuos inhumados, especialmente con niños, como parte de los rituales funerarios del período Clásico (1980). En Tajín Congregación hemos podido confirmar la presencia de cánidos en los entierros de dos niños (M.Sittón y S.Marcellino,1998:cp).

<sup>3</sup> Los entierros femeninos de adultos jóvenes de Tajín Congregación muestran claros procesos de reabsorción ósea provocados por una nutrición deficiente y una alta incidencia de periostitis determinada por la recurrencia de enfermedades infecciosas relacionadas con problemas severos de sanidad (M.A.Sittón,2001). Estas mujeres, no mayores de 35 años al morir, fueron inhumadas con dos niños pequeños, uno de tres años de edad y otro no mayor de seis, lo que permite suponer desde ahora que hacia el año 950 de nuestra Era había una mortalidad infantil considerable en la población.

hábitos higiénicos inmemorables y de su impacto en el medio ambiente en proporción directa con el aumento demográfico. En efecto, la gente estaba enferma, pero no fue ésta la causa –por lo menos no por sí sola- de la desaparición de la cultura de El Tajín. Su destino fue sólo la consecuencia de ese mismo patrón de vida civilizada que paradójicamente la condujo al florecimiento cultural. No hay una causa cierta que produjera por sí sola semejante catástrofe. En todo caso se trata de un conjunto de ellas que confluyen en cierto momento de su historia y que vuelven insostenible la civilización, cuando menos en su forma original.

En aquel entonces, ya terminando el siglo X de nuestra Era, la guerra debió acercarse como nunca antes a las ciudades. Aunque la actividad constructiva disminuyó, fue esta última gente la que finalmente hizo construir un inmenso pórtico en la fachada oriente del imponente Edificio de las Columnas de El Tajín. Sobre la piedra de las robustas columnas que soportaban el antiguo techo se labraron los episodios que siguieron a las más celebres batallas de su historia. En registros horizontales fueron mencionados, uno a uno, los personajes que tomaron parte en ellas y su individualidad fue resaltada a través de un sistema de signos calendáricos que sirvió para consignar sus nombres.

Caso (1953) fue el primero en identificar la representación del gobernante y en leer su nombre: 13 Conejo. Por su lado, Kampen (1972), Wilkerson (1980 y 1984) y Brueggeman (1992a y b) han acogido la propuesta de don Alfonso sin introducir mayor discusión. Sin embargo, es evidente que son varios los personajes que recibieron el mismo nombre en la crónica y que sólo uno de ellos, aquel que lleva los brazos cruzados sobre el pecho, es el gobernante. Aunque ciertamente todos forman parte de la elite, sólo algunos de ellos se hacen acompañar de sus cautivos; siempre desnudos, amarrados de la cintura y conducidos ante el gobernante sujetados del cabello (cf. A. Pascual, 1990b, 1994a y 1995a). Queda claro que aquella crónica consignó una guerra sin luchas, una violencia tácita, por más que sepamos que se trata de uno de los períodos más convulsionados de la historia cultural de El Tajín. Los relieves del Edificio de las Columnas, hay que tenerlo presente, no estaban ahí para dar cuenta de los horrores de la guerra. Habían sido creados única y exclusivamente para conmemorar los triunfos del gobernante y advertir del

inmenso poder que reclamaba para El Tajín (Figs.97 - 107). Las representaciones de 13 Conejo fueron muy populares en su tiempo, tanto así que se incorporaron en la decoración de un tipo específico de vasija ritual que, hasta ahora, sólo se le ha encontrado en las inmediaciones del propio Edificio de las Columnas<sup>4</sup>.

Tan celebrada guerra probablemente tuvo lugar en la llanura costera, aunque más parece que se hubiera desarrollado en algún punto de la montaña. Las antiguas ciudades de Yohualichan y Morelos Paxil, la famosa Paxilila de Hermann Strebel (1884), mantendrían -como muchas otras de la sierra- claros vínculos culturales con El Tajín. No fueron pocas las que reprodujeron su arquitectura o labraron la piedra siguiendo el inconfundible estilo artístico de este pueblo. Para aquel momento, no era reciente su inclinación por adquirir el patrón de vida civilizada de El Tajín y, como veremos más adelante, el hecho de que hablaran lenguas distintas no fue determinante para establecer límites concretos al proceso de aculturación de las elites de otras latitudes.

---

<sup>4</sup> Du Solier advirtió que la decoración en relieve corresponde a una variedad de cajetes de forma semiesférica destinados al consumo de la elite local. Entre los motivos destaca la representación de una figura humana "... ricamente ornamentad[a], que la mayoría de las veces lleva enfrente una fecha"(1945:155). Du Solier se percató que la fecha 13 Conejo también aparecía labrada en los fustes de los pilares del Edificio de las Columnas, "...en el llamado Tajín Chico"(1945:155) y de su importancia para los antiguos pobladores de la ciudad por el sólo hecho de "...haber sido encontrada en cientos de vasijas"(1945:156). Además supo darse cuenta que su mención junto a un mismo personaje podría deberse a que en todos los casos se hallaba cumpliendo la función de un nombre calendárico, el del gobernante al decir de don Alfonso Caso (1953). Por otra parte, refirió un tipo distinto de decoración en relieve "...que es relativamente escaso en las excavaciones estratigráficas, pero abundante entre los escombros del llamado Tajín Chico, [y que consiste] en figuras de prisioneros sujetos del cabello, con las piernas flexionadas y que parecen implorar al personaje que los tiene cautivos"(1945:156). Sin embargo, con sólo revisar las ilustraciones que acompañan su artículo (1945:XVII) es posible percatarse que se trata de las decoraciones de un mismo grupo de vasijas y que su arreglo en los dibujos corresponde, en el mejor de los casos, a una organización temática de los motivos reconocibles en los tiestos. De hecho, no hay nada en ellos que los separe del programa iconográfico del Edificio de las Columnas. Cada vasija, por razón de su forma, requiere un tratamiento similar al de las columnas, esto es presupone el haber resuelto los problemas inherentes a la representación en un espacio curvo, misma que exige un tratamiento convergente de las escenas puesto que el soporte -el objeto en sí mismo- no ofrece un inicio o final precisos. En el caso de las vasijas, el texto icónico se articula atendiendo al único registro disponible; mientras que en las columnas, por razón de su mayor altura, los registros se multiplican en sentido vertical.

En Vega de la Peña –por citar sólo un caso- es probable que existiera una colonia de El Tajín, cuando menos en una parte de los actuales conjuntos Sureste (cf. A. Medellín Zenil, 1960) y Suroeste. En este último lugar, fue excavado "...un adoratorio de forma circular" (J. Cortés, 1994:55)<sup>5</sup> en donde apareció un relieve escultórico que incorpora el signo 13 Conejo. Aunque el numeral fue expresado por una sucesión de puntos y no, como se acostumbraba en El Tajín, a partir de la combinación de puntos y barras, no deja de llamar la atención el valor que también se le confería a este signo calendárico en territorios tan apartados de la llanura costera. Por otro lado, en la iconografía de aquellos tiempos se introdujo la representación convencional de una planta florida de maguey. En los relieves de El Tajín, particularmente en el Edificio de las Columnas y en los tableros centrales del Juego de Pelota Sur, es probable que al conjugarse con otros signos se diera forma a un topónimo, esto es, el nombre propio de un lugar concreto (Figs. 108 y 109). No sobra preguntarse ¿por qué representar magueyes en la costa del Golfo? si sabemos bien que esta planta no crece por sí sola en ambientes tropicales. Así que la antigua gente de El Tajín forzosamente debió conocerla en las tierras frías de Veracruz y Puebla para luego, en todo caso, relacionar su imagen con territorios distantes del mar. De hecho, en el Edificio de las Columnas uno de los personajes, quizá el propio gobernante, aparece orinando sobre una planta de maguey, lo cual podría interpretarse como una conducta que enfatiza la humillación del enemigo y que se suma en los mismos relieves a los rituales de decapitación de los cautivos. No hay que olvidar que el gobernante fue representado aquí teniendo entre los pies una cabeza sin vida y que nuestras excavaciones arqueológicas han permitido

---

<sup>5</sup> Aunque no son comunes en la región de El Tajín, Ruíz Gordillo (1987:79-80) tuvo oportunidad de excavar en Cuyuxquihui dos altares circulares. Uno de ellos se encuentra en las inmediaciones del Juego de Pelota y fue explorado a partir de un pozo estratigráfico resuelto en una primera capa caracterizada por un suelo negro de origen orgánico. Aunque la excavación ciertamente reportó muy poco material cerámico, las variedades postclásicas de los tipos *Santa Luisa Sencillo Burdo* (39) y *Potrero Pasta Fina* (21), expresados aquí en términos de la tipología de Wilkerson (1972), son por mucho los más abundantes. Sin embargo, como era de esperarse, no faltan tiestos de los tipos *Paso Real Exterior Burdo*, variedad *Paso Real* (14), y *Tajín Utilitario*, variedad *Tajín* (13), diagnóstico de la cultura de El Tajín y que aquí marcan el Epiclásico. Puesto que no tenemos noticia de la existencia de altares circulares en este último lugar de la costa y dada la abundancia de materiales cerámicos del Postclásico temprano en este depósito arqueológico, no sería remoto suponer que dicho altar hubiera sido construido en Cuyuxquihui en algún momento entre las fases Isla B (ca. 900-1100 d.C.) y el Cristo (1100-1300 d.C.) de la cronología local.

registrar episodios concretos de mutilación y decapitación ritual en entierros colectivos celebrados en altares de las antiguas ciudades de Morgadal Grande y Cerro Grande.

¿Qué había en la montaña que obsesionaba a los gobernantes de El Tajín? Seguramente toda una variedad de productos que no ofrecían los bosques tropicales y particularmente yacimientos completos de obsidiana, puesto que junto al mar –como hemos dicho– serían escasos y de muy mala calidad. Cuando los hubo en la costa, los del Cerro Hueytepec y quizá los de la Mesa de Mapilca, fueron explotados hasta prácticamente agotarlos. Por ello terminaron extendiéndose hasta Altotonga y luego a los yacimientos de Oyameles, además de tocar en el Epiclásico la región del Cofre de Perote. Ciertamente buscaron el control de los puertos comerciales entre el Altiplano y la costa del Golfo de México, esto es, la cuenca alta de los ríos Nautla y Tecolutla, cuando no explotaron directamente los yacimientos de vidrio volcánico<sup>6</sup>. No obstante, comprender las estrategias comerciales de El Tajín en la montaña no es tarea fácil, menos todavía para el Epiclásico, cuando la antigua ciudad de Cantona pudo haber reclamado derechos sobre aquellos mismos yacimientos de obsidiana de los que tradicionalmente se valía El Tajín.

El papel de Cantona sin duda fue crucial en el destino de esta gran urbe de la costa del Golfo de México. Para el siglo X de nuestra Era habría más de una

---

<sup>6</sup> Vásquez Zárate (1997) efectuó algunos trabajos de campo en el sitio arqueológico de La Estrella, municipio de Tihuatlán, en compañía de sus alumnos de la Universidad Veracruzana. En su informe lo describe como un asentamiento menor que participó del ámbito de influencia de El Tajín y en el que destaca una plataforma "...con muros en talud perfectamente acabados" que constituye el centro político de esta "...antigua aldea" (1997:26). "En su última etapa, este gran edificio fue aplanado con estuco [...] manteniendo accesos escalonados hacia el río Cazones. Su localización y el utillaje delatan una intensa actividad fluvial debido a que el río, entonces más caudaloso y cercano, sirvió como ruta de transporte" (1997:26-27). Aunque no conozco en detalle los materiales que le permiten al autor hacer esta afirmación, es realmente importante el que Vásquez Zárate mencione entre los objetos que recuperó en el lugar "...preformas y artefactos terminales de obsidiana procedente de la zona de Zaragoza-Oyameles, en el estado de Puebla" (1997:27). El hecho es interesantísimo, puesto que en ninguna de nuestras excavaciones hemos hallado hasta el momento un solo ejemplo de preforma. Si esto es así, y no sólo se trata de núcleos prismáticos agotados, entonces resulta muy probable que esta clase de objetos todavía en proceso de fabricación pueda tenerse en efecto como un indicador de puertos comerciales.

veintena de juegos de pelota edificados en el malpaís que ocupa y también se llevaron a cabo ceremonias que implicaban la decapitación, mutilación y desmembramiento ritual de los individuos allí inhumados. García Cook, quien condujo excavaciones en Cantona, refiere que "... a medida que se incrementaban las incursiones de grupos arribeños se fue fortificando aún más: cerrando o estrechando calles, construyendo postas militares y reduciendo el número de accesos"(1994:65). Claro está que identificar a Cantona como el formidable enemigo de El Tajín cuya derrota fue digna de conmemorarse en el Edificio de las Columnas y a la vegetación del malpaís que la rodea como fuente de inspiración de los magueyes, no sería más que una conjetura. Sin embargo, puede haber en todo ello un viso de realidad. Las minas de Oyameles, en la Sierra Norte de Puebla, cuya explotación correría a cargo de Cantona de acuerdo con el mismo García Cook (1994:65), surtieron prácticamente la totalidad de la obsidiana que se aprovechó en la región de El Tajín durante el Clásico tardío y el Epiclásico local. Paradójicamente nunca se utilizó obsidiana del Pico de Orizaba, el otro yacimiento de importancia que también se hallaría bajo control de Cantona según este autor (1994:65). Sin embargo, frente al papel que desempeñaba esta metrópoli del Altiplano Central mexicano, no puede dejarse de lado el examinar la función que cumplían de antiguo toda una serie de pequeñas ciudades que reivindicando el modelo cultural de El Tajín se hallaban justo en las faldas del Cofre de Perote, a un paso de Cantona, y que se articulaban entre sí a manera de un corredor que cruzaba la sierra de Misantla antes de tocar las playas del Golfo de México. El asunto es en realidad crucial para comprender la magnitud de las transformaciones culturales que se manifiestan en El Tajín del Epiclásico.

Por este mismo corredor transitaban las esculturas de pequeño formato que se les conoce con el nombre de *yugos*, *hachas* y *palmas*. Es probable que se les requiriera en las ceremonias funerarias celebradas en honor de aquellos individuos que ocuparon posiciones destacadas en la sociedad. Aunque son muy pocas las recuperadas en excavaciones arqueológicas, en Napatecuhtlan, justo en la montaña de Perote, "...en el interior de una pequeña pirámide de dos cuerpos, localizamos el entierro secundario No.2, que corresponde a un adulto masculino corpulento, cuyos huesos fueron parcialmente calcinados y puestos dentro de una olla que descansaba sobre uno de los más interesantes y bellos ejemplares de hacha votiva que se conocen" (Medellín,1960: 112),

misma que apareció "...casi totalmente cubierta con polvo de cinabrio" (Medellín,1960:113). El mismo Medellín refiere que en la costa encontró en uno de los montículos de El Viejón un entierro secundario, el No.12, "...con un yugo liso y una hermosa hacha votiva de basalto en función de ofrenda. Sus huesos [...] estaban casi pulverizados y protegidos por el [...] fragmento mayor del yugo, revueltos con pequeños fragmentos de cinabrio" (1960:187)<sup>7</sup>. Tanto en Napatecuhtlan como en El Viejón las esculturas se encontraban matadas ritualmente, esto es deliberadamente rotas, así como las vasijas que contenían los despojos de aquellos individuos reihumados.

En un rancho del poblado de Banderilla, no lejos de la ciudad de Xalapa, Ramón Arellanos y Lourdes Beauregard recuperaron dos palmas labradas en piedra basáltica. En este caso el contexto es distinto y corresponde al de una ofrenda. Las palmas se hallaban igualmente matadas dentro de una oquedad que sirvió para quemar "...materiales perecederos que produjeron bastante carbón"(1986:60). Medellín, refiere que en ninguna de sus excavaciones en el centro de Veracruz descubrió una palma *in situ* (1960:116). Sin embargo, Wilkerson encontró una en Santa Luisa, no lejos de la desembocadura del río Tecolutla, y excavó el entierro de un individuo adulto, un hombre joven, que

---

<sup>7</sup> En Napatecuhtlan "...directamente asociados con el hacha se encontraron 11 fragmentos cerámicos, dos de los cuales son diagnóstico del Horizonte Clásico Tardío (sic), tales como *delgada de bandas ásperas y rojo sobre naranja esgrafiado y raspado*" (Medellín,1960:196). Por otra parte, los restos reihumados del entierro No.5 de este mismo lugar aparecieron calcinados dentro de una olla tapada por otra vasija. "La olla pertenece al tipo cerámico *delgada de bandas ásperas* y el cajete que lo cubría se clasifica como *rojo y naranja sobre laca esgrafiado y raspado*; además tiene un baño interior de color caoba perfectamente pulido y con reflejos metálicos" (Medellín,1960:196). Los tipos cerámicos que Medellín enlista en su obra *Cerámicas del Totonacapan* (1960) como *bandas ásperas, naranja y rojo sobre laca esgrafiado y raspado y naranja sobre laca crema* son claros productos de la alfarería veracruzana del período Clásico y se parecen, como él mismo advierte a "...la tepalcatería descubierta por García Payón en El Tajín" (Medellín,1960:187). Medellín vuelve a señalar su proximidad cuando observa que el material cerámico de la cuenca del Nautla es de nueva cuenta "... semejante al de Napatecuhtlan, tal como lo atestiguan las cerámicas decoradas con *bandas ásperas* y la *naranja sobre laca crema*" (Medellín,1960:187). Aunque identificar las cerámicas diagnóstico de la cultura de El Tajín representa una tarea pendiente, particularmente fuera del ámbito de la llanura costera del Golfo, por lo pronto debo decir que el tipo *bandas ásperas* de Medellín no es otro que el que llamamos en la costa *Tajín Utilitario* (S.J.K.Wilkerson,1972). En realidad, a diferencia de cómo en su oportunidad lo hiciera Medellín, el problema no puede ni debe abordarse limitándose a señalar si tal o cual objeto es más o menos similar a los hallados en El Tajín. El hecho, es que en el período Clásico existía una esfera cerámica que emanaba de los prototipos de la alfarería de la llanura costera y que se vinculaba con el modelo cultural de El Tajín.



yacía flexionado sobre un yugo tallado en piedra arenisca y cuya inhumación debió ocurrir hacia el siglo X de nuestra Era. "Sobre la espalda y las piernas pusieron ocre rojo y arriba de la cabeza un *apaxtle* invertido"(Wilkerson, 1970:42).

No es mi propósito llenar de ejemplos esta parte del texto. Sin embargo, los casos que hasta aquí he citado deberían ser suficientes como para comprender en lo esencial la estructura de las relaciones políticas y comerciales de El Tajín en la sierra. De hecho, el collar de concha, jade y cobre que llevaba puesto el acompañante de este joven enterrado en Santa Luisa sobre un yugo (Wilkerson,1970:43), resume por sí sólo el alcance de los intercambios comerciales que promovía aquella metrópoli de la costa del Golfo. La cuenta de jade y particularmente el tubo de cobre eran objetos suntuarios venidos de tierras distantes, mucho más lejanas que la montaña de Puebla y Veracruz. Así que no es de extrañarse que la mayor parte de las cuentas hubieran sido fabricadas en concha y que aquellas de jade y cobre fueran piezas únicas.

## I

Los objetos de metal del litoral norte del Golfo, particularmente los de la región de El Tajín, presentan por sí solos un problema de estudio fascinante, puesto que no corresponden a una producción local. De hecho, aunque por lo regular se trata de cascabeles, la cuenta de cobre de Santa Luisa es el único objeto de metal que procede de una excavación controlada. Al parecer, Wilkerson supo del hallazgo de varios cascabeles durante la construcción de un tramo carretero en Tecolutla y también tuvo oportunidad de examinar otro en una colección privada (1972:754-755). Sin embargo, el magnífico cascabel de cobre que se conserva en el Museo de Antropología de Xalapa es, según Stresser-Péan y Hosler (1992:71), el más grande que se conoce en Mesoamérica (Fig. 110). Procede de la región de Coatzintla (Melgarejo Vivanco,1949: 207), no lejos de El Tajín, y fue fundido con cera perdida (Stresser-Péan y Hosler,1992:72). El cuerpo del cascabel aloja la representación de un rostro humano de labios muy gruesos y ojos entrecerrados. Por debajo de ellos y sobre la nariz corre una banda que en sus extremos, junto a los párpados, forma sendas volutas. Es posible que dicho cascabel hubiera sido encontrado con otro de forma similar y que este último

lo vendieran antes de que el profesor Melgarejo tuviera conocimiento de ellos (Stresser-Péan y Hosler, 1992:72). Por otra parte, Stresser-Péan y Hosler publicaron un artículo sobre un hermoso cascabel de la antigua hacienda El Naranjo que les fue regalado en Ciudad Mante (Fig. 111). Aún siendo un poco más pequeño que el de Coatzintla, también lleva la representación de un rostro humano en un lado del cuerpo, los rasgos son mucho más finos y realistas que en el ejemplo anterior. En la Huasteca se han encontrado varios cascabeles lisos o con decoración de falsa filigrana. Ekholm (1944) compró uno en Pánuco, mientras que Merino y García Cook (1987) excavaron otro en Platanito, cerca de Ciudad Valles. Stresser-Péan y Hosler sostienen que el cascabel de El Naranjo fue producto de la refundición de otros objetos de cobre (1992:70). En su estudio, queda implícita la idea de un artesanado local que aprovecha objetos más antiguos para hacerse de metal de cobre en una región de escasos recursos minerales. Sin embargo, no contemplan la posibilidad de que dichas estrategias de apropiación hubieran sido una práctica artesanal igualmente arraigada en el Occidente de México, donde sabemos que se fabricaba esta clase de objetos (cf. Pendergast, 1962). Se fundieran o no en la llanura costera del Golfo, el metal ciertamente no era de origen local.

Tiene ya algunos años que discutía con un colega los primeros resultados de los análisis de elementos traza de un grupo de obsidias arqueológicas excavadas por ambos en la región de El Tajín<sup>8</sup>. La discusión giraba en torno a una muestra en particular, cuyos resultados señalaban a Zinapécuaro como el yacimiento de origen. Aunque sabíamos que una de las muestras de obsidiana que entregó Krotser a la Universidad de California para su análisis elemental, el *tipo F* de Jack, Hester y Heizer (1972), corresponde a este mismo yacimiento de Michoacán (Healan, 1995), no encontrábamos una argumentación de orden cultural que permitiera explicar el aprovechamiento de fuentes tan lejanas. Hosler, por otra parte, reporta que los cascabeles de cobre de Platanito y otros sitios de la Huasteca "...se fabricaron en Occidente con metales obtenidos de yacimientos en Jalisco y en Michoacán, de donde se

---

<sup>8</sup> Los estudios por activación neutrónica de los yacimientos de origen de las obsidias arqueológicas de Morgadal Grande, Cerro Grande y El Tajín fueron hechos por la Dra. Dolores Tenorio y la Mtra. Melania Jiménez con la participación del arqueólogo Ricardo Leonel Cruz Jiménez en los laboratorios del Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares.

exportaban a otras partes de Mesoamérica" (1997:36). La época de producción de todos ellos –según la misma autora- se sitúa entre los años 600-800 a 1200 d.C., aunque, en mi opinión, es difícil creer que llegaran a la costa del Golfo antes de iniciarse el Epiclásico. La navajilla de Zinapécuaro plantea una serie de interrogantes que sólo pueden aclararse a partir del flujo comercial de los objetos de metal de cobre en la región. No obstante, es necesario partir de la idea que la obsidiana de Michoacán nunca representó en El Tajín una opción de aprovisionamiento regular y que estos objetos de obsidiana, también los de cobre, llegaron tarde y sólo de manera esporádica. Obviamente se trata de bienes suntuarios que debieron ser muy apreciados en la costa, tanto como para hacerse enterrar con ellos. Las obsidianas negras y brillantes de los yacimientos de Zinapécuaro, en el Occidente de México, no son de aspecto particularmente distinto a las de Zacualtipán, cuyos flujos se extienden hasta Metzquitlán, Metztitlán y Huejutla, este último lugar en el parteaguas de la sierra (Cruz Jiménez, 2000:69). El uso local de la obsidiana de las fuentes de Hidalgo corresponde exclusivamente al Epiclásico, si es que no se restringe a la parte alta de los depósitos arqueológicos de este período, puesto que las muestras analizadas por activación neutrónica proceden de contextos muy tardíos de Morgadal Grande. De acuerdo con Merino y García Cook (1987) las minas de Zacualtipán siempre estuvieron al alcance de las poblaciones Huastecas, aunque el período de mayor explotación comienza en el Clásico tardío, entre 600 y 900 d.C., para mantenerse a lo largo de todo el período Postclásico (Cobean,1991). Es interesante notar que justo para estas fechas estarían llegando cascabeles de cobre y obsidiana de Michoacán a las playas del Golfo de México. En lo personal, me parece imposible no asociar los conductos comerciales de la obsidiana de Zacualtipán con la última parte de la ruta que siguieron de antiguo los objetos de metal, también la obsidiana de Zinapécuaro, en su traslado final a la llanura costera.

El caso del aprovechamiento de las minas de obsidiana de Zacualtipán es totalmente distinto al que he referido aquí para la obsidiana de Michoacán. Esta última participa en un circuito de bienes suntuarios, mientras que la de Hidalgo sólo se consideraba como materia prima útil para la fabricación de instrumentos. Con todo, hay que considerar que el vidrio volcánico de esta última fuente representó para El Tajín una opción real de aprovisionamiento sólo después del año 900 de nuestra Era. Me queda claro que la mayor parte

de las obsidias de la región procedía de los yacimientos de Oyameles, particularmente favorables a El Tajín durante el período Clásico y que puede reconocerse un *patrón antiguo* de aprovisionamiento que privilegiaba las minas de Altotonga en el Protoclásico y durante el Clásico temprano. Sin embargo, este *patrón reciente* que alentaba el consumo de la obsidiana de los yacimientos de Oyameles, parece interrumpirse en la segunda mitad del Epiclásico, promoviendo la necesidad de asegurar una fuente alternativa. Es justo esta estrategia adaptativa la que se manifiesta como un *patrón terminal* que echa mano de las obsidias de Zacualtipán en un intento de restablecer su flujo comercial en la región. Por supuesto no era una tarea fácil, ya que implicaba lograr cierta ingerencia en los territorios de la Huasteca y sobre las minas que tradicionalmente la proveían de tan importante recurso. No es de ninguna manera casual que en la región de Metztitlán, a lo largo del río Venados, sean tan abundantes los materiales cerámicos huastecos. Su presencia no sólo informa del valor estratégico de este lugar de la montaña, sino que también advierte sobre la posibilidad de que El Tajín nunca lograra ejercer un control definitivo sobre las minas de Hidalgo. Si bien es cierto que en el Epiclásico probablemente se intensifican los contactos comerciales de El Tajín con la Huasteca, no sería correcto suponer que se trataba de una relación inédita y que entre vecinos no se hubiera registrado en otros períodos de su historia. De hecho, los tratos entre ambos pueblos parecen inmemorables (cf. Wilkerson, 1972) y se revisten, en ciertas ocasiones, de una complejidad asombrosa. Sin embargo, aquello que es en realidad nuevo es el difícil escenario político de El Tajín y una reducción real de las opciones comerciales para proveerse de obsidiana en grandes cantidades. Por supuesto que intentaron diversificar sus destinos en la montaña, intentando con ello mantener un suministro regular de tan valioso recurso en la costa. De hecho, en los depósitos arqueológicos de esta época se hallan juntas navajillas de obsidiana procedentes tanto de las minas de Oyameles como de los yacimientos de Zacualtipán. También resulta evidente que la obsidiana oscura de tono guinda, cuyo origen son las fuentes de Altotonga, tenía tiempo de haber dejado de llegar a la costa y que otra de color gris, prácticamente sin brillo, había substituido a la más común obsidiana translúcida de Oyameles. Por más que compartan una misma composición química y reclamen por esta razón el mismo origen, sus diferencias físicas podrían estar apuntando a un cambio en la explotación del yacimiento

específico de la sierra de Puebla. Aunque pueda parecer una sutileza en la perspectiva de la obsidiana, la más opaca de ellas es justamente la que se asocia con los ejemplos de Zinapécuaro en contextos fechados por técnicas radiométricas entre 1020 y 1080 d.C.

Así las cosas, cabría preguntarse ahora sobre la manera en que ocurrieron dichos contactos y si responden, en todo caso, a las mismas estrategias comerciales que pueden reconocerse en la montaña de Puebla y en las estribaciones del Cofre de Perote. Allí, en la sierra de Hidalgo y en la llanura costera del norte de Veracruz, por más que la evidencia sea limitada, se presenta de la misma manera y por lo regular suele tomar forma de yugos. Sin embargo, aquello que a todas luces resulta asombroso es la trascendencia que tuvo este momento particular de la historia tardía de El Tajín en la conformación de la cultura postclásica del centro-norte de Veracruz. Esto es, la manera en que fueron tomando arraigo toda una serie de manifestaciones culturales que de origen suelen atribuírseles a los huastecos y que terminaron por modelar localmente la expresión material del Postclásico temprano (ca.1100-1300 d.C.).

## II

Hasta aquí algunos síntomas de la última crisis que aquejó a las tierras de El Tajín. Aunque ciertamente no todos se manifestaron al mismo tiempo, ni con la misma severidad, puestos juntos logran explicar aquí el escenario cultural que privó en la región a partir del siglo X de nuestra Era y la complejidad social de las transformaciones que se concatenaron en un período cercano a los tres siglos. En los párrafos anteriores he resaltado deliberadamente dos de los factores que a mi juicio promovieron tal desequilibrio y que probablemente se hallaron siempre presentes hasta el final de los días de El Tajín. Uno es -sin duda- la vulnerabilidad de los intereses comerciales de la elite local frente a los constantes ajustes del panorama político del oriente de Mesoamerica y el otro, aunque siendo en sentido estricto efecto del primero, se convirtió en un factor interno de presión social frente a la imposibilidad de la elite de restablecer el equilibrio económico de la región. Fue este último factor -si no me equivoco- el que promovió la disolución del propio modelo

cultural, por lo menos aquel al que se aferraban los gobernantes y que por largo tiempo habían logrado reproducir no sin tumbos o descabros.

En aquellos tiempos los dioses habían enmudecido frente a la palabra de los hombres. Resultaba claro que las posibilidades concretas de subsistencia de El Tajín ya no sólo dependían de los favores de aquellos sino que se aparejaban, en buena medida, a la astucia política de los gobernantes. Sin embargo, pese a esta realidad, no cesaron los sacrificios humanos ni tampoco se detuvieron las obras monumentales destinadas a honrarlos. El rostro de la ciudad se transformaba, como también las condiciones sociales y políticas de la región. Por vez primera se consignaba sobre la piedra esculpida el papel que cumplían las mujeres en las ceremonias de la elite. No es que no tuvieran relevancia en otras épocas, pero nunca se había trasladado su imagen a los manifiestos de gobierno. En los relieves del Edificio de las Columnas podía encontrarseles en varias escenas, aunque sólo en un caso aparece una figura femenina con los pechos desnudos presidiendo junto a un varón uno de tantos rituales de sacrificio humano que tomaron forma en las columnas labradas de este postrer edificio (Fig.112). Aunque nos ocuparemos en lo que sigue de tan singulares mujeres, es pertinente insistir desde ahora en el hecho de su participación en la vida ritual del Epiclásico, tanto así que nuestras excavaciones también las han revelado como víctimas del sacrificio por decapitación; un ritual exclusivo de este período y que arqueológicamente se manifiesta a manera de entierros colectivos. Aunque la inhumación de los cadáveres constituye en sí misma la culminación inevitable de esta práctica religiosa, es aún difícil saber si formaba parte de la ceremonia o si ésta ocurría de manera marginal, atendiendo a una exigencia ineludible del rito. Los cuerpos sin vida fueron depositados sin mayor orden en el centro de los altares, prácticamente amontonados, y en algunos casos todavía amarrados de los brazos. Las cabezas desmembradas fueron acercadas al resto del cadáver y aunque es posible reconocer cierto arreglo individual de los cuerpos, no existe un patrón preconcebido en cuanto a sus posiciones y orientación en los entierros. De la misma manera en la que sucede con los hombres, el aspecto de los dientes de aquellas mujeres decapitadas fue igualmente modificado a

través de un minucioso trabajo de abrasión cuyo propósito último era imitar la sonrisa de los dioses<sup>9</sup> (Fig. 113).

En Morgadal Grande la ofrenda funeraria era mínima, si es que no inexistente, puesto que se trataba de objetos de adorno personal que en el caso de los collares habían sido arrojados junto a los cadáveres. Es interesante señalar la presencia de figurillas cerámicas del tipo conocido como *San José Acateno* y cuya producción masiva durante el Epiclásico corresponde a su uso como cuentas de collar. En el altar de la Plaza Norte fueron hallados casi medio centenar de fragmentos de esta clase de objeto asociados a la inhumación de unos once individuos sacrificados ritualmente, aunque no siempre por decapitación, como resultado de una misma ceremonia celebrada entre los años 850 y 900 d.C. A varios de ellos terminó por cubrirseles con un pigmento rojo<sup>10</sup> antes de rellenar la intrusión producida por la excavación de la fosa destinada a contener el entierro, misma que -por otra parte- no volvió a nivelarse con el piso original del altar. Esta misma condición fue observada por Wilkerson a propósito del Entierro 15 de Santa Luisa, donde pudo percatarse que "...en lugar de reparar con estuco el piso de la estructura A-sub-2 lo arreglaron en forma provisional con piedras" (1970:42). En el caso de nuestro altar, el lugar mismo de la sepultura fue fácilmente advertible en la antigüedad por razón de permanecer sobre ella un promontorio de tierra compactada, razón por la cual parece atendible la posibilidad de que los altares que ocupan el centro de grandes plazas y que además guardan una relación de estrecha vecindad con estructuras dedicadas al juego de la pelota sirvieran en múltiples ocasiones para la inhumación de individuos sacrificados en rituales sucesivos. De hecho, el cercano altar de la Plaza Central refleja esta misma conducta cultural, aunque es necesario no perder de vista que su excavación sólo ha permitido recuperar fragmentos de esqueletos humanos en contexto secundario, particularmente restos de cráneos y dientes.

---

<sup>9</sup> A4 y F4 de Romero (Sitton Moreno, 2005)

<sup>10</sup> cf. A. Kuno, M. Matsuo, A. Pascual Soto y K. Tsukamoto. "Mössbauer Spectroscopic Study of a Mural Painting from Morgadal Grande, México" en *Hyperfine Interactions* 156/157: 431-437. Kluwer Academic Publishers, Holanda (2004).

Como ya hemos apuntado, el sacrificio por decapitación se convirtió en la más vigorosa de las manifestaciones rituales de los últimos gobernantes. La fuerza expresiva de la ceremonia se acompañaba de una demostración absoluta del poderío de El Tajín frente a sus enemigos. He sostenido por más de una década que los relieves escultóricos del Edificio de las Columnas revisten la forma de una crónica, donde cada uno de los registros horizontales en los que se divide el texto icónico que representan en su conjunto, agota por entero alguno de los episodios que le son de interés. Uno de ellos, consigna la manera en la que fueron presentados los enemigos de El Tajín. Desnudos, atados por los brazos o la cintura y aferrados por el pelo fueron conducidos frente al Señor, quien sentado en un banco, descansaba las piernas sobre una cabeza sin vida. A uno de sus costados se encuentra una enorme pelota y en el extremo opuesto, el cadáver del individuo decapitado. Llama la atención la sencillez de las ropas que viste este personaje, las que en realidad se concretan a un braguero, aunque porta las rodilleras que distinguen a los jugadores de pelota y cruza los brazos sobre el pecho figurando con ello un símbolo de gobierno. Debo volver a insistir en el hecho de que el período de factura de estos relieves de El Tajín guarda una indudable correspondencia cronológica con nuestro entierro de Morgadal Grande y que la importancia arqueológica de este último no tiene precedentes en la región. Es decir, que es verdaderamente inédita la posibilidad que ahora se presenta de hacer dialogar un documento icónico de primera mano con la evidencia material de los rituales a los que aluden los relieves. Aunque desde tiempo atrás se sabía de la práctica del sacrificio humano por decapitación, nunca antes como ahora los arqueólogos de El Tajín habían estado en posibilidad de mirar la cabeza sin vida y los cuerpos mutilados de tan antiguas víctimas. Esta nueva perspectiva no sólo enriquece la comprensión de los textos icónicos producidos en el Epiclásico sino que permite reconsiderar el valor histórico de estos documentos.

Me queda claro que el maguey es una planta de enorme valor ritual para la civilización de El Tajín, por más que sólo adquiriera en época tardía un evidente estatuto simbólico en el marco de los pronunciamientos políticos de una elite sustentada en la guerra. El maguey siempre perteneció al mundo de El Tajín, cuando menos la posibilidad de reconocerlo en las tierras frías de Altotonga y Zaragoza, en la Sierra Norte de Puebla, y de donde obtendrían -



como ya hemos visto- la mayor parte de la obsidiana durante el período Clásico. Sin embargo, el traslado de su imagen a la piedra y la participación del maguey -constituido en un signo icónico- en el contexto de la producción de una toponimia orientada a nombrar lugares de una geografía mítica o real es algo que sólo sucede durante el Epiclásico local. El signo del maguey privilegia su representación con todo e inflorescencia, aunque también puede aparecer sin ella cuando la construcción del texto icónico no deja espacio suficiente para mostrarla y sin que ello reporte perjuicio alguno para su correcta comprensión. Ambas maneras de representarlo pueden perfectamente coexistir en el mismo relieve y hasta en la integración plástica de un mismo topónimo. De tal forma que al mostrarlo como parte de una función de signos -por lo regular contenido por un sustantivo geográfico expresado con la silueta de una montaña- no depende del *quiote* para poder establecer con claridad el propio campo de competencia semántica. No obstante, el maguey sólo se corresponde con la figuración de "cerros poblados". Es decir, con montañas donde se verifica una acción concreta y cuya condición excepcional se expresa a través de una relación icónica de contigüidad con el dibujo esquemático de un techo de palma tejida o de todo un templo construido con sillares de piedra.

En el Edificio de las Columnas los magueyes siempre están a la vista del gobernante, aquel personaje que cruza los brazos sobre el pecho y que con esta postura establece su carácter único. Es este mismo hombre de ropas muy sencillas al que se le ve de pie frente a un cerro sembrado con magueyes y hogar de una serpiente. En la parte alta de la montaña alcanza a distinguirse un techo de palma anudada y los postes de madera que sirven a su fábrica. Dentro del templo se encuentra el signo calendárico 13 Conejo, probablemente su nombre si atendemos a la propuesta reconstructiva de Wilkerson (1987). La escena que le precede y que toma forma atrás de su espalda, corresponde a la toma y muerte de prisioneros (Fig.114). Dos hombres desnudos y atados con gruesas cuerdas se someten a los guerreros de El Tajín, uno de ellos cae muerto entre la sangre que brota de su pecho herido y el otro es conducido por el pelo. Hay un elocuente manejo de la perspectiva simbólica y un claro esfuerzo por hacer constar la relevancia de sus ahora prisioneros. Aunque desnudos de los genitales para mostrar su humillación y entre cuerdas para significar su actual sujeción, algunos todavía conservan en

mano los estandartes o las armas que usaron en batalla. Uno de ellos empuña una lanza adornada con festones de plumas y aún lleva puesto sobre la cabeza un yelmo que retrata la cabeza de un ave. Son dignas de hacerse notar las grandes orejeras que mantiene ceñidas a los lados del rostro, mismas que lo señalan como un miembro de la elite, aunque de origen distinto y opuesta en aquel entonces a los intereses de El Tajín. La caracterización de los prisioneros en términos de sus congruencias iconográficas y su cercanía con los adornos personales que exhibe el gobernante -con excepción de las rodilleras- permite avanzar la idea de que aquella fila de desdichados que en los relieves van al encuentro del Señor de El Tajín no eran otra cosa que la nobleza, si se hace valer el término, de los lugares sometidos por esta excepcional ciudad del litoral norte del Golfo de México (Fig. 98).

Si confrontamos esta propuesta con las evidencias arqueológicas de las que disponemos en la actualidad, particularmente con las que se desprenden de la reciente excavación de entierros rituales de esta época, podremos confirmar que -en efecto- no todos los individuos sepultados en las llanuras aluviales de los ríos Cazonas y Tecolutla, el ámbito natural de la cultura de El Tajín, fueron siempre gente nacida en el bosque tropical. De hecho, más de uno de estos individuos vino a morir a tierra caliente, lejos de los bosques de pinos y encinos donde probablemente nacieron. Hoy sabemos que tres mujeres jóvenes fallecieron juntas alrededor del año 850 de nuestra Era; todas ellas fueron desmembradas y luego acomodadas en forma flexionada dentro de una fosa común practicada en el centro del altar de la Plaza Norte de la ciudad de Morgadal Grande, el mismo al que ya hemos hecho referencia páginas atrás al discutir algunas de las características de este extraordinario entierro colectivo. Las jóvenes fueron sepultadas con otras mujeres de edad cercana y, por lo menos, con tres hombres invariablemente decapitados (entierros 7b, 9 y 11). Dos de ellas eran prácticamente niñas al morir (entierros 4 y 7a), no mayores de dieciocho o veinte años de edad, y su cuerpo desmembrado se acompañó en la fosa con dientes extraídos a uno o varios individuos adultos, algunos con limado dental practicado en vida como una forma de arreglo personal (Figs. 115-122).

De todas ellas me interesan, en primer lugar, las mujeres adultas, puesto que contamos con evidencia genética que -aún siendo preliminar- puede ser

expresada en términos de comparación entre las *frecuencias alélicas* de una pequeña muestra de la población antigua de Morgadal Grande, en su mayor parte procedente del entierro colectivo de la Plaza Norte, con otra que representa a nivel estadístico al grupo totonaco que actualmente vive en esta misma región del país (cf. Reyna Hernández, 2004).

Por un lado, sabemos que estas mujeres repetían al final de la vida las condiciones de salud que son esperables para el conjunto de la población en tiempos del Epiclásico local. Esto es, la mayoría había sufrido infecciones recurrentes y caries en distinto grado. Por otro, todas ellas muestran *frecuencias alélicas* muy cercanas y –de hecho- se agrupan en la misma ramificación del dendograma junto con totonacos modernos. Es decir, que no parecen existir diferencias significativas en las *frecuencias alélicas* de ambos grupos y que si ésta fuera considerada como evidencia concluyente entonces podría postularse una misma filiación genética que haría de estas tres jóvenes probables mujeres totonacas (Reyna Hernández, 2004:101). El asunto –en realidad- tiene que ver con una de las dos niñas que figuran en el mismo entierro puesto que se aleja considerablemente en términos de alelos del grupo que sugiere a nivel experimental la filiación de los hablantes de la lengua totonaca.

Ha existido por muchos años una discusión académica que intenta aclarar la procedencia étnica de la antigua gente de El Tajín. Paradójicamente, de ella sabemos a partir de la *glotocronología* (cf. Swadesh, 1967), esto es, de los análisis lingüísticos de índole léxico-estadístico, que los totonacos no tuvieron una presencia real antes del año 850 d.C. (McQuown, 1964). Sin pretender agotar una discusión que –entre otras cosas- trae a la mesa de debate un posible origen huasteco de este último grupo cultural (cf. Wilkerson, 1972)<sup>11</sup>, hay que destacar que nuestra niña de Morgadal Grande –precisamente aquella que muestra una divergencia genética en relación con sus compañeras de

---

<sup>11</sup> Lira López y Ortega suponen que la llegada de los grupos totonacos a las costas del Golfo de México "...pudo haber provocado la emigración de los hablantes de *chicomucelteca*, idioma fuertemente emparentado con el huasteco" (2004:91). También llamada *cotoque*, probablemente fue usada en la cuenca del río Grijalva antes de extinguirse (cf. Manrique, 1990). Lira López y Ortega creen que "...considerando la región de donde partieron y la época, la gente que usaba el *cotoque* puede relacionarse con la ahora llamada cultura de El Tajín (2004:91)"

sepultura- se asocia en estricto sentido genético con otros individuos, tanto contemporáneos como mucho más antiguos, cuyas inhumaciones no revistieron, como en este último caso, el carácter de un ritual público. Uno de estos individuos que bien podría compartir con ella una igual filiación, nuevamente expresada en *frecuencias alélicas*, corresponde a un hombre adulto enterrado entre los años 240 y 420 de nuestra Era con una vasija vuelta sobre la cabeza. Es verdaderamente interesante el hecho de la colocación de vasijas capitales como parte del ajuar funerario, puesto que se trata de una costumbre que lejos de ser exclusiva de la civilización de El Tajín la acerca a las prácticas de esta naturaleza que se registraron en la Huasteca desde época muy temprana (Ochoa, 1979:88) y que localmente se extienden hasta por lo menos el año 950 d.C. en el multicitado entierro excavado por Wilkerson (1970) en Santa Luisa. Sin embargo, puesto que para el final del período Clásico su uso se habría vuelto general –tanto en las costas del Golfo como en las sierras contiguas- resulta desaconsejable atribuirle -cuando menos ahora- la categoría de un indicador étnico.

Debe quedar claro que la más joven de las mujeres de Morgadal Grande, por más que se le hubiera hecho participar del mismo evento funerario, presenta formas alternativas de alelos que trazan una historia genética muy diferente a la que puede reconocerse en sus compañeras de entierro. Sin embargo, no ha sido posible establecer sus congruencias genéticas con otras poblaciones actuales, esto es, distintas de las que aquí sirven para caracterizar al grupo totonaco. Aunque todavía tenemos una visión muy fragmentada de la cuestión genética, sí parece posible avanzar una primera aseveración. Esto es, que en efecto existe un grupo originario, distinto al que aquí convengo en llamar totonaco, que se asocia a los manifiestos más tempranos de la cultura de El Tajín. Si bien es cierto que la distinta filiación étnica de las tres jóvenes del altar de Morgadal Grande se suma a un tipo de ritual que en los relieves escultóricos del Edificio de las Columnas de El Tajín involucra a los cautivos de guerra, no debemos extremar aquí las connotaciones étnicas de los manifiestos políticos de los gobernantes del Epiclásico local y hasta de nuestras inferencias sobre los rituales que celebraban en torno a sus victorias militares. Por más que podamos imaginar la magnitud que revestía esta crisis de gobierno, aquel *mundo* ya no era el mismo que había prevalecido hasta concluir el período Clásico. Aunque sus enemigos de la montaña ahora se

hubieran convertido en víctimas y ofrenda, los totonacos tendrían largo tiempo viviendo en la Sierra Norte de Puebla. El punto es que aunque estas jóvenes mujeres hubieran sido conducidas a la antigua ciudad de Morgadal Grande contra su voluntad, esta rivalidad –la misma que ahora determinaba su suerte- no necesariamente cifraba las relaciones que por siglos se habían mantenido entre ambos grupos.

En el extremo sur de El Tajín, mas allá de su bullicioso núcleo urbano, hubo alguna vez un caserío donde en otros tiempos corrían los niños seguidos de sus perros. En torno a los años 620 y 770 de nuestra Era varios de ellos murieron siendo aún muy pequeños. Una joven yacía junto a los cadáveres de dos infantes, uno no mayor de los tres años de edad y el otro cercano a los seis. La mujer se agrupa en el mismo dendograma junto a las tres jóvenes del altar y a la población totonaca. Sorprende su cercanía genética con los individuos actuales que representan a este último grupo étnico, pero en este caso se trata de un entierro doméstico practicado con toda seguridad en el Clásico tardío, por lo menos dos siglos antes de que existiera a nivel lingüístico un claro componente totonaco en la región. El asunto no podría ser más interesante puesto que en el mismo caserío apareció un segundo entierro, se trata de un adulto acompañado de dos niños y probablemente también de un perro. Sólo que esta vez su filiación genética parece ser congruente con las que corresponde a la población originaria. En este orden de ideas puede ser posible que las condiciones políticas del período Clásico no sólo permitieran sino que hasta favorecieran un discreto intercambio poblacional entre la montaña y la llanura costera del Golfo. Es decir, que la forma de mirar las sierras bien pudo cambiar en el Epiclásico, pero la historia de esta civilización del México antiguo sería realmente inconcebible sin sus quehaceres en tierra fría. Basta con pensar en el comercio de la obsidiana para comprender el nivel de interrelación que en toda época normó las relaciones de la costa con la montaña. No hubo migraciones, pueblos enteros puestos en marcha, en todo caso –siguiendo a la lingüística- la penetración de los totonacos debió ser "... más paulatina que violenta, con pequeños avances desde mucho antes" (Manrique, 1979).

Ahora bien, si volvemos al Edificio de las Columnas veremos en otro pasaje que el gobernante se halla de pie frente a uno de sus cautivos, el cual es

presentado por uno de tantos guerreros. El Señor se muestra con un lienzo enrollado en uno de los brazos y sujetando en la mano izquierda una suerte de "rosario" formado por grandes cuentas (Fig.102). Ambos objetos constituyen junto con las rodilleras los símbolos del poder político (cf.A.Pascual,1990b). Su uso era exclusivo del gobernante, con el propósito de no dejar duda sobre la naturaleza de la institución que representaba. Entre los dos personajes figura un maguey en flor, ambos lo enfrentan pero el Señor de El Tajín – como ya hemos visto- orina ritualmente sobre la planta al tiempo de dar voces. El prisionero, vestido de manera muy similar que el gobernante, adelanta el brazo sujetando un pesado bastón que termina con un rodete y en cuyo interior se inscriben dos bandas entrelazadas. En uno de los tableros del Juego de Pelota Sur las mismas bandas adquieren la forma de dos brazos que se cruzan, lo que nuevamente remite –por otra parte- al gesto que es característico del gobernante. La producción simbólica de dichas insignias debió originarse en la parte temprana del período Clásico, puesto que suelen llevarlas en mano los gobernantes de la fase Cacahuatal (ca.350-600 d.C.). Idénticas en forma y atributos invariablemente acompañan su representación en piedra, tanto en El Tajín como en las no menos antiguas ciudades de Cerro Grande y Morgadal. Es oportuno señalar aquí que esta práctica de entrelazar y retorcer las formas fue común en la expresión plástica de esta civilización. De hecho, parece atenerse a normas concretas del estilo artístico que rodea la producción icónica que emana de la clase dirigente y que por definición señala su carácter oficial. No es casual que las fachadas de los edificios públicos de estas importantes ciudades se hallaran enteramente cubiertas de entrelaces pintados o modelados en una argamasa de cal y arena, tal y como puede observarse a la derecha de la escena anterior en la representación de un basamento piramidal que el escultor decoró con toda suerte de grecas entrelazadas. Sabemos bien que para esta época los "templos" se encontraban pintados de rojo y sobre este color de fondo se desarrollaba un complicado patrón de formas cuyos planos se entrelazaban con diferentes tonalidades de azul. Eran construcciones espléndidas y que en distintos lugares de esta crónica sustentada en el pórtico del Edificio de las Columnas aparecen representados con cierto detalle.

En suma, la escena de la que nos hemos venido ocupando parece girar en torno a la rendición de las insignias, donde uno de los señores enemigos de El

Tajín se encuentra en la situación de capitular frente al gobernante de esta última ciudad al ofrecerle el propio bastón de mando. Su humillación no sólo se limita al hecho mismo de presentarlo como un cautivo y al mostrar su inferioridad a través de un cambio de escala en la figuración de los vencidos, no hay que olvidar que el gobernante lo enfrenta y que además orina sobre aquella planta de maguey que aquí los separa. A espaldas del prisionero y justo atrás del guerrero que lo conduce a su suerte se halla un templo magnífico y frente a ellos, a un lado del Señor de El Tajín, toma forma una escena de sacrificio donde un cadáver yace recostado sobre el mismo signo de las bandas entrelazadas y flanqueado por dos personajes. Aunque es posible reconocer una sintaxis independiente y una cierta autonomía entre la escena del sacrificio humano, aquella de la rendición de las insignias y la que incluye la figuración del templo, es posible reconocer la vocación original del texto icónico en cuanto a promover un ejercicio de comprensión que interrelaciona las distintas partes del texto cifrado en un mismo registro horizontal. Es justo allí donde vive la crónica. Su condición de "lectura" no resultaba nueva para el sistema icónico de esta civilización, pero aquello que en realidad era inédito lo sintetizaba el hecho de encontrar a golpe de ojo el texto en su conjunto y no dividido en tableros, en escenas independientes, cuya recuperación a nivel de texto icónico sólo podía practicarse al sumar todos aquellos que participaban de un mismo espacio arquitectónico. La unidad arquitectónica –los tableros del Juego de Pelota Sur, por citar un ejemplo– mostraba el texto completo, aunque sus partes se presentaran alejadas unas de las otras.

El Edificio de las Columnas y toda una producción pictórica posterior que se le desprende, permitió conjugar y afinar sobre un mismo soporte –en este caso las columnas labradas del pórtico– un tipo de comunicación cuya claridad conceptual dependía de consignar un mayor número de bloques de información. Cada uno de estos bloques toma la forma de escenas y su contigüidad en los relieves sirve para establecer dentro de un mismo registro su condición complementaria. Esto no quiere decir que exista un orden preciso de "lectura", menos todavía si es que participan de la superficie de un elemento arquitectónico de planta circular, lo que no quita –por otro lado– que se mantenga un cierto nivel de interrelación entre las partes del discurso expresadas aquí en bloques. Sin embargo, esta última condición no parece

cumplirse de igual manera entre registros distintos. No es que se pierda el propósito último de la comunicación, por el contrario, en todo caso se trata de una relación icónica que, aunque de la misma naturaleza, vincula ahora las grandes secciones en las que se articula la crónica y no, como en el caso anterior, los eventos que se complementan para expresar una parte del discurso. Como podrá notarse, se trata de un problema de escala y no de cambios en el sistema icónico. El mismo principio sintáctico opera a distintos niveles de la estructuración del texto.

De lo anterior queda claro que El Tajín habría transitado en el Epiclásico por una muy severa crisis política que terminó por transformar la identidad de los manifiestos culturales de su civilización. Cambiaron los rituales y la guerra se apoderó de la pintura mural. Las mujeres saltaron a la piedra y su imagen perduró en los relieves junto con la de los soldados de El Tajín y su gobernante. Las cabezas muertas y las grandes pelotas de hule se reunieron bajo los pies del Señor. La visión del mundo era otra y así fue referida entre lanzas sobre los muros encalados y la piedra desnuda de los últimos edificios de la ciudad. Aunque todo aquel trastorno se originó en tierra fría, entre magueyes, también terminó por convulsionar las playas de arena negra del litoral norte del Golfo de México.

No es menos significativo el señalar que para Epiclásico aún manteniéndose la figuración del gobernante como símbolo de la comunidad y repositorio del orden cósmico, resultaba igualmente ineludible en los relieves la mención de otros dignatarios. Hay que destacar que la planta arquitectónica del Edificio de las Columnas es verdaderamente única en El Tajín, puesto que el énfasis de la construcción está puesto en un patio hundido flanqueado por aposentos. Estos últimos fueron en sus orígenes una serie de cuartos edificadas en lo alto de plataformas de baja altura que desplantaban directamente sobre una primitiva plaza, misma que más tarde se convertiría justo en un patio hundido luego de ampliar las cuarterías y promover con ello que se juntaran los extremos de los más antiguos basamentos. Tan singular construcción, al final provista de drenes para desalojar oportunamente el agua de lluvia, debió idearse para resolver los requerimientos rituales propios de la elite local. En el punto más alto de la ciudad, sobre una enorme pirámide de casi 25 metros de altura, se procedió a nivelar la superficie para obtener una plaza rectangular



de unos 32 metros de largo por un ancho no mayor a los 21 metros. Al patio hundido y a los cuartos les precedía hacia el oriente un pórtico cuyo techo fabricado con mortero de cal y arena descansaba sobre aquellas columnas de piedra cuya iconografía hemos estudiado en el capítulo anterior. Entre el pórtico y el patio también figura un basamento que aun siendo el de mayor altura participa de este último al servirle de límite en uno de sus extremos. No obstante, el acceso a los aposentos se practicaría a través de una escalera de amplias alfardas que arranca centrada justo debajo del pórtico.

Desde el punto de vista de la edificación, de los volúmenes constructivos, es posible percatarse que la fachada oriente, la principal y a la que conduce una escalinata dividida en cuatro tramos que inicia a un costado del Edificio A del Tajín Chico (cf. Marquina, 1951:448), sigue los principios arquitectónicos de un nutrido grupo de edificios de la ciudad que pueden tenerse como claros manifiestos culturales del Epiclásico. El complejo pórtico-templo es, a todas luces, una solución característica de los espacios rituales concebidos durante los últimos dos siglos de la historia cultural de El Tajín. Sin embargo, la parte de atrás del edificio, aquella que mira al poniente y cuya fachada también debió incorporar una serie de columnas que aun siendo más esbeltas (cf. Wilkerson, 1987:51) se hallaban igualmente labradas con relieves escultóricos, representa a nivel del patio hundido y de las cuarterías que se le asocian un claro cambio en el uso de los espacios (Fig. 124). La función ritual de las fachadas contrasta con aquella que habría motivado la construcción de un patio cuya área es superior a los 155 metros cuadrados y que corresponde a casi una cuarta parte del total de la superficie disponible en lo alto del edificio. Semejante vano, en mi opinión, debió servir en la celebración de eventos colectivos aunque dadas sus dimensiones y el carácter reservado de los aposentos que lo rodean no es posible suponer que allí se verificaran ceremonias masivas. Esto no quita la posibilidad de que abajo -en las grandes plazas- se congregara una multitud de personas y que los pórticos, por su naturaleza, permitieran armonizar las ceremonias verdaderamente públicas con aquellas otras que se esperaba que corrieran a cargo de la elite en recintos apartados de los ojos del pueblo. Esta idea podría fortalecerse si es que no olvidamos que a los pies del Edificio de las Columnas, hacia el poniente, se extiende una plaza cuya antigua nivelación produjo un enorme polígono de aproximadamente 11 000 metros cuadrados (cf. Wilkerson, 1987:50),

limitado en sus extremos por varios edificios de baja altura que sirven para contener el impresionante volumen de tierra que hubo necesidad de introducir en su construcción. Por lo pronto, resulta conveniente volver al patio y a las cuarterías para decir algo más de ellos y particularmente de los fragmentos de pintura mural recuperados en los primeros años de la década de los noventa por el Proyecto Tajín (Lira López, 1995:85-124).

Aunque no queda duda de que el edificio entero se encontraba cubierto de murales, los de la última época se deterioraron a tal grado que es muy poco lo que ahora queda de ellos. Sin embargo, permanece un grupo importante de fragmentos de morteros de cal y arena bellamente pintados en el relleno constructivo<sup>12</sup>. La esquina sureste del patio proporcionó la colección más interesante de ellos, aunque también aparecieron fragmentos de murales en otros sitios de la edificación, siempre formando parte de rellenos producidos por las distintas reformas arquitectónicas que experimentó el edificio. Me queda claro que Lira López (1995) reflexionó detenidamente sobre la implicación de sus hallazgos y supo reparar oportunamente en que se trataba de murales destruidos en la antigüedad por aquellos a quienes se les había encomendado introducir modificaciones en el edificio. Concuero en que los fragmentos que aquí estudiaremos corresponden por el sólo hecho de haber sido excavado en el relleno de la edificación a la etapa en la que el patio del Edificio de las Columnas se encontraba todavía abierto en las esquinas. Hay que decir que se trata de una práctica usual en El Tajín el aprovechar los restos de antiguos murales en la conformación de los rellenos, puesto que su destrucción intencional los reduce a la categoría de basura y los iguala con otros materiales culturales de desecho, por lo regular vasijas quebradas, que suelen aparecer en los mismos contextos secundarios. Sin embargo, mientras que la distribución de la basura cerámica es definitivamente aleatoria en los estratos que ilustran tales actividades de relleno, los fragmentos pintados de mortero de cal y arena pueden mostrar, aunque no siempre, un acomodo significativo. Si bien también se trata de basura, son desechos del propio edificio y por lo regular no debemos pensar que fueran trasladados, como

---

<sup>12</sup> "El relleno bajo el piso del andador está formado de piedra bola, fragmentos de estucos, tierra café clara, fragmentos de aplanado con pintura, fragmentos de molduras y pocos tiestos " (Lira López, 1995:116).

sucede con los tiestos, desde lugares distantes. Además, suele ocurrir que un sencillo análisis de la distribución espacial por estrato de estos fragmentos indique concentraciones de murales específicos. Esto no quiere decir, por otro lado, que necesariamente aparezcan todos sus fragmentos o que aquellos que muestran relaciones espaciales puedan ser efectivamente reintegrados en un mismo mural. Debe quedar claro que a su destrucción debió seguir un proceso intencional de dispersión de los fragmentos que se atuvo a los nuevos requerimientos de nivelación de la estructura. En el Edificio de las Columnas esta condición queda ilustrada en el patio, justo en el arranque de la escalinata adosada al basamento oriente, donde Lira López (1995:106-111) halló la representación en argamasa de varios pies humano cubiertos por el piso de la última época constructiva<sup>13</sup>. Allí, enterrados en el mortero, quedaron los únicos vestigios que conocemos de los cuatro personajes que según esta autora habrían sido modelados de cuerpo entero sobre una pared del adosamiento. Los pies pintados de color verde olivo y calzados con sandalias provistas de taloneras, pisaban sobre una superficie de color rojo. Si sobrevivieron embebidos en el mortero que corresponde al piso de la última etapa constructiva, es por razón de que nunca fueron removidos de su posición original, lo que ciertamente no ocurrió con los cuerpos de estos personajes puesto que es de suponerse que en algún momento estorbaron a la obra de albañilería y en consecuencia se les destruyó hasta los tobillos. Los pies quedarían ocultos bajo la superficie del nuevo piso, esto es, formando parte del último relleno constructivo.

Los fragmentos de la pintura mural que alguna vez decoró las vastas paredes del Edificio de las Columnas, no escaparon de la misma suerte que determinó la destrucción y manipulación final de estas imponentes figuras de argamasa. Si resultaba necesario alzar los niveles junto a los viejos muros de donde se desprenderían los murales, entonces sus fragmentos bien podrían aparecer relativamente juntos, todos o sólo algunos, dependiendo del volumen del nuevo relleno constructivo y del acomodo que eventualmente se hiciera de la pedacería del mural. En el caso de que no se cumpliera este último supuesto,

---

<sup>13</sup> "En total se descubrieron ocho pies (cuatro pares) de 18 a 21 cm de largo y de 65 a 19 cm de altura. [...] Todos portan sandalias con restos de pintura roja y ocre. Los dedos están muy bien modelados y conservados, así como la sandalia que cruza el dedo gordo y el tercer dedo en forma de Y y que se viene a unir a una banda que rodea el tobillo, decorada con un botón en el frente" (Lira López, 1995:109).

entonces podrían trasladarse a distintos puntos de la obra para hacerlos participar de contextos secundarios alejados de su posición original. Sin embargo, no cabe duda de que la tarea de restituir un mural que presenta un grado tal de fragmentación es ardua, si es que no se torna en momentos impracticable. Por otro lado, el estimar su antigua ubicación depende por completo de las condiciones concretas del hallazgo. Es tal la complejidad de las cosas que ni siquiera es posible estar seguro de inicio que todas las piezas de este gigantesco rompecabezas se encuentren verdaderamente juntas en el ámbito del edificio o que los procesos de intemperismo hayan afectado de idéntica forma al conjunto de fragmentos que están ahora por un antiguo mural.

Ladrón de Guevara, quien se ocupó de catalogar varios de los fragmentos de los murales del Edificio de las Columnas, describe que sobre el color natural del enlucido se pintaron varios personajes con la piel verde olivo y vestidos algunos con atuendos de color rojo. Es posible que originalmente estuvieran dispuestos formando una procesión. Unos, llevan lienzos anudados detrás del faldellín, otros visten prendas que apenas les cubren los hombros y quizá en un caso fue representado un *quechquémitl*, una pieza de telar que es característica de la indumentaria femenina en época prehispánica. También pueden reconocerse partes de varios penachos y quizá una rodillera (1992a: 42005 y 42016). No deja de ser interesante que Ladrón de Guevara agrupara estos fragmentos en dos distintas entradas de su catálogo, las que distingue por razón del diferente tamaño de la representación de los personajes. Los más grandes si acaso superan los 30 cms. de altura, cosa que los acerca a la escala usada en los relieves escultóricos de este mismo edificio. Es posible que estos personajes se encontraran rodeados en los murales por bejucos y por una variedad de elementos que dado el grado de su actual fragmentación no resulta posible reconocer. No obstante, y esto hay que subrayarlo, toda esta pedacería de antiguos murales se inscribe en un período concreto de la producción plástica de El Tajín que en el Epiclásico transforma por igual el quehacer de los pintores como también el de los escultores y hasta el de ciertos ceramistas (Figs.124 - 133).

Ahora bien, el pesado techo que cubría a este edificio era un verdadero prodigio de la tecnología de su época. Se trataba de una cubierta colada de

una sola pieza con mortero de cal y arena y que se valía de una cimbra de madera, a manera de molde, durante el proceso de fraguado. Esta construcción efímera, ciertamente indispensable para contener y hormar los materiales vaciados, no debió lucir muy distinta a las que levantan hoy en día nuestros albañiles, salvo por el uso de troncos y ramas donde ahora suelen colocarse tablas. La superficie de aquellas cimbras se preparaba cuidadosamente regando una capa de tiestos antes de iniciar el colado con el propósito de nivelarla y de evitar con ellos que la madera quedara irremediablemente pegada al mortero cuando este último secara. Los tiestos, con toda seguridad obtenidos de basureros de la época, facilitaban el desprendimiento de la estructura provisional además de favorecer un colado relativamente plano en el interior que solía acabarse con un aplanado de estuco finamente alisado (Fig.133).

El magnífico techo que cubría el pórtico del Edificio de las Columnas probablemente fue uno de los últimos edificados en la ciudad del Epiclásico. Ofrece una ligera curvatura en su interior, a manera de bóveda, que lo hacía más ligero a medida que se alejaba de sus apoyos. Aunque esta solución ciertamente ayudaba a equilibrarlo, en realidad era más una respuesta tecnológica al problema que representaba su enorme peso. No hay que olvidar que su construcción se halla justo al final de una larga serie de ensayos que por más de un siglo dotaron de techo a no pocos edificios de El Tajín. La experiencia acumulada por tan antiguos constructores los llevó en el Edificio de las Columnas a perfeccionar el sistema constructivo y a intentar corregir los problemas estructurales que presentaban estas colosales cubiertas de mortero. Sin embargo, ninguna de las modificaciones que se introdujeron en esta ocasión tampoco permitió resolver de una buena vez la aparición de agrietamientos producidos por los esfuerzos del techo frente al trabajo mecánico del edificio en su conjunto.

Aunque la parte alta de la ciudad -el Tajín Chico- es mucho más estable para efectos de sustentar grandes obras arquitectónicas, el Edificio de las Columnas todavía hoy sigue presentando asentamientos diferenciales producidos por las características físicas del suelo que le subyace. Aunque esta colosal edificación surge apoyada en una loma parcialmente modificada por la mano del hombre, no es otra cosa que un gigante producido a partir de

la acumulación de grandes volúmenes de suelo obtenidos en el proceso de nivelación de la geoforma, misma que también aloja a su anexo –Edificio 41- y a una de las plazas más amplias que se conocen en la antigua ciudad. Si bien es cierto que los suelos de la región generan de suyo un cierto equilibrio entre los estratos que corresponden a los distintos eventos de conformación del núcleo constructivo, también los caracteriza un espacio poroso que promueve el trabajo mecánico de estos grandes volúmenes de suelo en presencia de aguas pluviales. A ello se debe que el núcleo del edificio sea particularmente sensible a los fenómenos meteorológicos y que se expanda o se contraiga dependiendo de la intensidad de las lluvias o de lo prolongado de los períodos de sequía. Aunque el edificio se hallaba originalmente cubierto por un grueso aplanado de mortero de cal y arena que reducía a nivel de la capilaridad del suelo los aportes de humedad en el interior del propio núcleo constructivo, esto no significa que participando como lo hace de una ladera esta última condición hubiera bastado para aislarlo eficazmente de la humedad. Son justo estos procesos naturales del suelo los que se traducen en asentamientos diferenciales de la edificación y hasta en fallas estructurales graves.

Hoy en día el Edificio de las Columnas presenta riesgos concretos de derrumbe, pero durante el Epiclásico es posible que los problemas de estabilidad no fueran tan serios como los que ahora enfrentamos, luego de siglos de abandono, lo que no quiere decir –por otra parte- que en la antigüedad no se registraran asentamientos capaces de comprometer la integridad de su imponente techo. Debo confesar aquí al lector que no me queda del todo claro si es que en aquel momento del Epiclásico realmente se entendían las causas que originaban el agrietamiento de las cubiertas de mortero. Cuando las fallas eran visiblemente menores, se reparaban rellenándolas con chapopote, evitando con ello que se filtrara el agua de lluvia. En nuestras excavaciones hemos encontrado pedazos de vasijas que se destinaron a calentar el petróleo crudo para luego utilizarlo de la misma manera en la que actualmente se emplean los cementos asfálticos. Si las grietas amenazaban la estabilidad de la cubierta, normalmente se procedía a encimarle un nuevo colado del mismo mortero, sólo que esta vez se agregaba a la mezcla una mayor proporción de pastos –tal y como si se tratara de un adobe- con el propósito de obtener un mejor fraguado del mortero y disminuir

el peso adicional que se introduciría con esta reparación. Por lo regular, a esta adición le correspondía la necesidad de reforzar los pilares que lo sostenían en el interior de los cuartos, lo que generalmente se lograba ampliando la sección de cada uno de los apoyos aislados. Este mismo procedimiento podía repetirse en varias ocasiones, hasta que la razón de ser de los vanos interiores se perdiera frente al aumento del área requerida por los elementos estructurales que reforzaban el techo.

Con todo, había una clara conciencia de la importancia de reducir al mínimo el peso de esta clase de cubiertas, tan era así que sus ejemplos más antiguos incorporan en la mezcla, a manera de gravas, piedras pómez. Puesto que se obtenían en el lecho de arroyos que bajan de la montaña, suelen tener el aspecto de guijarros que aún siendo muy ligeros ofrecían una superficie tan lisa y redondeada que se separaban con facilidad del material cementante, originando con ello no sólo agrietamientos sino que en ciertas condiciones de esfuerzo es posible suponer que hasta ocurrieran desprendimientos de partes completas del colado. Por supuesto, el uso de estas primeras gravas fue rápidamente olvidado y se substituyeron por el abundante desecho de talla que produjo el careado de los muchos sillares de piedra que requería la construcción. Aunque más pesadas, las piedras angulosas que saltaban al golpear las lajas de arenisca cumplían de mejor manera la función que se esperaba de las gravas. Sin embargo, el techo pesaba todavía más y sus apoyos crecieron en forma desproporcionada con relación al espacio disponible en los aposentos. No sería improbable que varios cuartos hubieran terminado deliberadamente tapiados cuando se volvía absurdo continuar con la reparación de sus techos y que en la historia de las reformas constructivas de los edificios del Tajín Chico haya -por lo menos- un par de ellos que cumplan con esta condición. Toda la parte baja del Edificio A y los macizos constructivos que flanquean al único cuarto del Edificio B podrían estar en este caso (Figs.134 y 135).

Por otro lado, en este último edificio del Tajín Chico la tecnología de las lozas de mortero de cal y arena permitió construir un piso alto, al que podría accederse desde el exterior del edificio o bien desde la planta baja a través de una escalinata interior. La pequeña escalera fue colocada pegada a una de las esquinas del aposento y para hacerla practicable hubo necesidad de cortar la

loza justo a la altura del más cercano de los pilares, cuidando de no restarle firmeza a la pieza colada. La entrada al piso superior terminó siendo no muy amplia y la escalera si mucho muy inclinada. De cualquier forma, aquella gente estaba haciendo -por decirlo así- arquitectura moderna y no es menos que admirable la forma en la que intentaron solucionar -uno a uno- los varios problemas que surgían frente a este claro esfuerzo por desafiar las leyes de la gravedad. No hubo en Mesoamerica otro pueblo que lograra semejantes proezas en el ámbito de la construcción y menos aún en un período tan desfavorable de su historia.

No obstante, con algo más de un siglo de experiencia acumulada no lograron resolver el agrietamiento y la falla estructural de las cubiertas de mortero de cal y arena. Aunque conocedores tanto de las bondades como de las limitaciones que ofrecían sus materiales de construcción, es posible -en mi opinión- que la búsqueda de las soluciones técnicas pertinentes se centrara sólo en el problema del peso descomunal de los techos, lo que tiene que ver con el trabajo de los materiales a la compresión y no con el comportamiento que se genera cuando el plano se halla en tensión. Como podrá verse en la discusión anterior, la mayor parte de las modificaciones corrían en el sentido de la preparación de la mezcla y no en la adición de una estructura que armara la loza, tal y como hoy en día se colocan emparrillados de metal dentro de los colados modernos. La técnica de reforzar continuamente los pilares es en realidad una solución paliativa y no la consecuencia de una correcta comprensión del trabajo dinámico que se generaba en el edificio. Dicho de otra forma, todo parece indicar que no había una concepción clara del problema, puesto que de haber sido así no dudo que hubieran resuelto colocar una serie de vigas de madera tocando los muros y las puntas de los apoyos aislados antes de colar el techo de mortero. Aunque la solución parece sospechosamente obvia, causa extrañeza que las casas más humildes de la ciudad, aquellas que contaban con techos de palma tejida, si incorporaran este mismo principio en su edificación. Esto es, poseían un armado de troncos y ramas. ¿Por qué no siguieron los mismos principios constructivos adaptándolos a los requerimientos específicos de estos últimos edificios públicos de la ciudad? En realidad no lo sé, pero la explicación a ello podría tener que ver -como ya he señalado- con el desconocimiento de los esfuerzos



mecánicos que son inherentes a esta clase de cubiertas coladas y que por su naturaleza se encuentran en tensión permanente.

Sin embargo, hace ya algunos años que el ingeniero Fidel Nader me hacía ver con justa razón en un fragmento de techo procedente de la Plaza Sur del vecino sitio arqueológico de Morgadal Grande, fechado entre 930 y 1070 de nuestra Era, que la composición de la mezcla y la tecnología propia del colado permitían suponer una búsqueda de soluciones empíricas al problema del agrietamiento. Por una parte, no sería improbable que algunos de los estratos presentes en la loza no sean consecuencia de sus reparaciones, si no que hayan sido deliberadamente colados en forma secuencial como parte de un solo evento constructivo. Es decir, que al haber colado el techo por partes habrían promovido una cierta capacidad de movimiento –aunque verdaderamente mínimo- entre las capas y la adición de abundantes pastos en la mezcla, por otro lado, habría favorecido la creación de una estructura de tipo reticular que eventualmente podría haber trabajado -aunque de manera mucho más discreta- en el mismo sentido de un armado. De cualquier forma, la posibilidad de que existiera un proceso de colado que consideraba etapas sucesivas –si es que no tenía que ver exclusivamente con el correcto fraguado del mortero- es siempre alentadora en términos de los logros tecnológicos de la cultura de El Tajín.

Sobre esto último es necesario agregar que para este momento final de la ciudad, la mayoría de los templos y de los edificios de uso exclusivo de la elite contaban con techos colados. Aunque no cabe duda de que el énfasis constructivo del Epiclásico se registró –como ya hemos dicho- en el Tajín Chico, esto no significa que en la parte baja del asentamiento, justo donde se encuentra la famosa Pirámide de los Nichos, no ocurriera una serie de reformas constructivas que implicaran la adición de estas cubiertas de mortero y hasta de columnas de piedra. De tal forma que no sería extraño que incluso la Pirámide hubiera incorporado –en un cierto momento- semejante solución cuando se hizo necesario renovar la cubierta de su único aposento. En esta parte de la ciudad los grandes basamentos solían pintarse de un solo color, de tal forma que los cuatro lados del Edificio 5 serían rojos mientras que los cuerpos constructivos de los edificios 3 y 23 se hallarían enteramente pintados de azul (Figs.136).

Es interesante el reflexionar aquí –aunque sea de manera muy breve- sobre el aspecto que en la antigüedad ofrecían las magníficas alfardas de la Pirámide de los Nichos y su escalera, así como los paramentos centrales de las canchas destinadas al juego de la pelota, los mismos que presentan a tramos relieves escultóricos. Hasta donde sabemos, era hasta cierto punto común que las edificaciones consagradas al ritual de la pelota, me refiero aquí particularmente a los muros de la cancha, lucieran completamente desnudos de repellados de mortero o incluso de color. Desde la primera mitad del período Clásico debió convenirse el dejarlos con la apariencia de la piedra. Esta decisión probablemente tuvo que ver con los daños que podía producir tan pesada pelota de hule macizo en las frágiles superficies estucadas de los primeros edificios. Sin embargo, la persistencia de esta misma solución en las canchas ceremoniales del Epiclásico, que para los inicios de la civilización podemos tenerla como una respuesta de orden funcional, señala un uso más bien de carácter simbólico. Además, en El Tajín como también en las cercanas ciudades de Vista Hermosa, Morgadal y Cerro Grande, por sólo mencionar las que conozco mejor, se edificaron en idénticas circunstancias paramentos con piedra menuda que remataban en las esquinas con esculturas talladas en sillares de arenisca. En estos casos, suele haber por encima de cada uno de ellos un talud recubierto con una gruesa capa de mortero de cal cuya única finalidad era obligar a la pelota a que regresara al centro de la cancha en la eventualidad de que chocara con el plano inclinado que lo origina. Así que en estos casos no sería raro que las paredes que sirven de límite a la cancha estuvieran enteramente repelladas y que los daños que con toda certeza sufrían por causa de los frecuentes golpes que recibía de la pelota no representaran un impedimento real para estucarlas. La diferencia con las estructuras del Clásico temprano, ya lo hemos dicho atrás, es la ausencia total de piedra en las fachadas, lo que evidentemente impedía un manejo cercano al que se hizo durante el Epiclásico de estos espacios ceremoniales. De cualquier modo, los muros de varias canchas –probablemente las más importantes de su época- se encontraban desprovistas de acabados y exhibían paramentos formados con grandes sillares de piedra. Sus contrastes quizá se expliquen a partir de una diferenciación real en cuanto al uso de ambos tipos de cancha, ya que sus características individuales aún señalando aspectos complementarios marcan a la vez divergencias que sólo pueden asimilarse a

partir de una vocación distinta aunque íntimamente relacionadas en la perspectiva del ritual. Es decir, en el Epiclásico las verdaderas canchas de juego, donde los hombres corrían al encuentro de la pelota, probablemente eran aquellas que hoy nos parecen de fábrica más sencilla, mientras que las más elaboradas quizá reproducían el aspecto de las más antiguas pero se concebían sólo como corredores ceremoniales destinados a los sacrificios humanos que imponía el rito. En la práctica y a juzgar por los ejemplos que conocemos, esta división pudo haber sido mucho menos rígida de lo que previene nuestro enunciado. Sin embargo, aún introduciendo todos los matices que faltan en su formulación, si hay en estas canchas algo que las hace diferentes (Figs.137- 140).

Antes de dirigir la mirada a las alfardas de la Pirámide de los Nichos, quisiera señalar que hay entre la maleza y los campos de cultivo que cierran al norte la zona arqueológica de El Tajín otro edificio consagrado al ritual de la pelota. Conocido como el Gran Juego de Pelota es en verdad de proporciones sobrecogedoras y una de las obras arquitectónicas más impresionantes de esta civilización (Fig.141). De hecho, no hay en la región otra que la iguale o que por lo menos aspire a competir con ella. Formada por dos imponentes estructuras paralelas, tan altas como la propia Pirámide de los Nichos, la cancha se haya enmarcada por paredes ensambladas con sillares de piedra desprovistos de relieves. En la antigüedad, probablemente en los años que corresponden al Epiclásico, debe haber maravillado a cualquiera el presenciar en este espacio el juego de la pelota. Aunque no disponemos de datos que indiquen su período de vigencia, no me parece aventurado hacerlo coincidir con el Edificio de las Columnas. Eran tiempos marcados por la guerra cuando esta obra colosal debió afirmarse como el centro de los rituales de gobierno. Por lo que he podido observar, asomándose entre los árboles de huásima o removido entre los surcos de las sementeras, hay evidencia suficiente como para suponer aunque de manera preliminar que las empresas militares de 13 Conejo así como la celebración de sus más sonados triunfos no dejaron de lado a tan magnífico edificio. Los detalles de albañilería relacionados con el acomodo de las piedras, la tecnología de los morteros, la manera de hacer el tendido de los aplanados, los colores de las pinturas utilizadas en su ornamentación y hasta las características de los tiestos que quedaron embebidos en los techos de cal como mudo testimonio del laborioso proceso

de colado, hacen de su aspecto actual una obra en todos sentidos contemporánea de las más tardías edificaciones de la ciudad.

A esta misma época quizá debamos referir la escalera de piedra que se sobrepuso en la fachada principal de la Pirámide de los Nichos (Fig.142). Aunque los escalones se encuentran igualmente formados con sillares de arenisca, esta vez sus proporciones son mucho más pequeñas. Su singular armonía es fruto de la regularidad del corte de cada una de las piezas. En el centro de la escalinata y distribuidos por tramos aparecen varios grupos de nichos rematados por espectaculares cornisas voladas y a los lados, componiendo la decoración de las alfardas, sucesiones de grecas escalonadas en mosaico de piedra. La escalera no parece haber sido revestida con aplanados de mortero y menos aún cubierta con pintura. Aunque en el edificio no se habría ahorrado el uso del color es probable que la omisión deliberada de la escalinata respondiera a una voluntad distinta de significar, misma que sólo se solventaría a través de la piedra misma y no del estuco finamente bruñido. La roca ciertamente cumplía con una función simbólica que no obviaba su origen telúrico. El arrancarla de la tierra lejos de restarle valor hacía que su potencial simbólico se sumara a las obras de la civilización. Eran piedras desgajadas de sus afloramientos en las colinas, separadas en lajas que dadas sus características se les encontraba usos distintos. Las que servían para fabricar sillares eran las menos abundantes en el territorio y por lo regular se reservaban para el trabajo de los escultores cuando no contenían impurezas que a modo de piedrecillas estorbaran la tarea del cincel. Había en ellas, desde época remota una justificación ideológica que las hacía dignos soportes de las imágenes de los gobernantes, su naturaleza incorruptible y su innegable asociación con la manera de concebir la tierra las volvían indispensable en las canchas o al frente de la Pirámide de los Nichos. Por más que reflexiono sobre su uso en la antigüedad, casi siempre tropiezo con *Montizón*, con la figuración de la tierra en la perspectiva actual de los totonacos de la Sierra, y con una iconografía que no cesa de anunciar el carácter animado de la entidad que en el pasado moraba en las entrañas de la tierra. Aunque no tengo mayores argumentos que permitan confirmar la existencia de una criatura ancestral equivalente a la que hoy sobrevive en el pensamiento religioso de los totonacos de Mecapalapa. Podría agregar a esto último, siempre yendo tras sus huellas, que otro más de los altares de Morgadal Grande, también

escenario de inhumaciones de víctimas del sacrificio humano, surge encima de un afloramiento rocoso que permanece incluido en el interior de la plataforma ceremonial y que fue preservado en el proceso de nivelación de la plaza. Es decir, junto a la roca viva y como resultado de entierros sucesivos, se hallaban los restos de por lo menos cinco hombres jóvenes con los dientes limados<sup>14</sup>, un signo de clara diferenciación social en el México prehispánico. No es de ninguna manera casual que las hazañas militares de 13 Conejo fueran contadas precisamente sobre la piedra, sobre roca descamada del lomo de este fabuloso reptil que en la Sierra hoy responde al nombre de *Montizón*

---

<sup>14</sup> Sitton, quien se ha ocupado del análisis de los restos óseos del Altar de la Plaza Central de Morgadal Grande, ha identificado la mutilación dentaria que exhiben como los tipo A4 y C3 de Romero (1958:25).

## CAPÍTULO IV

## CUANDO LOS DIOSES CALLARON: EL TAJÍN EN CRISIS.

El siglo XI de nuestra Era fue testigo de un proceso de disolución cultural no demasiado elocuente en el registro arqueológico y por lo regular privado de novedades en el ámbito de la arquitectura. Aún así, no hay que suponer que la ciudad quedó súbitamente despoblada o que precisamente la ausencia de obras arquitectónicas de relevancia social advierte sobre un abrupto final de la civilización. En todo caso, El Tajín estaría transitando por un irremediable vacío de poder político que lo arrastraría a la desaparición de la clase dirigente. En efecto, la agonía de aquella civilización parece haber sido lenta; podría suponerse que por causa de una deficiente gestión de la elite gobernante pero, en realidad, fue justo su notable capacidad de adaptación a las condiciones tremendamente adversas del escenario político lo que permitió frenar por algún tiempo la inevitable desaparición de la forma de vida civilizada de El Tajín.

Este último capítulo está íntegramente dedicado a explorar las causas que originaron su desarticulación cultural, la falla generalizada del sistema político, así como la manera en la que el hambre y la miseria terminaron por apoderarse de la antigua ciudad. En las páginas que continúan por supuesto no todo está resuelto, no hay tampoco aquí la última palabra. Sin embargo, el lector podrá descubrir una visión que ha dejado atrás las explicaciones de carácter *catastrofista* que suelen echar mano de los eventos repentinos de desocupación para explicar la extinción de las ciudades. El Tajín jamás fue abandonado y esto hay que decirlo pronto puesto que se trata de las contadas

afirmaciones que no necesitan mayor discusión. Si bien es cierto que la selva regresó a la ciudad, el hombre nunca se apartó de ella. No hubo migraciones masivas, ninguna clase de acuerdo que determinara el éxodo final de su población. No ocurrió en El Tajín como tampoco debió suceder en ningún otro sitio de Mesoamérica. Sin embargo, resulta evidente que durante los últimos cien años se produjo un proceso de redistribución de las poblaciones, particularmente agudo en las pequeñas ciudades que rodean El Tajín, y que se traduce arqueológicamente en términos de la gestación de una cultura eminentemente rural cuyas actividades se sobreponen a los espacios urbanos del Clásico tardío. Dicho proceso debió iniciarse en Morgadal Grande no antes del año 990 para concluir alrededor del 1070 de nuestra Era<sup>1</sup>.

Contrariamente a lo que podría sospecharse, la redefinición de los espacios públicos no necesariamente implica la disolución del poder político. Por el contrario, aún tratándose de un proceso de contracción del ámbito urbano, pone de relieve la notable capacidad de reacción de la clase dirigente frente a condiciones adversas, por no decir verdaderamente críticas. Si bien es cierto que puede advertirse una escalada campesina en las ciudades, lo que ya constituye un síntoma avanzado de la enfermedad del sistema político local, no significa que en tiempos de cambio no pudiera reproducirse un patrón de vida civilizada sustentado precisamente en el modelo cultural del período Clásico. De hecho, la ciudad de El Tajín continuó siendo la sede del Estado y el centro de una compleja burocracia. Por más de seiscientos años había sido el gestor del comercio en la costa norte del Golfo México y no sería improbable que prácticamente todas las mercancías pasaran por ella antes de alcanzar su destino final; es el caso del vidrio volcánico, del basalto, la piedra pómez, de ciertas arcillas y tintes necesarios para elaborar pinturas, de los jades y de una infinidad de insumos como también de productos terminados venidos de otras tierras. En efecto, todo parece indicar que la misión fundamental del Estado era administrar la redistribución de casi todos los bienes. La clase dirigente debía garantizar el control de los caminos que

---

<sup>1</sup> Las fechas de radiocarbono arriba citadas corresponden a la Excavación de Prueba EP9B practicada en la Plaza Sur del sitio arqueológico de Morgadal Grande. La primera de ellas se relaciona con la última reforma arquitectónica de importancia emprendida en la Plaza Sur, mientras que la segunda permite situar cronológicamente los procesos de reocupación doméstica que más tarde se registraron en el espacio público original.



bajaban de la sierra y se internaban en los bosques tropicales, así había sido siempre y no era de esperarse que pudiera cambiar. Sin embargo, El Tajín agonizaba.

La suerte del modelo cultural de El Tajín y la memoria de quinientos años de civilización peligraban en el amanecer del siglo XI de nuestra Era. Fue entonces cuando afloraron la mayor parte de las contradicciones de un sistema político que finalmente no sería capaz de asimilar los cambios que en este mismo sentido experimentaba el oriente de Mesoamérica. No obstante, el arte del período Epiclásico proclamaba que sólo los actos del Señor de El Tajín y no los del pueblo eran verdaderamente eficaces. Es revelador que en el Edificio de las Columnas la representación de la comunidad en su conjunto sólo estuviera por la figura simbólica de su gobernante. Sus enemigos suelen aparecer como una pluralidad de individuos, como un montón de desvalidos cuyo desconcierto e ineficaz oposición al Señor de El Tajín sólo sirve para resaltar su naturaleza sobrehumana, su pertenencia a un orden diferente de ser. La victoria traduce la reducción del caos y la afirmación de lo establecido, es mucho más que una proclama de poder político, es la restauración misma del equilibrio divino y la elevación del gobernante por encima de las vicisitudes históricas. Los datos enmudecen frente al predominio del propósito último de la comunicación, esto es, el comprobar la persistencia del orden establecido y de su equilibrio con el cosmos. Por supuesto, los actos del gobernante -nunca arbitrarios en la perspectiva social- pretendían armonizar la existencia humana con el orden sobrenatural. Tanto así que su imagen en El Tajín sólo se resuelve en el mismo pie de igualdad cuando figura en compañía de los dioses. No pertenece al género humano y por consiguiente es frecuente encontrarlo asumiendo los rasgos propios de las divinidades, particularmente una reelaboración tardía del imponente rostro de Tláloc.

No obstante, queda claro que la preocupación por celebrar de esta manera la restauración del orden emana de un conjunto de hechos. Así que por definición subyace a estos textos un contexto social preciso por más que los episodios que lo manifiestan sean prescindibles en la perspectiva de la crónica, tal y como ocurre en las columnas labradas del edificio homónimo. La historia de los sucesos resulta opacada por el vigor del gobernante. Con

todo, la reconquista del orden implica el regreso a las formas tradicionales y pone en evidencia la naturaleza estática del sistema. El caos es sencillamente todo aquello que no es lo propio o que amenaza el equilibrio de las cosas. La representación simbólica del gobernante no sólo está por la comunidad sino por aquella parte del sistema que no admite concesiones y de la cual depende la civilización en su forma conocida. Sin embargo, nuestra búsqueda bajo el suelo de El Tajín más parece mostrar una secuencia de hechos culturales que corre en el sentido de la transformación pero que busca equilibrarse en los mismos principios que tradicionalmente armonizaban a la sociedad. El Epiclásico es mucho más que una renuncia al cambio es -en todo caso- el momento en el que se resumen los mecanismos de supervivencia de una institución política y de toda una civilización.

Hay que agregar que los gobernantes del Epiclásico, por lo menos el más ilustre de ellos, ya no eran la única fuente de autoridad. En el propio Edificio de las Columnas hay otros dignatarios que comparten en cierta medida la misma naturaleza que diferenciaba al gobernante del resto de los hombres. Es claro que existe una figura central, un "Señor de Señores", pero nombrados de igual manera en la crónica aparecen otros en quienes probablemente se delegaba alguna forma de autoridad. Aunque debieron constituir una clase separada no es imposible que en la constitución de este grupo rigieran criterios apolíticos. Es evidente que el nombre calendárico 13 Conejo no sólo se reservaba para indicar al gobernante, sino que también servía para la designación de todo un conjunto de individuos que sin duda le eran muy cercanos, particularmente aquel que en los relieves lleva anudado sobre la frente un enorme haz de plumas. Sin embargo, no hay que perder de vista que hay otros personajes que aún teniendo nombres distintos, el artificio de la perspectiva simbólica no los excluye como miembros de la *casa* del Señor. Aunque el asunto todavía se escabulle de las manos, no deja de ser -en principio- revelador en cuanto a que sobre estas bases se hubiera podido nutrir la esfera local de gobierno y que entre ellos, figuraran los dignatarios de otras ciudades incluidas en su ámbito de influencia política.

La historia de El Tajín no puede ser más rica y compleja que la que atestiguaron sus habitantes durante el último siglo del Epiclásico. En buena parte los gobernantes construyeron la versión local de los hechos y la

arqueología -hay que decirlo- la ha reproducido casi sin cambios hasta nuestros días. Muy pocas fueron las dificultades que tuvo que sortear esta lectura plana del pasado antes de declarar a 13 Conejo como uno de los pilares de la civilización de El Tajín. Nuestro antiguo mecenas sabía bien que lo esculpido en piedra rebasaría sin problemas las magnitudes del tiempo. Rara vez se presentaron sorpresas que no pudieran acomodarse en esta perspectiva todavía cruda de los eventos culturales, aunque de vez en cuando surgían datos inquietantes sobre el destino del magnífico Edificio de las Columnas, su "... destrucción intencional e incendio provocado" (Marquina, 1951:448). Por supuesto que semejante atentado debía explicarse forzosamente como un episodio fugaz que por su condición de evento terminal poco o nada habría tenido que ver con el devenir histórico de la ciudad. Lo mismo podría decirse de un monolito de arenisca bellamente labrado que García Payón encontró deliberadamente volcado sobre la escalera del Edificio 5, "... una escultura de piedra rota en dos pedazos cuya parte inferior estaba todavía en su lugar original" (Marquina, 1951:436).

Por muchos siglos 13 Conejo ha logrado escapar del juicio de la historia y con tan afamado gobernante también se ha escabullido toda posibilidad de avanzar una propuesta crítica sobre la identidad cultural del Epiclásico en términos sociales. Tal parece que seguimos creyendo en la veracidad de sus alegatos, en el carácter decisivo de sus victorias militares o en la inobjetable obediencia de sus enemigos. Sin embargo, como arqueólogos hemos olvidado mirar el mar –como tampoco él lo hiciera en el pasado- y vernos los pies sucios con el barro amarillo de estas tierras. Sí, hemos creído en sus hazañas, en las proclamas de un político a todas luces excepcional, pero nunca hemos reparado en sus muchas debilidades. A decir verdad, hubiera bastado con observar la miseria y el hacinamiento que prevalecía en la ciudad de El Tajín como para percatarse que los cimientos sociales del Edificio de las Columnas eran mucho menos sólidos de lo que asumía el gobernante. En la parte baja de la ciudad, lejos de las novedades de una obra civil que se empeñaba en ampliar los espacios urbanos de El Tajín Chico, varios de los edificios se caían literalmente a pedazos. El revoque original de los templos se hallaba fracturado y en tramos, su ruina se volvía evidente.

En cierto modo la ciudad se había transformado, el carácter unitario del asentamiento original contrastaba con un cambio de dirección en cuanto a la definición de los espacios públicos. La institución política claramente privilegiaba ahora el Tajín Chico como la sede del gobierno, convirtiendo al Edificio de las Columnas en la más clara expresión de su autoridad. Aunque el nuevo estatuto de la ciudad la condujo a la polarización y finalmente a la ruina de los espacios declarados como inexistentes, las cosas tomaron su tiempo. Como veremos en lo que sigue, dicho proceso inició todavía en tiempos de 13 Conejo, mientras que la polarización real del asentamiento, así como sus devastadores efectos en las construcciones, fueron posteriores al período de su gobierno y cronológicamente inscritos en la segunda mitad del Epiclásico local. No obstante, las consecuencias adversas de esta última propuesta urbana se dejaron sentir en términos de una reducción del ámbito de la ciudad y de la gestación de una cultura eminentemente rural que se sobrepone a los espacios urbanos del período Clásico.

La realidad social y cultural del Epiclásico es mucho más compleja de lo que se ha supuesto, en buena medida porque ha prevalecido hasta nuestros días una visión hasta cierto punto centralista del fenómeno cultural de El Tajín. Por años, sobre la base de una cronología muy discutible<sup>2</sup> y buscando referirlo

---

<sup>2</sup> En varias ocasiones hemos discutido con la doctora Daneels, nuestra colega del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad, si tal como lo propuso Wilkerson (1972), sigue siendo todavía de alguna utilidad mantener la noción de dos momentos distintos de la fase la Isla. Dicho de otro modo, si aún vale la pena distinguir entre la parte baja de los depósitos arqueológicos que la ilustran (fase la Isla A, ca.600-900 d.C.) y la parte alta (fase la Isla B, ca.900-1100 d.C.), pese a que el conjunto de cerámicas que les corresponden es prácticamente el mismo. Daneels en un artículo que dedica a la revisión de las cerámicas del período Clásico en Veracruz (2002a), discute y hay que decir que con cierta razón, si esta fase arqueológica debe ser abordada como una sola atendiendo a sus claras e inobjetables relaciones, así como al grado de alteración que presentan los depósitos arqueológicos correspondientes a la fase la Isla B o Epiclásico local. Si bien es cierto que existe cierta uniformidad entre los tipos y las variedades cerámicas de ambos momentos, es perfectamente posible tener a los comales del tipo *Ortiz Utilitario* como diagnóstico de la parte alta de la fase; por lo menos en los contados casos donde se ha preservado la relación contextual de dichos objetos. Además, aunque pueda parecer una obviedad, el problema no es en realidad sólo de carácter cerámico sino fundamentalmente de orden cultural, por no decir social. Sin embargo, la expresión material del concurso del Epiclásico suele verse comprometida por su proximidad con la superficie y por las repercusiones del manejo agrícola de los actuales sitios arqueológicos. No obstante, existen formas y decoraciones cerámicas que son características y hasta exclusivas de la fase la Isla B, mismas que se manifiestan en algunas variedades del tipo doméstico *Tajín Utilitario*.

todo a los hechos culturales propios de esta gran urbe del Golfo de México, se construyó un discurso científico que no concebía en toda su magnitud la problemática social que define regionalmente al Epiclásico. Aunque es probable que la ciudad pudiera esconder por algún tiempo los rigores de aquella época, su provincia los mostró de inmediato. Ciertamente había una nueva sede política en construcción, pero la realidad se alejaba mucho de la que entonces privaba en el Tajín Chico o en el imponente Edificio de las Columnas.

De los acontecimientos que tomaron forma en el Epiclásico se derivó la suerte de aquella civilización fundamental del México prehispánico. Es tal la cantidad de eventos que se registraron entonces y tantos los cambios que promovieron que haría parecer a este artificio cronológico insuficiente como para dar cabida a tal profusión de sucesos. Aunque quizá debamos desbordar algunas décadas su límite superior, el más cercano a nuestros días, esto no aliviará mayormente la sensación de que hemos puesto juntas demasiadas cosas en un mismo período. Pero no es así, todo ello y quizá mucho más ocurrió en los bosques tropicales del Golfo de México antes de que otra gente tuviera que explicarse la razón de que junto a sus patios, donde se escuchaba el crepitar de los fogones domésticos, se alzarán los magníficos templos de otras épocas.

Por más que el Edificio de las Columnas sea un verdadero prodigio de la civilización, muestra sólo una de las caras de la misma moneda. La otra no aparece consignada en la piedra labrada puesto que reviste un carácter mucho más crudo que no podía exaltarse en las obras de arte. Sin embargo, estaba al alcance de la mirada en la forma de un conglomerado de casas que poco a

---

Creo que la fase la Isla B debe ser entendida en términos de una profunda redefinición de las relaciones de gobierno entre la elite y el grueso de la población local; situación que sin duda habría de modificar la identidad de los espacios urbanos frente a un marcado proceso de ruralización de los asentamientos. Por supuesto, su carácter selectivo e impacto diferencial puede atenuar su expresión material o incluso hasta aparentar que no hubo tal proceso. Sin embargo, existe a nivel regional y no sólo se muestra a manera de una contracción de los espacios urbanos, sino que en la perspectiva de las nuevas elites es posible observar un discurso político distinto que se hizo tangible en el Edificio de las Columnas de El Tajín. Claro está que estudiar los cambios sociales de la fase Isla B a través de esta última edificación no será igual que enfocarlos a partir de los restos de las más sencillas casas que irrumpieron en el seno de los antiguos espacios urbanos. Sin embargo, la Isla B es en todos los ámbitos de la cultura depositaria de una fuerte contradicción social y de un resquebrajamiento de las estructuras originales de gobierno.

poco se iba desparramando sobre el extremo sur de la ciudad. Para cuando comenzó la contracción urbana de El Tajín ya se habrían registrado importantes reformas arquitectónicas que, aún tocando por igual varios ámbitos del asentamiento, no reflejan crecimiento alguno en la perspectiva urbana. Por lo que toca a la Plaza del Tajín Chico, a la nueva sede de gobierno, su construcción se resolvió en los espacios tradicionales, sólo que la obra civil cobró tal magnitud en cuanto a terraceos que cambió para siempre el rostro de la ciudad.

A lo largo del siglo X d.C. es probable que el perímetro del asentamiento se mantuviera todavía intacto y que aún no se iniciaran los movimientos de población que habrían de caracterizar al siguiente siglo. Fue en estos años cuando se impulsaron las artes como el medio más eficaz para expresar la llegada de una nueva Era. Fue una época de experimentación, de cambios y novedades, que revolucionó la arquitectura. Con la aparición de los apoyos aislados -de las columnas y los pilares de piedra- se introdujo un manejo distinto de los espacios arquitectónicos. Se popularizó el uso de las cimbras de madera para colar techos de una sola pieza fabricados con un mortero de cal y arena. Llegaron a la ciudad materiales distintos de construcción y se multiplicaron las técnicas decorativas. La piedra pómez sirvió a manera de grava en los colados y su uso se extendió al modelado de grandes figuras de estuco para proporcionarles sustento durante el proceso de su elaboración. En fin, la ciudad era en su conjunto una obra de arte.

En tan corto período indudablemente se generó un aire de prosperidad que también alcanzó a su provincia. Los edificios de Morgadal Grande fueron reformados atendiendo a las cánones de una arquitectura cuya ejecución se promovía desde las esferas de gobierno. Sin embargo, esta bonanza se interrumpió de pronto en las ciudades del interior. Una a una, dejaron de registrar toda una serie de cambios que sí atestiguan las más recientes edificaciones de El Tajín. En cierto sentido la historia de las artes plásticas se detuvo, probablemente forzada por la severidad de los eventos de contracción urbana. No hay en estas ciudades evidencia de una producción artística equivalente a la que prevalecía en El Tajín del siglo XI d.C. Esto es, no existe un sólo fragmento de estuco pintado que revele el nuevo estatuto de los murales y su empeño por reproducir sobre el blanco natural del mortero

procesiones completas de guerreros. Tampoco aparecen los ejemplos de una arquitectura que en época muy tardía reinterpretaba las formas clásicas para sintetizarlas en paramentos perfectamente verticales, tal y como se muestra en el Edificio A del Tajín Chico. En suma, es mucho lo ausente y todo ello corresponde a un capítulo completo de la historia de esta civilización que a pesar de todo es claro y hasta elocuente en El Tajín. Todo haría pensar que hubo una parte del siglo XI de nuestra Era que no dejó testimonio de su concurso en las ciudades del interior. Sin embargo, por más que sepamos que todo proceso de ruralización urbana amenaza la existencia de las instituciones de gobierno, el asunto aquí es comprender por qué El Tajín logró escapar a estos procesos por algún tiempo y cual era entonces la dimensión política de las elites locales. En la perspectiva de nuestra disciplina todas ellas suelen aparecer como grupos efímeros cuya capacidad de gobierno era muy limitada. Por más que estuvieran presentes, es poco probable que hubieran podido hacer otra cosa más que aprovechar la infraestructura urbana ya existente. Es quizá por esta condición que sus actividades se ven disminuidas en los yacimientos arqueológicos frente a la magnitud de los eventos relacionados con las reocupaciones domésticas. Ciertamente ninguno de estos grupos rivalizó con las elites de El Tajín, pero no debemos menospreciar su autoridad y el poder de convocatoria que todavía mantenían sobre importantes núcleos de población.

La civilización de El Tajín se desarrolló sobre la base de una economía de mercado. Entendido de esta manera, no deberá causar sorpresa la posibilidad de que ocurriera una crisis de grandes proporciones en las ciudades del interior en el supuesto de que se hubiera vuelto imposible sostener el abastecimiento normal de los productos que por siglos habían llegado de tierras lejanas y que resultaban insustituibles para la vida civilizada. En el siglo X de nuestra Era los empeños del Estado por obtener el vidrio volcánico ya apuntaban los riesgos de perder los mercados tradicionales de la montaña como fuente de aprovisionamiento. De ello nos hemos ocupado en el capítulo anterior, pero queda claro que si esta situación no pudo reponerse y si el empobrecimiento gradual de la paleta de los pintores responde a una imposibilidad real de obtener la materia prima indispensable para preparar ciertos colores, entonces lo que ocurría en las ciudades era algo muy grave y que reflejaba una contracción real de su esfera de influencia política. Si la

situación prevaleció, entonces terminó fracasando el modelo económico que por siglos había reproducido El Tajín y como consecuencia de ello, se presentó una crisis interna que cuestionaba el papel del Estado como gestor del comercio y el futuro de las ciudades del interior como sus puntos de redistribución.

Sin embargo, El Tajín sobrevivió como un centro urbano y probablemente llenó las expectativas de servicio de una región cuyos límites políticos se habrían reducido sensiblemente. Quizá logró reponer una pequeña parte de los productos que obtenía a través del comercio, pero los mercados no volvieron a ser los mismos. En un período que continuaba marcado por la guerra, la obsidiana siguió escaseando y su uso se reservó para las lanzas de los guerreros. El mundo era definitivamente otro, las ciudades del interior se convirtieron en pueblos enormes y crecieron a expensas de su propia ruina. El maíz cotidiano ahora se molía sobre lajas de piedra y los panes tendrían el sabor de la arena. Los viejos metates de basalto habrían adquirido un alto valor de cambio y sería motivo de orgullo para cualquier familia el verlos figurar en el propio ajuar doméstico. El orden de las cosas se había trastocado y las hazañas militares de 13 Conejo pronto quedarían en el recuerdo.

Corriendo el año 1054 de nuestra Era apareció una luz en el cielo. Con una intensidad dos o tres veces mayor que la del planeta Venus, permaneció suspendida en el firmamento poco más de veinte días y ni siquiera el Sol pudo opacar su brillo. Se trataba de un cuerpo celeste cuya súbita aparición exigía una explicación solidaria con la producción simbólica de este antiguo pueblo. Hoy sabemos que era una supernova, un estallido en el Universo ocasionado por la muerte de una estrella<sup>3</sup>. ¿Cómo fue interpretado? Nunca lo sabremos, pero tan sorprendente fenómeno fue visible desde una ciudad que se mantenía aferrada a las colinas del Tajín Chico. Si no me equivoco, el bosque regresó a sus dominios cuando no tuvo que rivalizar con las sementeras o con los caseríos de los hombres. Pero lejos del crepitar de los

---

<sup>3</sup> Agradezco al Mtro. Daniel Flores, colega del Instituto de Astronomía de la Universidad, el que me proporcionara información sobre la luminosidad y los rumbos del cielo en los que sería visible la Supernova 1054 (2005:comunicación personal).



fogones domésticos todavía era posible reconocer las funciones sustantivas del Estado, por mas que comencemos a perder el rastro de la institución política si es que intentamos ir más allá de El Tajín. De tal suerte que sólo un puñado de edificios, muchos todavía bajo el espeso follaje de la selva, son testigos del tránsito de aquellos últimos años de civilización.

El Edificio A, cuya restauración tanto entusiasmó a don José García Payón, es por lo pronto el mejor exponente de una arquitectura de época muy tardía que parece empeñarse en redefinir los elementos tradicionales para lograr una verticalidad sin precedentes en la historia de las edificaciones de El Tajín. Están presentes las formas que señalan el siglo X de nuestra Era, particularmente un talud al que se sobrepone una cornisa volada y que de manera invertida reproduce sus exactas proporciones. Sobre esta última se forma un paramento poblado de amplios casetones enmarcados por molduras y encima se organiza un tablero mucho más angosto, ocupado a todo lo largo por una sucesión de grecas escalonadas, y rematado por otra cornisa volada. Las grecas se tocan en la parte media de la fachada con una espléndida escalera que por no ser practicable resulta única en su tipo (Fig.141). Aún tratándose de un elemento simulado fue enmarcado por dos generosas alfardas igualmente ficticias que terminan en nichos, cuyo vano interior aparece apenas sugerido. Este magnífico edificio que cierra al norte la actual explanada del Tajín Chico fue dotado de otra escalinata que se interna en el relleno constructivo del primer cuerpo y que surge directamente en el centro de la anterior interrumpiendo a su paso los peldaños de argamasa para generar un acceso real a la parte alta del edificio. Hoy sabemos que la escalera hechiza no sólo fue cortada por esta última sino que aparece cubierta con murales que supieron respetar la inusual convivencia de ambas. El propósito de la primera era generar un equilibrio visual con las demás construcciones que formaban parte de la plaza, particularmente con el "viejo" Edificio C. Este hecho, advierte sobre la posibilidad de que no toda la obra fuera nueva, puesto que este último edificio contaba de antiguo con una magnífica escalinata interrumpida a tramos por grupos de nichos dispuestos en el mismo sentido de los escalones y toda ella flanqueada por amplias alfardas que en lo alto de los dos primeros cuerpos daban paso a grandes nichos rematados por prominentes cornisas voladas. La extraordinaria escalera falsa del Edificio A probablemente buscaba armonizar un espacio que parecía violentado por esta

nueva dimensión de la arquitectura local. La introducción de semejante artificio, el que por otro lado se repite en lo alto de la escalinata posterior del Edificio B, sugiere que ambas edificaciones pudieron coexistir en cierto momento de su historia, por lo menos en la época en que la escalera poniente del Edificio C, aquella que participa de la plaza del Tajín Chico, aún no se hallaba cubierta por otra de factura mucho más burda que terminaría encimándosele sin mayor miramiento (Figs.143 y 144).

Aún tratándose de un momento de la arquitectura local que impulsa en época muy tardía nuevas propuestas formales a partir de los más recientes logros tecnológicos de la civilización, mismos que se generan en un ámbito de cierta prosperidad urbana, no necesariamente se vinculan con las varias adiciones de carácter mucho más eventual que a manera de adosamientos se registran en distintos sitios del Tajín Chico y que parecen ser propias de una fase terminal que incluye al inquietante Edificio E y a un grupo de construcciones que todavía permanecen inexploradas. Sin embargo, antes de que así ocurriera, la ciudad o lo que de ella quedaba en la perspectiva del Estado fue remozada procurando hacerla lucir completamente blanca y profusamente decorada con grecas y demás figuraciones modeladas con mortero de cal y arena. Los edificios del Tajín Chico, mismos que alguna vez se mostraron saturados de vibrantes colores y donde ni siquiera los escalones pintados de azul escapaban del oficio de los pintores, terminaron despojados de color y recubiertos por una delgada capa de estuco que formaba toda clase de molduras a su paso. Es justo a esta época a la que debemos el aspecto actual de El Tajín como también la forma reconocible del Edificio de las Columnas. Fue entonces cuando los paramentos del cuerpo superior del Edificio A fueron modificados al cubrirlos con una abigarrada decoración de grecas escalonadas que rodeaba sus cuatro aposentos (Fig.145). Lo mismo sucedió con el Edificio B, particularmente con la magnífica escalinata de la fachada oriente donde se reprodujo un arreglo de almenas acomodadas en hileras sobrepuestas. Sobre la alfarda aparece un motivo ornamental que comparte el Edificio D o del túnel y que suele ser frecuente en los murales de época anterior. Se trata del desdoblamiento de una figura geométrica en cuyo centro se cruzan dos bandas que corren paralelas a cada uno de los lados de un rombo. Tan importantes como las almenas y los rombos fueron toda una variedad de

diseños surgidos de la combinación en patrones distintos de las insustituibles grecas escalonadas (Fig.146).

La verticalidad de los muros lograda en el Edificio A, ahora se unía a un estilo arquitectónico que experimentaba con el modelado de argamasa en la concepción de un nuevo gusto decorativo. Los juegos de luz y sombra cumplían un papel fundamental, pero los muros repartidos en casetones, el color blanco de las fachadas y la profusión de molduras o elementos formados en pasta de cal no era lo único nuevo en aquel entonces. Los edificios habían adquirido una personalidad inédita, en buena medida gracias a la incorporación de este mismo principio de verticalidad que nutrían la redefinición de los elementos arquitectónicos tradicionales y las bondades de los materiales constructivos. Aunque no queda del todo claro, es muy posible que a esta época se deba la escalera remetida del Edificio A y otra muy similar, por no decir idéntica, que remata la escalinata oriente del Edificio B. Es en este momento cuando se idean los corredores en forma de túnel que comunican ámbitos distintos del asentamiento y que se extienden por debajo de las edificaciones saltando alturas diferentes. Entre los edificios B y D del Tajín Chico hay varios de ellos tapiados en tiempos antiguos y que originalmente contaban con techos formados por lajas de piedra. Imperceptibles puesto que quedaban ocultos por el grueso aplanado de los pisos de cal y arena que revestían las superficies de las plazas o por el núcleo constructivo de los edificios que atravesaban en su recorrido, deben haber sido de uso reservado a la elite y por lo tanto excluidos de las formas usuales de desplazamiento en esta parte de la ciudad. Las paredes de los túneles se aplanaban con mortero y varios fueron pintados de color rojo. Es interesante el hecho de que también parece haberlos en el inmenso Edificio T y en la estructura anexa al Edificio de las Columnas. Por otra parte, los túneles se suman a una serie de cambios que podrían incluir la discreta aparición de una planta arquitectónica cruciforme y el abandono de la simetría axial de los edificios, una especie de *regla de oro* que ahora quedaba enterrada en el pasado.

En la fachada oriente del Edificio de las Columnas puede observarse cómo se rompe con el principio de simetría al desplazar la escalinata de acceso hacia uno de los lados. Mientras que la alfarda izquierda permanece en el centro, la

escalera toma forma en el costado derecho del edificio<sup>4</sup>. En la fachada contraria, aquella que mira al patio hundido, se encuentra adosada una pequeña pirámide formada por varios cuerpos escalonados decorados al frente con molduras formadas en argamasa. Su lado izquierdo comparte el mismo eje de simetría de la escalera y su construcción sólo aparenta desarrollarse de manera lateral. En la perspectiva de una edificación más antigua se halla justo en el centro, pero una vez que fueron añadidos los aposentos que limitan el patio hacia el sur, se produjo una sensación de angostamiento de la fachada que se tradujo en una percepción asimétrica de este último elemento escalonado. Ahora bien, si la figuración de este nuevo emplazamiento resultaba permisible se debió a que en aquel momento estaban en franca revisión los conceptos tradicionales que regulaban los principios de armonía y el equilibrio visual de las edificaciones. De hecho, llama poderosamente la atención el esfuerzo realizado para conservar en su sitio este adosamiento adecuándolo a un nuevo proyecto arquitectónico. Es decir, hubiera sido mucho más sencillo eliminarlo que hacer girar toda la obra de remozamiento a su alrededor. Si ocurrió así seguramente fue a causa de su valor simbólico, pero fundamentalmente por razón de una clara voluntad por hacerlo permanecer en su lugar revitalizándolo en los términos de una arquitectura sin precedentes. La escalera del pórtico de las columnas es en todo sentido nueva y se rige por este mismo patrón, digamos asimétrico, que se repite -cuando menos- en la fachada poniente de los edificios D, I, K y Y del Tajín Chico, todos de la misma época (Figs. 147 a 150). La escalera oriente del Edificio de las Columnas parece ajustarse a los vanos que se crean entre los fustes de las tres columnas que sostenían el pesado techo del pórtico (Ladrón de Guevara, 1999:73 y 2005)<sup>5</sup>. Por mas que sea el único caso donde una de estas escaleras

---

<sup>4</sup> Lira López, quien excavó en el pórtico del Edificio de las Columnas, observó que la fachada oriente se componía de "...una escalinata central limitada por alfardas y grandes paneles decorados" (1995:98). Aunque se valió de un dibujo reconstructivo hecho por García Payón (1976), el que en efecto deja al centro la escalera, Lira López sólo refiere cinco paneles mientras que el dibujo muestra seis en total. Como ya hemos advertido el edificio se encuentra severamente dañado, pero después de examinar cuidadosamente los vestigios de la fachada oriente no me parece que haya evidencias de una escalinata puesta al centro y los paneles decorados con grecas guardan una disposición completamente asimétrica, esto es, hay tres a la izquierda y sólo dos a la derecha de la escalera.

<sup>5</sup> Ladrón de Guevara (1999:76-78) ha hecho un meritorio ejercicio de reconstrucción de los segmentos que componen cada una de las columnas labradas y de su ubicación original en el pórtico del edificio.

descentradas mira en dirección al oriente, se halla igualmente acomodada en el flanco derecho del edificio.

Es evidente que en el siglo XI de nuestra Era se hizo un gran esfuerzo por adecuar el conjunto edilicio a las normas que entonces caracterizaban la arquitectura pública de la ciudad. Aunque las columnas labradas pudieron haber estado en su lugar desde mucho tiempo atrás, tal y como sucede con el adosamiento de la fachada poniente, el aspecto del pórtico se reformó al seccionar el paramento en varios paneles o casetones, cada uno decorado con una enorme cruz escalonada.

## I

Si revisamos los yacimientos arqueológicos del Edificio de las Columnas, los que por su inusual profundidad muestran de mejor manera los procesos culturales que corresponden al Epiclásico, encontraremos que su plaza surge en este período a la par de un inmenso contrafuerte ideado para contener el empuje del suelo. Sobre la nivelación y como resultado de la obra civil aparecen otros edificios, todos alargados y de muy baja altura, que enmarcan la explanada. En uno de ellos, justo enfrente de la fachada posterior del Edificio de las Columnas, hemos podido distinguir dos etapas constructivas, donde la última de ellas determinó la demolición parcial de la edificación primitiva. El Edificio  $\alpha$  como su subestructura contaban con techos colados de una sola pieza, aunque el de factura más reciente es posible que literalmente volara en parte sobre un conjunto de pilares que constituían su único apoyo (Figs.151 - 153).

A diferencia de lo que sucede en el Tajín Chico, donde las construcciones aparecen todavía cuajadas de color, el exterior de nuestro edificio no tuvo

---

La propuesta resulta en verdad interesante, puesto que combina una esmerada revisión de las fotografías que se obtuvieron de sus fragmentos antes de que don José García Payón decidiera trasladarlos a las bodegas de El Tajín con datos precisos de las excavaciones realizadas recientemente por Lira López (1995) en el área donde fueron halladas. La estimación del número total de columnas y de la secuencia de las escenas que participan en los fustes de cada una de ellas no sólo me parece atendible, sino que probablemente es correcta, cuando menos en términos generales.

pintura y su único acabado fue el mortero de cal. Los repellados tendrían un grosor de varios centímetros, puesto que ahora el trabajo de albañilería habría empobrecido en lo que toca al manejo de la piedra. Un talud erguido y su correspondiente cornisa volada conformaban el más usual de los perfiles arquitectónicos de la plaza, sólo que ahora acuñados con una infinidad de pequeñas lajas de arenisca. Con todo, el mortero era de excelente calidad y el aspecto final del edificio dependía en su conjunto de la habilidad para colocarlo a manera de lienzos y molduras que permitieran esconder las imperfecciones del mamposteo. En la parte alta del Edificio  $\alpha$ , bajo el grueso techo de mortero, existía un mural. Es sorprendente lo que se había deteriorado en aquella época el oficio de los pintores. Sus restos no sólo reflejan las muchas limitaciones de orden material que rodearon su ejecución, sino que advierten de una cierta prisa por terminarlo, lo que en realidad es más una característica de las últimas reformas arquitectónicas del Epiclásico. Es notorio como los pintores reservaban el azul para dar unas pocas pinceladas de color y como en ocasiones lo combinaban con pintura blanca para hacerlo rendir al máximo, aunque palideciera en el mural. El verde era igualmente escaso y solía aplicarse en una sola capa sobre un fondo de color amarillo intenso. Aunque el tono es el mismo que aparece en murales de épocas anteriores, la preparación de la pintura había cambiado. El aglutinante quizá era otro, pero su capacidad de adhesión al enlucido era muy inferior. El rojo constituía la base cromática del mural y con él se pintaban superficies de tamaño considerable. Por lo regular se utilizaba para entonar la parte baja de los muros y así mismo fue usado en el interior del Edificio  $\alpha$ , donde queda enmarcado por dos bandas de color: una azul muy tenue y la otra verde olivo. Sobre el rojo se pintaron figuras, pero no es posible reconocerlas por causa del estado fragmentario del mural, aunque se resolvieron sin la mediación de dibujo alguno surgiendo directamente del trazo de un pincel que daba respuesta a los problemas de su ejecución sobre la marcha. Las imágenes se plasmaban de primera intención y había desaparecido la línea negra de contorno. En azul, verde y amarillo tomaba forma un discurso iconográfico que hoy se ha perdido en su totalidad. Sin embargo, todavía es posible reconocer la vigencia de un mismo modelo de organización del espacio, esto es, la división imaginaria de la superficie del muro en tercios iguales donde sólo el registro inferior queda señalado a través de la aplicación de un color de fondo y de bandas horizontales que sirven para delimitarlo.

Lamentablemente queda muy poco de todo ello. Aún así hay partes de un conocimiento empírico que todavía puede atestigüarse en la producción de los murales del siglo XI de nuestra Era. Los pintores del Edificio de las Columnas conservaban el oficio, esto es, la competencia en la preparación de las pinturas y en sus formas de aplicación en el muro. Para este gremio era bien sabido que el verde se volvería mucho más luminoso si se pintaba sobre amarillo y que de sobreponerse a un muro entonado en rojo se opacaría y se haría necesario repararlo para mantener su tonalidad original. De hecho, podían hacerlo de ambas maneras, pero el resultado nunca se dejaba al azar. Para entonces la capacidad cubriente de la pintura era realmente excelente, aunque el aglutinante no siempre lograra mantener la cohesión de los pigmentos y tampoco ayudara mucho en cuanto a la adherencia de las densas capas de pintura sobre una pared que prácticamente se trabajaba en seco. Sin embargo, resulta inquietante que para esta época se hubiera perdido a tal grado la calidad del dibujo. Aunque existía una distribución precisa del mural que se acompañaba de trazos rojos realizados a mano alzada, se había diluido como nunca antes la capacidad individual de los pintores frente a los problemas técnicos derivados de la ejecución de las imágenes.

Cabría preguntarse si lo que en nuestros días puede parecernos decadente, lo fue efectivamente en su tiempo. Si la decadencia es un conjunto de hechos culturales que muestran por la vía material toda una serie de recursos adaptativos que intentan prevenir el final de la civilización, entonces la pintura mural del Edificio de las Columnas –por lo menos la que aquí nos ocupa– podría definirse como tal. Pero resulta característico de las obras del siglo XI d.C. su aspecto estático, el cual se revela como una reiteración de la figura humana y hasta de los contenidos icónicos de los murales. Se trata de la repetición mecánica de un modelo que ahora se transfería de pared a pared sin que mediara novedad alguna. Las diferencias suelen ser mínimas y cuando las hay se ajustan a patrones preconcebidos y hasta francamente predecibles. Mientras que la parte baja del mural mostraba el mismo planteamiento formal del que se había echado mano durante siglos, en este caso un fondo rojo poblado de entrelaces de ejecución bastante grosera, por arriba desfilaban procesiones enteras de guerreros o se mostraban escenas de la vida cotidiana con profusión de rígidos personajes en actitudes distintas, de plantas y

animales, así como de esquemáticas representaciones de los templos. El dibujo fue perdiendo importancia hasta quedar desplazado por el uso directo del color. Esta clase de temas, comprometidos con una perspectiva mucho más humanista del devenir histórico, se volvieron populares en las obras de arte del siglo X de nuestra Era y son justo los relieves escultóricos del Edificio de las Columnas su máximo exponente. Sólo que aquí, a casi cien años de su origen, este género de pintura palidecía en los nuevos murales. El divorcio de la línea de contorno llevó a los pintores a una búsqueda sin precedentes de la representación del volumen a través de los efectos del pincel. Aunque seguían predominando los colores planos, fueron muy gustados la aplicación con brocha de una pasta de cal suficientemente diluida como para generar texturas en áreas definidas del muro, así como jugar con transparencias del color de fondo, casi siempre el blanco natural del estuco, dejando visibles las marcas producidas por el recorrido de los pinceles o de las brochas. La exploración de las posibilidades plásticas de esta nueva propuesta temática pronto llegó a su fin, pero antes echó raíces en una pequeña ciudad de la desembocadura del río Colipa, hoy conocida como Las Higueras.

## II

No me parece oportuno entrar aquí en una discusión sobre los desaciertos que rodean a la arqueología de este último sitio, un extraordinario ejemplo de la antigua pintura mural veracruzana sumido en la desatención y en la ignorancia. Si lo traigo a cuenta, es porque el lector podrá maravillarse con sus murales y comprender de mejor manera la fuerza expresiva de este momento de la civilización. En efecto, hubo una época en la que Las Higueras participaba del mundo de El Tajín<sup>6</sup>, sus contados edificios se hallaban junto al mar y entre ellos destacaba una edificación dedicada al juego de la pelota y un templo cuajado de murales. La piedra era escasa, había que arrancársela a la montaña, aunque su falta se compensaba con la

---

<sup>6</sup> Arellanos (1985) encontró en sus excavaciones varios tipos cerámicos que corresponden a la producción alfarera de la región de El Tajín y que él mismo compara por sus semejanzas con los hallazgos de García Payón, Krotser y Wilkerson. Pero estas similitudes ciertamente rebasan el ámbito de los utensilios de barro cocido para revelar a lo largo del período Clásico una cercanía cultural que haciendo de lado sus obvias diferencias enfatiza sus múltiples correspondencias.



abundancia de guijarros de gran tamaño que podían recogerse en el lecho de los ríos. La gente del Epiclásico pescaba y había visto tiburones. Sabía de lo temible de su encuentro y los representó nadando junto al cuerpo sin vida de un personaje sacrificado (Figs.155). De color azul, con las branquias rojas y los dientes aguzados forman parte de una secuencia de escenas que según Morante (2005) continúan en otros fragmentos y cuya actual separación es en realidad el resultado del *stacco a macello* que se hizo de los murales hará unos treinta años. El término significa literalmente quitar algo que está pegado o unido por vía del descuartizamiento. En Italia el *macellaio* no es otra cosa que el carnicero. En cuanto a técnica se trata de retirar el mural de su soporte original con todo y enlucido para luego montarlo sobre una base hechiza con materiales modernos. Su empleo en murales antiguos se justificaba como una medida extrema de conservación del patrimonio arqueológico y lamentablemente también se utilizó en otras partes de Mesoamerica, aunque no siempre con los mejores resultados. En este caso, dada la cantidad de capas pictóricas sobrepuestas, hasta veintinueve en un rincón del segundo cuerpo de la pirámide (Arellanos Melgarejo, 1985:125-126), sirvió en su momento como el único recurso disponible para liberar, uno a uno, los diferentes estratos de pintura; mismos que en ocasiones sólo se hallaron cubiertos por pintura verde o roja. Sin embargo, es posible que hubiera hasta cincuenta capas y que en ningún punto del edificio se lograra recuperar la secuencia de por lo menos las primeras veinte (Morante, 2005 :56).

Me queda muy claro que por más esfuerzos que haya hecho Morante para ordenar la información de campo que corresponde al descuartizamiento de los murales de Las Higueras, hay mucho que aún queda confuso o que se ha perdido irremediablemente. Con todo, es más y mejor lo que ha salido bien librado en su obra. Es a Morante a quien le toca hacer una afirmación que echábamos de menos, "el estilo pictórico, la paleta del pintor, los rituales y la ideología de Las Higueras parecen tener un fuerte paralelismo con Tajín" (2005:152). Morante, sin duda tiene razón pero en realidad es más que un mero paralelismo, se trata del mundo de El Tajín y son las motivaciones internas de los relieves del Edificio de las Columnas y sus estructuras de representación las que constituyen el paradigma de una buena parte de los murales de Las Higueras. Es decir, no hay en ellos nada que sea ajeno a esta

civilización. En los muros exteriores, a espaldas de la entrada del templo, se encontraba en uno de los extremos el ya citado mural de los tiburones, mismo que de acuerdo con Morante pertenece a la sexta capa pictórica y se complementa del lado contrario con un soberbio mural que muestra una escena ritual vinculada con el juego de la pelota (Fig.156).

En medio de la cancha y junto a uno de los basamentos que sirven a la delimitación de esta suerte de corredor ceremonial se halla un individuo decapitado. Viste una falda corta fabricada con paño blanco y que termina en bandas azules. Una faja del mismo color la mantiene ceñida a la cintura y calza una sandalia con talonera en el pie izquierdo. En la pierna derecha lleva una rodillera azul. Uno de los brazos, adornado en la muñeca con un brazalete, termina en una especie de guante que figura la cabeza de una serpiente. Como era de esperarse aparece la representación esquemática de una *palma* montada sobre la fajilla del jugador. El adorno personal incluye un pesado collar de cuentas circulares que se une al cuello y que sirve para que de allí surjan varias serpientes a manera de borbotones de sangre. La figura se halla sentada sobre una inmensa pelota de color oscuro, casi negro, que lleva inscrita la representación de un cráneo visto de perfil. El mural es elocuente en cuanto a la relación conceptual que existía entre las cabezas trofeo y la pelota ritual. En una escultura atribuida a la Pirámide de los Nichos de El Tajín se resuelve de manera idéntica su asociación y, lo que es más interesante, un nuevo grupo de serpientes surge del cuerpo mutilado de otra víctima del sacrificio (cf. Sánchez Bonilla,1992:149). El tema de la decapitación debe haber sido muy socorrido en el arte del período Epiclásico, puesto que también de Aparicio, una pequeña ciudad que participaba de la esfera política de El Tajín, procede un relieve que ilustra a una víctima más de la decapitación ritual (Fig.157). El lugar de la cabeza aquí lo ocupan siete serpientes cuyos cuerpos se entrelazan al surgir del cuello. El personaje aparece con el atavío característico y lleva puesto un guante en la mano derecha, tal y como ocurre en el mural de Las Higueras y con el ejemplo labrado de la Pirámide de los Nichos, al que podemos sumarle uno más del Juego de Pelota Sur de El Tajín. Sobre la plataforma representada en nuestro mural, ornamentada con las volutas características del arte de El Tajín, se halla un personaje del cual se conservan las piernas y restos del brazo izquierdo. Su lugar en la escena debe estar relacionado con el sacrificio

humano, aunque no necesariamente se trata del que lo lleva a cabo, puesto que en los relieves de El Tajín los individuos que lo presencian desde lo alto de las edificaciones no suelen sostener en mano el enorme cuchillo de piedra que sirve a este propósito.

Del lado contrario del mismo mural se encuentra la representación de una segunda plataforma, misma que cierra visualmente la perspectiva lateral de esta estructura arquitectónica dedicada al juego de la pelota. Ornamentada y adicionada con nichos, es asiento de un personaje que aunque apenas se distingue parece vestir de igual forma que la víctima del sacrificio. Entre las plataformas hay otros dos individuos, uno de ellos ocupa en el extremo opuesto de la escena una posición que resulta equivalente a la que ocupa el personaje decapitado. Ambas figuras vuelven la espalda a un conjunto de entrelaces de color azul que surgen en el centro de la cancha, como si se tratara de un apéndice de la franja de color que aquí hace las veces de suelo. El último personaje se encuentra sentado, aunque mucho más pequeño que los demás, sus piernas se mezclan con las volutas tal y como si se buscara fundirlas en una sola unidad. El particular estatuto simbólico del personaje queda manifiesto por aparecer ligado y en cierta forma integrado a la figuración de la tierra, expresada aquí y en el mundo civilizado de El Tajín justamente por los entrelaces. En los relieves del Juego de Pelota Norte los mismos entrelaces se mezclan con los cuerpos retorcidos de dos serpientes. Las piernas del individuo tallado en la piedra se suman al ya de por sí abigarrado conjunto de formas con el evidente propósito de expresar su carácter indisoluble. Como se recordará, en un relieve contiguo este mismo concepto se soluciona al colocar una tortuga bajo un banco y encima los cuerpos anudados de dos de estos mismos animales.

Vale la pena insistir aquí en que Ichon establece a partir de las plegarias de los grupos actuales de la Sierra Norte de Puebla que el estar de pie, levantado, pudiera caracterizar la actitud creadora de los dioses, mientras que sentados, asentados, expresan la inactividad y su disposición para recibir ofrendas por los frutos del trabajo realizado (1973: 161). Cuando los totonacos de la región de Papantla dicen *tahuilá*, están diciendo que alguien "se sienta" o que "se encoge" (Aschman, 1973), tal y como sucede en las pinturas con una de las

piernas del hombre decapitado, mientras que la otra la mantiene visiblemente estirada.

Vengo parado,  
vengo sentado,

(Ichon, 1973: 145).

Bastará con recordar las posiciones que asume 13 Conejo en las columnas labradas del edificio homónimo de El Tajín para descubrir que ambas actitudes son sólo las caras de una misma moneda. Sentado ve desfilar a sus enemigos, mientras que estando de pie es como aparece frente a los dioses o como se relaciona con sus iguales. Esta fórmula es mucho más que una convención icónica y de acuerdo con el propio Ichon "...caracteriza a todo propósito la actitud de los dioses y, por reflexión, la del oficiante" (1973:161). Ambas posturas resumen el equilibrio cósmico, no hay que olvidar la noción del justo "pago de un jornal" por los favores recibidos de los dioses y como la ofrenda, misma que habrán de recibir sentados, gira todavía en torno a la comida y a la bebida, la sangre por excelencia y el *refino* o agua ardiente.

Ahora bien, los muros que limitan la única entrada del templo, frente al Adoratorio como lo llama Morante y sobre una de las paredes laterales que surgen por razón de las exigencias constructivas de la planta cruciforme del aposento, aparece la representación de un bulto mortuorio (Morante, 2005:92) (Fig.158). Con la forma de un cono invertido y apoyado sobre un banco, el cuerpo fue envuelto con una tela decorada con franjas blancas enmarcadas por otras más delgadas de color rojo. La punta del envoltorio coincide con la cabeza y en el lugar del rostro –si es que no se encuentra asomado entre la tela- fue colocada una máscara adornada con grandes orejeras azules. Hay un enorme nudo sobre la frente y se observan cuerdas atadas a la altura del pecho. En la nuca y sobre la espalda cuelgan plumas azules y una pieza de tela roja. La figuración del bulto corresponde a la quinta etapa pictórica, época en la que siguen pintándose procesiones de individuos y escenas de juego de pelota.

La imagen de este bulto mortuorio no sólo es única sino que ahora permite comprender de mejor manera las prácticas funerarias del Epiclásico en el contexto de la cultura de El Tajín. Hay que decir que Lira López y Ortega

reportaron un individuo adulto enterrado bajo la escalera del Edificio 10 de El Tajín, llama poderosamente la atención lo "...fuertemente flexionadas que se encontraban las extremidades" (2004:93). Beaugard, por su lado, halló en Las Higueras los restos de un adulto medio que "...al parecer fue depositado liado fuertemente"(2004:121) y los de otro individuo cuyo sexo y edad no fue posible determinar pero que se encontraba "...fuertemente flexionado y con los brazos sobre el pecho (2004:120). Ambas sepulturas, según la autora, corresponden a la parte final del período Clásico, aunque existe un adulto más, esta vez de edad avanzada, que apareció "...con las piernas fuertemente flexionadas hacia la parte anterior del tronco, los huesos de los brazos a los lados del cuerpo y los del antebrazo cruzados a la altura de la pelvis" (2004:123). Lamentablemente no disponemos de una estimación cronológica relativa a la época de este último entierro, por mas que sus extremidades inferiores se hallen igualmente forzadas. Semejante condición del cuerpo señala un patrón de conducta que terminó afectando la flexión normal de las piernas y que quizá se relacione con una práctica funeraria que incidía en las primeras horas del fallecimiento en la posición final de las extremidades. En la mayor parte de los casos se trata de individuos colocados en decúbito dorsal o lateral, es decir encogidos en sus muy estrechas sepulturas. La representación de un bulto mortuario que sugiere en este mural de Las Higueras a un individuo con las piernas recogidas, tal y como si estuviera sentado, podría explicar la postura tan flexionada que adquieren las piernas de estos individuos en sus sepulturas.

Es necesario no perder de vista el que son realmente pocos los entierros hallados hasta ahora en la antigua ciudad de El Tajín, no son muchos más de los veintiocho que reportan Lira López y Ortega (2004), aunque hará un par de años que el doctor Brueggemann me mostró varios fragmentos de huesos humanos que quizá se relacionen con sepulturas aparecidas en otros ámbitos del asentamiento. Por supuesto, no todas las inhumaciones requerían de preparar el cadáver a manera de bulto, en Morgadal Grande los hombres y las mujeres del entierro que hemos tratado arriba no siempre muestran evidencia de ello. Hay quienes estaban arrodillados y con los brazos atados a la espalda cuando decapitados los dejaron caer boca abajo para luego acomodarles la cabeza entre las piernas. Sin embargo, además de los desvalidos individuos que encontraron la muerte amarrados, hay un grupo de mujeres jóvenes cuya

postura, derivada de los fuertes dobleces de las extremidades inferiores, hace suponer que se encontraban amortajadas con una pieza de tela firmemente liada al cuerpo, tal como se muestra en el mural de Las Higueras. Por otro lado, hay indicios de que algunos hombres habían sido envueltos en un sudario antes de proceder a su inhumación y que se les dispuso sobre uno de sus costados dando la apariencia de que se hallaban sentados sobre sus propias cabezas. Es importante no perder de vista que a los jugadores de pelota se les acostumbraba representar de idéntica manera y que en los murales de este lugar de la desembocadura del río Colipa aparecen acomodados sobre una pelota de color negro que lleva en el interior un cráneo dibujado de perfil. Hay ejemplos de esto mismo en los relieves escultóricos de El Tajín, así que no me resultaría extraño que en nuestro altar de Morgadal Grande estuvieran presentes varios de ellos y que el arreglo de los cuerpos en su sepultura reprodujera con exactitud los contenidos icónicos de los murales y de las esculturas de aquella época.

Lamentablemente ninguno de estos individuos llevaba sobre el rostro una máscara o las enormes orejeras azules que pueden observarse en el bulto funerario de Las Higueras. Al describir tan antiguo mural ya dejábamos entrever la posibilidad de que se tratara en realidad del rostro del difunto y no necesariamente de una máscara funeraria. Nuestra duda surge frente a la manera en la que estos pintores representaron la boca, mordiendo una cuenta muy grande de color azul, y al mirar los adornos que poseía el individuo inhumado en un altar ubicado al poniente de la Pirámide de los Nichos de El Tajín. Allí, en esta última sepultura, apareció un hombre adulto en posición sedente acompañado de un "disco de jadeíta, otro de hueso, una cuenta de jade, una aguja de coral, dos orejeras de concha, un aro de concha nácar, dos dijes de caracol, fragmentos óseos de ave [y] un aro o anillo de concha" (Lira López y Ortega, 2004:109). En un artículo firmado por Ladrón de Guevara (1992b) y publicado con una excelente fotografía de los objetos que corresponden a este entierro, es posible concluir a partir de la imagen que la mayor parte de ellos se destinaban al arreglo personal y que colocados sobre el bulto funerario de este personaje probablemente se hallaban junto a la cara formando dos orejeras mucho muy elaboradas. Aunque los informes de su excavación no agregan más datos, es posible sostener la idea de su amortajamiento por la manera en la que aparecieron flexionados los

miembros. Esta excepcional sepultura es la única que hasta el momento ha revelado una abundancia tal de adornos, entre los cuales destacan dos piezas bellamente elaboradas en piedra dura y que necesariamente alcanzaron este lugar de la llanura costera por vía del comercio. Ahora bien, si regresamos la vista a la cuenta de color azul que sostiene en la boca el personaje pintado en las Higueras, de inmediato podremos descubrir que se trata de la representación de uno de los ritos funerarios más extendidos en el México antiguo y que todavía se practica en las más conservadoras de las comunidades totonacas de la Sierra Norte de Puebla, junto con la costumbre de envolver el cadáver en una estera o petate. Sus plegarias van mucho más allá de la noción del "enredo" y es frecuente que se pregunten:

¿Quién es el tapador de la boca?  
Lo van a tapar con 11, 12, 13 piedrecitas,

(Ichon, 1973: 186).

En efecto, entre los indígenas de Pápalo la *cerrada del muerto*, una ceremonia que tiene lugar a los siete días del entierro y cuyo propósito es "significar al muerto que no debe venir a inquietar el mundo de los vivientes" (Ichon, 1973:183), tiene que ver con la idea generalizada de que sus visitas intempestivas podrían provocar "malos aires" y enfermedades a sus deudos. Ya nos hemos referido en otro lugar de la tesis al peligroso papel que juega la boca en el cuerpo de los vivos como punto de equilibrio de la salud y la enfermedad, de la vida y la muerte. No debemos olvidar que es justo a través de ella que enferman los aires y que escapa la energía vital, así que la costumbre de cerrarla o de tajarla en los muertos con "...11, 12, 13 piedrecillas", a través de una enorme cuenta de jade o con una bola de maza de maíz, tal y como se acostumbraba en otros rumbos de Mesoamérica, debe relacionarse con esta forma de explicar los quebrantos del cuerpo y de prevenirse de los aires que enferman.

### III

Si volvemos a la ciudad de El Tajín y regresemos a las procesiones de guerreros encontraremos que sus representaciones se agrupan en su mayoría

sobre los muros del Tajín Chico. Del Edificio K procede un ya famoso fragmento encontrado por García Payón (1954) en lo alto de la edificación y que muestra a un conjunto de individuos, todos vueltos hacia la izquierda, que se siguen uno al otro (Fig.159). La piel es de color marrón y el cabello, siempre arreglado de maneras distintas, fue pintado de negro. Uno de ellos, hoy día el primero de esta procesión incompleta de soldados de El Tajín, parece llevar una tela blanca anudada en la frente y el pelo rapado en partes. Formando mechones, uno sobre la cabeza y dos a los lados, repite el mismo peinado de un interesante rostro tallado en piedra de Las Higueras (Arellanos Melgarejo, 1985:250). Los otros tres personajes del mural presentan lanzas muy largas pintadas de color café oscuro que rematan en ornamentos idénticos. Las figuras surgen sobre el color natural del enlucido y fueron resueltas como siluetas. De este mismo edificio, aunque no necesariamente del mismo mural, procede otro fragmento que revela una mayor riqueza en el manejo del color. Tal y como sucede con algunos ejemplos del Edificio de las Columnas, este nuevo personaje de piel verde olivo fue pintado sobre un fondo entonado en rojo. Son claros a la vista un collar y unas orejeras verdes, aunque de tono distinto, y un faldellín blanco. Para Ladrón de Guevara (1992a), bien podría encontrarse sentado por más que se hayan perdido la mayor parte de las piernas. Es interesante señalar que aunque reducidos a pedacería existen otros muchos fragmentos que señalan el uso de más colores, entre los cuales destaca un amarillo oscuro y por lo menos dos tonos distintos de verde y de azul. No hay que olvidar que en el Edificio de las Columnas también fueron pintados individuos de piel verde formando una procesión, sólo que en este último caso el fondo es el blanco natural del estuco y no parece que originalmente mediara color alguno. En cuanto al color de la piel, no puede menos que recordarse que las grandes figuras de argamasa a las que ya nos hemos referido atrás y cuyos pies aparecieron cercenados a la altura de los tobillos habían sido pintadas con el mismo tono de verde. Aunque parece haber una discrepancia en lo que hace al color de fondo, la misma autora también consigna para el Edificio de las Columnas un número importante de fragmentos que lo incorporan y sobre los cuales se pintaron escenas muy variadas. Me parece particularmente importante uno de ellos, cuyo diseño aunque se encuentra muy perdido corresponde a " ...un ser visto de perfil con ojo de volutas, boca abierta con un colmillo" (Ladrón de Guevara, 1992a).Claramente relacionado con la identidad formal de Tláloc, una deidad



de la que frecuentemente echaban mano los gobernantes del Epiclásico para legitimar sus derechos y aspiraciones políticas, no es de ninguna manera ajeno a los temas que se abordaron sobre los muros de los aposentos del propio edificio. Como se recordará, también aparece en las columnas labradas acompañado por miembros de la elite local y aunque nos ha sido imposible reponer la escena que lo involucra, si podemos afirmar que no hay disparidad entre los temas esculpidos en la piedra y los abordados en estos magníficos murales. Sabemos que una de estas escenas, quizá la misma donde confluyen las procesiones de personajes con la piel verde olivo, se construía en torno al sacrificio humano, probablemente una decapitación si es que nos atenemos a la más usual de las prácticas rituales del Epiclásico. Sin duda se trata de la versión más sangrienta que hay de este acto en el arte de El Tajín. Literalmente bañado en sangre, escurre de los brazos de la víctima con tal profusión que el pintor muestra la manera en que se manchaban con ella los paños blancos que vestían los oficiantes. Aunque lamentablemente no ha sido posible restablecer la posición en la que se hallaba acomodado este personaje, como tampoco dar cuenta clara sobre su decapitación, no hay fragmento de él que no aparezca salpicado de sangre. Los sacerdotes estaban a ambos lados con el rostro pintado de color rojo y uno de ellos adornado con una hermosa nariguera azul. Aunque despedazado sin miramientos en la antigüedad, sigue siendo igualmente asombrosa la fuerza expresiva que le asistía en el pasado.

Mucho falta por averiguar todavía sobre esta turbulenta época de El Tajín, sobre la manera en la que fue languideciendo esta formidable ciudad hasta paralizarse y finalmente quedar estupefacta frente a su destino. Más allá de los tiempos de 13 Conejo, de tan sonadas guerras en la montaña, las cosas se vuelven particularmente oscuras. Hubo otros gobernantes, quizá menos exitosos o hasta verdaderamente intrascendentes dado el tamaño de sus muchos agobios. Con el nombre de *Anixatul* aún permanece el recuerdo del último gobernante de El Tajín. Para don Pedro Pérez Bautista, quien escuchó a los abuelos llamarlo así, su nombre no es palabra de la familia totonaca, así que no le es posible comprender su significado. Sin embargo, don Pedro –uno de los hombres más sabios que he conocido en mi vida- siempre ha sostenido aunque hoy sabemos que equivocadamente que El Tajín fue totonaco. El asunto de *Anixatul* quizá no tendría mayor importancia si no fuera porque señala, también en la tradición oral de los totonacos de la región de Papantla,

la presencia de elementos culturales, en este caso lingüísticos, de un grupo étnico distinto. Por más que nos resulte incierta la lengua originaria de El Tajín, sabemos bien que *Anixatul* –si es que en efecto existió– no pudo hablar totonaco. Habría heredado una lengua distinta y armado con ella se dispuso a enfrentar el período más violento del que se tenga noticia en la costa norte del Golfo de México. No obstante, en sus ciudades murió gente venida de otras tierras, probablemente totonacos si es que damos algún crédito a las primicias de nuestros estudios sobre genética de poblaciones antiguas. A menos de dos horas de El Tajín, en los primeros pliegues de la montaña, se halla Mecapalapa y el conjunto de poblados que sirvieron a Ichon (1973) para escribir su magnífico estudio sobre la religión de los totonacos de la sierra, del cual tanto nos hemos valido. ¿Cómo terminó la fama de El Tajín? Debo reconocer que no tengo una respuesta concreta. He tratado de sistematizar hasta donde ha sido posible la información de la que actualmente dispongo y de presentar con la mayor claridad a mi alcance las causas que contribuyeron a su deterioro cultural. Sin embargo, quedan muchos elementos sueltos, incluso un período algo menor de un siglo que debe colocarse al final de su historia y que sólo en alguna medida corresponde al quehacer de esta civilización. Durante este lapso se fueron debilitando los rasgos culturales que originalmente cohesionaban a la sociedad y fue entonces cuando probablemente se produjo un gigantesco incendio que puso fin al Edificio de las Columnas (Marquina, 1951:448).

En realidad, mis excavaciones en esta parte de la ciudad no han revelado las manifestaciones arqueológicas de un episodio de tal magnitud, el que por su gravedad seguramente habría amenazado no sólo la existencia del asentamiento sino el futuro de la civilización. Sin embargo, García Payón encontró vigas quemadas al inspeccionar por primera vez el edificio, Wilkerson parece estar convencido de que las columnas labradas fueron desmontadas en la antigüedad y los aposentos saqueados y destruidos hasta sus cimientos (2005: comunicación personal). Si todo esto ocurrió allá arriba, en el punto más alto del asentamiento, la tragedia de El Tajín no pudo ser mayor. Los hombres habían infringido una destrucción tal que rivalizaría con la que corresponde a la marcha del tiempo. La ciudad debió arder durante días y la humareda en la que se consumía saturó el ambiente.

No cabe duda de que la ciudad terminó por paralizarse. A pesar de ello, nunca se generó una dinámica de abandono. No ocurrió por lo menos en los términos de una catástrofe cultural. Los caseríos substituyeron a las grandes ciudades y sobre sus ruinas surgieron poblados completos. Aunque la gente decidió permanecer en las antiguas urbes ciertamente transformó su carácter original al tiempo que se extinguía la memoria de la civilización de El Tajín.

## CONCLUSIONES

Una vez delineados el escenario y los procesos culturales por los que transitó la civilización de El Tajín en el curso de un milenio, es posible proponer ahora que para el tercer siglo de nuestra Era, cuando muy tarde, se formaron los primeros estados de la región. Morgadal, Cerro Grande y sin duda El Tajín, entre una constelación de sitios del litoral norte del Golfo de México, fueron los centros de gobierno de las más tempranas organizaciones sociopolíticas independientes de carácter estatal. Todas ellas surgieron enmarcadas por territorios bien delimitados y sobre la base de una sociedad compleja altamente estratificada. El territorio debía garantizar el sustento de una población eminentemente agrícola y la producción de excedentes se destinaba al mantenimiento de la elite gobernante y de los estratos privilegiados de la sociedad. Ciertamente, el comercio –tal y como hemos explicado- jugó un papel decisivo en la formación de los primeros estados, convirtiéndose en el eje de su posterior desarrollo.

Aunque es de suponerse que fueron evolucionando a partir de formas de organización social mucho más simples hasta convertirse en típicos estados tempranos, su actual ubicación –en las colinas bordeadas por los afluentes del arroyo Tlahuanapa- ya es en sí misma una clara muestra del grado de complejidad social que había alcanzado su población para las primeras centurias de nuestra Era. La fundación de estos nuevos centros de gobierno debió ser precedida por una formidable tarea de nivelación de las asperezas del terreno, misma que sólo puede explicarse en el contexto de una sociedad jerárquica. Obras como éstas sólo pudieron llevarse a cabo hasta que se reunieron un mínimo de condiciones. Es decir, debieron conjuntarse varios

factores, como es el reconocimiento social de un liderazgo, el control sobre un territorio específico y una economía capaz de generar excedentes suficientes como para también contribuir con el sustento de la población involucrada en estas labores. Por otro lado, el factor ideológico -los sistemas de pensamiento y los esquemas de interacción social (cf. Claessen y Oosten, 1996: 6)- no fue menos importante en el surgimiento de estos estados. Así que tan antigua gente dio forma -por primera vez en su historia- a los centros de gobierno de una civilización cuya producción ideológica estaría en manos de la clase dominante y donde un sistema de creencias hizo aceptable al grueso de la población las nuevas formas de autoridad que se desprendían de estructuras de gobierno altamente centralizadas.

Tanto la elite gobernante como los estratos más bajos de la sociedad eran, en cierto sentido, igualmente *prisioneros* de su propio sistema de creencias. Siguiendo a Skalník, podríamos decir que los miembros de las comunidades, incluidas las jerarquías gobernantes y de especialistas, creían en los poderes sobrenaturales del soberano (1978: 607). La elite promulgaba su propio sistema de creencias a través de un conjunto de símbolos y de complejos rituales que enfatizaban el carácter sagrado del gobernante. El soberano ocupaba el centro mismo del culto y su innegable posición de autoridad se sostenía a través de argumentos tanto mitológicos como genealógicos que lo conectaban directamente con los dioses y lo hacían descender de ancestros deificados (cf. Claessen y Oosten, 1996: 3).

El culto al gobernante apareció en Morgadal Grande alrededor del tercer siglo de nuestra Era. Las estelas de piedra que los retratan y cuya descripción nos ha ocupado páginas atrás, no podrían ilustrar de mejor manera el carácter sagrado que se les confería de antiguo y el extraordinario poder que se concentraba en su persona. Los centros de gobierno de aquella época, no sólo perpetuaban en la piedra la representación del soberano, sino que la mostraban erguida en los espacios rituales del asentamiento. Arriba, en el lugar más alto, se hallaba el núcleo político-religioso de estas prístinas ciudades, era el área consagrada a las ceremonias y donde se hallaban los monumentos de piedra. Nunca antes se habían puesto en movimiento tal cantidad de metros cúbicos de suelo con el propósito de crear los nuevos espacios de la capital, sus enormes plazas o sus imponentes edificios. Para aquella época, las construcciones serían de tierra,

grandes pirámides que ahora servían de asiento a cuartos fabricados con paredes de barro y techados con palma tejida. Aunque de hechura muy sencilla, se trata de los primeros aposentos claramente destinados a las acciones de gobierno o a la administración del culto. En Morgadal Grande, se asocian a una alfarería de uso reservado a la elite y a una serie de prácticas rituales que incluyen el entierro de brazos o piernas desmembradas o la reinhumación de sus huesos largos como parte de las ceremonias orientadas al culto de los ancestros.

A un lado del basamento mayor solía darse forma a otra estructura, aunque mucho más baja, casi tan larga como el basamento mismo. Por su oposición, ambas edificaciones producían el efecto de un corredor cuyos límites se enfatizaban añadiendo a los lados muros formados con grandes sillares de piedra labrada. Este corredor ceremonial que hoy sabemos dedicado al juego ritual de la pelota, terminó volviéndose pieza clave en el culto al gobernante. Desde época muy temprana el soberano se concebía siempre ligado a él. Los símbolos de poder que adquirió en sus más antiguas representaciones –luego se convertirían en el bastón y la bolsa- fueron precisamente un par de rodilleras, accesorio insustituible del atuendo del jugador.

Pero el ritual del juego de la pelota, cuando menos en el contexto de la civilización de El Tajín, llevaba implícito el sacrificio humano. Hacia estas mismas fechas, fue sepultada en un altar de Cerro Grande la cabeza decapitada de un hombre joven cuyos dientes habían sido limados en vida como una forma de arreglo personal que lo señalaba como miembro de las más altas jerarquías sociales. El cráneo de este joven fue hallado en la Plaza Central, a unos cuantos metros de los principales juegos de pelota de la ciudad. Su análisis genético mostró que es probable que no se trate de un personaje de la elite local y que su muerte por decapitación tengamos que ligarla a los rituales de sacrificio que constituían el punto culminante del ceremonial del juego de pelota. Si este hombre, cuya reconstrucción facial lo revela con facciones angulosas y nariz prominente, sólo vino a morir a Cerro Grande, entonces es posible que su muerte sirva hoy para advertirnos de la compleja estructura de las relaciones políticas que sostenían los varios estados de la región. Ciertamente, son muchas y muy diferentes las causas que pudieron llevar en el pasado a este joven de alta jerarquía social a Cerro Grande. Pero el que su muerte fuera planeada como

parte de un ritual auspiciado por el Estado, como una acción dirigida contra un miembro de una elite foránea, sólo puede entenderse como una conducta que había hecho de aquel joven el símbolo de su comunidad.

Semejante acción no era ajena a la que podríamos llamar aquí la noción de los otros. *Ellos*, si se me permite aquí la expresión, no resultarían distintos a *nosotros* si es que optamos por mirarlos desde la perspectiva de los productos materiales de la civilización, pero si decidiéramos acercarnos y verlos con mayor detalle, podríamos descubrir toda una serie de diferencias que van más en el sentido de la manera distinta en la que participaban de los recursos del territorio, de las vías comerciales o de las mercancías llegadas de tierras distantes. Es decir, la temprana muerte de aquel joven debía estar íntimamente relacionada con factores de competencia entre grupos sociales distintos, entre estados confrontados por el control económico de la región.

La competencia por el poder en realidad define las relaciones políticas de los estados tempranos. No hay que olvidar, que se trata de sistemas territoriales con gobiernos totalitarios que ejercen un control absoluto sobre el mercado y la oferta de servicios (cf. Yoffe, 2005: 2). Es decir, sus fronteras se oponen a las de sus vecinos y se encuentran en permanente configuración. En el litoral del Golfo el dominio del territorio se fraccionó entre los centros de gobierno de una verdadera constelación de pequeños estados. Sólo los grandes ríos abriéndose paso hacia el mar constituían verdaderos puntos de referencia en un paisaje dominado por los suaves lomeríos de la llanura costera. El ámbito que controlaba cada uno de ellos podría sorprender por su reducido tamaño, algo más de cuarenta kilómetros cuadrados en promedio, pero esta pequeña porción del territorio no sólo ofrecería un sustento adecuado a la población, sino que la colocaría de lleno en el centro de las actividades comerciales de la región.

Para el tercer siglo de nuestra Era, aquellas ciudades habían experimentado un crecimiento demográfico sin precedentes a partir de un proceso de redistribución de la población rural y de su concentración en los centros de gobierno. A primera vista podría suponerse que el campo habría quedado despoblado, pero en realidad es justo el momento en el que estarían apareciendo toda una serie de pequeñas ciudades, asentamientos satélite que probablemente se encontraban subordinados a los centros de gobierno. A no más de un

kilómetro y medio de distancia y por lo regular visibles desde la capital del Estado, suelen hallarse provistos de una área pública definida por sus templos y corredores ceremoniales consagrados al juego de la pelota. Aunque se trata de centros menores activos ya en esta época, es un hecho que habrán de ir cobrando importancia en la vida económica de la región a partir de la incorporación del oriente de Mesoamérica al modelo comercial teotihuacano. Es entonces, a mediados del siglo IV o en las primeras décadas del siglo V de nuestra Era, cuando es posible percibirlos como ciudades mercado, además de haber sido centros de producción y/o almacenaje de productos artesanales.

Hay que tener claro que desde el punto de vista del *análisis locacional*, sus restos arqueológicos representan en forma espacial las regularidades de los patrones de conducta de una sociedad extinta. Es así que su posición y la distancia existente entre los asentamientos pueden revelar la distribución de las actividades humanas en el territorio. Puesto que se encuentran regulados por una jerarquía interna, entonces los centros de mayor rango serán -por definición- los menos en el territorio. Estos últimos cumplen con toda una gama de funciones y suelen adquirir la fisonomía de asentamientos extensos, espacialmente mayores que los numerosos centros de menor rango. El foco ordenador de esta relación jerárquica será el centro de gobierno, un asentamiento nucleado en torno al cual se distribuye su área de influencia o área tributaria y a la cual se espera que provea de servicios.

Morgadal fue por largo tiempo el centro de gobierno de uno de los estados más importantes y significativos de la región. Naranjal surgió en su vecindad como un asentamiento satélite altamente especializado cuyas funciones no podrían explicarse aquí sin la existencia de un sistema comercial de carácter redistributivo. Si bien es poco claro el papel que cumplió durante los primeros tres siglos de nuestra Era, no cabe duda que pronto se convertiría en la sede del mercado local. Cerro Grande, La Concha, Vista Hermosa y El Tajín tuvieron mercados igualmente sujetos al control del Estado, aunque nunca se establecieron en los espacios administrativos de sus centros de gobierno. Naranjal, es probable que produjera en el siglo IV un tipo muy singular de vasos trípodes cilíndricos que, aún tratándose de una producción alfarera orientada al consumo exclusivo de la clase dominante, prácticamente no figura entre los objetos rituales utilizados por la elite local. Sin embargo, a pesar de



hallarse ausentes en Morgadal, resultan hasta cierto punto frecuentes en Cerro Grande. Es decir, en el ámbito de gobierno de un Estado vecino. Lo mismo podríamos decir del Triunfo, un pequeño sitio ubicado dentro del área de influencia de Cerro Grande y muy próximo a este último centro de gobierno, que aún representando una jerarquía inferior en la relación ordinal de los asentamientos, ha proporcionado la mejor muestra de figurillas cerámicas articuladas de estilo teotihuacano que disponemos hasta ahora. Pero el Triunfo no fue Naranjal, no posee edificios de gobierno que reflejen una iniciativa estatal, no hay basamentos ni tampoco estructuras dedicadas al juego ritual de la pelota, pero había funcionarios del Estado. Si estas piezas eran producidas por alfareros locales y luego distribuidas a los mercados regionales o si habían llegado a este lugar por actividad comercial para satisfacer las demandas de una clase dominante que ahora reproducía la conducta ritual de las elites teotihuacanas, son igualmente indicio de que incluso en asentamientos relativamente pequeños habría funcionarios locales velando por los intereses del Estado.

No hay que olvidar que el aparato de gobierno de los estados tempranos suele favorecer un sistema de administración que promueve la delegación de tareas en la figura de las autoridades locales (cf. Claessen y Oosten, 1996: 4). No tenemos hasta ahora evidencia de que estos funcionarios hallan sido objeto de representaciones escultóricas, tal y como ocurría con el soberano en los centros de gobierno, pero es evidente que en este escenario la clase dirigente lucharía por mantener la centralización de los poderes del Estado, mientras que las elites locales pugnarían por su descentralización. Aún habiendo un claro factor de competencia, es obvio que debían existir los mecanismos necesarios para generar un cierto grado de balance de poderes. Hasta donde sabemos, nunca se controvertió el culto al gobernante como mecanismo de confrontación política, por lo menos no se erigieron estelas con la imagen del soberano fuera de los propios centros de gobierno, ni tampoco se labraron monumentos que combinaran su representación con la de otro miembro de la clase dominante, pero es en medio de esta lucha por el poder donde puede aclararse la conducta que también podía hacer de estas estelas objeto de los más variados actos de destrucción. La eliminación de la imagen sacralizada del soberano en realidad suprimiría toda posibilidad de su veneración y, al mismo tiempo, renovaba las relaciones políticas entre los miembros de la clase dominante con el ascenso al

poder del nuevo soberano. Es así que la desacralización de las estelas se inscribía en el proceso natural de relevo de los gobernantes, no implicaba choque alguno con la institución que significaba el culto al soberano, sólo lo reanimaba en la persona del sucesor y en sus inéditas figuraciones en piedra.

Cuando las caravanas comerciales teotihuacanas alcanzaron por primera vez el litoral norte del Golfo de México, las más tempranas organizaciones sociopolíticas de carácter estatal habrían ido migrando a formas mucho más complejas de gobierno, aunque no por ello se trastocó el accionar de las primitivas instituciones del Estado. Los tiempos teotihuacanos tampoco fueron -en modo alguno- el escenario de la verdadera transformación de los modelos políticos y sociales de la región. No hubo un cambio significativo en lo que toca al desarrollo del Estado, por más que la cuenca del río Nautla encaminara ahora la mayor parte del tráfico comercial de la época y que la ciudad de El Pital consolidara su importancia regional enmarcada por un territorio cada vez mayor. Aunque de El Pital todavía sabemos muy poco, no parece haber elementos como para suponer de inicio que aún en el contexto de un proceso de integración política del área, éste tuviera que derivar en formas evolucionadas de organización estatal. Carecemos de indicadores que permitan advertir el surgimiento de un Estado territorial en confluencia con el proceso de *teotihuacanización* de la conducta ritual de la elite local.

El Pital terminó por extender sus territorios hasta redondear unos 2000 kilómetros cuadrados. Aún tratándose de un Estado inmenso para la costa y ciertamente dueño de un poder sin precedentes en términos de la experiencia política del litoral norte del Golfo de México, no pareciera que semejantes transformaciones amenazaran la vigencia de las instituciones tradicionales del Estado. El culto al soberano continuó siendo el mecanismo fundamental de control político y social, a pesar de que El Pital no ha ofrecido hasta ahora ejemplos concretos de ello. Sin embargo, es un hecho que en la misma época siguieron esculpiéndose estelas en otros sitios de la región y que la representación del gobernante fue adecuándose a los cánones estilísticos del arte teotihuacano. La solución plástica de la imagen erguida del soberano se acercó cada vez más a los modelos de la gran metrópoli del centro de México, la que ciertamente influía de manera decisiva en el estilo cultural de las elites locales, no sólo en la figuración de estos hombres divinizados, sino en la

producción local del utillaje indispensable para la celebración del culto. No cabe duda de la estrecha interacción comercial que mantuvo El Pital con el Altiplano Central mexicano y de su función como el principal gestor de los productos venidos de la montaña. El Pital ejerció un control absoluto sobre la obsidiana de Altotonga. Encausó, acumuló y redistribuyó en la costa prácticamente la totalidad del vidrio volcánico que se usó para la fabricación de instrumentos. La cuenca del río Nautla servía entonces como un activo corredor que no sólo hacía disponibles los recursos naturales de las tierras frías, sino que acercaba a las playas del Golfo las más variadas mercancías y, con ellas, capítulos enteros del pensamiento simbólico teotihuacano.

Muy pronto aparecieron en el contexto de las clases dirigentes las primeras representaciones del dios Tláloc, una deidad originaria de Teotihuacán que terminó por convertirse en numen y arranque inmemorial del linaje de los gobernantes. Su figuración se trasladó a los vasos rituales, a los muros de piedra de los juegos de pelota y, como ocurre en la estela de Cerro de la Morena, al rostro mismo del soberano. La elite actualizaba su sistema de creencias adaptándolo a una Mesoamérica mucho más integrada -en realidad *globalizada* si es que hacemos valer aquí el término- y ahora construida a la medida de la civilización teotihuacana. El culto a la deidad del agua, al agua que da vida o que la arrasa cuando se manifiesta sin control, se equilibraba en la figura del gobernante. No hay que olvidar que se le consideraba como responsable de la prosperidad del Estado y -por su carácter sagrado- como el mediador de su pueblo ante los dioses (cf. Claessen y Oosten, 1996: 3). En los estados tempranos el soberano era el eje de las relaciones de gobierno y en torno a su persona se establecía un vínculo de reciprocidad que no solía adquirir la forma de una relación simétrica. El pueblo proveía al gobernante de bienes y servicios en tanto que este último velaba por la seguridad del Estado y la benevolencia divina.

En algún momento del siglo VI de nuestra Era comenzó a declinar el modelo comercial de El Pital, arrastrado al fracaso por la desarticulación del mundo teotihuacano. La obsidiana de Altotonga fue rápidamente substituida por los vidrios volcánicos extraídos de las minas de Zaragoza-Oyameles. Es claro que tan repentino cambio de fuente de aprovisionamiento nada tenía que ver con alguna merma en la capacidad de explotación del yacimiento. Las minas de

Altotonga hubieran podido seguir suministrando a la costa tan importante recurso si es que el equilibrio político del litoral norte del Golfo de México no se hubiera trastocado con la interrupción de las actividades comerciales teotihuacanas en Mesoamérica. Cambiaron los caminos que vertebraban la estructura del comercio teotihuacano. El Pital –hay que decirlo- dependía en buena medida de ella, de su posición estratégica en el territorio como punto de origen y destino de una de las más importantes rutas comerciales que se dirigían al Altiplano Central mexicano. Es así que el relevo de las fuentes de obsidiana en realidad respondía a la creación de nuevos itinerarios que ahora privilegiaban la cuenca del río Tecolutla y que irían desplazando el grueso de la actividad comercial hacia el norte, metiéndola de lleno en el corazón de los territorios controlados por El Tajín.

El Pital fue extinguiéndose a medida de que El Tajín se hacía del poder. La antigua ciudad del Nautla terminó por desvanecerse al quedar prácticamente aislada de los nuevos circuitos comerciales de Mesoamérica. Sin embargo, el auge de El Tajín no sólo fue de carácter circunstancial. Si bien es cierto que capitalizó el vacío de poder que se había generado en la llanura costera tras la desaparición del mundo teotihuacano, es posible que su participación no sólo se hubiera limitado a construir un nuevo orden de cosas, sino que tuviera alguna influencia en el colapso de la estructura económica de El Pital.

Claessen y Oosten han señalado que son los mismos factores que se asocian al surgimiento de los estados tempranos, los que en diferente combinación o intensidad pueden terminar siendo responsables directos de su estancamiento y colapso final (1996: 6). El Pital parece cumplir con esta suerte de paradoja. Sin embargo, los estados no desaparecen sin oponer resistencia, no terminan incorporados a organizaciones políticas más fuertes o más desarrolladas sin que se genere antes un conflicto de intereses. Es un hecho que la cuenca del Nautla acabó en algún momento bajo el control político y comercial de El Tajín, pero para el siglo VI de nuestra Era no había nada en la cuenca del Tecolutla que pudiera igualarlo, nada que se le comparara. Hoy sabemos que El Tajín probablemente le asestó el último golpe, pero esto no ocurrió antes que El Pital se encontrara completamente debilitado. De hecho, al norte del río Nautla el territorio se hallaba fragmentado en una multitud de pequeños estados independientes y la realidad de la aún incipiente ciudad de El Tajín no sería

distinta a la de muchos otros centros urbanos. Así que El Tajín tuvo que comenzar por consolidar su posición en las cuencas de los ríos Tecolutla y Cazones antes de hacerse de territorios mucho más alejados. Es probable que la guerra se convirtiera entonces en el mecanismo básico de integración política del área. Unir el territorio bajo una misma figura de autoridad, dejando atrás cualquier rastro de pulverización política, no habría sido tarea fácil, menos aún si es que intentamos imaginar el nivel de competencia que debió definir históricamente las relaciones entre estas ciudades Estado.

El reto que enfrentaba El Tajín era mayúsculo. La realidad política y social de la época mostraba un escenario poblado de micro estados, cada uno de ellos con un territorio tan reducido que el centro de gobierno nunca estaría más allá de un día de camino. En estas circunstancias es posible suponer que existiera un cierto grado de uniformidad étnica en la población, aunque no debemos descartar la presencia eventual de un componente foráneo en las ciudades, gente venida de la sierra si es que pensamos en el comercio que los unía de antiguo con la montaña. En el centro urbano residía la mayor parte de la población, mientras que en el campo se agrupaban en caseríos familias enteras de agricultores. La vida económica y comercial del Estado giraba en torno al mercado de la ciudad, normalmente ubicado en sus inmediaciones a manera de prolongación del centro urbano.

Serían decenas de micro estados los que competirían por el poder político y comercial de la región cuando cesó el auge comercial teotihuacano. A pesar de sus muchas rivalidades, compartían un sustrato cultural en buena medida surgido de aquella novedosa experiencia cultural que ahora llegaba a su fin. Los soberanos y con ellos las más altas jerarquías de la sociedad habrían hecho de lo teotihuacano un modelo de vida civilizada. No sólo adoptaron la conducta ritual de las elites del centro de México y hasta su ideología, sino que terminaron por construir toda una civilización sobre estas bases. El Tajín logró formar un Estado de grandes proporciones al unificar el territorio bajo una misma figura de autoridad. Si algo puede decirse de los procesos sociales que se daban cita en esta época es nuevamente su marcada tendencia a la centralización del poder político. Con todo, entre los siglos VI y VII de nuestra Era dejaron de labrarse estelas en la región. Las ciudades del interior, ahora incorporadas a la gestión provincial del Estado, no volvieron a celebrar en

pedra la imagen del soberano, por lo menos no a partir de la integración política del territorio. Sin embargo, El Tajín no se deshizo de inmediato de un sistema de creencias que favorecía la concentración del poder en la figura del gobernante. Las estelas, entendidas como el único vehículo capaz de revelar su identidad simbólica, fueron perdiendo lugar frente a formas surgidas de una experimentación plástica impuesta por la inédita dimensión política de los soberanos de El Tajín, misma que ahora los proponía en contextos simbólicos mucho más ricos y complejos. El culto al gobernante fue debilitándose en medio de un proceso que iría otorgando mayor peso a las instituciones políticas y religiosas del Estado.

Los nuevos señores de El Tajín terminaron por cobijar sus representaciones en piedra al amparo de los espacios rituales consagrados al inmemorial juego de la pelota. No es que estos muros no hubieran servido antes a tal propósito, lo que no había sucedido es que se convirtieran en sustento de ambiciosos proyectos escultóricos del Estado formulados a manera de actos públicos de legitimación de la autoridad del gobernante. En lajas de arenisca se labraron los textos más antiguos que conocemos de esta época. El soberano aparece como un ser sobrenatural venido del linaje de los dioses y con derecho a usar la máscara de Tláloc. Por primera vez en la historia de la civilización de El Tajín, la figura humana se propone en franco movimiento, en actitud de brincar una serpiente o sobre alguna forma de reptil. El soberano adquiere en los relieves de la Pirámide de los Nichos la dimensión de mediador de su pueblo ante los dioses bajo el supuesto de que sus actos tendrán influencia en los designios divinos (cf. Claessen y Oosten, 1996: 3). Fuera igualándose en sus afanes con un héroe mitológico o expresando su participación directa en un ritual propiciatorio, el gobernante y con él sus sucesores, desecharían la solemnidad de sus primeras representaciones hieráticas para incorporar, de aquí en adelante, un nuevo tipo de figuración que no sólo los haría partícipes de los rituales de Estado, sino que los convertiría en el eje compositivo de las escenas de sacrificio humano. De cualquier forma, aún entre cambios, hubo tiempo como para producir un último grupo de relieves motivado por esta práctica antiquísima de exaltación de la imagen del gobernante. Hay en ellos un abordaje conceptual totalmente distinto, no sólo por la manifestación del vínculo ancestral del soberano con el linaje de los dioses, sino porque su personificación en piedra ahora también echa mano del símbolo del trono, de la dimensión territorial del Estado

significada aquí a través de un banco muy ornamentado que le sirve de asiento y cuyo aspecto concuerda en lo general con los elementos arquitectónicos de la época. La noción del territorio, ahora más importante que nunca, resultaba central para los intereses del Estado. El que el gobernante tomara lugar sobre su expresión simbólica constituye, a todas luces, un acto sin precedentes de concentración de poder. No puedo menos que recordar aquí los títulos que en la antigüedad se le conferían a los reyes africanos de *Oyo*, una de las ciudades Estado de la Yoruba precolonial, proclamándolos como "Señor del universo y la vida", "dueño del territorio" y "compañero de los dioses" (Morton-Williams, 1960: 363). Hay que decir que para esta misma época ya existía una arquitectura de piedra donde las cornisas voladas desplantaban directamente sobre los taludes sin mediar nicho alguno, así que la figuración de los tronos podría haberse articulado de antiguo con un equivalente conceptual sustentado en los relieves a través de la representación esquemática de estas primitivas edificaciones, haciéndolas de igual modo sitial del gobernante. Varias de sus representaciones también lo muestran rodeado por los cuerpos entrelazados de dos serpientes, mismos que describen un círculo al envolver su imagen. El círculo es en sí mismo un símbolo relacionado con la autoridad de tan formidable personaje como también parecen haberlo sido los entrelaces, más allá de su indudable vocación estilística.

Cada uno de estos relieves constituye una clara demostración del poder absoluto del soberano y de la fortaleza alcanzada por las instituciones del Estado. Con todo, entre ellos se manifiestan discretas variantes estilísticas que permiten observar un cambio en la producción artística de la civilización de El Tajín. Aunque comparten soluciones formales, hay diferencias en la manera de representar que atestiguan el tránsito hacia un estilo mucho más cursivo, de trazos más suaves y fluidos, que se ha propuesto abandonar la rigidez de la línea recta. Aún así, es muy claro que aún persiste, aunque en diferentes medidas, una construcción formal que tiende hacia la geometría y que otorga a las figuras una apariencia dura, diría casi inmóvil. Es éste el canon estilístico de las primeras estelas y de los relieves más antiguos de la región, pero permanece imbuido en la producción escultórica de esta etapa de franca transición. Pero aunque el arte del siglo VII de nuestra Era aún se mantuviera en búsqueda de su identidad formal, a nivel conceptual casi todo ya se habría dado. Los grandes temas de los relieves pronto se incorporaron a los muros pintados de los

templos y no experimentaron cambios mayores sino hasta bien entrado el siglo IX, cuando se suma el de las procesiones de cautivos que se dirigen al encuentro del soberano.

Estos últimos, fueron los tiempos de 13 Conejo, cuando la ciudad celebraba la victoria sobre sus enemigos, la reducción del caos y la afirmación de las instituciones del Estado. Los relieves del Edificio de las Columnas sin duda volvían a echar mano de los artificios de la representación en la búsqueda de la promoción de la figura del gobernante. No obstante, hoy sabemos que estos relieves apenas daban cuenta de un horizonte de aspiraciones, mismo que se estrellaba irremediablemente con la realidad política y social de la época. En cierta forma eran el sustento material de una utopía, de una visión que por más que nos falte por averiguar sobre esta turbulenta época era imposible que se cumpliera. Las columnas labradas del majestuoso edificio intentaron conciliar por todos los medios a su alcance los fuertes contrastes que exhibía entonces la sociedad, buscaban celebrar la reconquista del orden mostrando la humillación de sus enemigos. Sin embargo, el equilibrio con el cosmos se convirtió solo en una quimera.

Aún así, en la esencia de semejante discurso pareciera cobijarse un intento por revivir las mismas estrategias políticas del pasado y de convertirlas ahora en eficaces promotoras de la afirmación de la figura del gobernante. ¿Qué tanto sabría tan afamado Señor sobre las circunstancias concretas en las que gobernaron sus predecesores y hasta qué punto se habría formado en la sociedad del siglo IX de nuestra Era una verdadera conciencia histórica capaz de dar cuenta de los acontecimientos del pasado? En realidad es difícil saberlo, pero habrá quedado suficientemente demostrado que existía una clara percepción en torno al significado del pasado en la construcción del Estado y una absoluta certeza en lo que toca al origen inmemorial de su civilización artística.



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACUÑA, RENÉ

1985 "Relación de Hueytlalpa y su partido" en *Relaciones Geográficas del Siglo XVI: Tlaxcala* (II:147-180). Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

ARELLANOS MELGAREJO, RAMÓN

1985 *Las Higueras –Acalco- dinámica cultural de un sitio en el Totonacapan barloventino*. Unidad Docente Interdisciplinaria de Humanidades, Facultad de Antropología, Universidad Veracruzana, Xalapa (Tesis) 481p.

ARELLANOS MELGAREJO, RAMÓN y LOURDES BEAUREGARD

1986 "Elementos arquitectónicos en una palma totonaca" en *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana* 8:58-62. División de Estudios de Posgrado, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México.

ASCHMANN, HERMAN P.

1973 *Diccionario totonaco de Papantla, Veracruz*. Serie de Vocabularios y Diccionarios indígenas "Mariano Silva y Aceves" No.15, Instituto Lingüístico de Verano-Secretaría de Educación Pública, México.

BEAZLEY, JOHN D.

1947 *Etruscan Vase-Painting*, Oxford.

\_\_\_\_\_ 1956 *Attic Black-Figure Vase-Painters*. Oxford.

\_\_\_\_\_ 1963 *Attic Red-Figure Vase-Painters*. Oxford.

BERTELS, URSULA

1991 *Die Götterwelt von El Tajín*, Muenster, Lit Verlag.

BRUEGGEMANN, JUERGEN KURT (Ed)

1992a "Arquitectura y Urbanismo" en *Tajín*. El Equilibrista-Turner Libros, México-Madrid, pp.55-84.

\_\_\_\_\_ 1992b " El Juego de Pelota" en *Tajín*. El Equilibrista-Turner Libros, México-Madrid, pp.85-97.

\_\_\_\_\_ 2005 "Hallazgos, resultados y nuevos conocimientos sobre Tajín" en *IV Coloquio Pedro Bosch Gimpera*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp.505-520 (II).

CASO, ALFONSO

\_\_\_\_\_ 1938 *Exploraciones en Oaxaca, quinta y sexta temporadas, 1936-1937*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, N.34, México.

1953 "Calendarios de los totocancas y huastecos" en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, XIII:337-350. Sociedad Mexicana de Antropología, México.

CASTILLO PEÑA, PATRICIA

1995 *La expresión simbólica del Tajín*. Colección Científica, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 523p.

CLAESSEN, HENRI J.M. y OOSTEN, JARICH G.

1996 *Ideology and the Formation of Early States*. Studies in Human Society (11), E.J. Brill, Leiden. 445p.

COBEAN, ROBERT

1991 "Principales yacimientos de obsidiana en el Altiplano Central" en *Arqueología* 5:3-31 (segunda época). Dirección de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

CÓRDOVA, JUAN DE (FRAY)

1987a *Vocabulario en lengua zapoteca* (1578), Ediciones Toledo-INAH, México.

\_\_\_\_\_ 1987b *Arte del idioma zapoteco* (1578), Ediciones Toledo-INAH, México.

CORTÉS HERNÁNDEZ, JAIME

1994 "Reserva ecológica de Filo-Bobos" en *Arqueología Mexicana* 10(II):54-59. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

CRUZ JIMÉNEZ, RICARDO LEONEL

2000 *Los caminos de la obsidiana en la región de El Tajín. Análisis de procedencia mediante AAN*. Escuela Nacional de Antropología e Historia (tesis de licenciatura), México, 161p.

DANEELS, ANNICK

1997 "Settlement History in the Lower Cotaxtla Basin" en *Olmec to Aztec. Settlement Patterns in the Ancient Gulf Lowlands*. The University of Arizona Press, Tucson, pp.206-252.

\_\_\_\_\_ 2005 "El Protoclásico en el centro de Veracruz. Una perspectiva desde la cuenca baja del Cotaxtla" en *IV Coloquio Pedro Bosch Gimpera*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp.453-488 (II).

DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL

1991 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Editorial Porrúa, México.

DU SOLIER, WILFRIDO

1945 "La cerámica arqueológica del Tajín" en *Anales del Museo Nacional de México*, V:1-45, México.

EKHOLM, GORDON F.

1944 "Excavations at Tampico and Pánuco in the Huasteca" en *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, XXXVIII (5).

FOX, RICHARD G.

1977 *Urban Anthropology. Cities in their Cultural Settings*. Prentice Hill: Englewood Cliffs, New Jersey.

FOX, ROBIN

1972 *Sistemas de parentesco y matrimonio*. Alianza Universidad, Alianza Editorial. Madrid 253 p.

GARCÍA COOK, ANGEL

1994 "Cantona" en *Arqueología Mexicana* 10(II):60-65. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

GARCÍA PAYÓN, JOSÉ

1947 "Exploraciones arqueológicas en el Totonacapan meridional" en *Anales de Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 11:73-111, México.

\_\_\_\_\_ 1951 "La Pirámide de El Tajín" en *Cuadernos Americanos* 10 (6):153-177.

\_\_\_\_\_ 1965 *Descripción del pueblo de Güeytlalpan ... Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias* 23, Universidad Veracruzana, Xalapa, 115p.

\_\_\_\_\_ 1974 "Centro de Veracruz" en *Historia de México*, II:141-158, Salvat, México.

GERHARD, PETER

1986 *Geografía histórica de la Nueva España (1519-1821)*. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.

GOMBRICH, ERNST H.

1980 *El sentido del orden: estudio sobre la psicología de las artes decorativas*. Gustavo Gili, Barcelona.

HEALAN, DAN M.

1997 "Pre-hispanic Quarrying in the Ucareo-Zinapécuaro Obsidian Source Area" en *Ancient Mesoamérica* 8(1):77-100. Cambridge University Press. Tulane.

HOSLER, DOROTHY

1997 "La tecnología de la metalurgia sagrada del Occidente de México" en *Arqueología Mexicana* 5 (27):34-41. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

ICHON, ALAIN

1973 *La religión de los totonacas de la Sierra*, Colección Secretaría de Educación Pública-Instituto Nacional Indigenista 16, México. 512p.

JACK, ROBERT M, THOMAS R. HESTER y ROBERT F. HEIZER

1972 "Geological Sources of Archaeological Obsidian from Sites in Northern and Central Veracruz, Mexico" en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility* 16:117-122. Berkeley.

JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO

1966 "Mesoamerica before the Toltecs" en *Ancient Oaxaca: Discoveries in Mexican Archaeology and History*. John Paddock (Ed.). Stanford University Press, Stanford, California.

KAMPEN, MICHAEL EDWIN

1972 *The Sculptures of El Tajín, Veracruz, México*, University of Florida Press. Gainesville, 194p.

KELLY, ISABEL y ÁNGEL PALERM

1952 *El Tajin Totonac*, Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology Publication 13, Washington, D. C.

KIDDER, ALFRED V, JESSE D.JENNINGS y EDWIN M.SHOOK

1946 *Excavations in Kaminaljuyu, Guatemala*. Carnegie Institution Publication 561, Carnegie Institution, Washington D.C.

KUBLER, GEORGE

1983 *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. Fondo de Cultura Económica, México.

LADRÓN DE GUEVARA, SARA

1992a *Catálogo de pintura mural, Tajín* (ms). Archivo técnico del INAH. México.

1992b "Pintura y escultura" en *Tajín*, El Equilibrista-Turner Libros, México-Madrid, pp.99-131.

1999 *Imagen y pensamiento en El Tajín*, Universidad Veracruzana-Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 141p.

\_\_\_\_\_ 2005 "Las columnas del El Tajín, una propuesta de su imagen original" en *Arqueología mexicana, IV Coloquio Pedro Bosch Gimpera* (Ernesto Vargas Pacheco, ed). Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp.521-548 (II).

LANDA, DIEGO DE, FRAY

1994 *Relación de las cosas de Yucatán*. CONACULTA, México.

LEE WHITING, THOMAS A.

1998 "Veredas, caminos reales y vías fluviales: rutas antiguas de comunicación en Chiapas" en *Rutas de intercambio en Mesoamerica, III Coloquio Pedro Bosch Gimpera* (Evelyn Childs Rattray, ed). Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp.239-258.

\_\_\_\_\_ y CARLOS NAVARRETE (Eds.)

1978 "Mesoamerican communications routes and cultural contact" en *Pappers of the New World Archaeological Foundation*, 40. Brigham Young University, Provo.

LIND, MICHAEL y JAVIER URCID

1983 "The Lords of Lambityeco and their Nearest Neighbors" en *Notas Mesoamericanas* 9:78-111, México.

LIRA LOPEZ, YAMILE

1995 "El palacio del Edificio de las Columnas en El Tajín" en *El Tajín, estudios monográficos*. Universidad Veracruzana, Xalapa, p.p. 85-124.

\_\_\_\_\_ y JAIME ORTEGA GUEVARA

2004 "Los entierros de El Tajín, Veracruz" en *Prácticas funerarias en la costa del Golfo de México*. Universidad Veracruzana, Universidad Nacional Autónoma de México y Asociación Mexicana de Antropología Biológica, p.p.89-116.

LIRA LOPEZ, YAMILE y CARLOS SERRANO SÁNCHEZ (Eds.)

2004 *Prácticas funerarias en la costa del Golfo de México*. Universidad Veracruzana, Universidad Nacional Autónoma de México y Asociación Mexicana de Antropología Biológica, 229 p.

LOWE, GARETH W.

1998 *Los olmecas de San Isidro en Malpaso, Chiapas*. Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y del Estado de Chiapas, Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto Nacional de Antropología e Hiostoria,

\_\_\_\_\_ 1998 *Los olmecas de San Isidro en Malpaso, Chiapas*. Instituto Nacional de Antropología e Historia y Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamerica y el Estado de Chiapas, Universidad Nacional Autónoma de México, 90 p.

MANRIQUE CASTAÑEDA, LEONARDO

1975 "Relaciones entre las áreas lingüísticas y las áreas culturales" en *XIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*. Xalapa, México.

1979 "La posición de la lengua huasteca" en *Actas del XLII Congreso Internacional de Americanistas*, París.

MARCUS, JOYCE

1992 *Mesoamerican Writing Systems: Propaganda, Myth and History in Four Ancient Civilizations*. Princeton University Press, New Jersey.

MARQUINA, IGNACIO

1951 "Arquitectura prehispánica" en *Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia I*, Secretaría de Educación Pública. México, 970p.

McQUOWN, NORMAN

1964 "Los orígenes y la diferenciación de los mayas según se infiere del estudio comparativo de las lenguas mayanas" en *Desarrollo Cultural de los Mayas*. Seminario de Cultura Maya, Universidad Nacional Autónoma de México.

MEDELLÍN ZENIL, ALFONSO

1960 *Cerámica del Totonacapan: Exploraciones arqueológicas en el centro de Veracruz*, Universidad Veracruzana, Instituto de Antropología, Xalapa, 218p.

MELGAREJO VIVANCO, JOSÉ LUIS

1949 *Historia de Veracruz. Época prehispánica (I)* Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.

MERINO CARRIÓN, B. LEONOR y ANGEL GARCÍA COOK

1987 "Proyecto Arqueológico Huasteca" en *Arqueología* 1:31-72. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

MILLER, ARTHUR G.

1995 *The Painted Tombs of Oaxaca, México: Living with the Dead*. Cambridge University Press. 292 p.



MORANTE LÓPEZ, RUBÉN.

2005 *La pintura mural de Las Higueras, Veracruz*. Universidad Veracruzana, Xalapa, 224p.

MORTON-WILLIAMS,

1960 "The Yoruba Ogboni cult in Oyo" en *Africa* 30: 362-374.

MÜLLER, FLORENCIA

1978 *La cerámica del centro ceremonial de Teotihuacán*, Instituto Nacional de Antropología e Historia-SEP, México, 263p.

OCHOA, LORENZO

1979 *Historia prehispánica de la Huasteca*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 181p.

OVARLEZ, SONIA

2003 *Yax: fabrications et utilisations des bleu-vert mayas*. Ecole d'Art d'Avignon, Departement Conservation-Restauration, Université d'Avignon, France (tesis).

\_\_\_\_\_ 1991 "Tres esculturas postclásicas del sur de la Huasteca" en *Anales de Antropología* 28:205-240. Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

ORTIZ CEBALLOS, PONCIANO

1975 *La cerámica de los Tuxtlas*. Universidad Veracruzana, Xalapa, México (tesis).

PANOFSKY, ERWIN

1984 *Estudios sobre iconología*, Madrid, Alianza Editorial.

PASCUAL SOTO, ARTURO

1989 "El Tajín: l'evoluzione di una città del Messico Precolombiano" en *Archeo: Attualità del Passato* 57:100-107, Istituto Geografico de Agostini, Novara, Italia.

\_\_\_\_\_ 1990a "El Tajín: la evolución de una antigua ciudad mesoamericana" en *Revista de la Universidad* 469,470:46-49, Universidad Nacional Autónoma de México.

\_\_\_\_\_ 1990b *Iconografía arqueológica de El Tajín*. Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, México, 328p.

\_\_\_\_\_ 1991 "Los olmecas en el río Tecolutla: iconografía del Formativo en Morgadal Grande" en *XIII Coloquio Internacional de Historia del Arte: Tiempo y Arte*, Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Oaxaca, pp.428-439.

\_\_\_\_\_ 1993 "Teotihuacán: los sustentos materiales de la comunicación" en *La pintura mural prehispánica en México: Teotihuacán* (B. de la Fuente, Ed). Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

\_\_\_\_\_ 1994a "Pueblos y signos de El Tajín en el Clásico terminal" en *XIV Coloquio Internacional de Historia del Arte: encuentros y desencuentros en las artes* (1990), Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Veracruz, pp.81-107.

\_\_\_\_\_ 1994b "Escultura arqueológica de Vista Hermosa, Veracruz" en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 63:17-24, Universidad Nacional Autónoma de México.

\_\_\_\_\_ 1995a "*Anixatul* y las últimas guerras de El Tajín" en *XVIII Coloquio Internacional de Historia del Arte: Arte y Violencia*, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, San Miguel de Allende, pp.469-482.

\_\_\_\_\_ 1995b "Los pintores de El Tajín" en *Arqueología Mexicana* 16(III):42-47, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes e Instituto Nacional de Antropología e Historia.

\_\_\_\_\_ 1996 *Proyecto Arqueológico Morgadal Grande: la cultura de El Tajín en vísperas del Clásico tardío*. Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México (ms). Archivo técnico del INAH.

\_\_\_\_\_ 1997 *Proyecto Arqueológico Morgadal Grande: la cultura de El Tajín en vísperas del Clásico tardío. Primer informe técnico parcial al Consejo de Arqueología*. Instituto de Investigaciones Estéticas y Dirección General de Asuntos del Personal Académico (IN400196), Universidad Nacional Autónoma de México (ms). Archivo técnico del INAH.

\_\_\_\_\_ 1998a *Proyecto Arqueológico Morgadal Grande: la cultura de El Tajín en vísperas del Clásico tardío. Segundo informe técnico parcial al Consejo de Arqueología*. Instituto de Investigaciones Estéticas, Dirección General de Asuntos del Personal Académico (IN400196 e IN400798), Universidad Nacional Autónoma de México y Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (25107H) (ms). Archivo técnico del INAH.

\_\_\_\_\_ 1998b *El Arte en tierras de El Tajín*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

\_\_\_\_\_ 1998c "El legado de Yaxchilán: el 'método atributivo' en el arte maya" en *La pintura mural prehispánica en México: boletín informativo* 8-9. Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, p.p.25-30.

\_\_\_\_\_ 2000a "El Tajín en vísperas del Clásico tardío: arte y cultura" en *Revista Universidad de México* 59, pp.30-39, Universidad Nacional Autónoma de México.

\_\_\_\_\_ 2002b *Proyecto Arqueológico Morgadal Grande: la cultura de El Tajín en vísperas del Clásico tardío. Tercer informe técnico parcial al Consejo de Arqueología*. Instituto de Investigaciones Estéticas, Dirección General de Asuntos del Personal Académico (IN400798 e IN401700), Universidad Nacional Autónoma de México y Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (34912H) (ms). Archivo técnico del INAH.

\_\_\_\_\_ 2002c "El Tajín, First Approximations of a Civilization" en *Revista Voices of Mexico* 60, Centro de Investigaciones Sobre América del Norte de la Universidad Nacional Autónoma de México, p.p.79-82.

\_\_\_\_\_ 2004a "Elite y gobierno en el Tajín del Clásico temprano" en *Homenaje a Beatriz de la Fuente: Acercarse y Mirar*. Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, p.p.299-327.

\_\_\_\_\_ 2004b "El Tajín en vísperas del Clásico tardío" en *La costa del Golfo en tiempos teotihuacanos: propuestas y perspectivas, Segunda Mesa Redonda de Teotihuacán* (Ma.Elena Ruiz Gallut y Arturo Pascual Soto, eds). Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, p.p.441-449.

\_\_\_\_\_ 2006a *El Tajín: en busca de los orígenes de una civilización*. Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 412 p.

\_\_\_\_\_ 2006b "Los 'Señores de casta' en los valles centrales de Oaxaca" en *La pintura mural prehispánica en México: Oaxaca* (B. de la Fuente y B. Fahmel, Eds). Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto Nacional de Antropología e Historia, México (en prensa).

\_\_\_\_\_ y MAIR A.SITTÓN MORENO  
2001 "El Templo Rojo de Morgadal Grande: contextos de la pintura mural" en *5to. Congreso Internacional de Mayistas*. Universidad Nacional Autónoma de México y Universidad Veracruzana, Xalapa (ms.).

PENDERGAST, DAVID M.

1962 "Metal Artifacts in Prehispanic Mesoamerica" en *American Antiquity* 27 (1):520-545. Salt Lake City.

PIÑA CHAN, ROMÁN

1985 *Quetzalcoatl. Serpiente emplumada*. Fondo de Cultura Económica, México.

\_\_\_\_\_ y PATRICIA CASTILLO PEÑA

1999 *Tajín. La ciudad del dios Huracán*. Fondo de Cultura Económica, México. 149 p.

PIRAMIDE DE PAPANTLA (1785)

American Philosophical Society (913.72N 84), Philadelphia.

POOL, CHRISTOPHER A.

2000 "From Olmec to Epi-Olmec at Tres Zapotes, Veracruz, México" en *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica* (John E. Clark y Mary E. Pye, eds.). National Gallery of Art, Yale University Press, New Haven y Londres, p.p. 136-153.

PROSKOURIAKOFF, TATIANA

1953 "Scroll Patterns (entrelaces) of Veracruz" en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* XIII:389-401, Sociedad Mexicana de Antropología, México.

RATTRAY, EVELYN C.

2004 "Etnicidad en el Barrio de los Comerciantes, Teotihuacán, y sus relaciones con Veracruz" en *La costa del Golfo en tiempos teotihuacanos: propuestas y perspectivas, Segunda Mesa Redonda de Teotihuacán* (Ma.Elena Ruiz Gallut y Arturo Pascual Soto, eds). Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, p.p.493-512.

REYNA HERNÁNDEZ, YADIRA Y.

2004 *Genética de poblaciones antiguas y contemporáneas: una aproximación molecular a la región de El Tajín*. Escuela Nacional de Antropología e Historia (tesis de licenciatura), México, 136.

ROMERO, JAVIER

1958 *Mutilaciones dentarias prehispánicas de México y América en general*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Educación Pública, México.

RUÍZ GORDILLO, OMAR

1982 "Cuyuxquihui, en una zona arqueológica en la región de Papantla, Ver." en *Cuadernos de los Centros Regionales*, Centro Regional de Veracruz 2:8-21, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

\_\_\_\_\_ 1985 "Asentamientos prehispánicos en la región de Cuyuxquihui" en *Tres estudios en arqueología de Veracruz*, Cuaderno de trabajo 5:47-71, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

\_\_\_\_\_ 1987 *Cuyuxquihui, conclusiones preliminares*. Escuela Nacional de Antropología e Historia (tesis de licenciatura), México.

SÁNCHEZ BONILLA, JUAN

1992 "Similitudes entre las pinturas de Las Higueras y las obras plásticas del Tajín" en *Tajín*, El Equilibrista-Turner Libros, México-Madrid, pp.132-159.

SAHAGÚN, BERNARDINO DE, FRAY

1979 *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, Editorial Porrúa, México.

SANDERS, WILLIAM T.

1978 *Teotihuacan and Kaminaljuyu: A Study in Prehistoric Culture Contact* (W.T.Sanders y J.W.Michels, Ed.), Monograph Series of Kaminaljuyu, Pennsylvania State University.

SITTÓN MORENO, MAIR AUGUSTO

2001 *La vida prehispánica en el ocaso de El Tajín: un estudio de salud, nutrición, estrés y enfermedad*. Escuela Nacional de Antropología e Historia (tesis de licenciatura), México.

SKALNÍK, PETER

1978 "Early states in the Voltaic Basin" en *The early state* (H.J.M. Claessen y P. Skalník, Ed.) The Hague: Mouton, pp.597-618.

SOLIS, FELIPE

1994 "La costa del Golfo: arte del centro de Veracruz y del mundo huasteco" en *México en el mundo de las colecciones de arte* (I). México, pp.183-241.

STARK, BARBARA L.

1991 "Survey Methods and Settlement Features in the Cerro de las Mesas Region: A Comparative Discusión" en *Settlement Archaeology of Cerro de las Mesas, Veracruz, México* (Barbara L. Stark, ed). Institute of Archaeology Monograph 34, University of California, Los Angeles.

\_\_\_\_\_ 1997 "Gulf Lowland Ceramic Styles and Political Geography in Ancient Veracruz" en *Olmec to Aztec. Settlement Patterns in the Ancient Gulf Lowlands*. The University of Arizona Press, Tucson, pp.278-309.

\_\_\_\_\_ 1998 "Estilos de volutas en el período Clásico" en *Rutas de intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch-Gimpera* (E.Childs Rattray, Ed.), Universidad Nacional Autónoma de México, pp.215-231.

STREBEL, HERMANN

1884 "Ruinen aus der Misantla" en *Gegend Abhandlungen des Naturwissenschaftlichen VIII*, Munster, Austria.

STRESSER-PÉAN Y DOROTHY HOSLER

1992 "El cascabel de El Naranjo. Uno de los más grandes y bellos de Mesoamérica" en *Trace* 21:66-74, CEMCA, México.

SWADESH, MAURICIO

1967 "Lexicostatistic Classification" en *Handbook of Middle American Indians*, 5:79-115, University of Texas Press, Austin, Texas.

TAUBE, KARL A.

1992 *The Major Gods on Ancient Yucatán*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection (Studies in Precolumbian Art and Archaeology, 32).

TORRES PERALTA, JESÚS y JAIME DELGADO

2005 "Integración de las minorías étnicas en Teotihuacán" en *Teotihuacán: más allá de la ciudad, Cuarta Mesa Redonda de Teotihuacán* (Cord. Ma.Elena Ruiz Gallut), 7 al 11 de noviembre de 2005. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

URCID, JAVIER; MARCUS WINTER y RAUL MATADAMAS

1994 "Nuevos monumentos grabados en Monte Albán, Oaxaca" en *Escritura zapoteca prehispánica: nuevas aportaciones* (Marcus Winter, coord.), Instituto Nacional de Antropología e Historia, Oaxaca, pp.2-52.

VÁSQUEZ ZÁRATE, SERGIO R.

1997 "Investigaciones arqueológicas en Zacate Colorado y Corralillos, Veracruz" en *Memoria del V Foro Anual de la Facultad de Antropología*. Universidad Veracruzana, Xalapa, pp.24-30.

WHITECOTTON, JOSEPH W.

1977 *The Zapotecs: Princes, Priests & Peasants*. University of Oklahoma Press - Norman, 338p.

WIESHEU FORSTER, WALBURGA MARIA

2000 *Religión y política en la transformación urbana: análisis de un proceso sociodemográfico*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (Tesis).

WILKERSON, S. JEFFREY K.

1970 "Un yugo 'in situ' de la región de El Tajín" en *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia* 41, México, pp.41-44.

\_\_\_\_\_ 1972 *Ethnogenesis of the Huastec and Totonac: Early Cultures of North Central Veracruz at Santa Luisa, México*, Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 929p.

\_\_\_\_\_ 1976 *Report to the National Geographic Society and the Instituto Nacional de Antropología e Historia on the 1976 Season of the Florida State Museum-National Geographic Society, Cultural Ecology Project*, Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

\_\_\_\_\_ 1980 "Man's 80 Centuries in Veracruz" en *National Geographic Magazine*, 158 (2):203-231.



\_\_\_\_\_ 1981 "The Northern Olmec and Pre-Olmec Frontier on the Gulf Coast" en *The Olmec and their Neighbors* (M.C.Coe y D.Grove, Eds.), Dumbarton Oaks, Washington, D.C. pp.181-194.

\_\_\_\_\_ 1984 "In Search of the Mountain of Foam: Human Sacrifice in Eastern Mesoamerica" en *Ritual Human Sacrifice in Mesoamerica* (E.H.Boone, Ed.) Dumbarton Oaks, Washington, D.C. pp.101-132.

\_\_\_\_\_ 1987 *El Tajín, una guía para visitantes*. Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa, 80p.

\_\_\_\_\_ 1988 "Cultural Time & Space in Ancient Veracruz" en *Ceremonial Sculpture of Ancient Veracruz* (M.M.Goldstein Ed.), Hillwood Art Gallery, Long Island University, Nueva York. pp.6-17.

\_\_\_\_\_ 1989 "Presencia huasteca y cronología cultural en el norte de Veracruz Central" en *Huastecos y totonacos: una antología histórico-cultural* (Lorenzo Ochoa, Ed.), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México. pp.257-279.

\_\_\_\_\_ 1990 "El Tajín: Great Center of the Northeast" en *Mexico, Thirty Centuries of Splendor*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York. pp.45-72.

\_\_\_\_\_ 1991 "And They were Sacrificed: The Ritual Ballgame of Northeastern Mesoamerica Through Time and Space" en *The Ritual Ballgame of Mesoamerica*, University of Arizona Press, Tucson. pp.45-72.

\_\_\_\_\_ 1993 "Escalante's Entrada, The lost Aztec Garrison of the Mar del Norte in New Spain" en *National Geographic Research & Exploration* 9 (1):12-31.

\_\_\_\_\_ 1994a *El Pital y los asentamientos prehispánicos en la cuenca inferior del río Nautla, Veracruz, México: Informe al Instituto Nacional de Antropología e Historia sobre resultados arqueológicos de la primera temporada*. Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 114 p.

\_\_\_\_\_ 1994b "The Garden City of El Pital: The Genesis of Classic Civilization in Eastern Mesoamerica" en *National Geographic Research & Exploration* 10 (1):56-71.

YOFFEE, NORMAN

2007 *Myths of the Archaic State. Evolution of the Earliest Cities, Status, and Civilizations*. Cambridge University Press, UK. 277p.

# ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

## INTRODUCCIÓN

**FIG. 1.** Mapa de la vertiente oriental de la Sierra Norte de Puebla y la llanura costera del Golfo de México. Crédito: José Casto Camacho Sierra (2007). Dibujo: José Casto Camacho Sierra (2007).

## CAPÍTULO I

**FIG. 2.** Mapa con la ubicación de los yacimientos arqueológicos del Corredor Tlahuanapa. Municipio de Papantla, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (1996).

**FIG. 3.** Casa tradicional construida con rajas de caña y techo de palma tejida. San José Espinal, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (1999).

**FIG. 4.** Área de cocina con un fogón rústico en el interior de una casa tradicional. Arroyo del Arco, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (1999).

**FIG. 5.** Vasijas de uso doméstico propias del Clásico temprano (ca. 350-600 d.C.) recuperadas en excavaciones arqueológicas del autor. Morgadal y Cerro Grande, Veracruz. Dibujo: Abraham Rodríguez Reyes (2006).

**FIG. 6.** Panorámica de la excavación de prueba EP6B de la Plataforma C Sur – Poniente de Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Gerardo Vázquez (2002).

**FIG. 7.** Fragmento de un relieve en piedra arenisca con la representación de un primitivo gobernante de El Tajín (ca. 350-600 d.C.). Pirámide de los Nichos, El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 8.** Orejeras tubulares de barro procedentes de la excavación de prueba EP6B de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2004).

**FIG. 9.** Candelero de barro procedente de la excavación de prueba EP6B de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2004).

**FIG. 10.** Dibujo reconstructivo de un vaso trípode cilíndrico con soportes rectangulares incisos procedentes de la Plataforma C Sur-Poniente (EP6B) de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2004).

**FIG. 11.** Personaje representado en los soportes de un vaso trípode cilíndrico procedente de la Plataforma C Sur-Poniente (EP6B) de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Abraham Rodríguez Reyes (2006).

**FIG. 12.** Pequeñas vasijas rituales (*floreros*) de tradición teotihuicana procedentes de la Plataforma C Sur-Poniente (EP6B) de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2004).

**Fig. 13.** Plano de la zona arqueológica de El Pital, Veracruz. Dibujo: Zamira Medina Moreno (redibujado de Wilkerson, 1994b).

**Fig. 14.** Fotografía del sitio arqueológico del El Pital, Veracruz. Fotografía: David Hiser (1994) publicado en Wilkerson 1994b.

**FIG. 15.** Soporte de piedra de un espejo de pirita labrado conforme la tradición estilística de los más antiguos relieves escultóricos de la región de El Tajín. Dibujo: Reyna Albarrán Caballero (2007).

**FIG. 16.** Representación en una laja de arenisca de un primitivo gobernante de El Tajín (ca. 350 – 600 d.C.). Edificio 20 de la Plaza del Arroyo, El Tajín, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).

**FIG. 17.** Estela del gobernante del Chote (ca. 350 d.C.). Probablemente proceda de la Plataforma Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 18.** Pintura mural con la representación de un Tláloc negro, Tlamiminolpa temprano, Barrio de San Sebastian, Teoithuacán. Foto: María Elena Ruiz Gallut (1996).

**FIG. 19.** Estela de un temprano gobernante de La Concha (ca. 350 - 600 d.C.). La Concha, municipio de Papantla, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 20.** Estela del gobernante del Museo de Antropología de Xalapa (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente proceda de la ciudad arqueológica de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 21.** Estela del gobernante de Cerro Grande (ca. 350 – 600 d.C.). Plaza Poniente de Cerro Grande, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 22.** Sillar con la representación de una imagen frontal del dios Tláloc (ca. 350 – 600 d.C.). Posiblemente formaba parte de los paramentos de piedra de un primitivo edificio de la ciudad arqueológica de Cerro Grande dedicado al juego ritual de la pelota. Arroyo del Arco, municipio de Papantla, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 23.** Un segundo sillar con la representación de una imagen equivalente del dios Tláloc (ca. 350 – 600 d.C.). Posiblemente formaba parte de los paramentos de piedra del mismo edificio de Cerro Grande antiguamente dedicado al juego ritual de la pelota. Arroyo del Arco, municipio de Papantla, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 24.** Otra representación en piedra arenisca de una imagen frontal de Tláloc en una de las paredes de una cancha ceremonial (ca. 350 – 600 d.C.). Edificio 13, El Tajín, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2004).

**FIG. 25.** Detalle de la bolsa que sostiene en la mano el gobernante de la Plaza del Arroyo (ca. 350 – 600 d.C.). Es posible que en ella se encuentren representados de manera esquemática los elementos que definen la iconografía del dios Tláloc. Edificio 20 de la Plaza del Arroyo, El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2000).

**FIG. 26.** Sillar de piedra arenisca con la representación frontal de Tláloc (ca. 350 – 600 d.C.). Vista Hermosa, municipio de Papantla, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 27.** Soporte rectangular perteneciente a un vaso trípode cilíndrico con la representación del rostro de Tláloc (ca. 350 – 600 d.C.). Jicaltepec, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (redibujado de una fotografía de Wilkerson, 1994b).

**FIG. 28.** Escultura de un gobernante de El Tajín (ca. 350 – 600 d.C.). Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 29.** Fragmento de escultura con la representación de un gobernante de El Tajín (ca. 350 – 600 d.C.). Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Karina Susana Acosta Contreras (2007).

**FIG. 30.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 1 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).

**FIG. 31.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota.

Relieve 2 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).

**FIG. 32.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 3 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).

**FIG. 33.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 4 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).

**FIG. 34.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 5 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).

**FIG. 35.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 6 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).

**FIG. 36.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 7 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).

**FIG. 37.** La Plaza Central y el Edificio 4 de la ciudad arqueológica de Cerro Grande, Veracruz. Foto: Gerardo Vázquez (1999).

**FIG. 38.** Panorámica de la excavación de prueba EP4 de la Plataforma Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Eumelia Hernández y Gerardo Vázquez (2002).

**FIG. 39.** Desarrollo de la excavación de prueba EP4 de la Plataforma Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Karina Susana Acosta Contreras, (2007).

**FIG. 40.** Detalle del talud de piedra de la subestructura del Edificio 20 (ca. 250 – 350 d.C.). Plataforma Norte (EP4) de Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Eumelia Hernández y Gerardo Vázquez (2002).

**FIG. 41.** Ofrenda de platos en la subestructura del Edificio 20 (ca. 250 – 350 d.C.). Plataforma Norte (EP4) de Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Eumelia Hernández y Gerardo Vázquez (2002).

## CAPÍTULO II

**FIG. 42.** Plano de la zona arqueológica de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz sobre un plano de R. Cervantes (Pascual Soto, 1990b).

**FIG. 43.** El Señor *13 Conejo*, gobernante de El Tajín, representado con la máscara del dios Tláloc (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 44.** Plano de los aposentos del Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Reyna Albarrán Caballero sobre un plano de J. L. Roque (Lira López, 1995b).

**FIG. 45.** El Señor *13 Conejo* representado con el atuendo de un jugador de pelota (palma) (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 46.** Panorámica de la excavación de prueba EP 4 de la Plaza Central de Cerro Grande, Veracruz. Foto: Arturo Pascual (2004).

**FIG. 47a y 47b.** Cráneo trofeo perteneciente a un hombre joven enterrado en el altar de la Plaza Central (EP 4) de Cerro Grande, Veracruz. Foto: Ma. Guadalupe Coyote Rivera y Moisés B. Cruz Águilar (2007)

**FIG. 48.** Cráneo trofeo de un segundo individuo, otro hombre adulto, enterrado en el altar de la Plaza Central (EP 4) de Cerro Grande, Veracruz. Foto: Ma. Guadalupe Coyote Rivera y Moisés B. Cruz Águilar (2007) Sc.

**FIG. 49.** Dibujo del acomodo de ambos cráneos en la subestructura del altar de la Plaza Central (EP 4) de Cerro Grande, Veracruz. Dibujo: José Casto Camacho Sierra. (2007).

**FIG. 50.** Detalle de una cabeza trofeo en un relieve escultórico de Vista Hermosa, Veracruz (ca. 350 – 600 d.C.). Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 51.** Relieve escultórico sobre una laja de arenisca trapezoidal con la representación de una escena de decapitación ritual en medio de una cancha de juego de pelota (ca. 600 – 900 d.C.). Escultura 4 (Kampen, 1972) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 52.** Escena de sacrificio humano en uno de los paramentos de piedra del Juego de Pelota Sur (ca. 600 – 900 d.C.). Panel 2 (Kampen, 1972) de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinosa sobre un dibujo de M. E. Kampen (1972).

**FIG. 53.** Fragmento de una escena de sacrificio humano sobre una laja de piedra arenisca procedente de la Pirámide de los Nichos (ca. 350 – 600 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 54.** Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (1996).

**FIG. 55.** Un gobernante de El Tajín portando las anteojeas propias de la iconografía del dios Tláloc (ca. 350 – 600 d.C.). Panel 2 (Kampen, 1972) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo Reyna Albarrán Caballero (2007).

**FIG. 56.** Estela con la representación de un gobernante de El Tajín cuya palabra se figura aquí por una sucesión de vírgulas (ca. 350 – 600 d.C.). Escultura 2 (Kampen, 1972) de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 57.** Un fragmento de la estela del Cerro de la Morena con el retrato idealizado de un gobernante local (ca. 350 – 600 d. C.). Plaza Poniente de Cerro Grande, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 58.** Laja de arenisca con la figura de un gobernante de El Tajín (ca. 350 – 600 d.C.). Pieza 31 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Reyna Albarrán Caballero (2007)

**FIG. 59.** Representación sedente de un gobernante de El Tajín (ca. 350 – 600 d.C.). Panel 4 (Kampen, 1972) o Pieza 28 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 60.** Representación de un gobernante de El Tajín sentado sobre una suerte de trono (ca. 350 – 600 d.C.). Pieza 30 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 61.** Un gobernante de El Tajín sentado sobre un topónimo (ca. 350 – 600 d.C.). Panel 5 (Kampen, 1972) o Pieza 32 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 62.** El Señor *13 Conejo* cruza los brazos a la altura del pecho en señal de autoridad (ca. 600 – 900 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 63.** Dibujo reconstructivo de un adosamiento a manera de pirámide escalonada decorada con figuras modeladas en argamasa de cal (ca. 900 – 1100 d.C.). Plataforma Oriente del Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Karina Susana Acosta Contreras (2007).

**FIG. 64.** Fachada principal de la Plataforma Oriente del Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Karina Susana Acosta Contreras (2007).

**FIG. 65.** Un gobernante de El Tajín sentado entre los cuerpos enroscados de dos serpientes (ca. 350 – 600 d.C.). Panel 8 (Kampen, 1972) o Pieza 29 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 66.** Una segunda representación de un gobernante de El Tajín sentado entre los cuerpos enroscados de dos serpientes (ca. 350 – 600 d.C.). Pieza 34 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 67.** La figura de un gobernante de El Tajín aparece con las piernas entrelazadas con los cuerpos de dos serpientes (ca. 600 – 900 d.C.). Panel 4 (Kampen, 1972) del Juego de Pelota Norte de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinosa (2007)

**FIG. 68.** Otra versión de la misma escena donde un gobernante de El Tajín entrelaza sus piernas con los cuerpos de dos serpientes. En este caso el conjunto descansa sobre un banco que incorpora al frente el perfil de una tortuga (ca. 600 – 900 d.C.). Panel 2 (Kampen, 1972) del Juego de Pelota Norte de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 69.** Esquema que muestra la relación entre pares de los paneles de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujos: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 70.** Un gobernante de El Tajín lleva sobre el rostro una máscara de Tláloc y aparece sentado en un banco mientras sujeta un rodete que alude a los cuerpos entrelazados de las

serpientes (ca. 350 – 600 d.C.). Pieza 26 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 71.** Una imagen descarnada en uno de los frisos de la Pirámide de los Nichos (ca. 350 – 600 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 72.** Detalle de un ojo visto de perfil en un friso (ca. 350 – 600 d.C.) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Karina Susana Acosta Contreras (2007).

**FIG. 73.** Una imagen descarnada descende sobre una escena de sacrificio humano (ca. 600 – 900 d.C.). Panel 2 (Kampen, 1972) del Juego de Pelota Sur de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinosa (2007).

**FIG. 74.** Un gobernante de El Tajín carga enredada en la espalda una imagen de la muerte (ca. 350 – 600 d.C.). Escultura 3 (Kampen, 1972) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Karina Susana Acosta Contreras (2007).

**FIG. 75.** Un personaje carga en la espalda a otra figura humana (ca. 600 – 900 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 76.** La deidad de la guerra en uno de los frisos de la Pirámide de los Nichos (ca. 350 – 600 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 77.** La deidad de la guerra en otro de los frisos de la Pirámide de los Nichos (ca. 350 – 600 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

**FIG. 78.** La deidad de la guerra en los relieves del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 79.** Lápida o relieve de Juana Moza (ca. 900 – 1100 d.C.). Tuxpan, Veracruz. Dibujo: Karina Susana Acosta Contreras (2007).

**FIG. 80.** Fragmento de un mural con la representación de Tláloc (ca. 600 – 900 d.C.). Edificio A del Tajín Chico, Veracruz. Dibujo: Abraham Rodríguez Reyes (2006).

**FIG. 81.** Panorámica de la Plaza del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 82.** Fachada oriente del Edificio C del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 83.** Escultura votiva labrada en piedra metamórfica del tipo conocido como *yugo* (ca. 600 – 900 d.C.), Museo de Antropología de Xalapa. Foto: Pedro Cuevas (1990).

**FIG. 84.** Escultura votiva labrada en piedra metamórfica del tipo conocido como *hacha* (ca. 600 – 900 d.C.), Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Cecilia Gutiérrez Arreola (2003).

**FIG. 85.** Escultura votiva labrada en piedra metamórfica del tipo conocido como *palma* (ca. 600 – 900 d.C.), Museo de Antropología de Xalapa. Foto: Pedro Cuevas (1990).

**FIG. 86.** Fragmento de una *palma* fabricada en piedra arenisca de grano fino (ca. 600 – 900 d.C.). El Naranjal, Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Cecilia Gutiérrez Arreola (2003).

**FIG. 87 a, 87b y 87c.** Propuesta de reintegración plástica de un mural destruido en la antigüedad (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio Co14 del Cerro del Oeste de El Tajín, Veracruz. Dibujo digital: Engelbert Chavarría Cruz (2007).

**FIG. 88.** Fragmento de un mural despedazado en la antigüedad con la representación de una guacamaya (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio Co14 del Cerro del Oeste de El Tajín, Veracruz. Fotos: Zamira Medina Moreno (2007).



**FIG. 89.** Fragmento de un mural despedazado en la antigüedad con la representación de un felino (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio Co14 del Cerro del Oeste de El Tajín, Veracruz. Fotos: Zamira Medina Moreno (2007).

**FIG. 90.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de un rostro de perfil. (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 91.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de un cuerpo humano (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 92.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de una mano cruzada por gotas de sangre (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 93.** Propuesta de reintegración plástica del mismo mural del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Reintegración: Zamira Medina Moreno (2007).

**FIG. 94.** Pórtico pintado del Edificio I del Tajín Chico (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).

**FIG. 95.** Pórtico pintado del Edificio I del Tajín Chico (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 96.** Detalle de uno de los personajes representados en el pórtico del Edificio I del Tajín Chico (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

### CAPÍTULO III

**FIG. 97.** Panorámica del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 98.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 99.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 100.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 101.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 102.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 103.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 104.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 105.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 106.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 107.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 108.** El Señor *13 Conejo* orinando ritualmente sobre un maguey (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 109.** Magueyes en los paneles centrales del Juego de Pelota Sur (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 110.** Cascabel de Coatzintla, Veracruz (ca. 900 – 1100 d.C.). Museo de Antropología de Xalapa. Dibujo: Engelbert Chavarria Cruz.

**FIG. 111.** Cascabel de El Naranjo, Veracruz (ca. 900 – 1100 d.C.). Museo de Antropología de Xalapa. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinoza. (2007)

**FIG. 112.** Mujer con los pechos desnudos (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 113.** Panorámica de la excavación de prueba EP11B de Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2003).

**FIG. 114.** El Señor *13 Conejo* frente a un templo techado con palma y sembrado con magueyes (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 115.** Plano general del entierro colectivo (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinoza (2005).

**FIG. 116.** Entierro colectivo en el altar (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinoza (2005).

**FIG. 117.** Plano con la distribución de las ofrendas funerarias del entierro colectivo (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinoza (2005).

**FIG. 118.** Entierro colectivo en el altar (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinoza (2005).

**Fig. 119.** Entierro colectivo en el altar (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinoza (2005).

**FIG. 120.** Dibujo reconstructivo con la posición que guardaba el individuo del entierro número 4 en el momento de su inhumación. Entierro colectivo (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinoza (2005).

**FIG. 121.** Dibujo reconstructivo con la posición que guardaba el individuo del entierro número 3 en el momento de su inhumación. Entierro colectivo (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza (2005).

**FIG. 122.** Dibujo reconstructivo con la posición que guardaba el individuo del entierro número 8 en el momento de su inhumación. Entierro colectivo (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza (2005).

**FIG. 123.** Propuesta de reintegración plástica de las escenas labradas en el pórtico poniente del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

**FIG. 124.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de un rostro de perfil (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 125.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de unas manos en posición de ofrenda (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 126.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de otro rostro de perfil (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 127.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de sangre cayendo (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 128.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con otra representación de sangre cayendo (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 129.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de brazos ensangrentados (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 130.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con otra representación más de sangre cayendo (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 131.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de un motivo desconocido ensangrentado (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 132.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de plumas (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

**FIG. 133.** Fragmento de un pesado techo colado con mortero de cal y arena (ca. 900 – 1100 d.C.). Pórtico oriente del Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).

**FIG. 134.** El Edificio A desde la Plaza del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).

**FIG. 135.** El Edificio B desde la Plaza del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).

**FIG. 136.** Techos de mortero colapsados en el pórtico Oriente del Edificio de las Columnas. Foto: Raúl Rocha García. (2008)

**FIG. 137.** El Juego de Pelota del Edificio 11 (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 138.** El Juego de Pelota Norte (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 139.** El Juego de Pelota Sur (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 140.** El Juego de Pelota 13-14 (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 141.** El Gran Juego de Pelota entre el follaje del bosque tropical (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).

**FIG. 142.** Escalinata de la Pirámide de los Nichos (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).

## CAPÍTULO IV

**FIG. 143.** Detalle de la escalera falsa del Edificio A del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 144.** Detalle de la escalera posterior del Edificio B del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 145.** El Edificio C desde la Plaza del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 146.** Decoración en mosaicos de piedra en los aposentos interiores del Edificio A del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.) El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 147.** Un túnel en el Edificio D del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

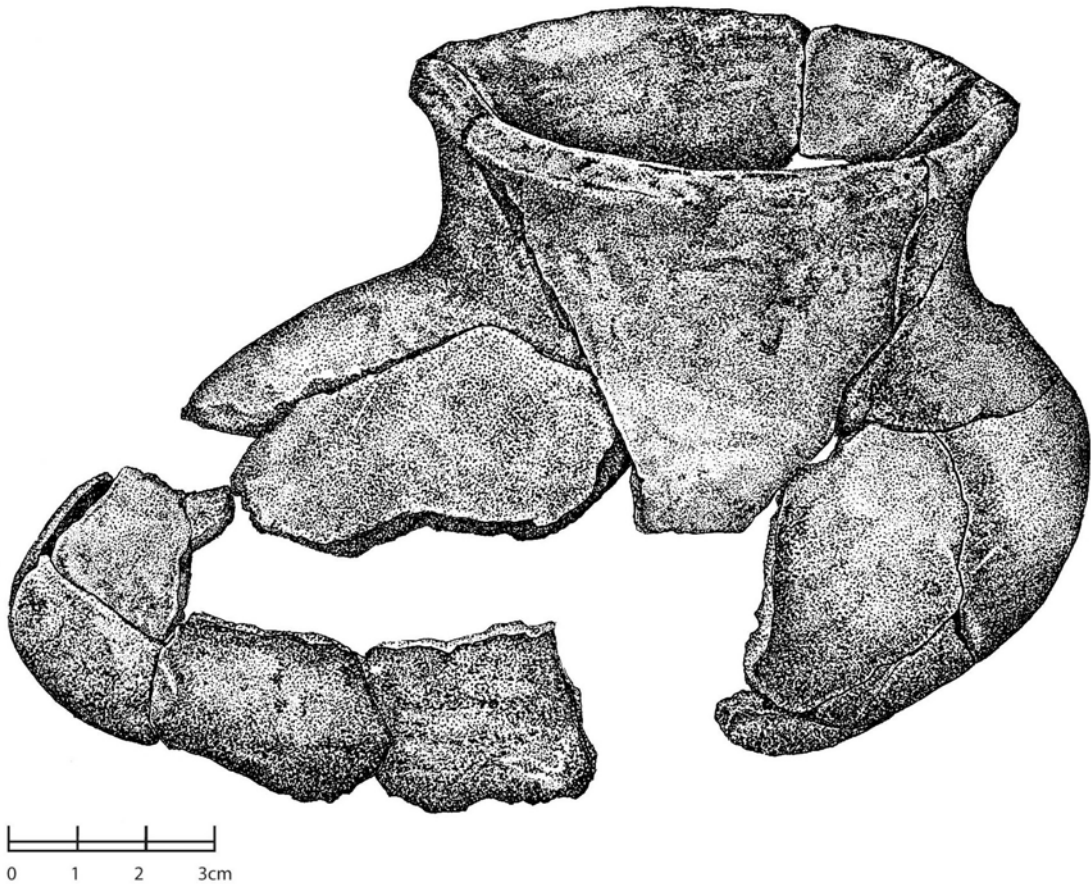
**FIG. 148.** Escalera asimétrica del Edificio K del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 149.** Escalera asimétrica en el Edificio Y del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 150.** Escalera asimétrica en el Edificio D del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).

**FIG. 151.** Panorámica de la excavación de prueba EP5 de la Plaza del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).

- FIG. 152.** Detalle del Edificio  $\alpha$  (EP5) de la Plaza del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).
- FIG. 153.** Detalle de la estratigrafía (EP5) de la Plaza del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).
- FIG. 154.** El edificio de las pinturas (ca. 600 – 900 d.C.). Las Higueras, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).
- FIG. 155.** Detalle de un mural que muestra una escena ritual donde participan varios tiburones (ca. 600 – 900 d.C.). Las Higueras, Veracruz. Gerardo Vázquez (1999).
- FIG. 156.** Detalle de un mural con la representación de un individuo decapitado (ca. 600 – 900 d.C.). Las Higueras, Veracruz. Foto: Pedro Cuevas (1990).
- FIG. 157.** Lápida de Aparicio (ca. 600 – 900 d.C.). Las Higueras, Veracruz. Dibujo: Engelbert Chavarría Cruz (2007).
- FIG. 158.** Detalle de un mural que muestra un bulto mortuorio (ca. 600 – 900 d.C.). Las Higueras, Veracruz. Foto: Ernesto Peña Loza (1998).
- FIG. 159.** Guerreros en procesión representados sobre un fragmento de mural del Edificio K del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Rafael Doniz (1992).



**FIG. 5.** Vasijas de uso doméstico propias del Clásico temprano (ca. 350-600 d.C.) recuperadas en excavaciones arqueológicas del autor. Morgadal y Cerro Grande, Veracruz. Dibujo: Abraham Rodríguez Reyes (2006).

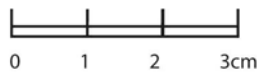
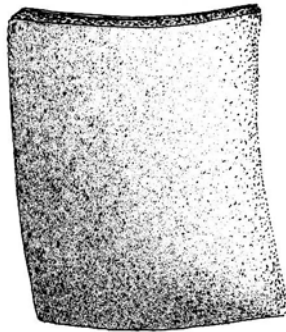
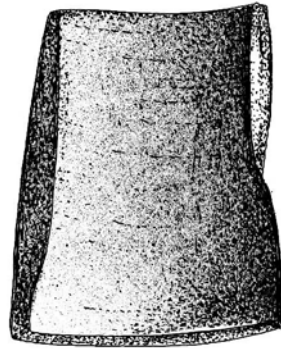


**FIG. 6.** Panorámica de la excavación de prueba EP6B de la Plataforma C Sur – Poniente de Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Gerardo Vázquez (2002).

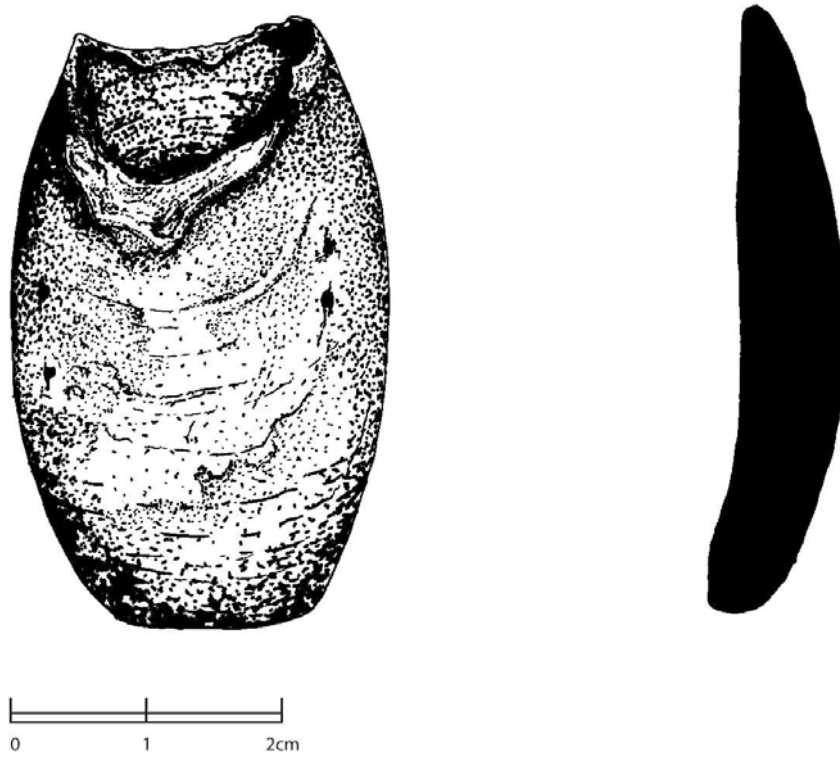


**FIG. 7.** Fragmento de un relieve en piedra arenisca con la representación de un primitivo gobernante de El Tajín (ca. 350-600 d.C.). Pirámide de los Nichos, El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

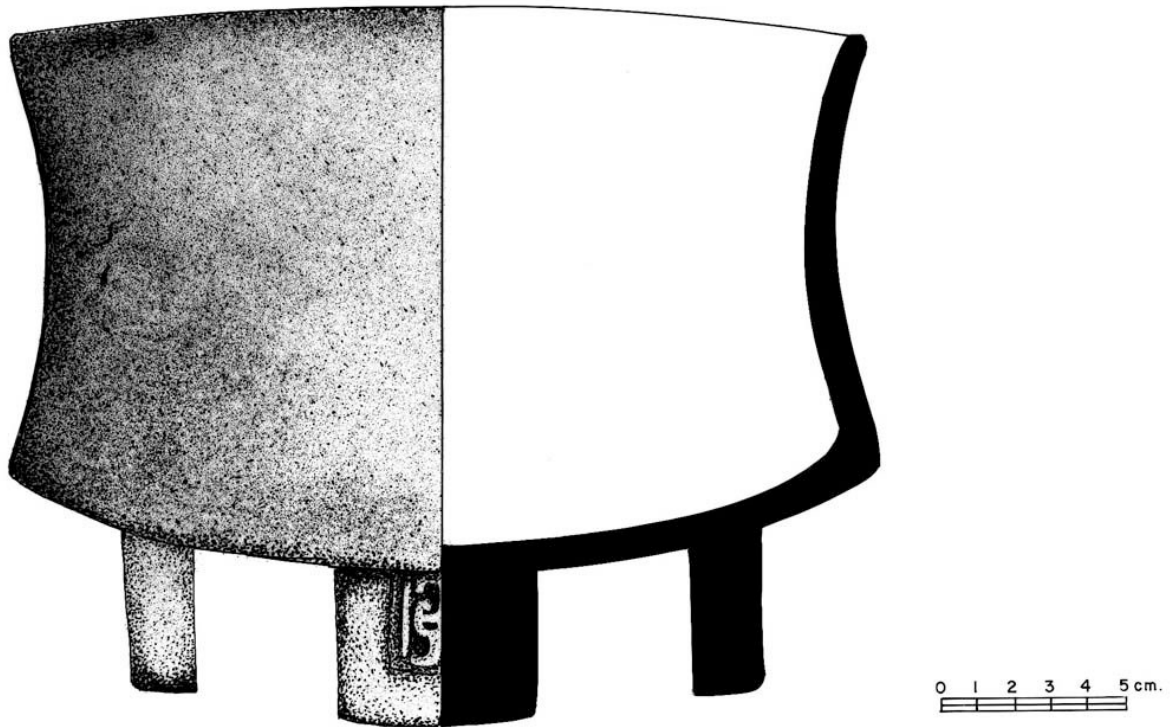




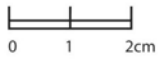
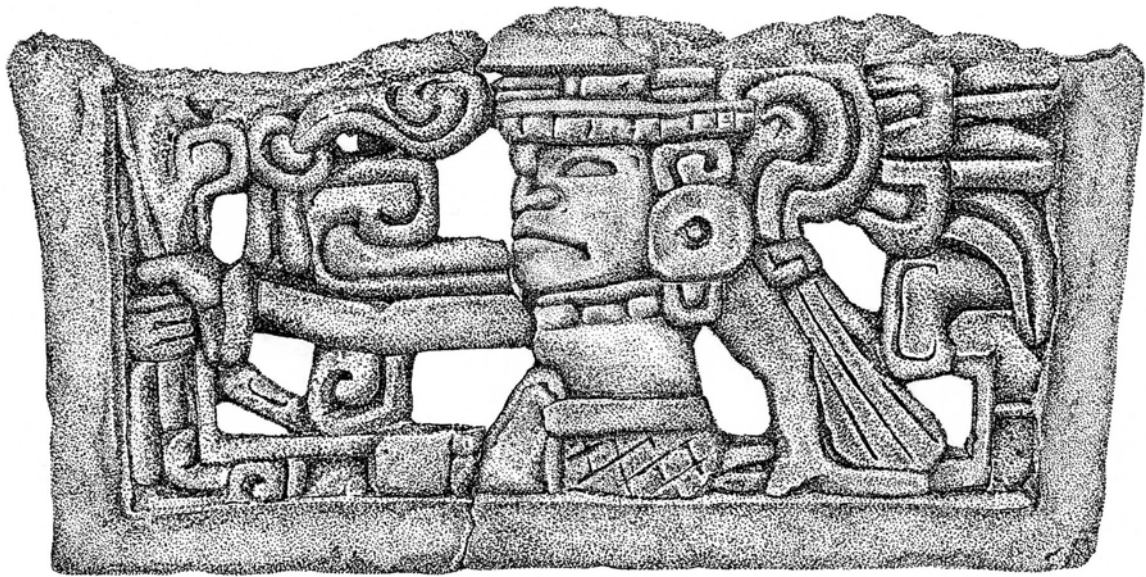
**FIG. 8.** Orejeras tubulares de barro procedentes de la excavación de prueba EP6B de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2004).



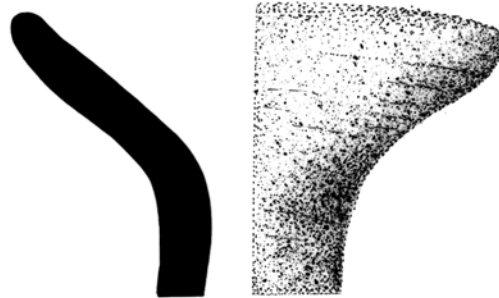
**FIG. 9.** Candelero de barro procedente de la excavación de prueba EP6B de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2004).



**FIG. 10.** Dibujo reconstructivo de un vaso trípode cilíndrico con soportes rectangulares incisos procedentes de la Plataforma C Sur-Poniente (EP6B) de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2004)



**FIG. 11.** Personaje representado en los soportes de un vaso trípode cilíndrico procedente de la Plataforma C Sur-Poniente (EP6B) de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Abraham Rodríguez Reyes (2006).



**FIG. 12.** Pequeñas vasijas rituales (*floreros*) de tradición teotihuicana procedentes de la Plataforma C Sur-Poniente (EP6B) de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2004).



**Fig. 13.** Plano de la zona arqueológica de El Pital, Veracruz. Dibujo: Zamira Medina Moreno (redibujado de Wilkerson, 1994b).



**Fig. 14.** Fotografía del sitio arqueológico del El Pital, Veracruz. Fotografía: David Hiser (1994) publicado en Wilkerson 1994b.



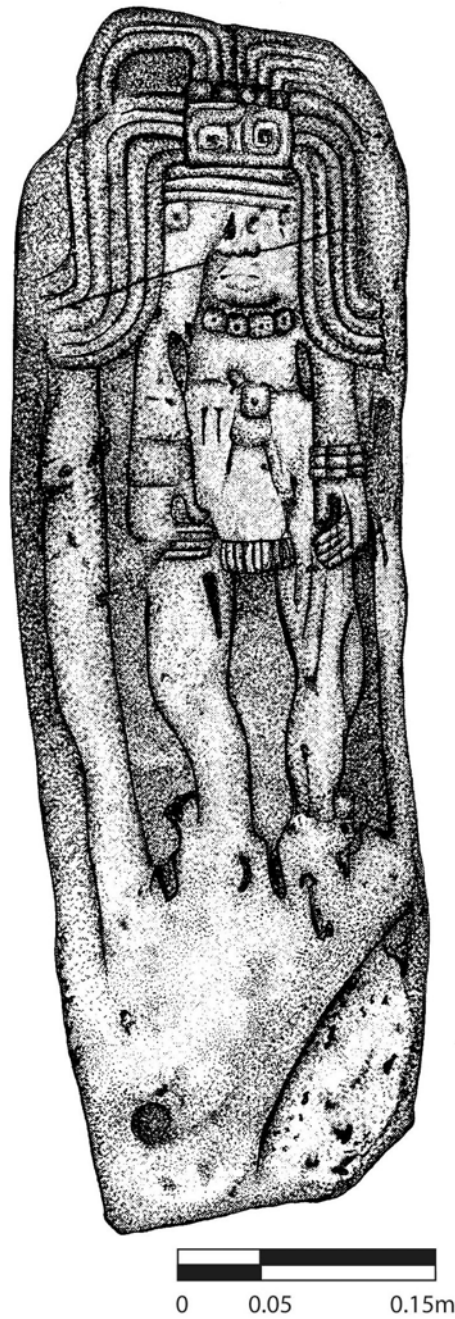
**FIG. 15.** Soporte de piedra de un espejo de pirita labrado conforme la tradición estilística de los más antiguos relieves escultóricos de la región de El Tajín. Dibujo: Reyna Albarrán Caballero (2007).





0 0.05 0.15m

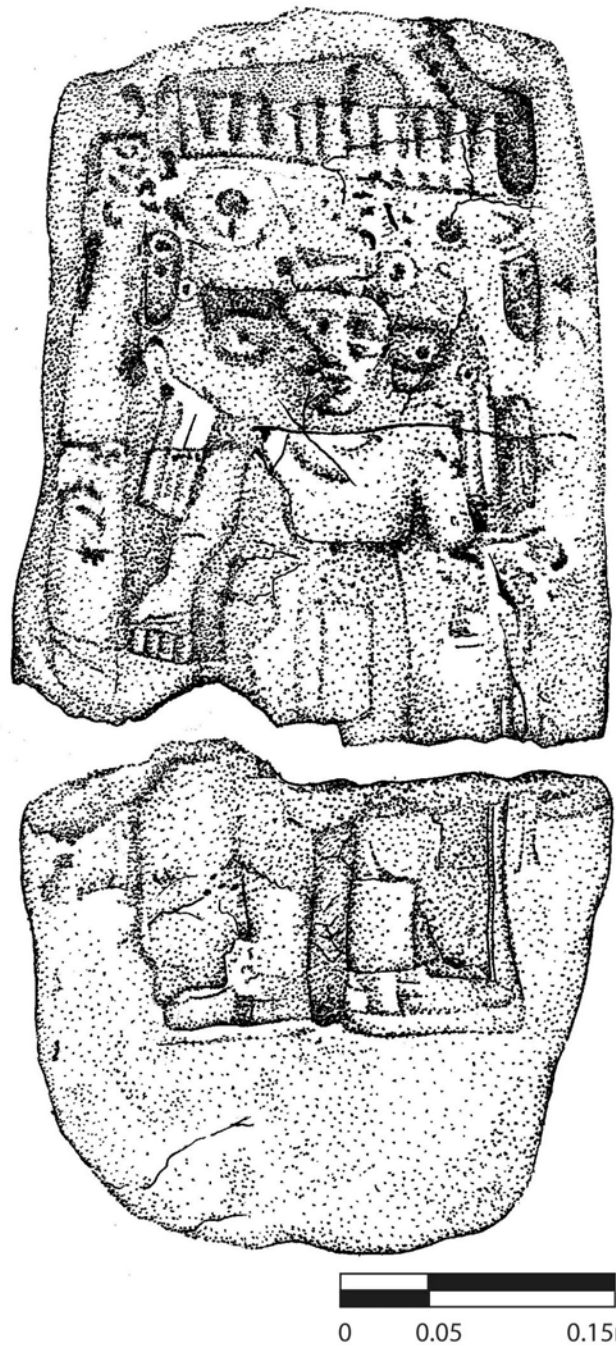
**FIG. 16.** Representación en una laja de arenisca de un primitivo gobernante de El Tajín (ca. 350 – 600 d.C.). Edificio 20 de la Plaza del Arroyo, El Tajín, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).



**FIG. 17.** Estela del gobernante del Chote (ca. 350 d.C.). Probablemente proceda de la Plataforma Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



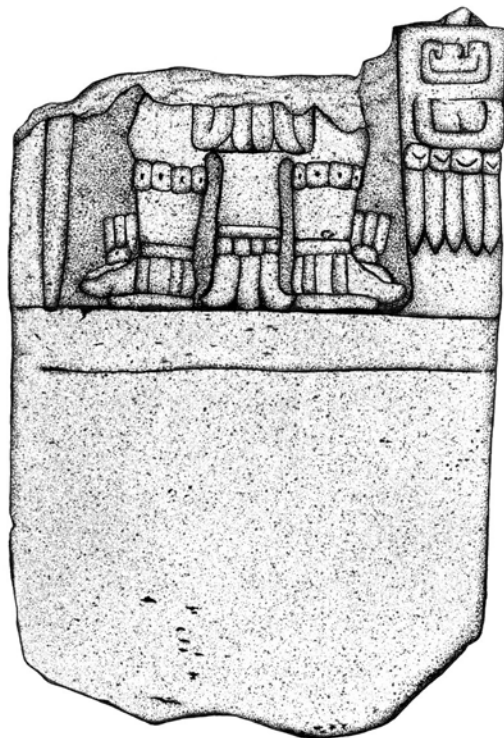
**FIG. 18.** Pintura mural con la representación de un Tláloc negro, Tlamiminolpa temprano, Barrio de San Sebastián, Teotihuacán. Foto: María Elena Ruiz Gallut (1996).



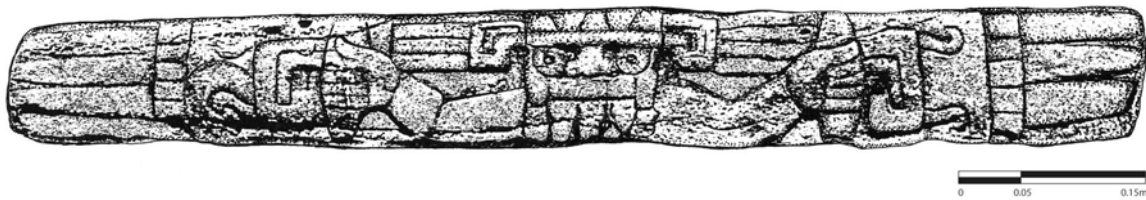
**FIG. 19.** Estela de un temprano gobernante de La Concha (ca. 350 - 600 d.C.). La Concha, municipio de Papantla, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



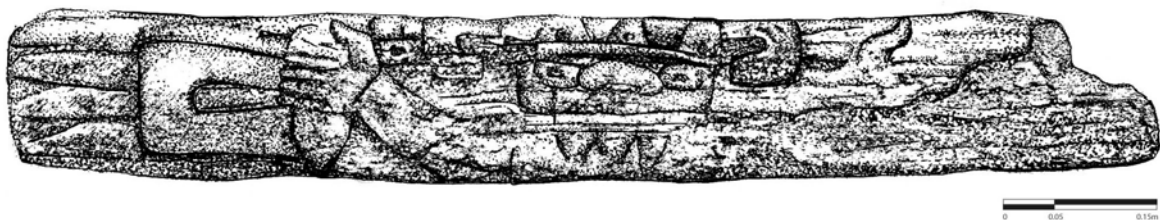
**FIG. 20.** Estela del gobernante del Museo de Antropología de Xalapa (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente proceda de la ciudad arqueológica de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



**FIG. 21.** Estela del gobernante de Cerro Grande (ca. 350 – 600 d.C.). Plaza Poniente de Cerro Grande, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

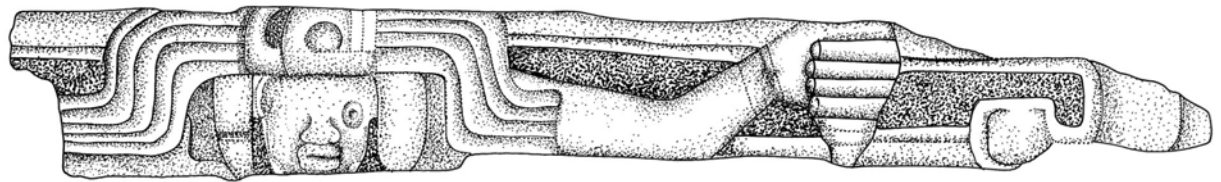


**FIG. 22.** Sillar con la representación de una imagen frontal del dios Tláloc (ca. 350 – 600 d.C.). Posiblemente formaba parte de los paramentos de piedra de un primitivo edificio de la ciudad arqueológica de Cerro Grande dedicado al juego ritual de la pelota. Arroyo del Arco, municipio de Papantla, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



**FIG. 23.** Un segundo sillar con la representación de una imagen equivalente del dios Tláloc (ca. 350 – 600 d.C.). Posiblemente formaba parte de los paramentos de piedra del mismo edificio de Cerro Grande antiguamente dedicado al juego ritual de la pelota. Arroyo del Arco, municipio de Papantla, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

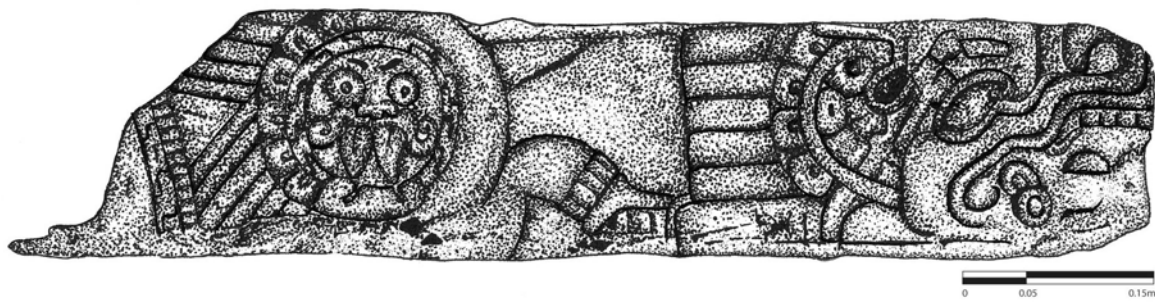




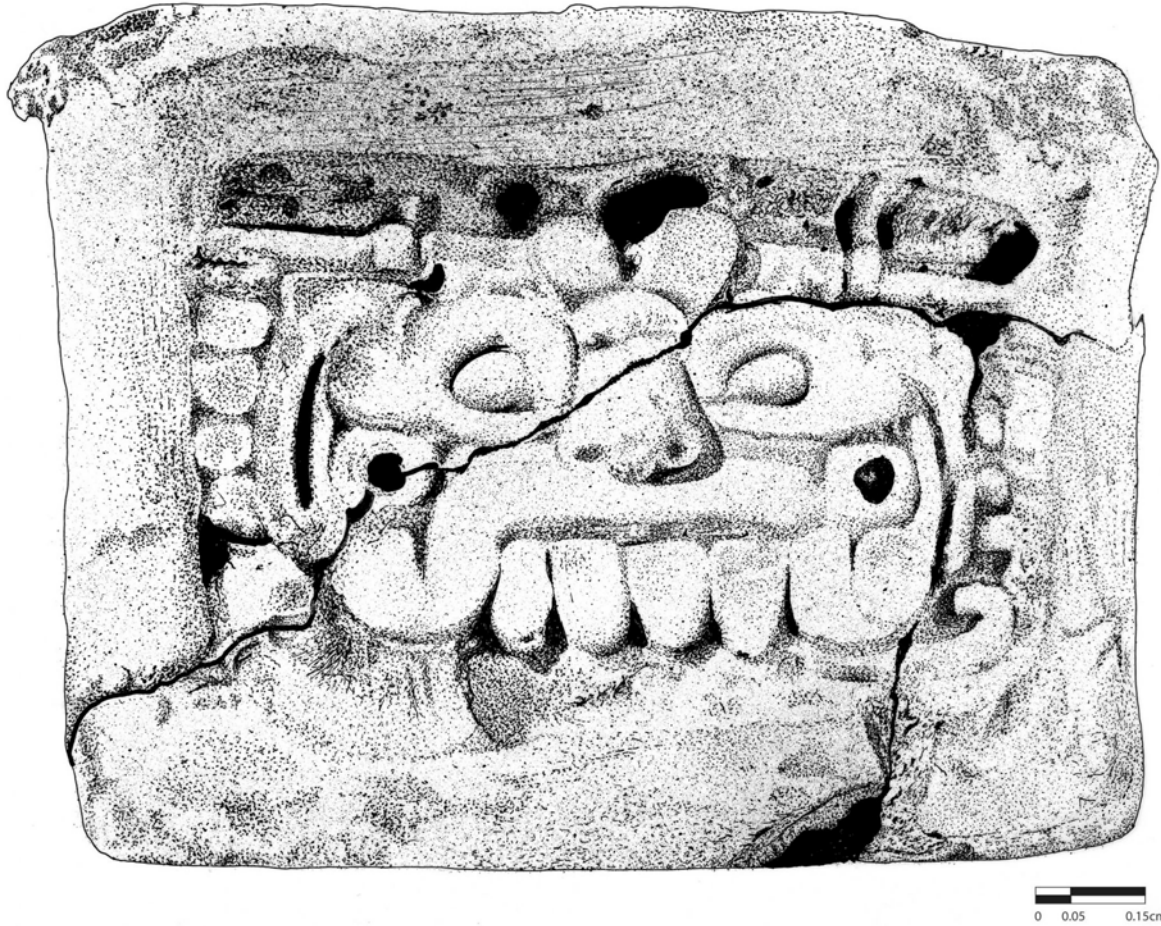
**FIG. 24.** Otra representación en piedra arenisca de una imagen frontal de Tláloc en una de las paredes de una cancha ceremonial (ca. 350 – 600 d.C.). Edificio 13, El Tajín, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2004).



**FIG. 25.** Detalle de la bolsa que sostiene en la mano el gobernante de la Plaza del Arroyo (ca. 350 – 600 d.C.). Es posible que en ella se encuentren representados de manera esquemática los elementos que definen la iconografía del dios Tláloc. Edificio 20 de la Plaza del Arroyo, El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2000).



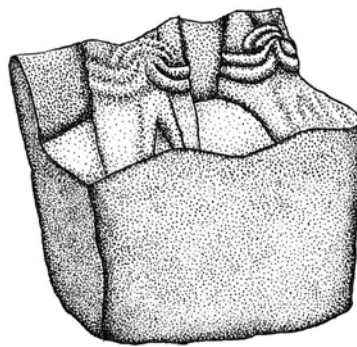
**FIG. 26.** Sillar de piedra arenisca con la representación frontal de Tláloc (ca. 350 – 600 d.C.). Vista Hermosa, municipio de Papantla, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



**FIG. 27.** Soporte rectangular perteneciente a un vaso trípode cilíndrico con la representación del rostro de Tláloc (c.a. 350 – 600 d.C.). Jicaltepec, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (redibujado de una fotografía de Wilkerson, 1994b).



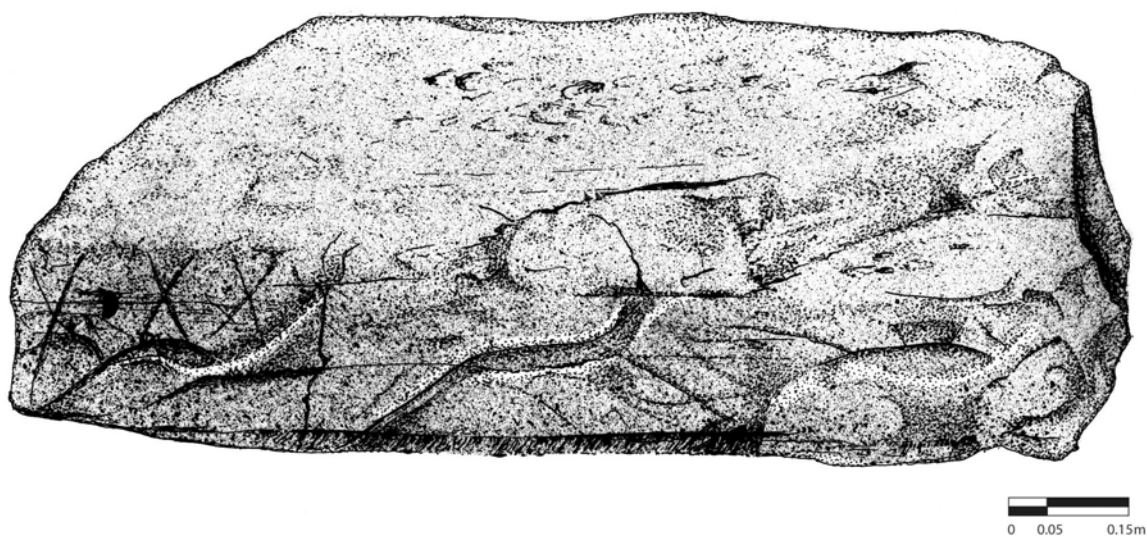
**FIG. 28.** Escultura de un gobernante de El Tajín (ca. 350 – 600 d.C.). Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



**FIG. 29.** Fragmento de escultura con la representación de un gobernante de El Tajín (ca. 350 – 600 d.C.). Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Karina Susana Acosta Contreras (2007).

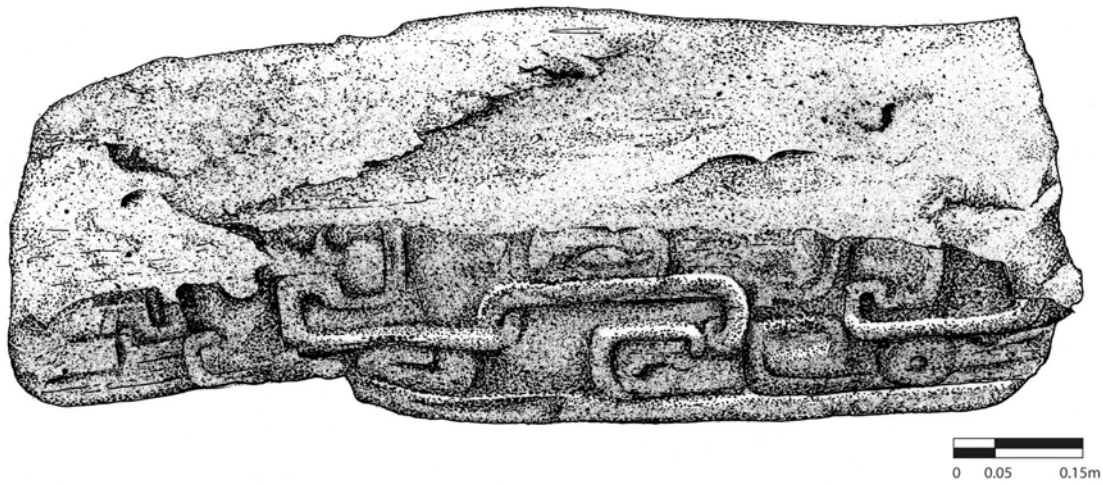


**FIG. 30.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 1 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).

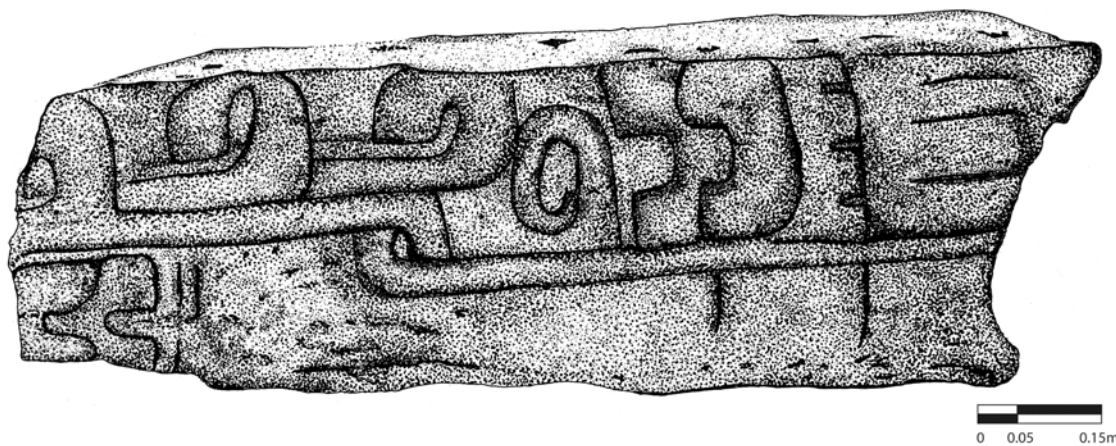


**FIG. 31.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 2 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).

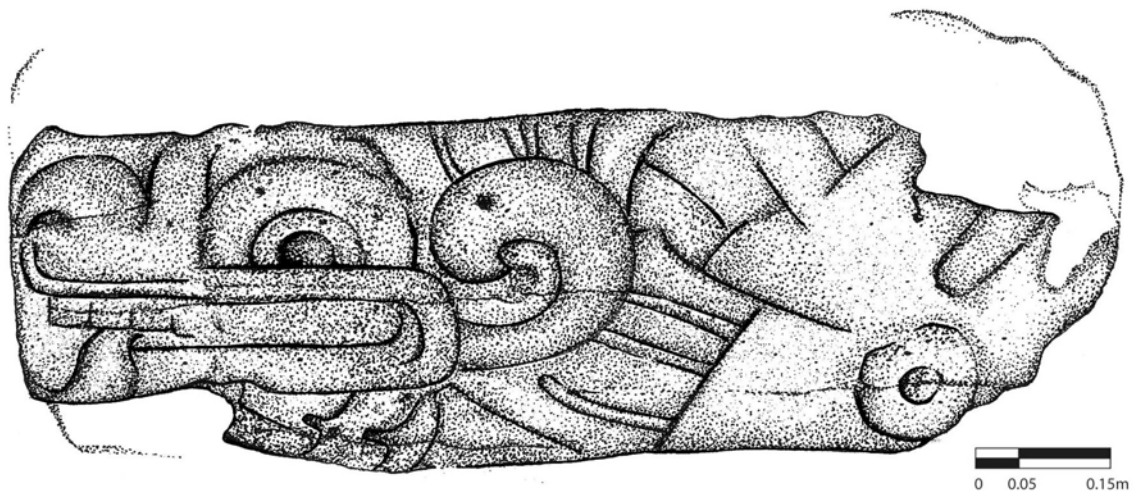




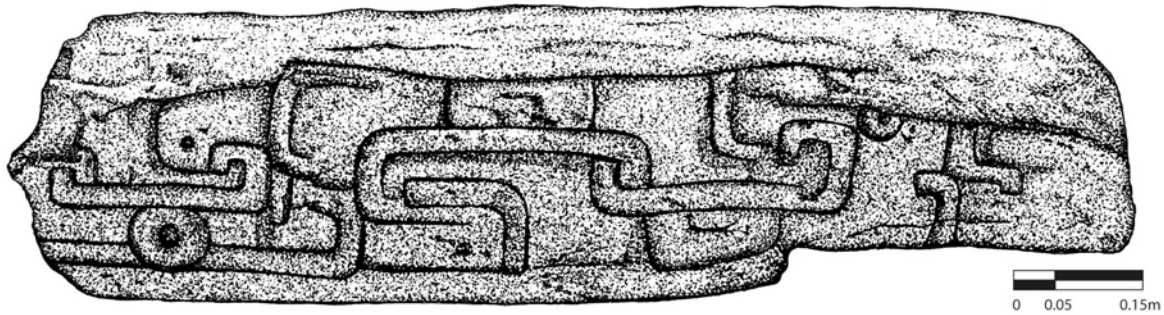
**FIG. 32.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 3 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).



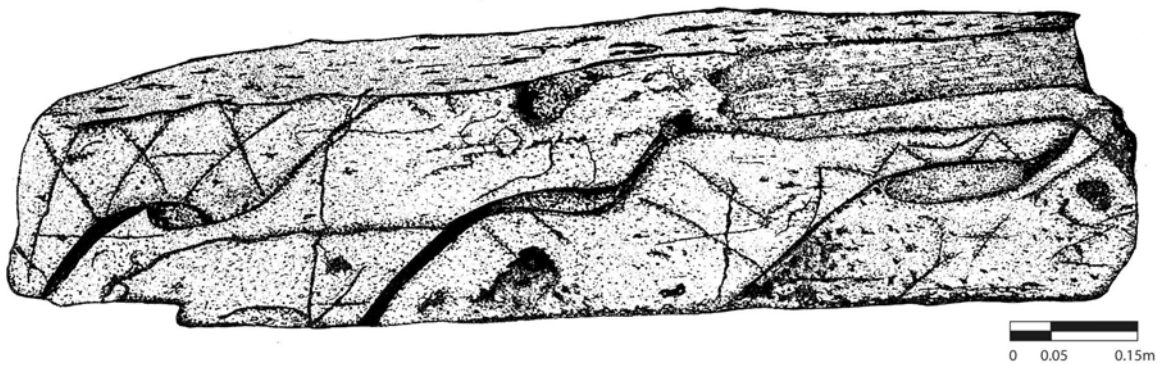
**FIG. 33.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 4 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).



**FIG. 34.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 5 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).



**FIG. 35.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 6 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).



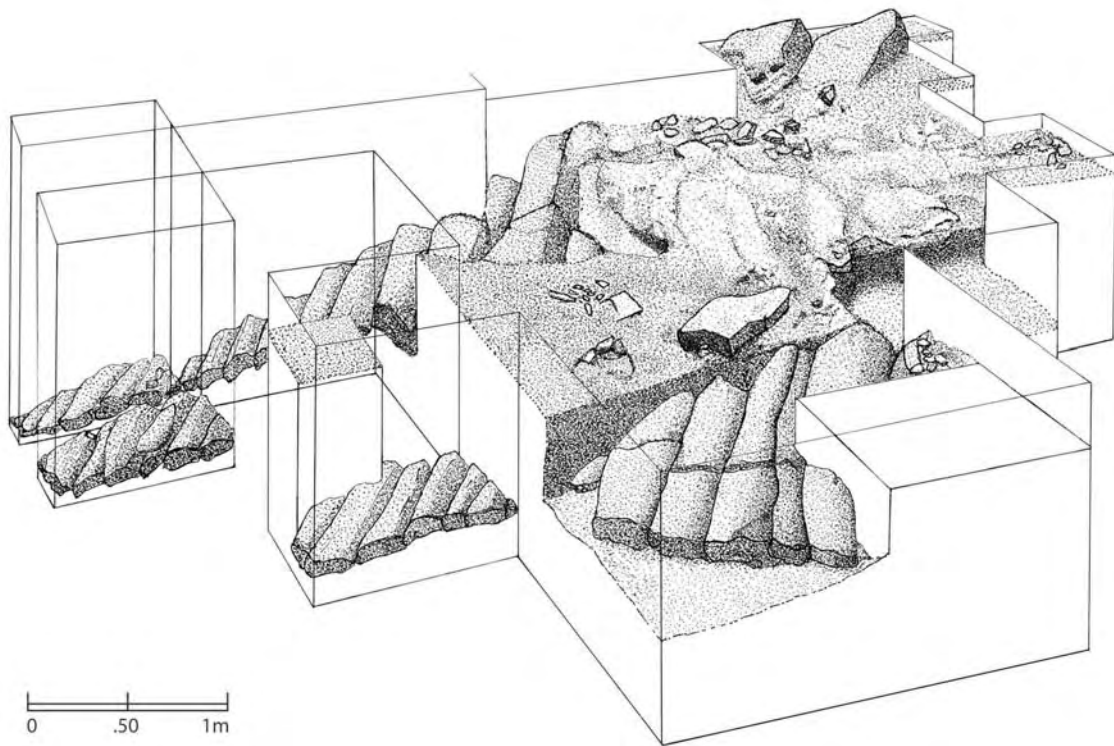
**FIG. 36.** Sillar de piedra arenisca con la representación de una serpiente (ca. 350 – 600 d.C.). Probablemente formaba parte de los paramentos de piedra de una remota edificación dedicada al juego ritual de la pelota. Relieve 7 del Edificio 9 de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz (2000).



**FIG. 37.** La Plaza Central y el Edificio 4 de la ciudad arqueológica de Cerro Grande, Veracruz. Foto: Gerardo Vázquez (1999).



**FIG. 38.** Panorámica de la excavación de prueba EP4 de la Plataforma Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Eumelia Hernández y Gerardo Vázquez (2002).



**FIG. 39.** Desarrollo de la excavación de prueba EP4 de la Plataforma Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Karina Susana Acosta Contreras (2007).





**FIG. 40.** Detalle del talud de piedra de la subestructura del Edificio 20 (ca. 250 – 350 d.C.). Plataforma Norte (EP4) de Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Eumelia Hernández y Gerardo Vázquez (2002).



**FIG. 41.** Ofrenda de platos en la subestructura del Edificio 20 (ca. 250 – 350 d.C.). Plataforma Norte (EP4) de Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Eumelia Hernández y Gerardo Vázquez (2002).

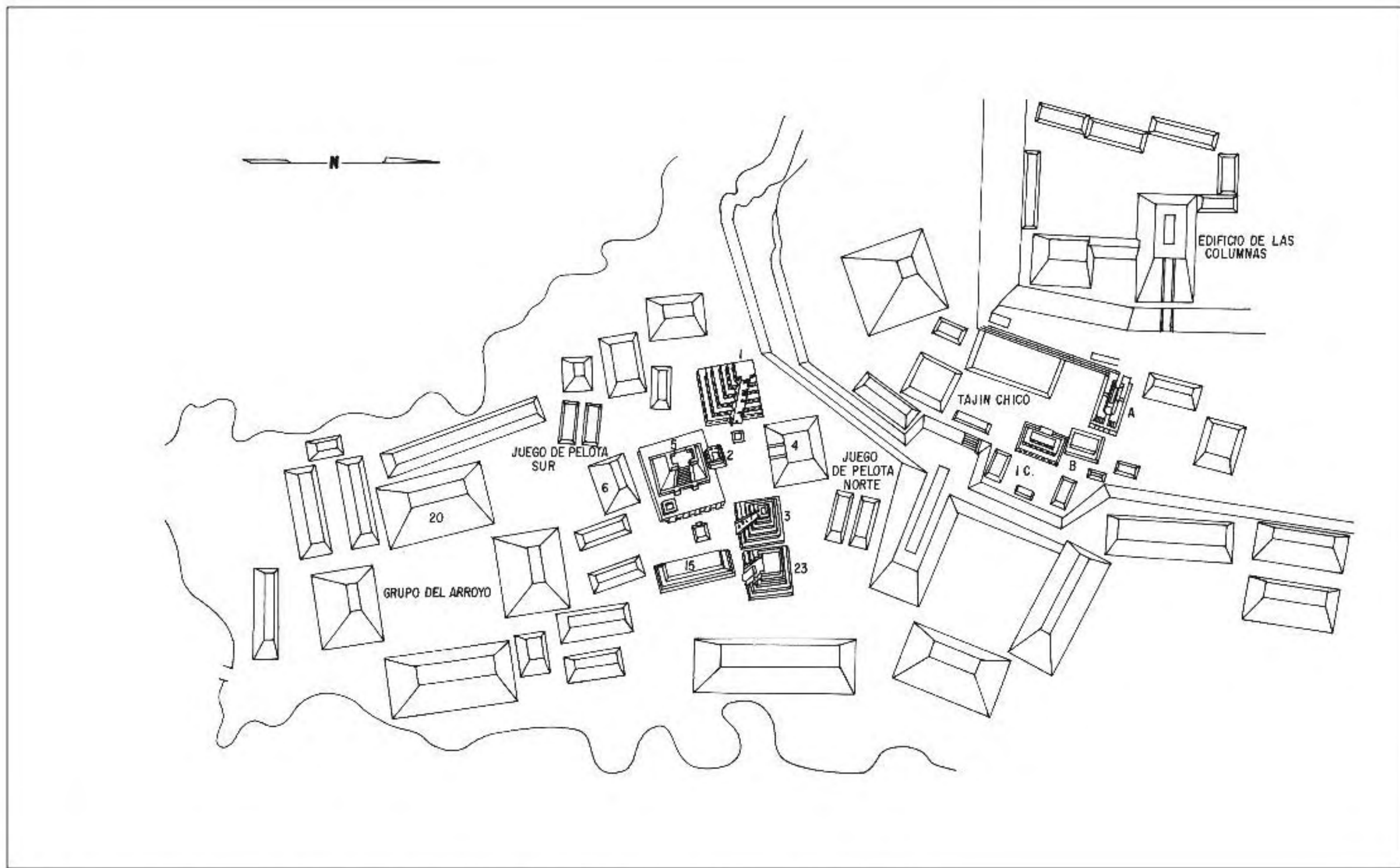


FIG. 42. Plano de la zona arqueológica de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Arturo Reséndiz Cruz sobre un plano de R. Cervantes (Pascual Soto, 1990b).



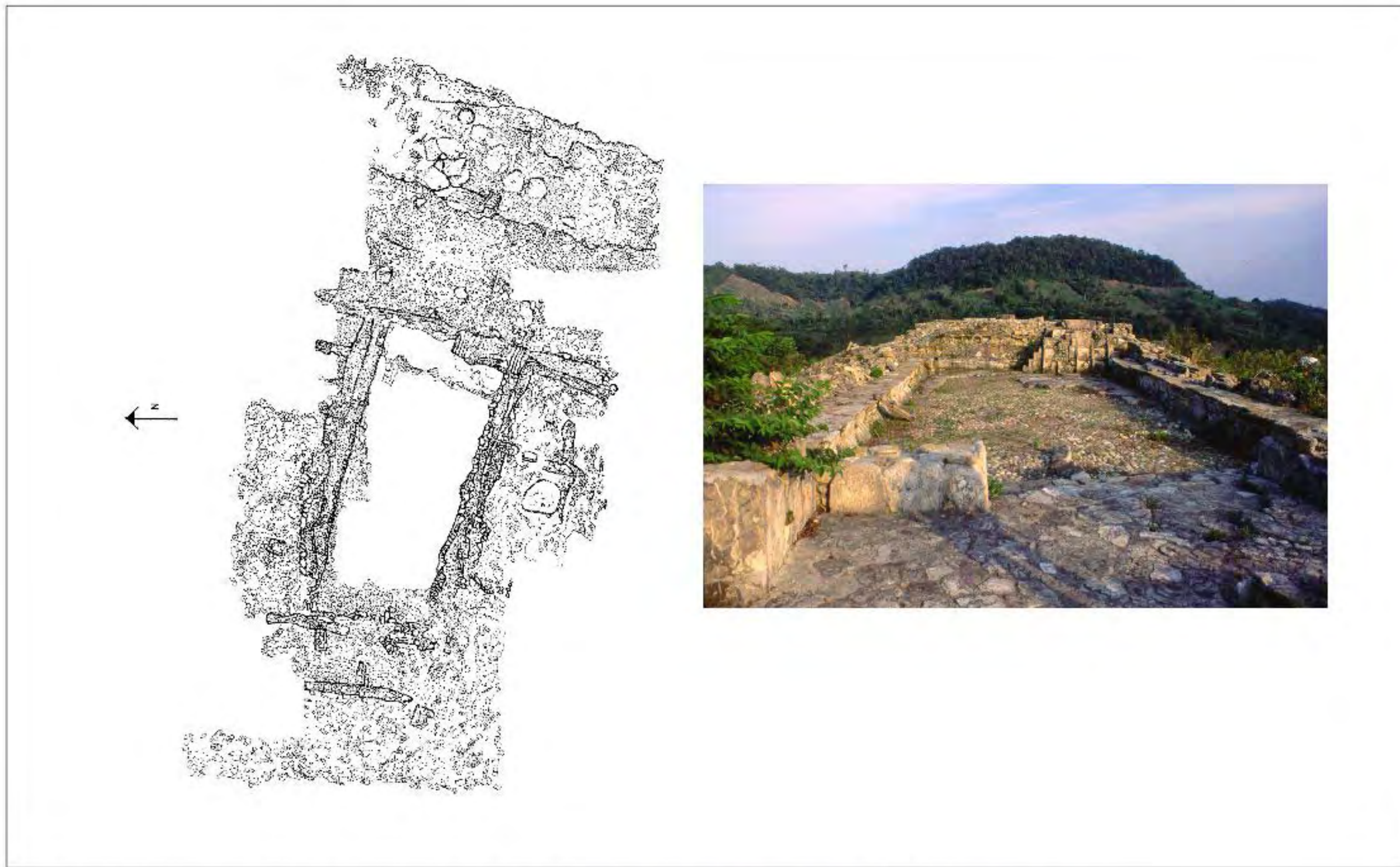
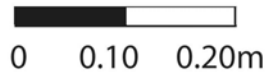


FIG. 44. Plano de los aposentos del Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Reyna Albarrán Caballero sobre un plano de J. L. Roque (Lira López, 1995b) .



**FIG. 43.** El Señor *13 Conejo*, gobernante de El Tajín, representado con la máscara del dios Tláloc (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



**FIG. 45.** El Señor *13 Conejo* representado con el atuendo de un jugador de pelota (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

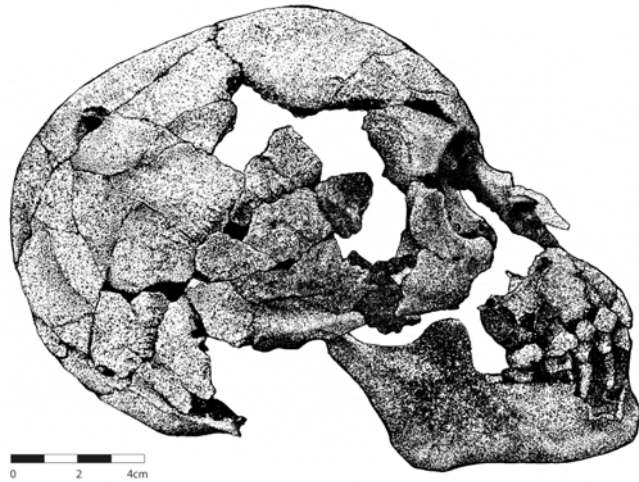


**FIG. 46.** Panorámica de la excavación de prueba EP 4 de la Plaza Central de Cerro Grande, Veracruz. Foto: Arturo Pascual (20

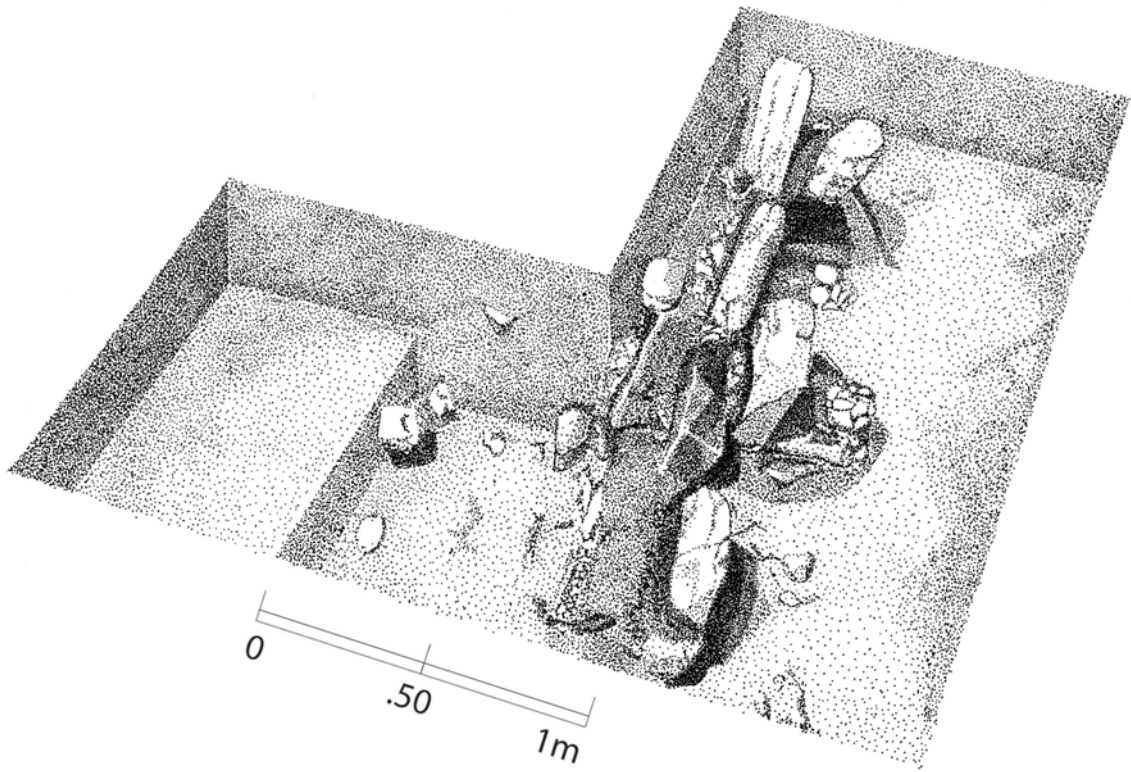




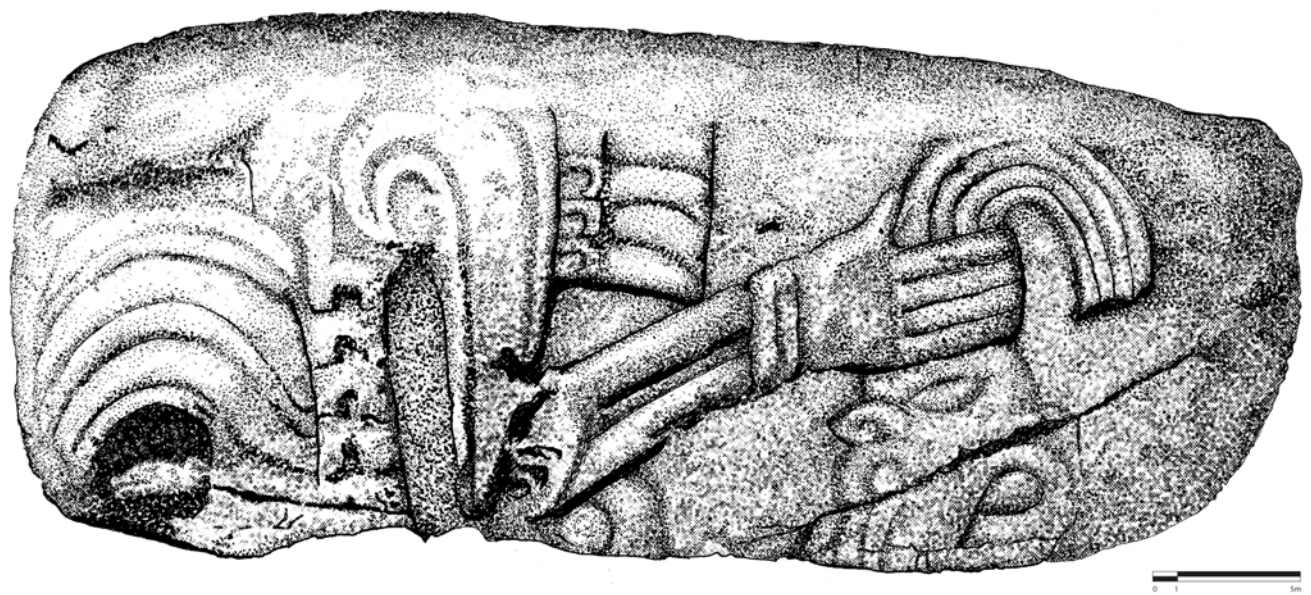
**FIG. 47a y 47b.** Cráneo trofeo perteneciente a un hombre joven enterrado en el altar de la Plaza Central (EP 4) de Cerro Grande, Veracruz. Foto: Ma. Guadalupe Coyote Rivera y Moisés B. Cruz Águilar (2007)



**FIG. 48.** Cráneo trofeo de un segundo individuo, otro hombre adulto, enterrado en el altar de la Plaza Central (EP 4) de Cerro Grande, Veracruz. Foto: Ma. Guadalupe Coyote Rivera y Moisés B. Cruz Águilar (2007) S



**FIG. 49.** Dibujo del acomodo de ambos cráneos en la subestructura del altar de la Plaza Central (EP 4) de Cerro Grande, Veracruz. Dibujo. José Casto Camacho Sierra. (2007).

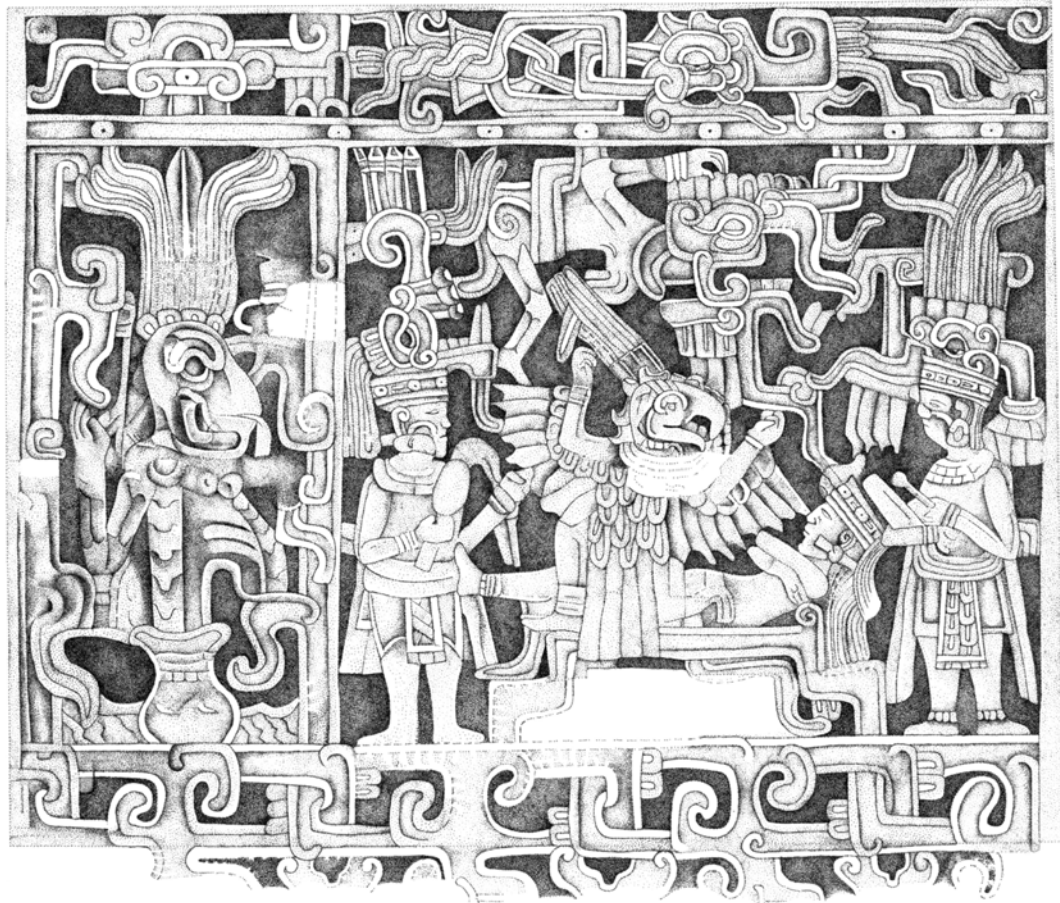


**FIG. 50.** Detalle de una cabeza trofeo en un relieve escultórico de Vista Hermosa, Veracruz (ca. 350 – 600 d.C.). Dibujo: Elsa Villaseñor Franco(2006).

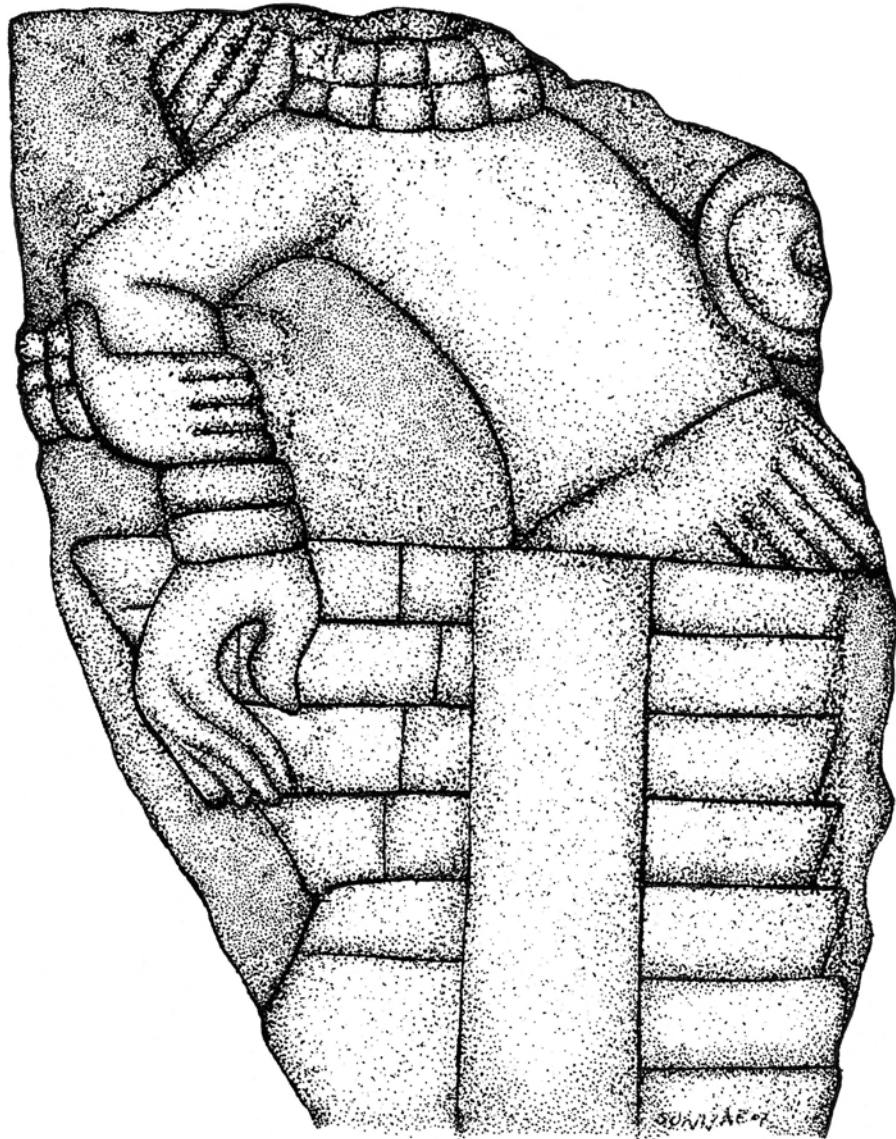


0 0.05 0.15m

**FIG. 51.** Relieve escultórico sobre una laja de arenisca trapezoidal con la representación de una escena de decapitación ritual en medio de una cancha de juego de pelota (ca. 600 – 900 d.C.). Escultura 4 (Kampen, 1972) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



**FIG. 52.** Escena de sacrificio humano en uno de los paramentos de piedra del Juego de Pelota Sur (ca. 600 – 900 d.C.). Panel 2 (Kampen, 1972) de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza sobre un dibujo de M. E. Kampen (1972).



0 0.5 0.15m

**FIG. 53.** Fragmento de una escena de sacrificio humano sobre una laja de piedra arenisca procedente de la Pirámide de los Nichos (ca. 350 – 600 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



**FIG. 54.** Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (1996).



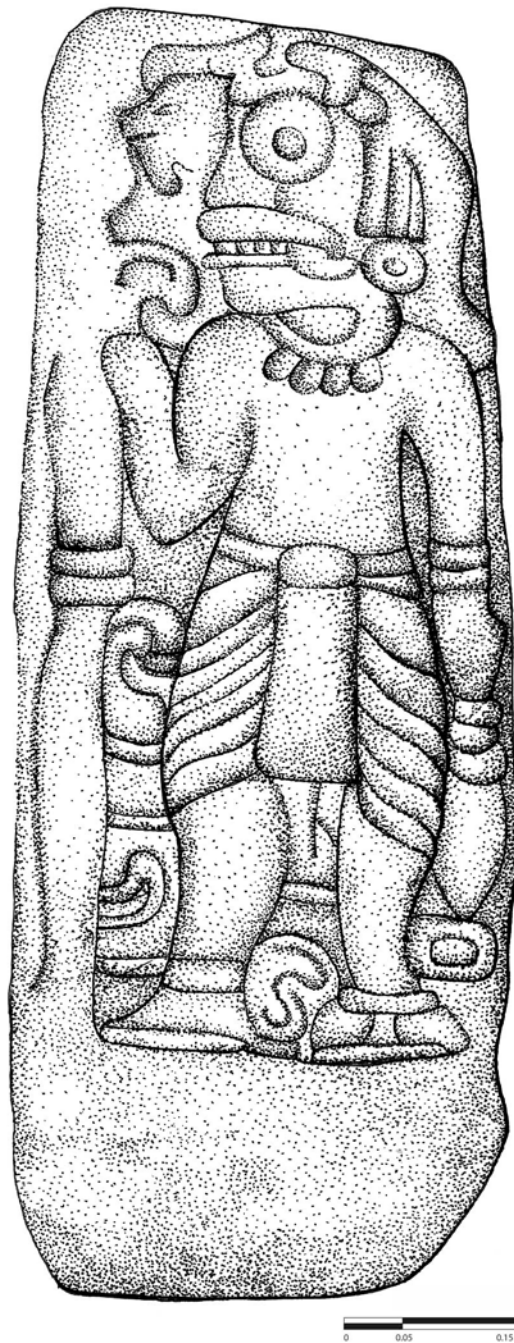


0 0.05 0.15m

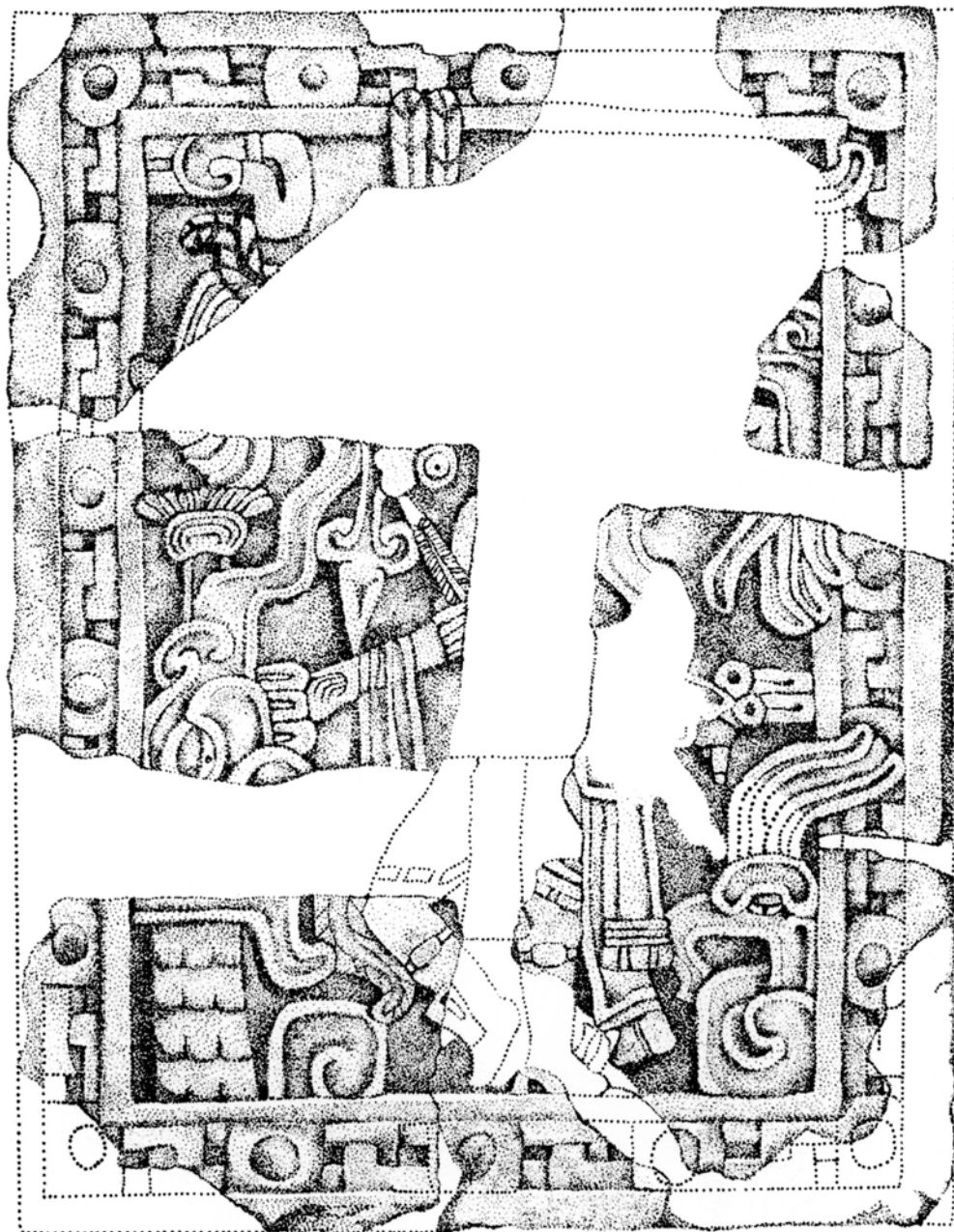
**FIG. 55.** Un gobernante de El Tajín portando las anteojeras propias de la iconografía del dios Tláloc (ca. 350 – 600 d.C.). Panel 2 (Kampen, 1972) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Reyna Albarrán Caballero (2007).



**FIG. 56.** Estela con la representación de un gobernante de El Tajín cuya palabra se figura aquí por una sucesión de vírgulas (ca. 350 – 600 d.C.). Escultura 2 (Kampen, 1972) de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

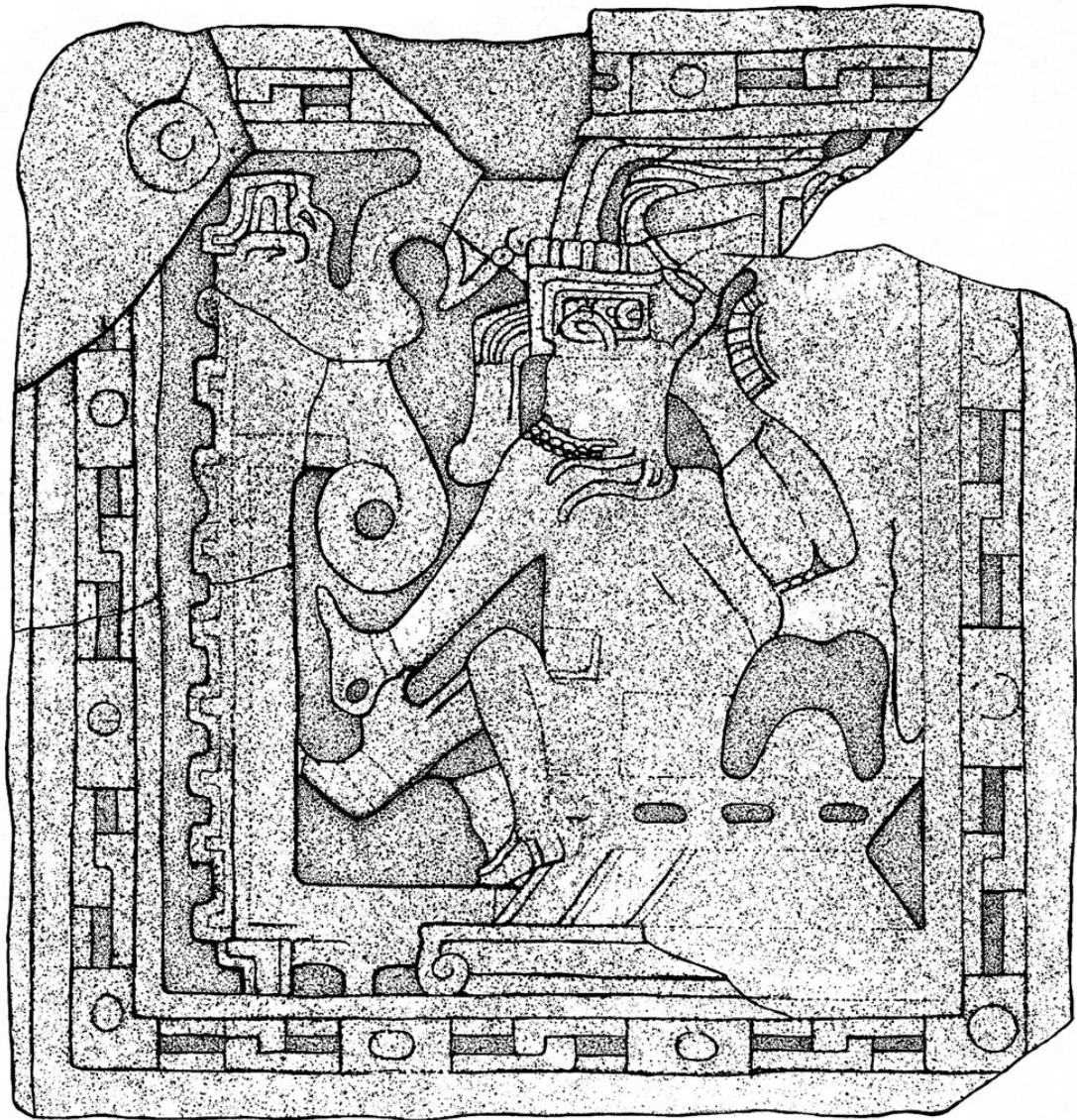


**FIG. 57.** Un fragmento de la estela del Cerro de la Morena con el retrato idealizado de un gobernante local (ca. 350 – 600 d. C.). Plaza Poniente de Cerro Grande, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



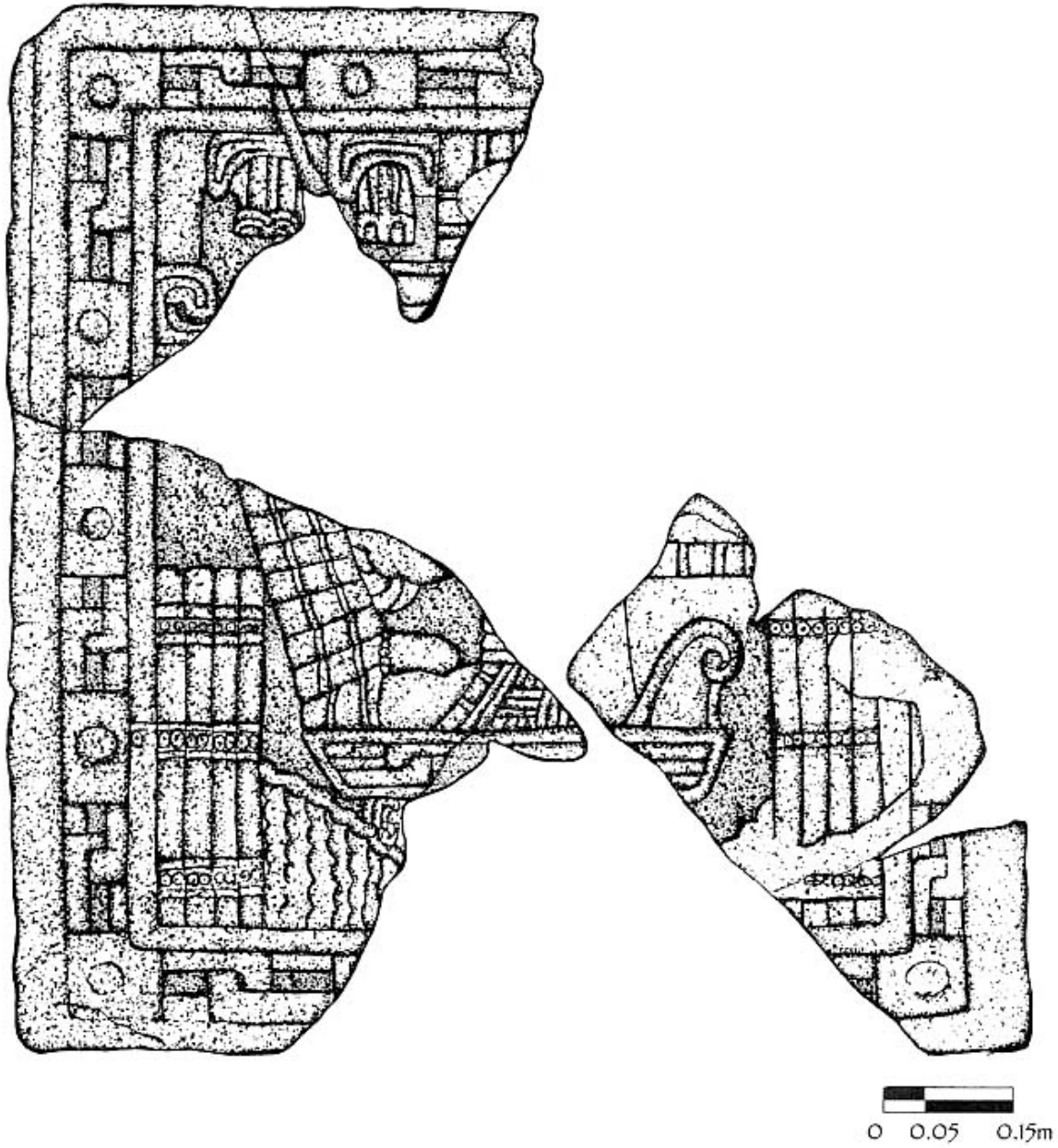
0 0.05 0.15m

**FIG. 58.** Laja de arenisca con la figura de un gobernante de El Tajín (ca. 350 – 600 d.C.). Pieza 31 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz.

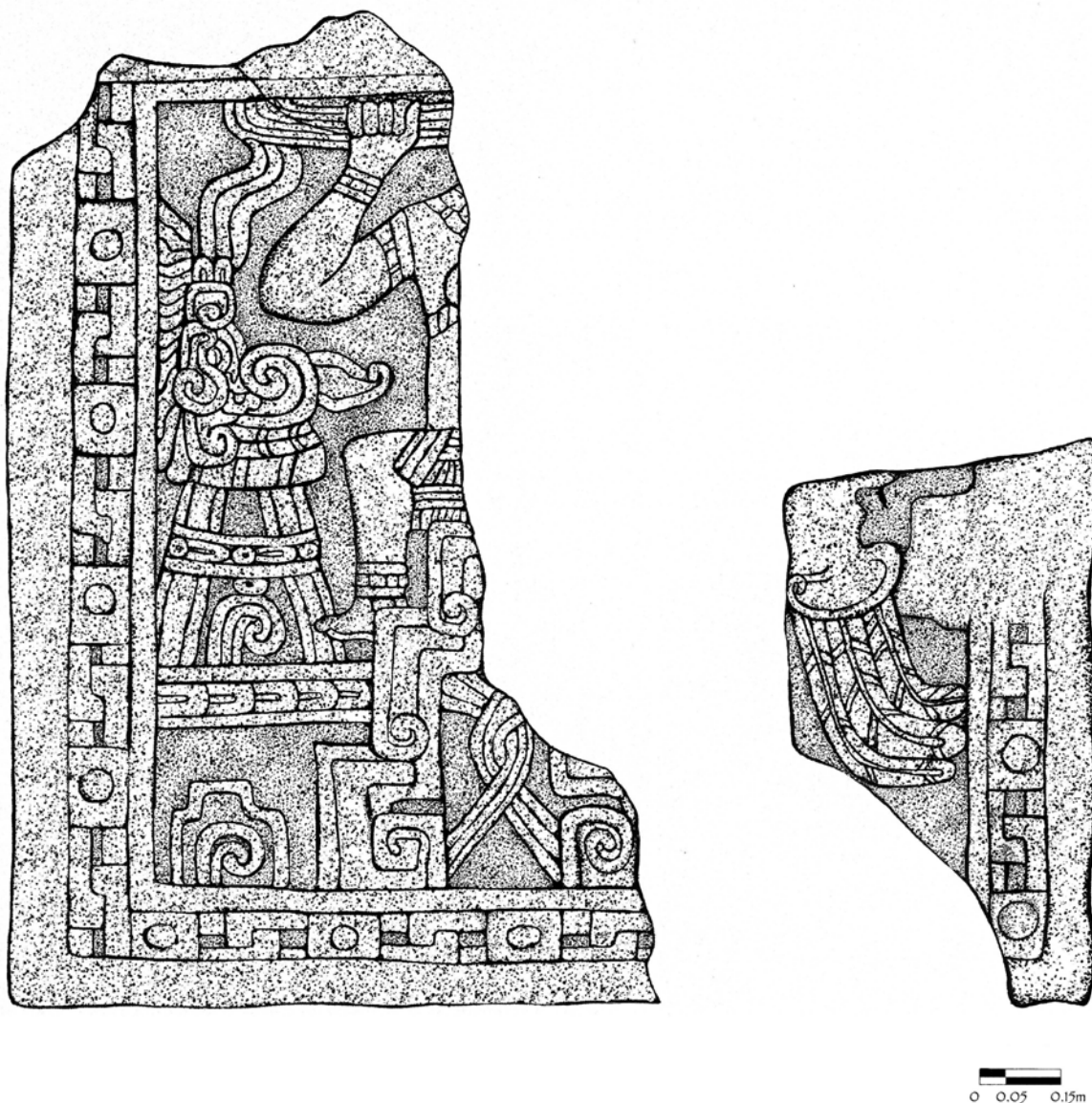


Escala gráfica  
0 0.05 0.15m

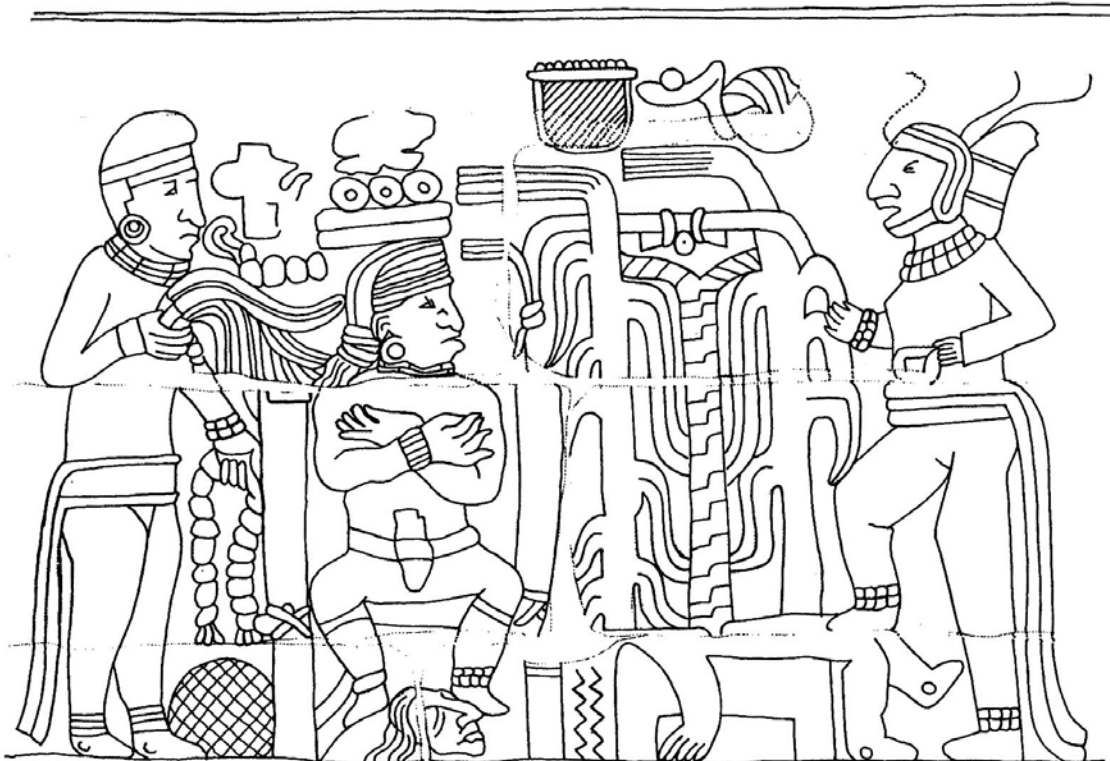
**FIG. 59.** Representación sedente de un gobernante de El Tajín (ca. 350 – 600 d.C.). Panel 4 (Kampen, 1972) o Pieza 28 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



**FIG. 60.** Representación de un gobernante de El Tajín sentado sobre una suerte de trono (ca. 350 – 600 d.C.). Pieza 30 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

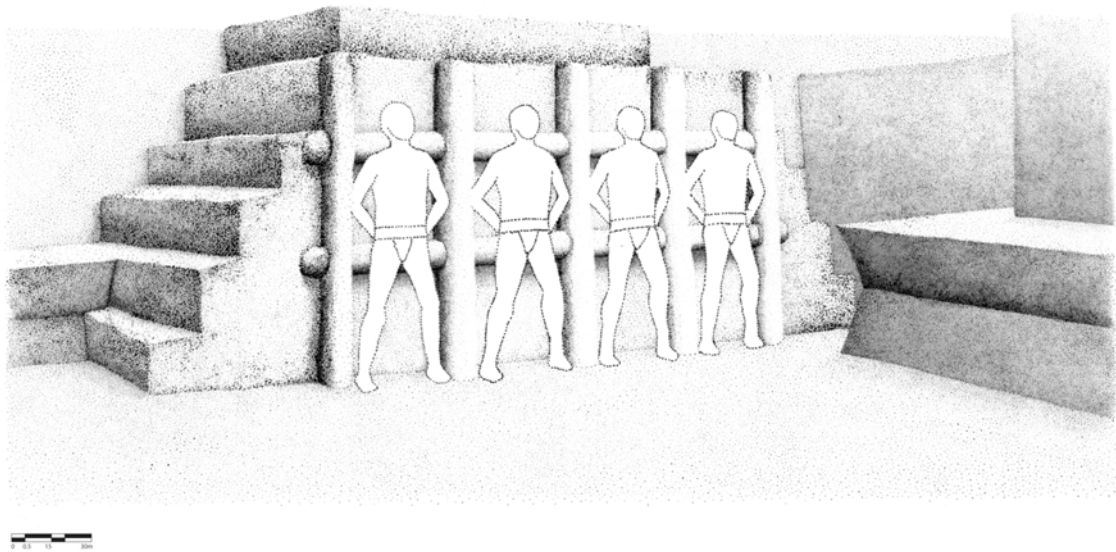


**FIG. 61.** Un gobernante de El Tajín sentado sobre un topónimo (ca. 350 – 600 d.C.). Panel 5 (Kampen, 1972) o Pieza 31 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

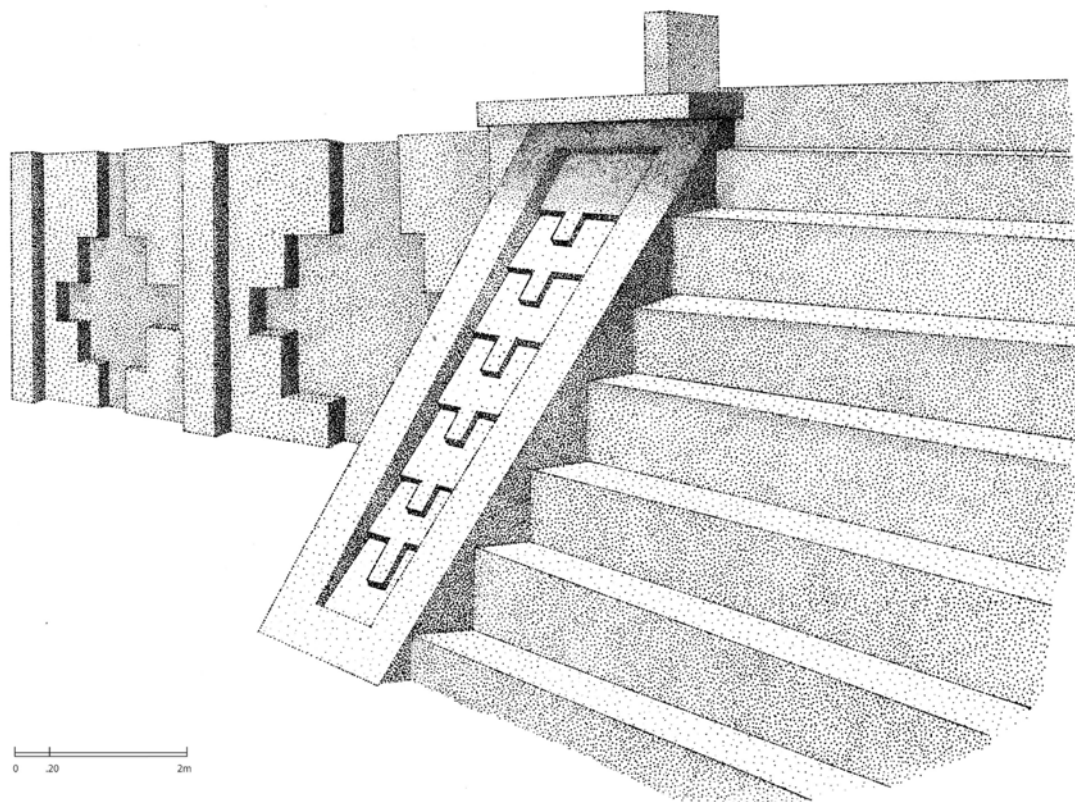


**FIG. 62.** El Señor *13 Conejo* cruza los brazos a la altura del pecho en señal de autoridad (ca. 600 – 900 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz.  
Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

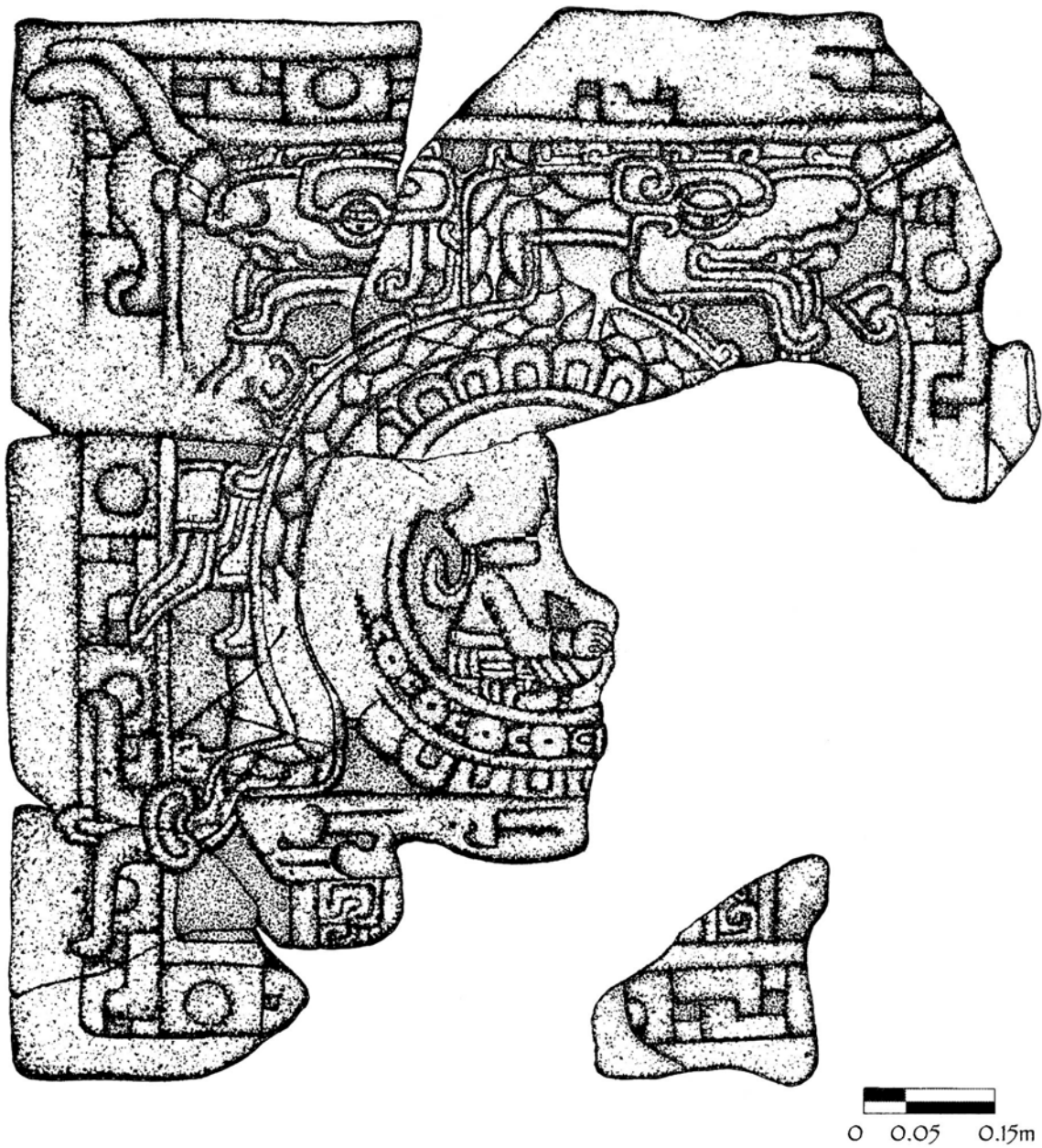




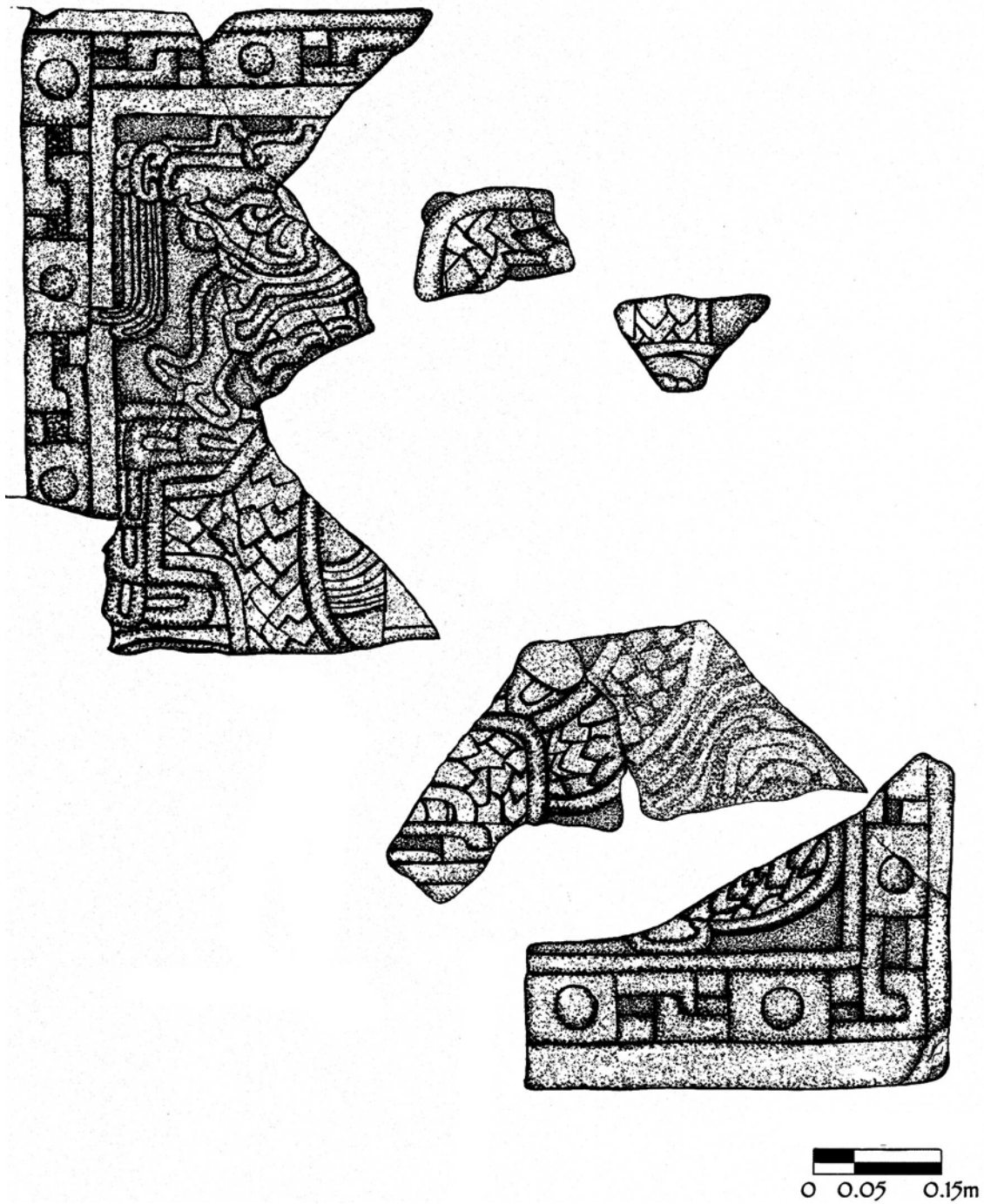
**FIG. 63.** Dibujo reconstructivo de un adosamiento a manera de pirámide escalonada decorada con figuras modeladas en argamasa de cal (ca. 900 – 1100 d.C.). Plataforma Oriente del Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Karina Susana Acosta Contreras (2007).



**FIG. 64.** Fachada principal de la Plataforma Oriente del Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Karina Susana Acosta Contreras (2007).



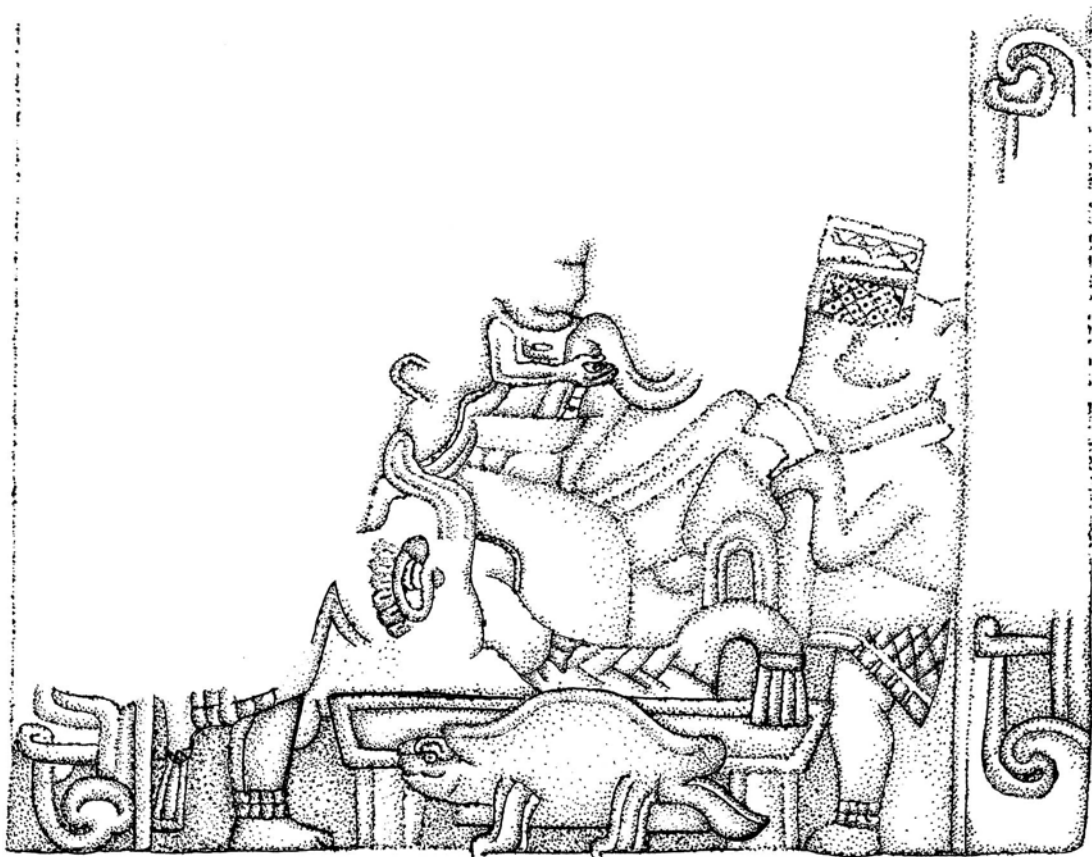
**FIG. 65.** Un gobernante de El Tajín sentado entre los cuerpos enroscados de dos serpientes (ca. 350 – 600 d.C.). Panel 8 (Kampen, 1972) o Pieza 29 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



**FIG. 66.** Una segunda representación de un gobernante de El Tajín sentado entre los cuerpos enroscados de dos serpientes (ca. 350 – 600 d.C.). Pieza 34 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

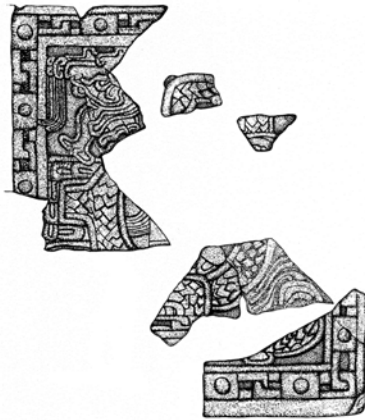


**FIG. 67.** La figura de un gobernante de El Tajín aparece con las piernas entrelazadas con los cuerpos de dos serpientes (ca. 600 – 900 d.C.). Panel 4 (Kampen, 1972) del Juego de Pelota Norte de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinoza (2007).

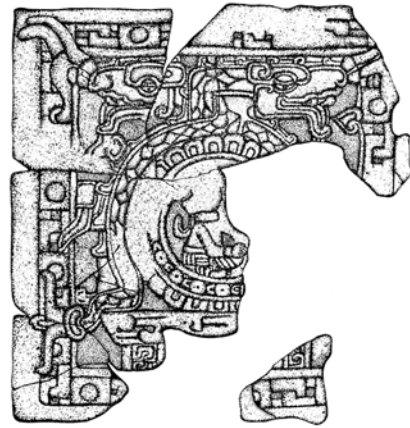


0 0.5 0.15m

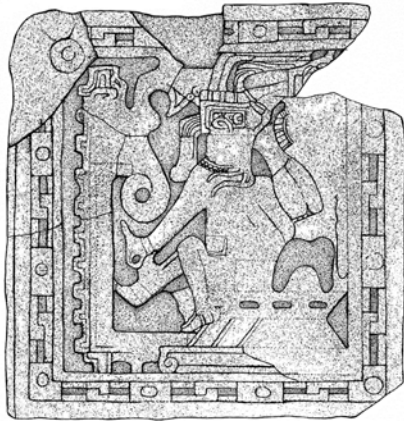
**FIG. 68.** Otra versión de la misma escena donde un gobernante de El Tajín entrelaza sus piernas con los cuerpos de dos serpientes. En este caso el conjunto descansa sobre un banco que incorpora al frente el perfil de una tortuga (ca. 600 – 900 d.C.). Panel 2 (Kampen, 1972) del Juego de Pelota Norte de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



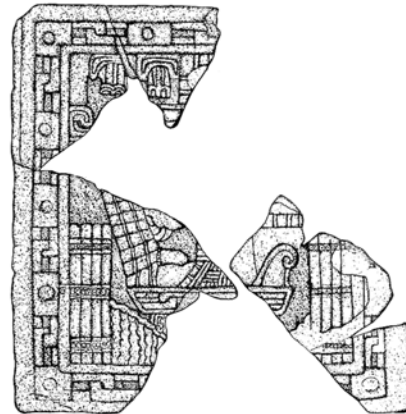
Pieza 34



Pieza 29



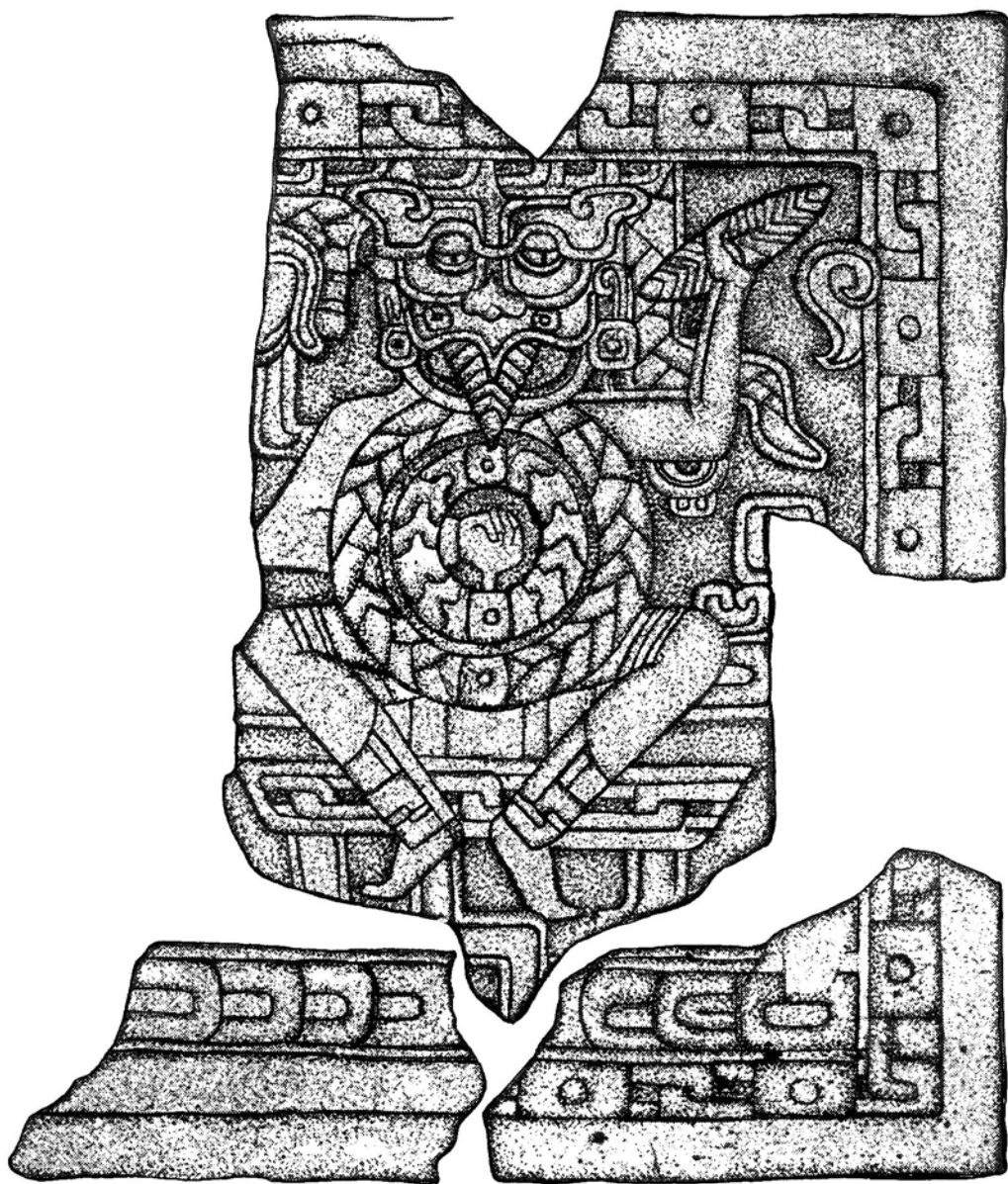
Pieza 28



Pieza 30



**FIG. 69.** Esquema que muestra la relación entre pares que presentan los paneles de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujos: Elsa Villaseñor Franco (2006).

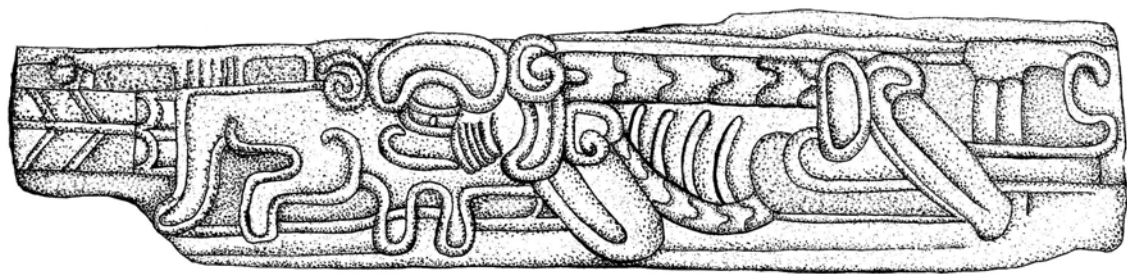


Escala gráfica

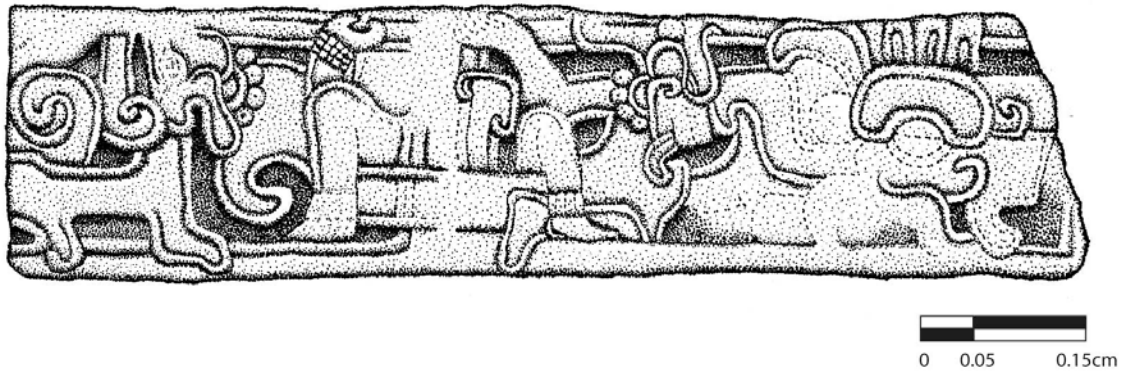
0 0.05 0.15m

**FIG. 70.** Un gobernante de El Tajín lleva sobre el rostro una máscara de Tláloc y aparece sentado en un banco mientras sujeta un rodete que alude a los cuerpos entrelazados de las serpientes (ca. 350 – 600 d.C.). Pieza 26 (Castillo Peña, 1995) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

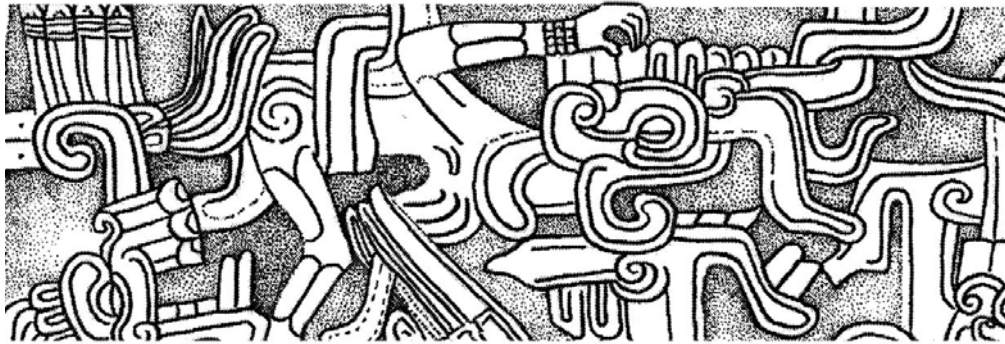




**FIG. 71.** Una imagen descarnada en uno de los frisos de la Pirámide de los Nichos (ca. 350 – 600 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).



**FIG. 72.** Detalle de un ojo visto de perfil en un friso (ca. 350 – 600 d.C.) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Karina Susana Acosta Contreras (2007).



0 0.05 1.10 0.20m

**FIG. 73.** Una imagen descarnada desciende sobre una escena de sacrificio humano (ca. 600 – 900 d.C.). Panel 2 (Kampen, 1972) del Juego de Pelota Sur de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza (2007).



0 0.05 0.15m

**FIG. 74.** Un gobernante de El Tajín carga enredada en la espalda una imagen de la muerte (ca. 350 – 600 d.C.). Escultura 3 (Kampen, 1972) de la Pirámide de los Nichos de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Karina Susana Acosta Contreras (2007).



0 0.10 0.20m

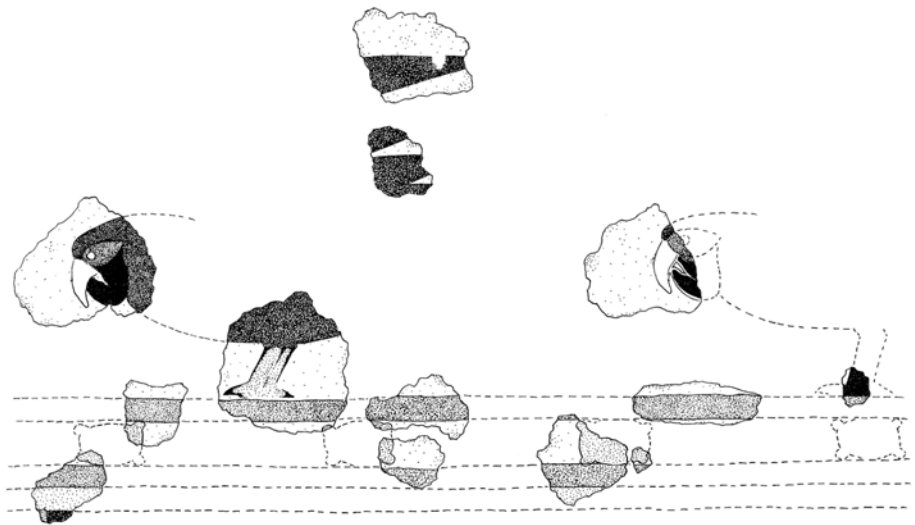
**FIG. 75.** Un personaje carga en la espalada a otra figura humana (ca. 600 – 900 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



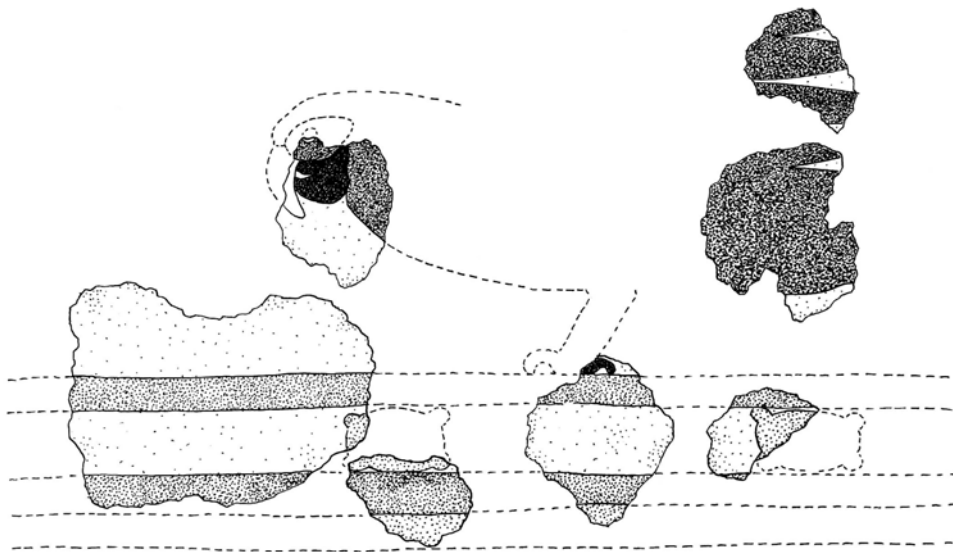
**FIG. 85.** Escultura votiva labrada en piedra metamórfica del tipo conocido como *palma* (ca. 600 – 900 d.C.), Museo de Antropología de Xalapa. Foto: Pedro Cuevas (1990).



**FIG. 86.** Fragmento de una *palma* fabricada en piedra arenisca de grano fino (ca. 600 – 900 d.C.). El Naranjal, Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Cecilia Gutiérrez Arreola (2003).



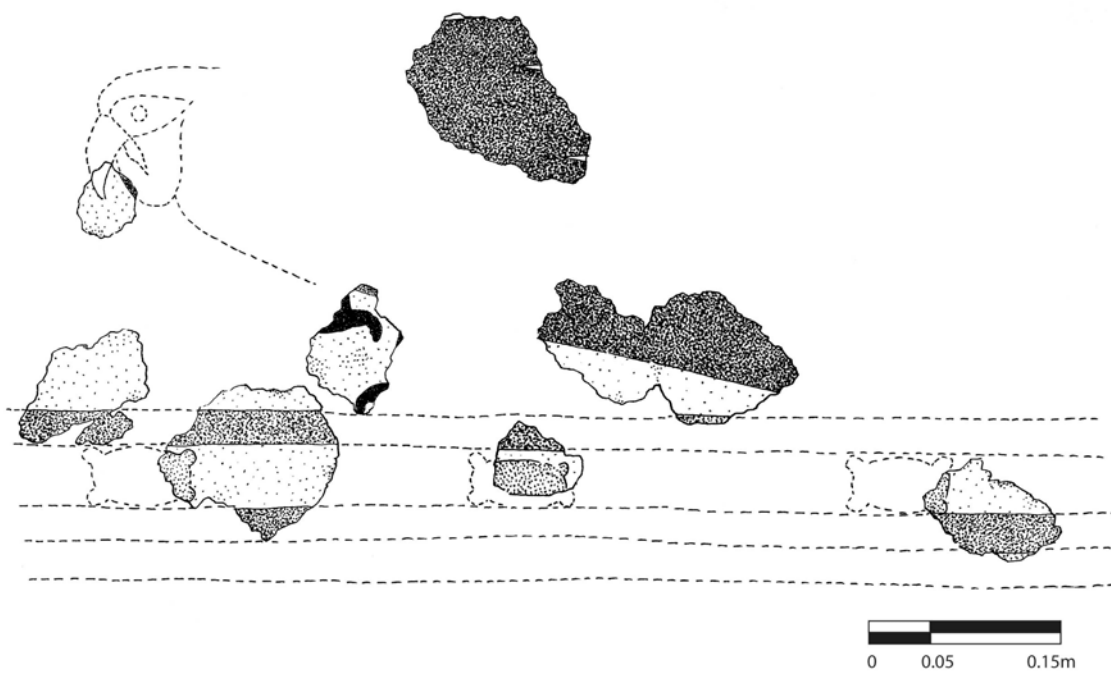
0 0.05 0.15m



0 0.05 0.15m

**FIG. 87a y 87b.** Propuesta de reintegración plástica de un mural destruido en la antigüedad (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio Co14 del Cerro del Oeste de El Tajín, Veracruz. Dibujo digital: Engelbert Chavarría Cruz (2007).





**FIG. 87c.** Propuesta de reintegración plástica de un mural destruido en la antigüedad (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio Co14 del Cerro del Oeste de El Tajín, Veracruz. Dibujo digital: Engelbert Chavarría Cruz (2007).



**FIG. 88.** Fragmento de un mural despedazado en la antigüedad con la representación de una guacamaya (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio Co14 del Cerro del Oeste de El Tajín, Veracruz. Fotos: Zamira Medina Moreno (2007).



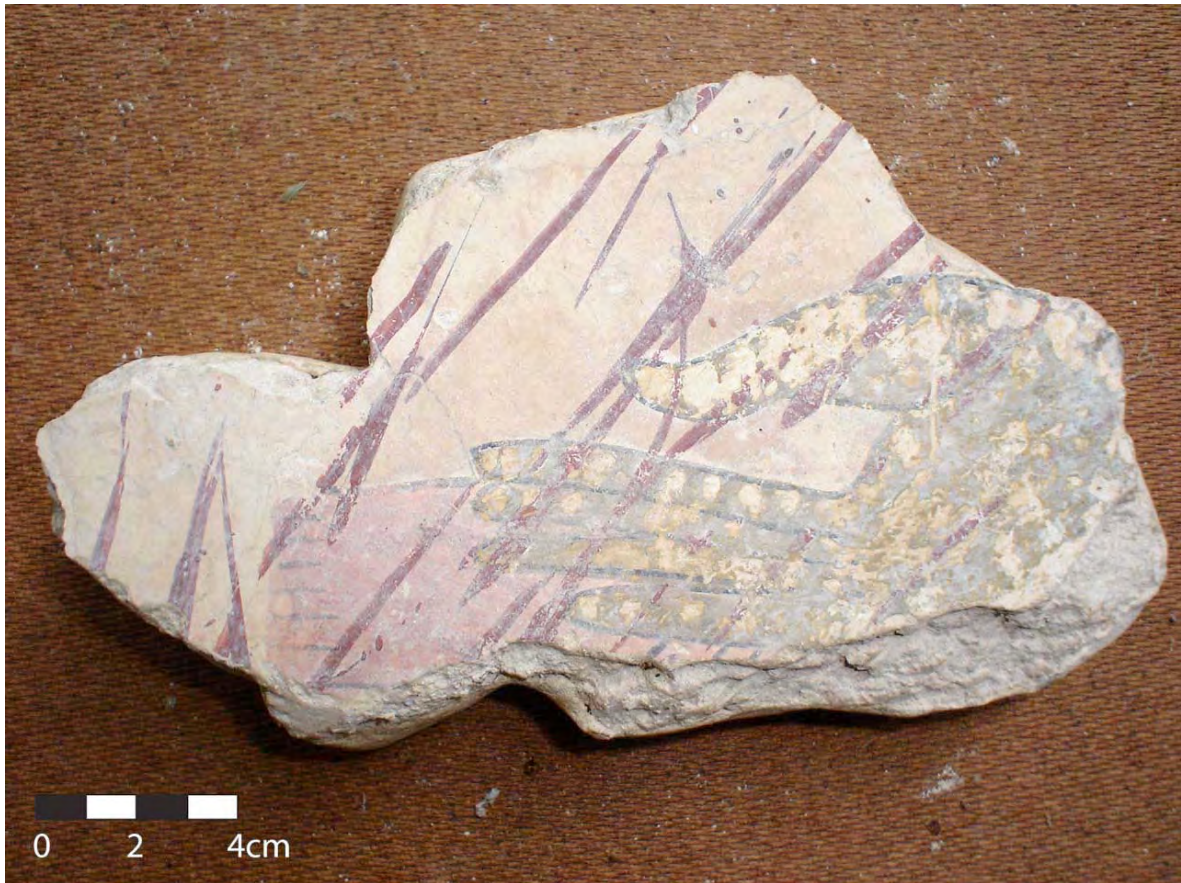
**FIG. 89.** Fragmento de un mural despedazado en la antigüedad con la representación de un felino (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio Co14 del Cerro del Oeste de El Tajín, Veracruz. Fotos: Zamira Medina Moreno (2007).



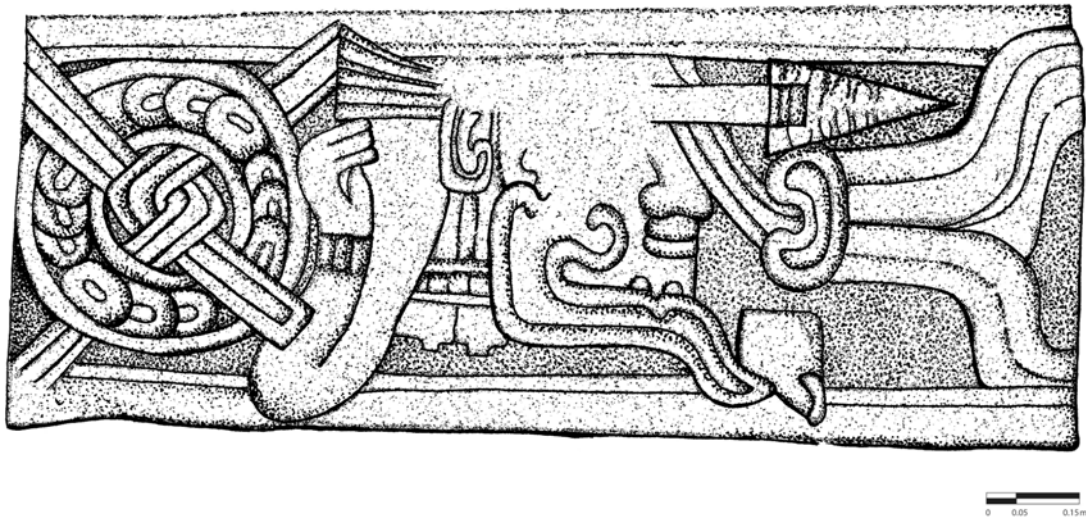
**FIG. 90.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de un rostro de perfil. (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).



**FIG. 91.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de un cuerpo humano (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).



**FIG. 92.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de una mano cruzada por gotas de sangre (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

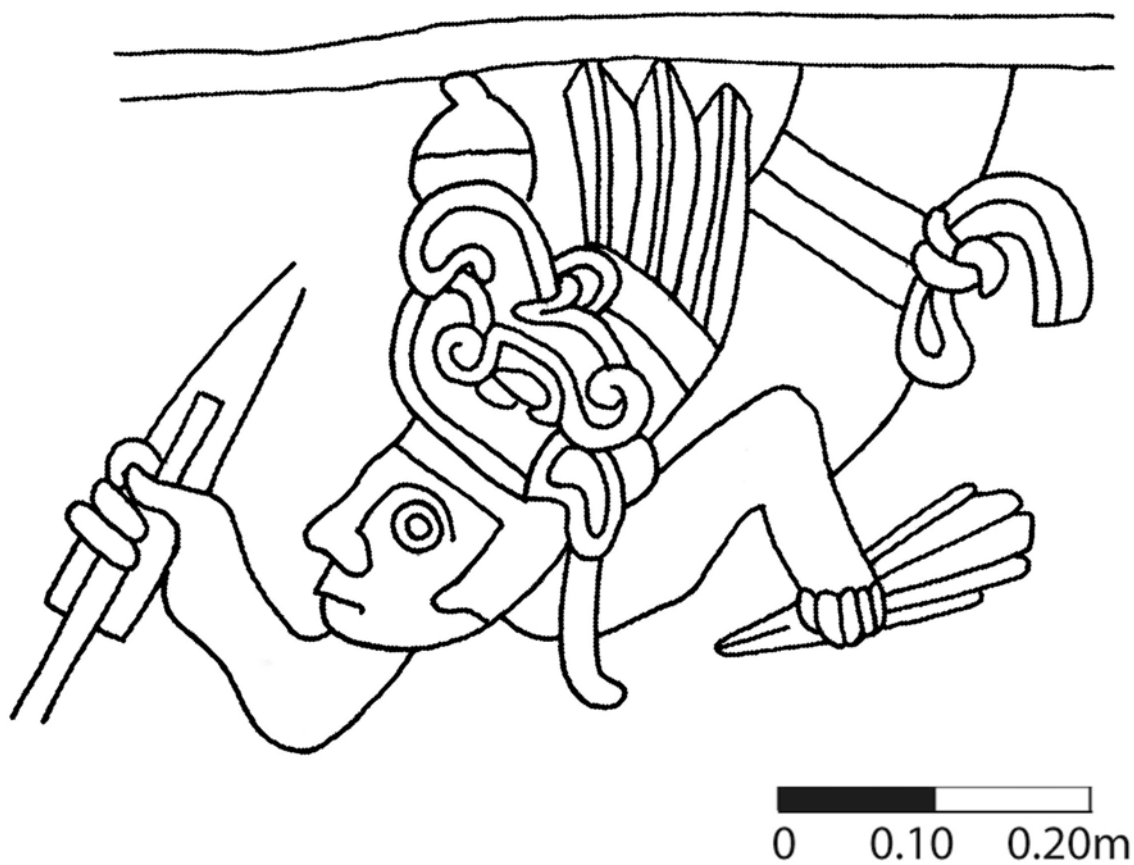


**FIG. 76.** La deidad de la guerra en uno de los frisos de la Pirámide de los Nichos (ca. 350 – 600 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco (2006).

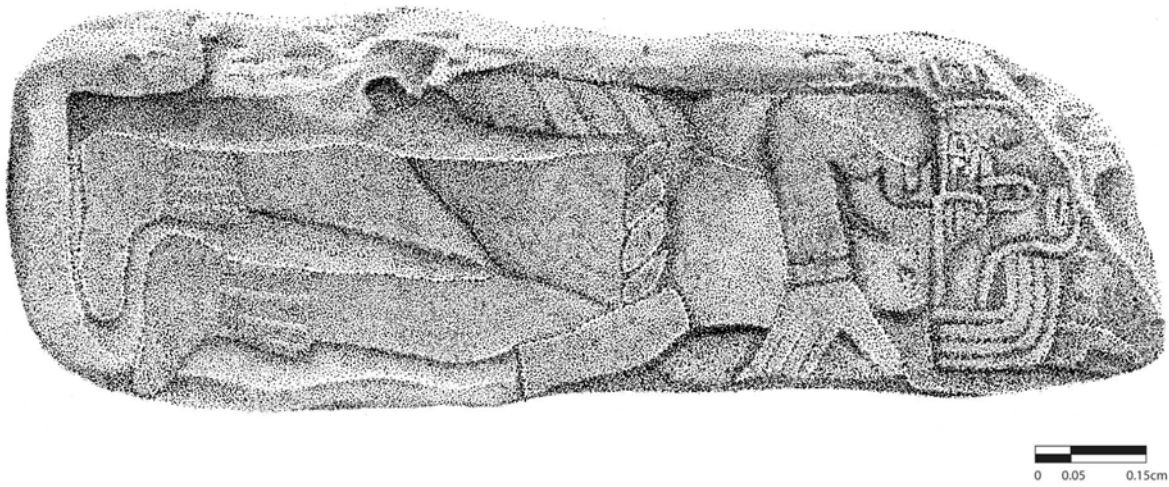


**FIG. 77.** La deidad de la guerra en otro de los frisos de la Pirámide de los Nichos (ca. 350 – 600 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Elsa Villaseñor Franco. (2006).

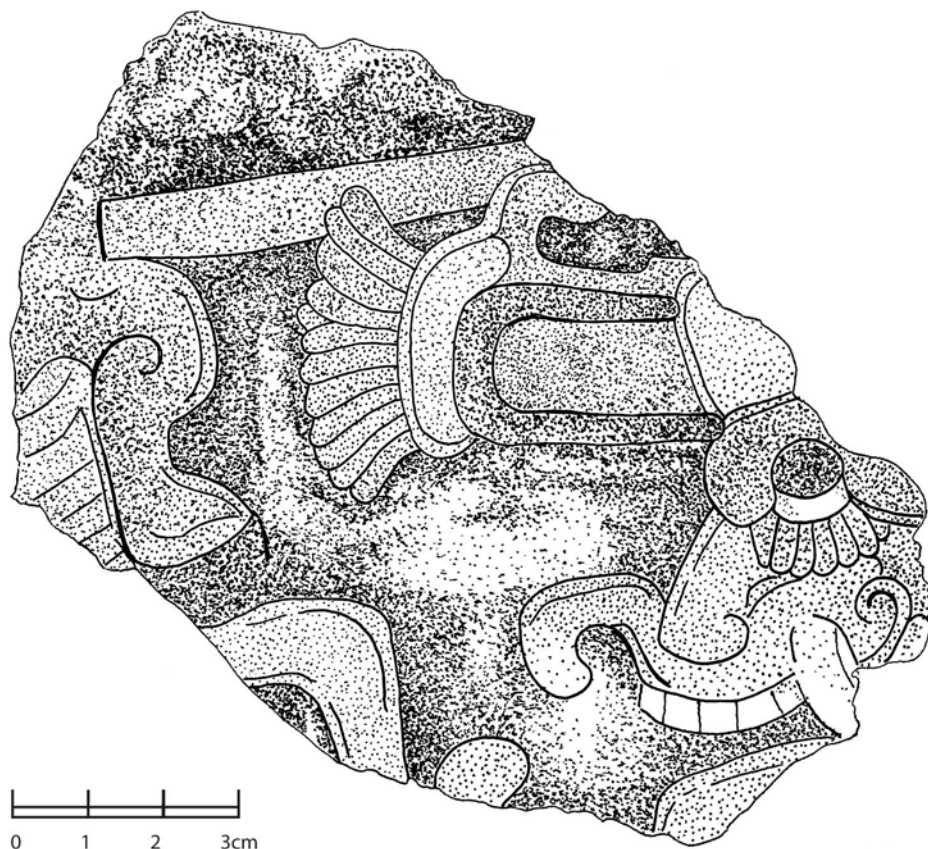




**FIG. 78.** La deidad de la guerra en los relieves del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco. (2006).



**FIG. 79.** Lápida o relieve de Juana Moza (ca. 900 – 1100 d.C.). Tuxpan, Veracruz.  
Dibujo: Karina Susana Acosta Contreras (2007).



**FIG. 80.** Fragmento de un mural con la representación de Tláloc (ca. 600 – 900 d.C.). Edificio A del Tajín Chico, Veracruz. Dibujo: Abraham Rodríguez Reyes (2006).



**FIG. 81.** Panorámica de la Plaza del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).



**FIG. 82.** Fachada oriente del Edificio C del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).



**FIG. 83.** Escultura votiva labrada en piedra metamórfica del tipo conocido como *yugo* (ca. 600 – 900 d.C.), Museo de Antropología de Xalapa. Foto: Pedro Cuevas (1990).



**FIG. 84.** Escultura votiva labrada en piedra metamórfica del tipo conocido como *hacha* (ca. 600 – 900 d.C.), Morgadal Grande, Veracruz. Foto: Cecilia Gutiérrez Arreola (2003)



**FIG. 93.** Propuesta de reintegración plástica del mismo mural del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Reintegración: Zamira Medina Moreno (2007).





**FIG. 94.** Pórtico pintado del Edificio I del Tajín Chico (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).



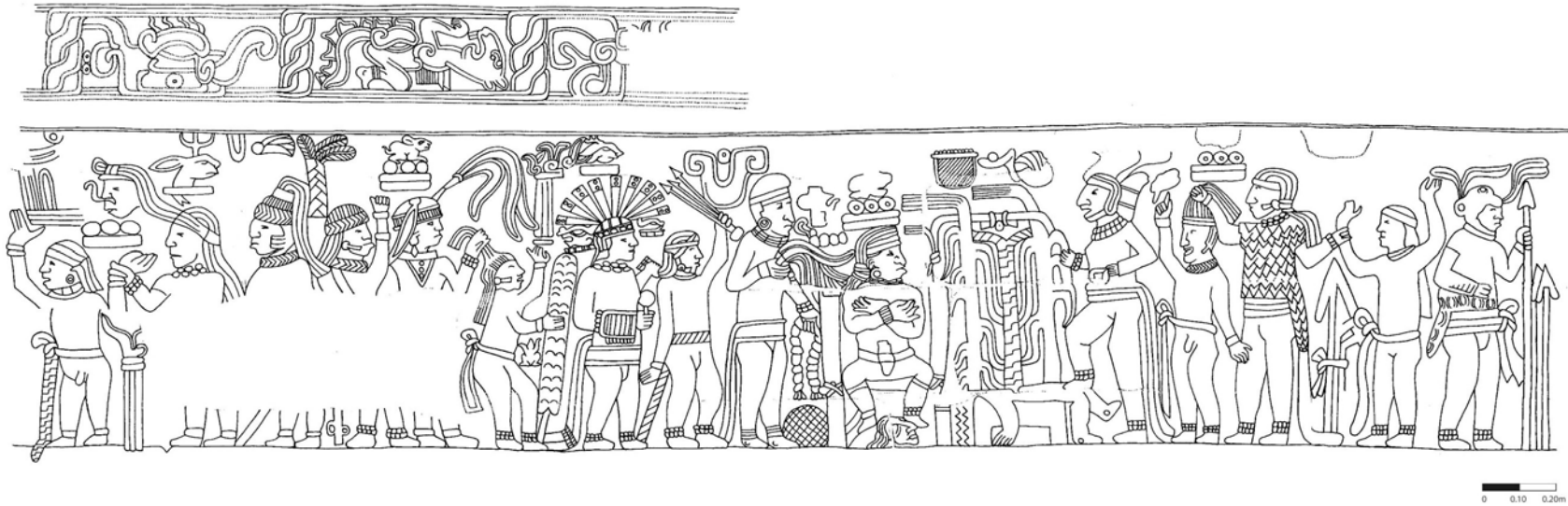
**FIG. 95.** Pórtico pintado del Edificio I del Tajín Chico (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).



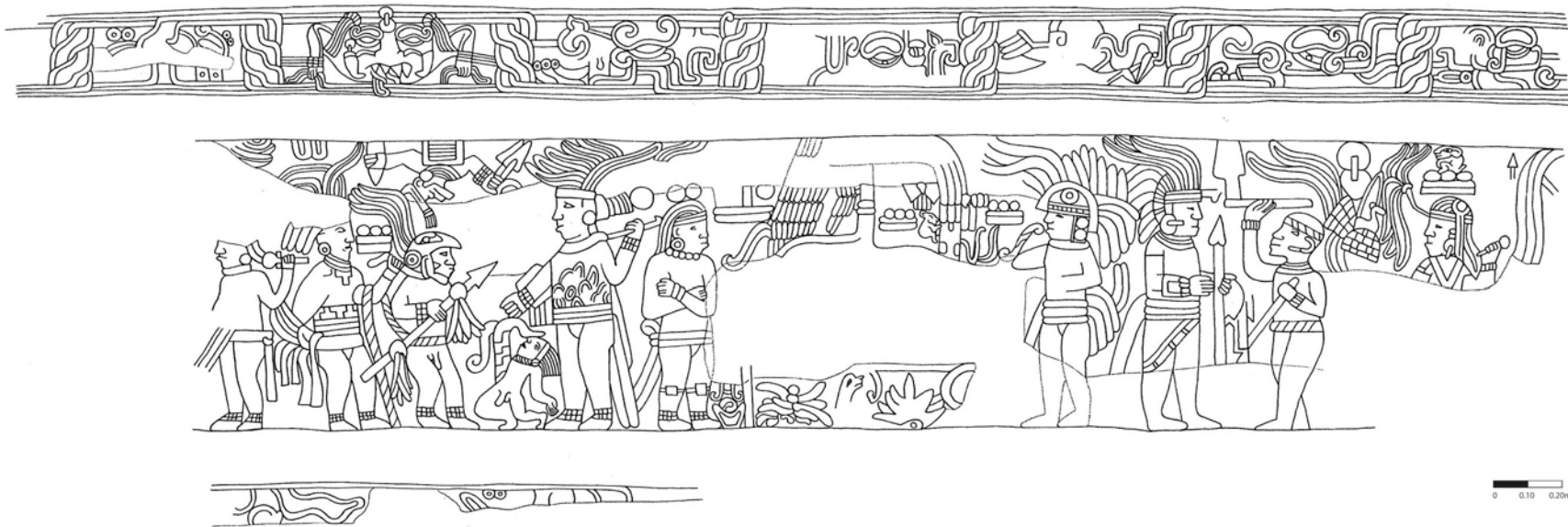
**FIG. 96.** Detalle de uno de los personajes representados en el pórtico del Edificio I del Tajín Chico (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).



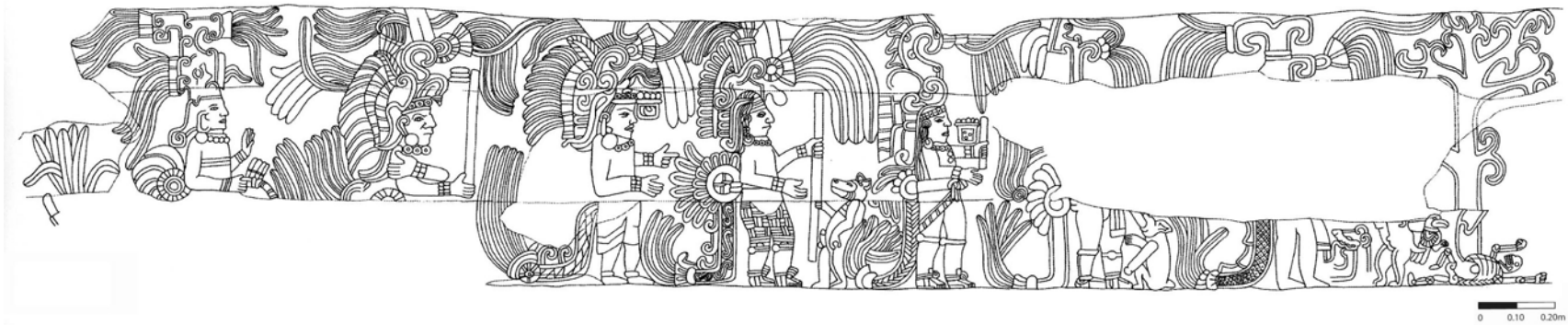
**FIG. 97.** Panorámica del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).



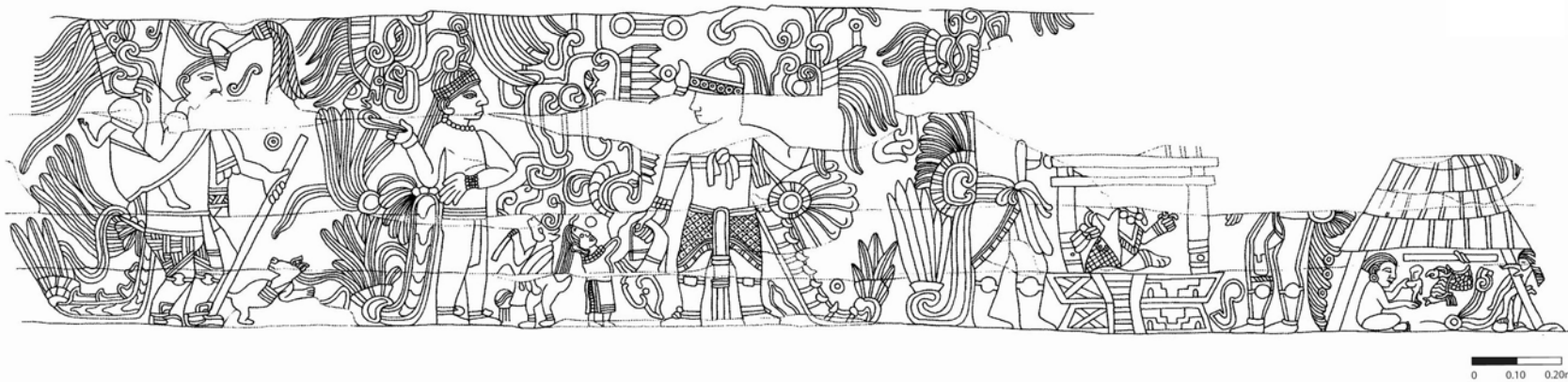
**FIG. 98.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



**FIG. 99.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

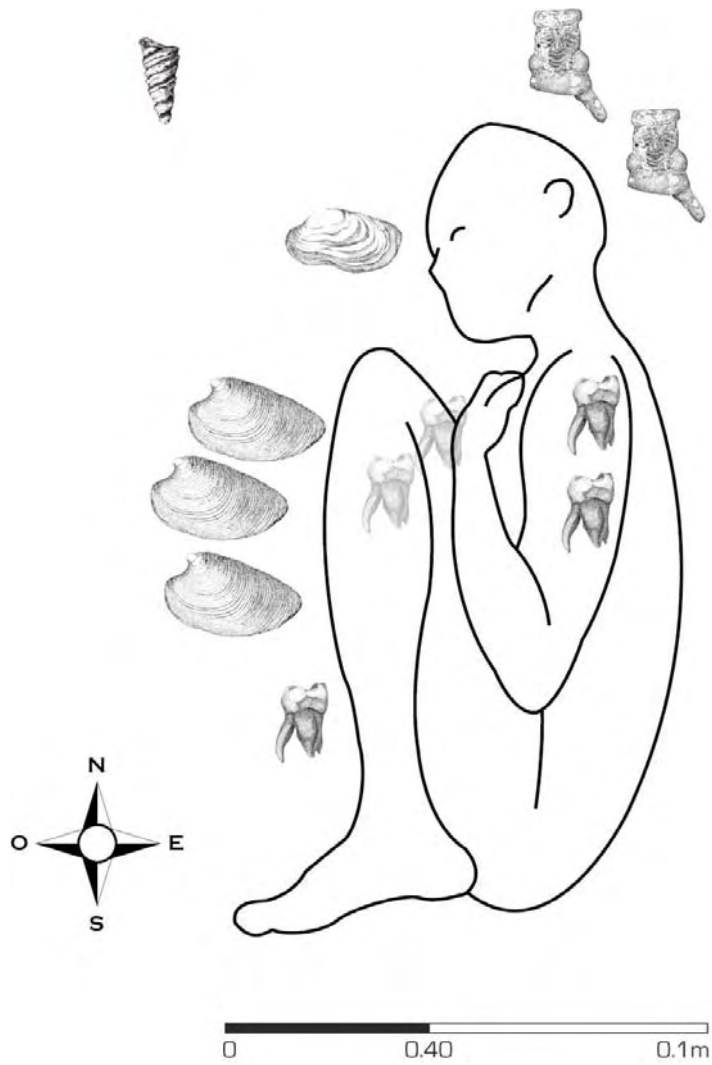


**FIG. 100.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

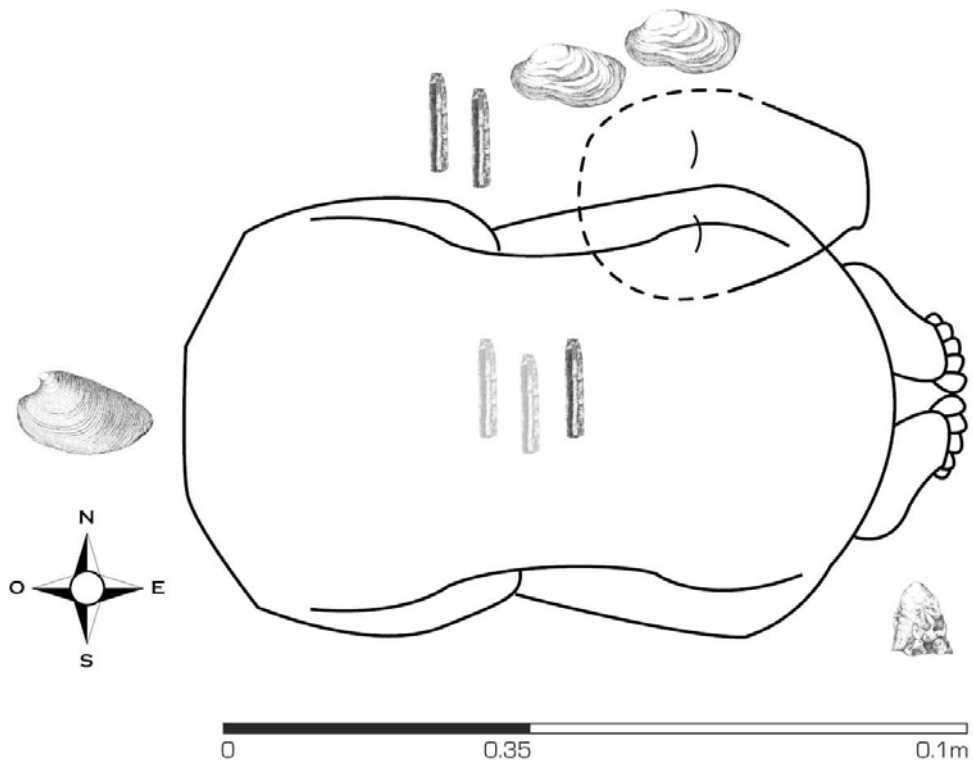


**FIG. 101.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

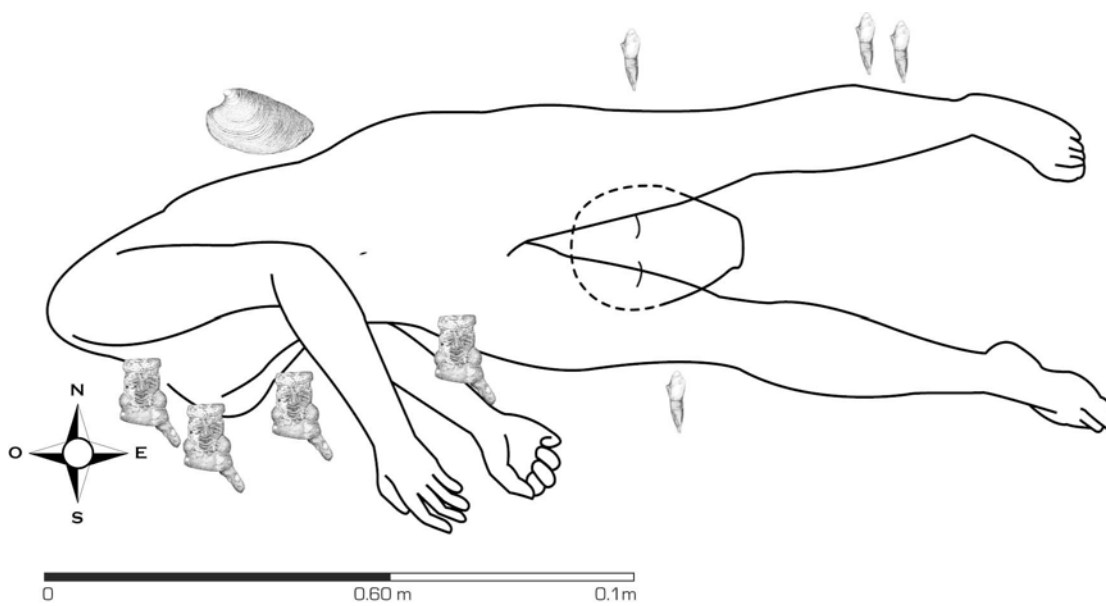




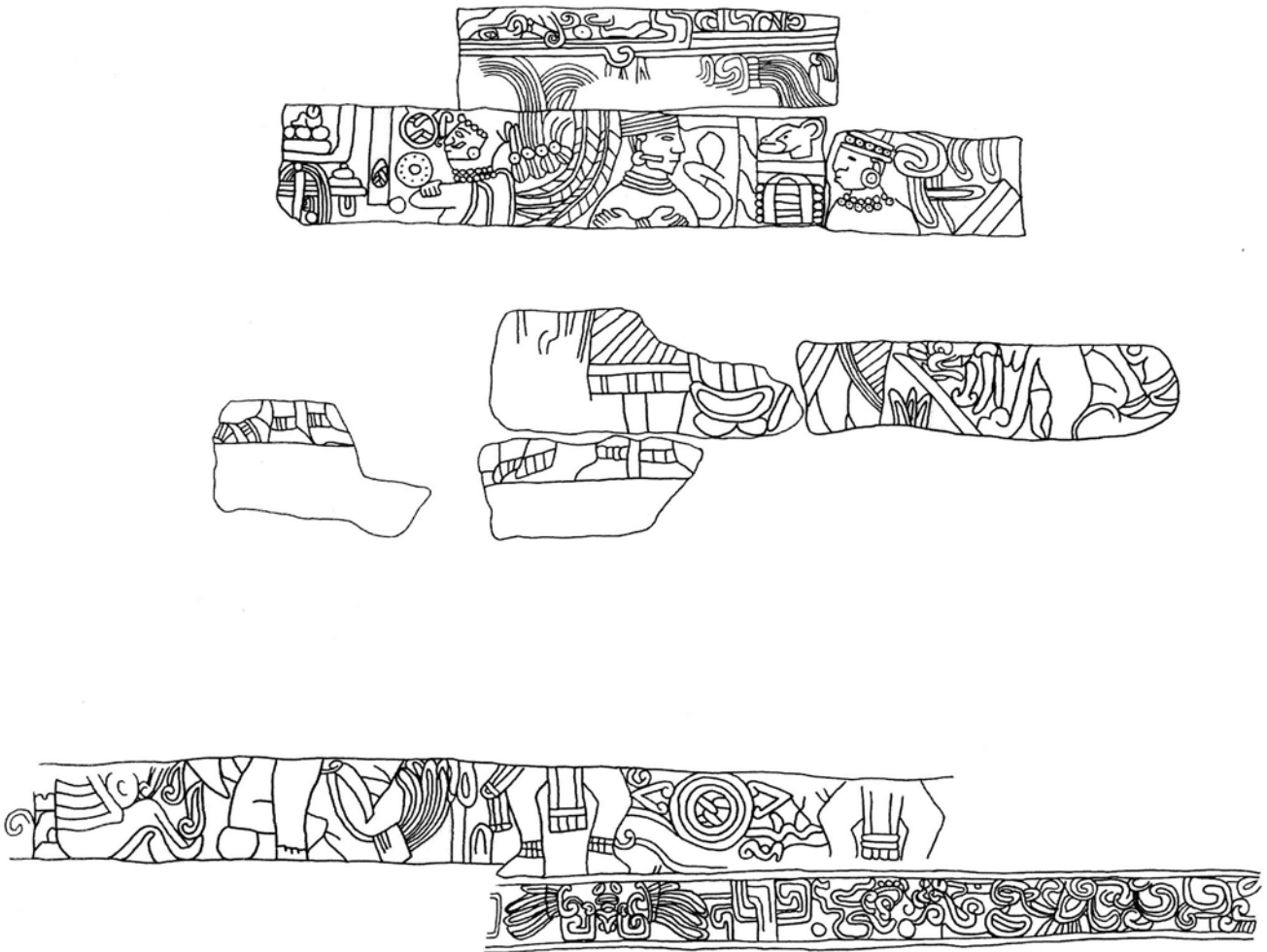
**FIG. 120.** Dibujo reconstructivo con la posición que guardaba el individuo del entierro número 4 en el momento de su inhumación. Entierro colectivo (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza (2005).



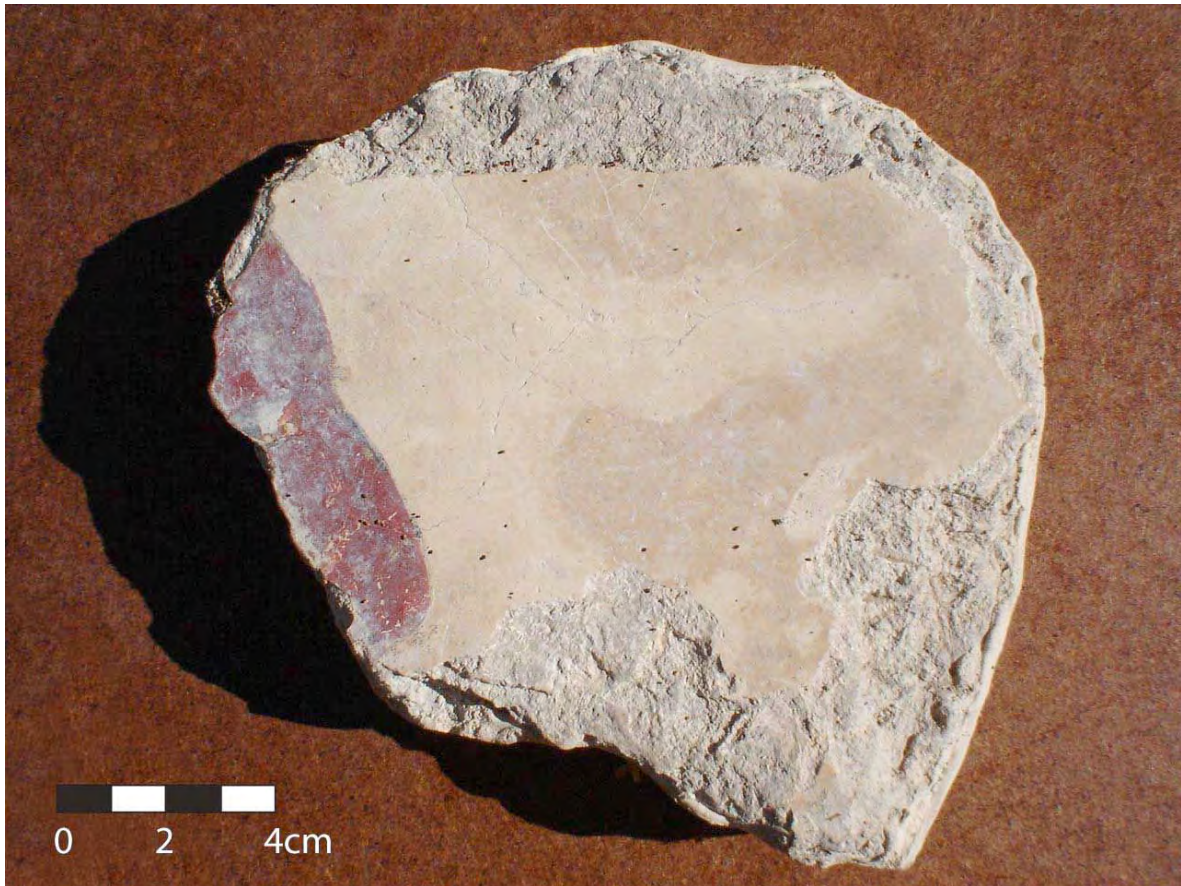
**FIG. 121.** Dibujo reconstructivo con la posición que guardaba el individuo del entierro número 3 en el momento de su inhumación. Entierro colectivo (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza (2005).



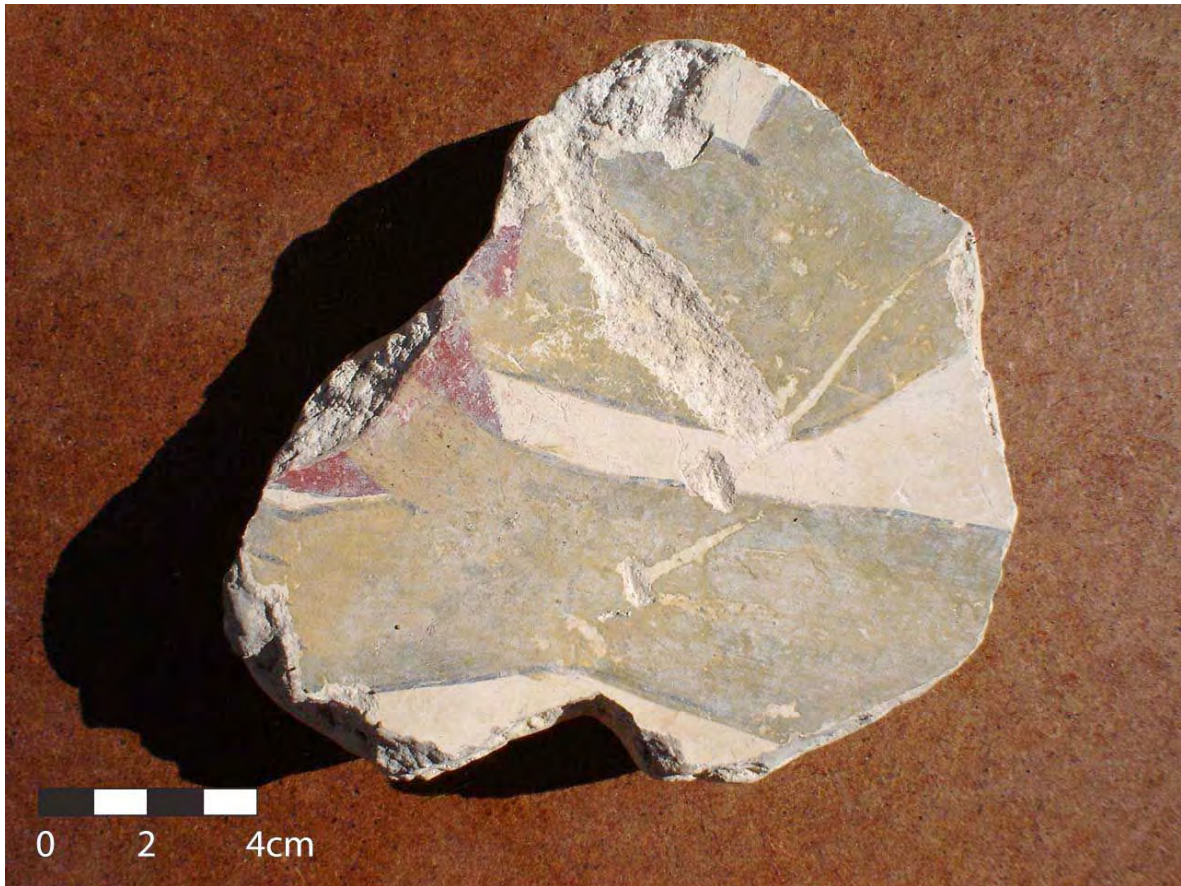
**FIG. 122.** Dibujo reconstructivo con la posición que guardaba el individuo del entierro número 8 en el momento de su inhumación. Entierro colectivo (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza (2005).



**FIG. 123.** Propuesta de reintegración plástica de las escenas labradas en el pórtico poniente del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz.  
Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



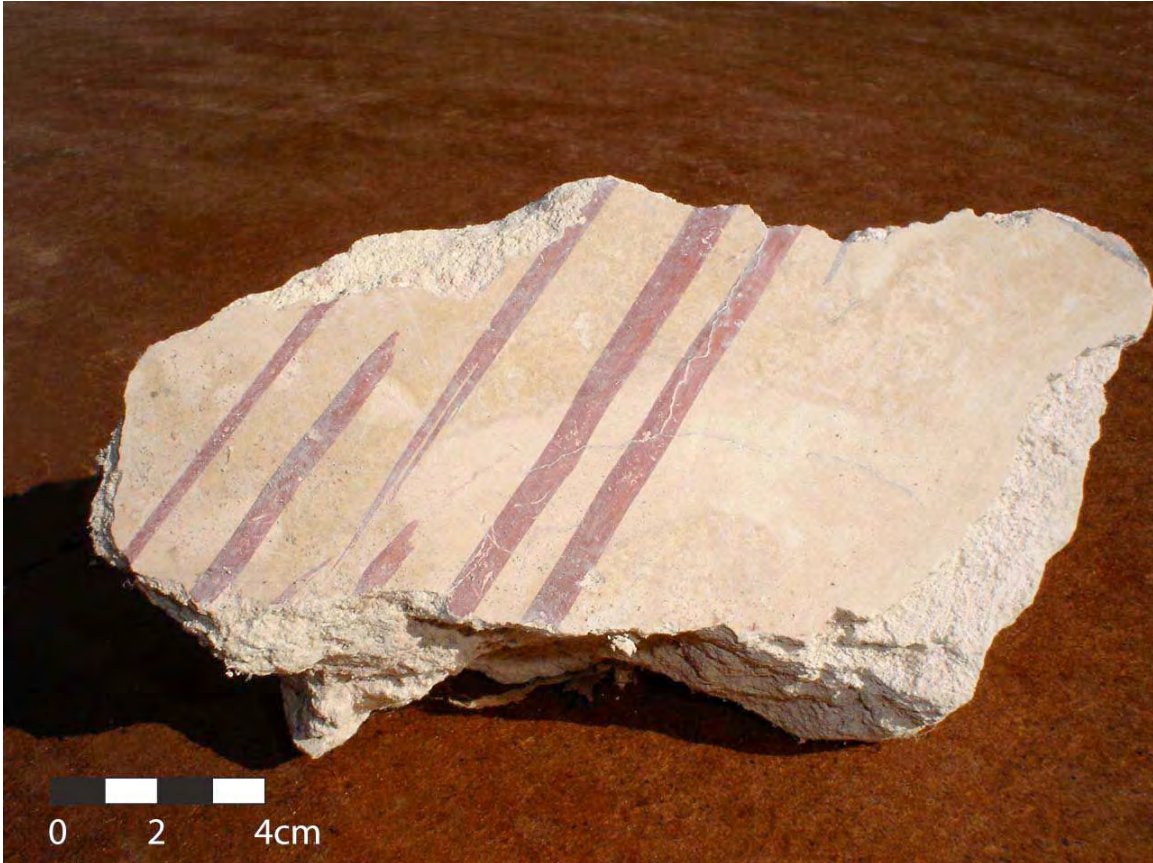
**FIG. 124.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de un rostro de perfil (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).



**FIG. 125.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de unas manos en posición de ofrenda (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

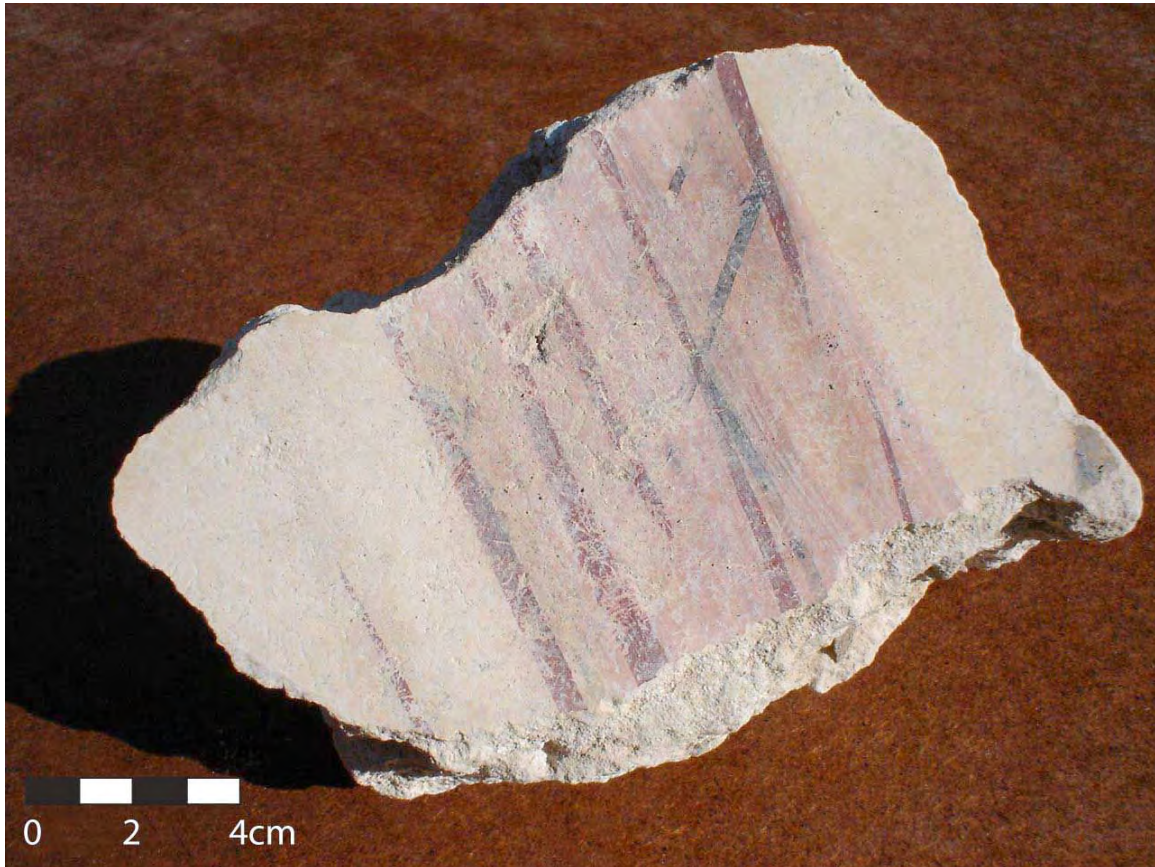


**FIG. 126.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de otro rostro de perfil (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

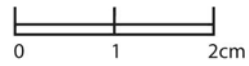


**FIG. 127.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de sangre cayendo (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).





**FIG. 128.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con otra representación de sangre cayendo (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).

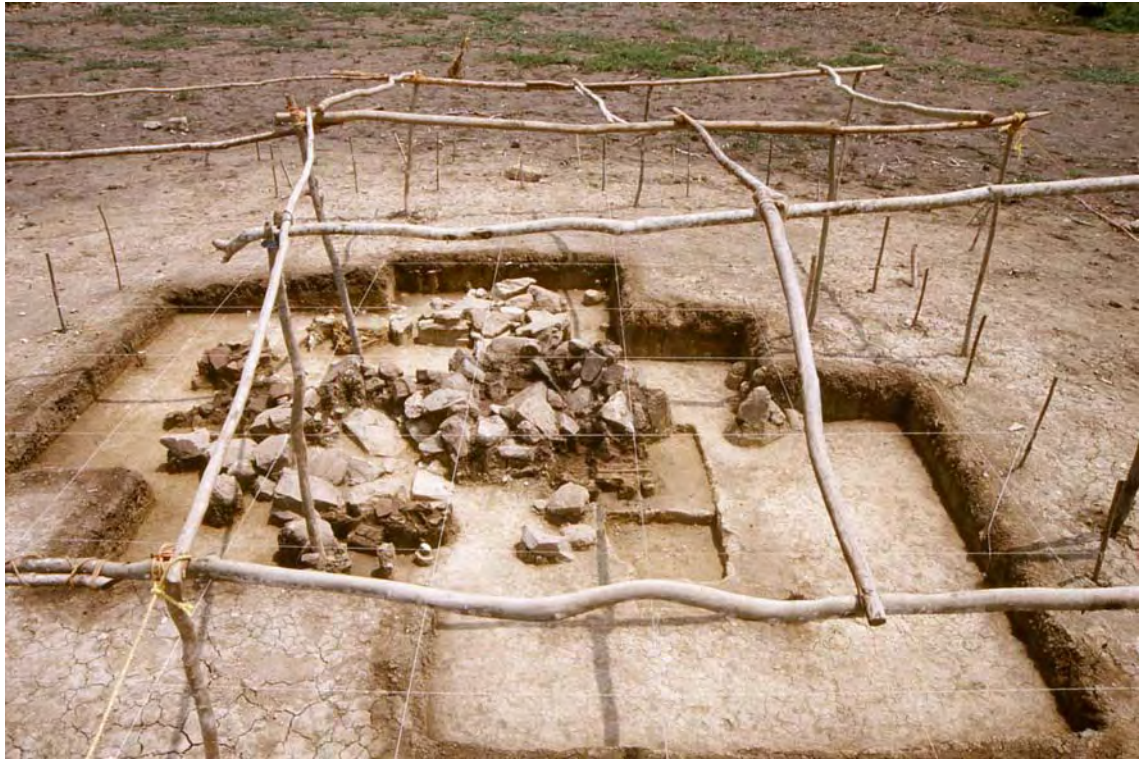


**FIG. 111.** Cascabel de El Naranjo, Veracruz (ca. 900 – 1100 d.C.). Museo de Antropología de Xalapa. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza. (2007).

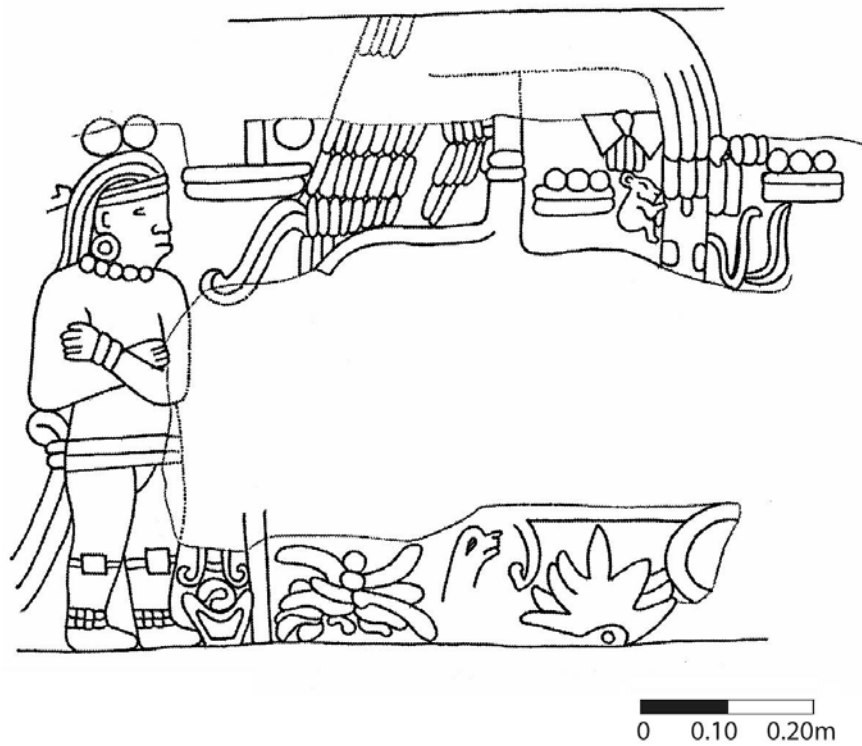


0 0.10 0.20m

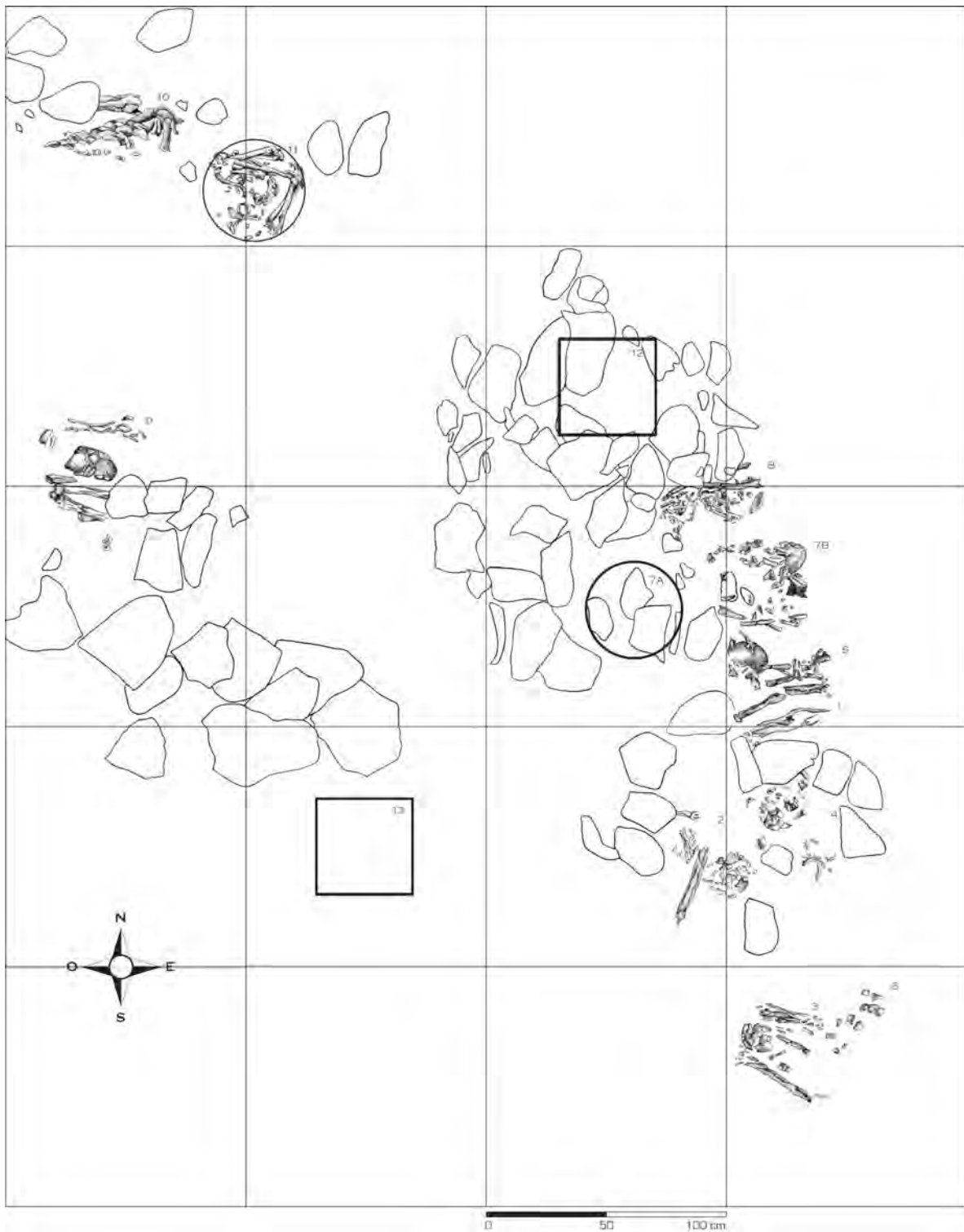
**FIG. 112.** Mujer con los pechos desnudos (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



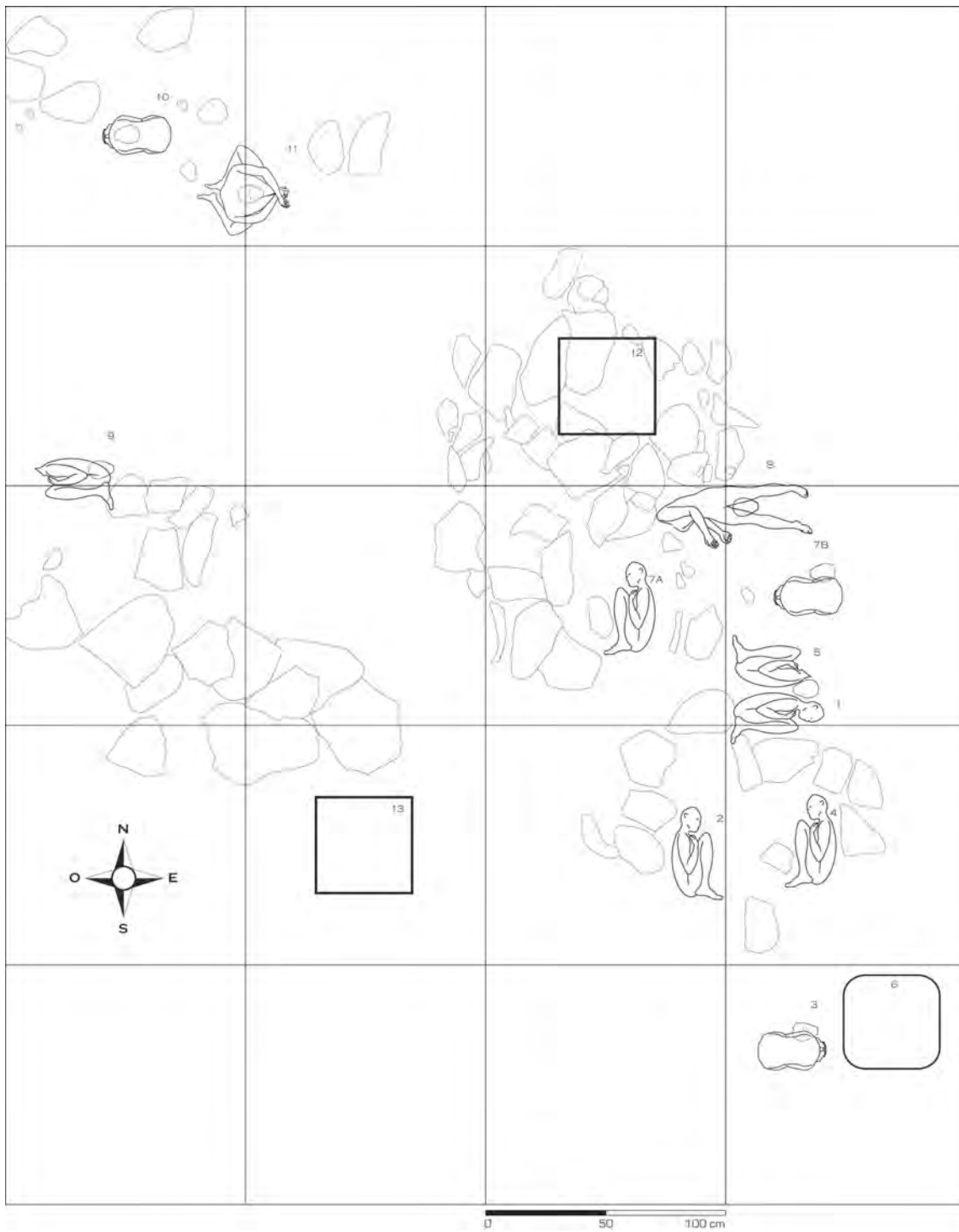
**FIG. 113.** Panorámica de la excavación de prueba EP11B de Morgadal Grande, Veracruz.  
Foto: Arturo Pascual Soto (2003).



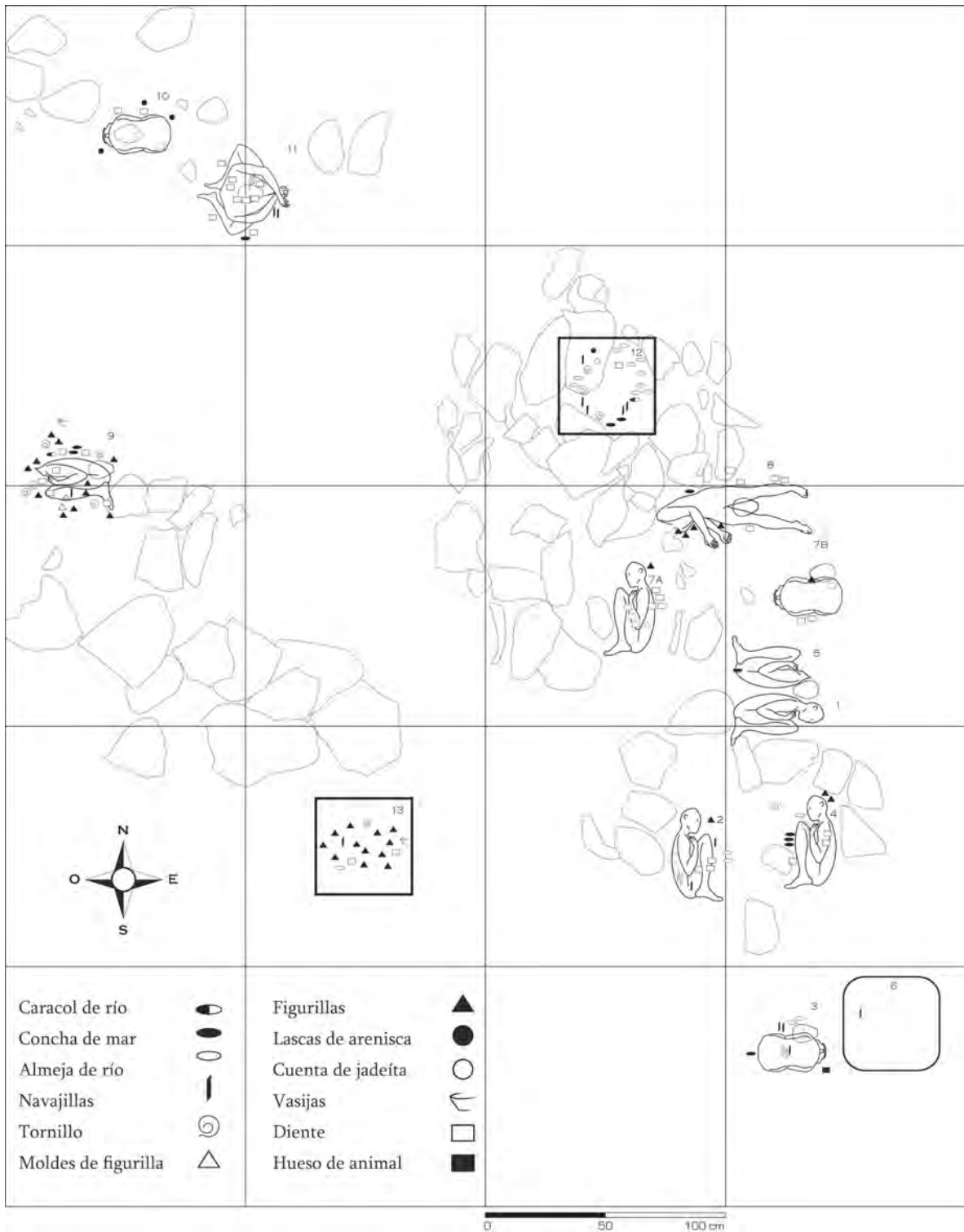
**FIG. 114.** El Señor *13 Conejo* frente a un templo techado con palma y sembrado con magueyes (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



**FIG. 115.** Plano general del entierro colectivo (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza (2005).

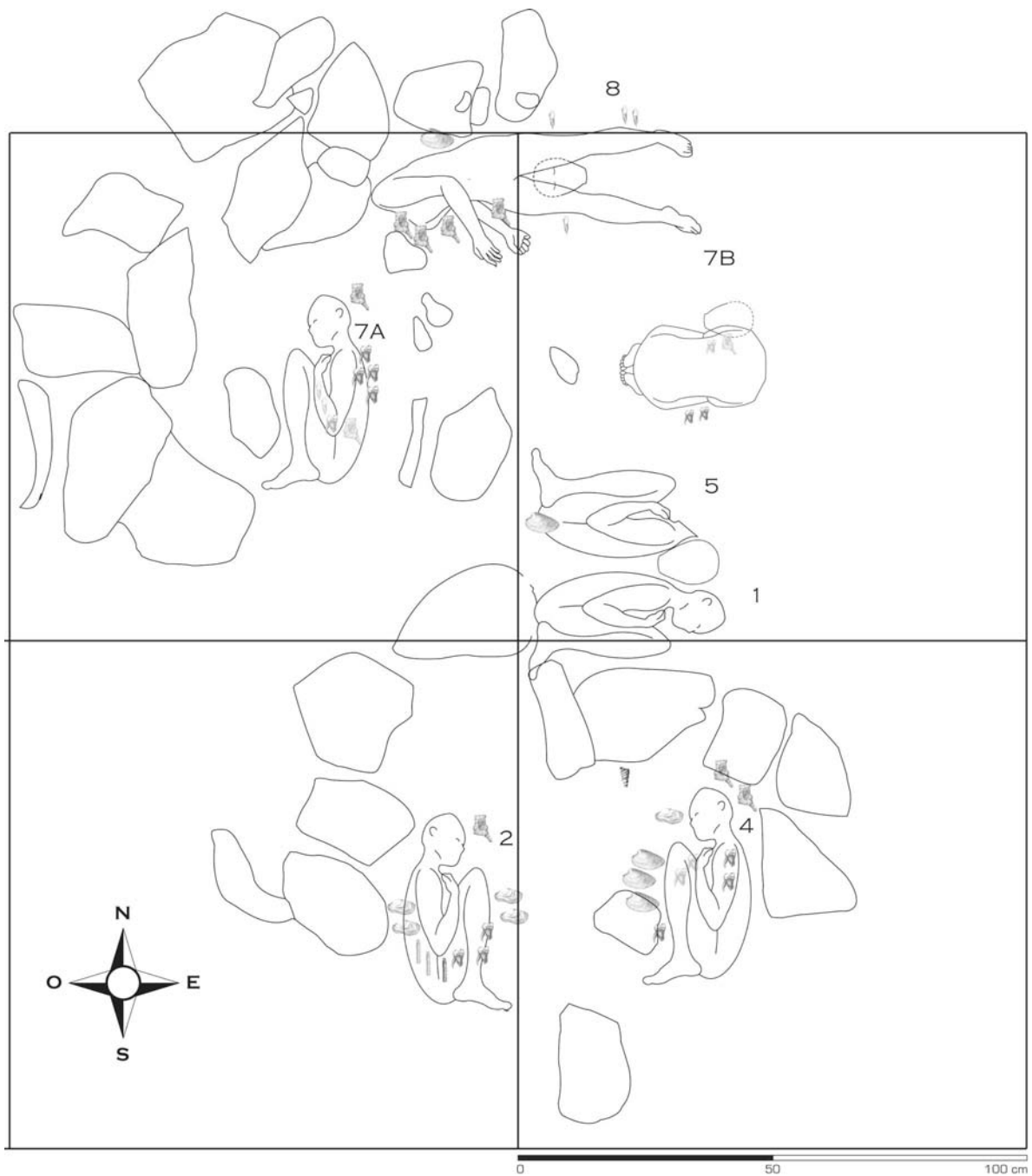


**FIG. 116.** Entierro colectivo en el altar (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza (2005).

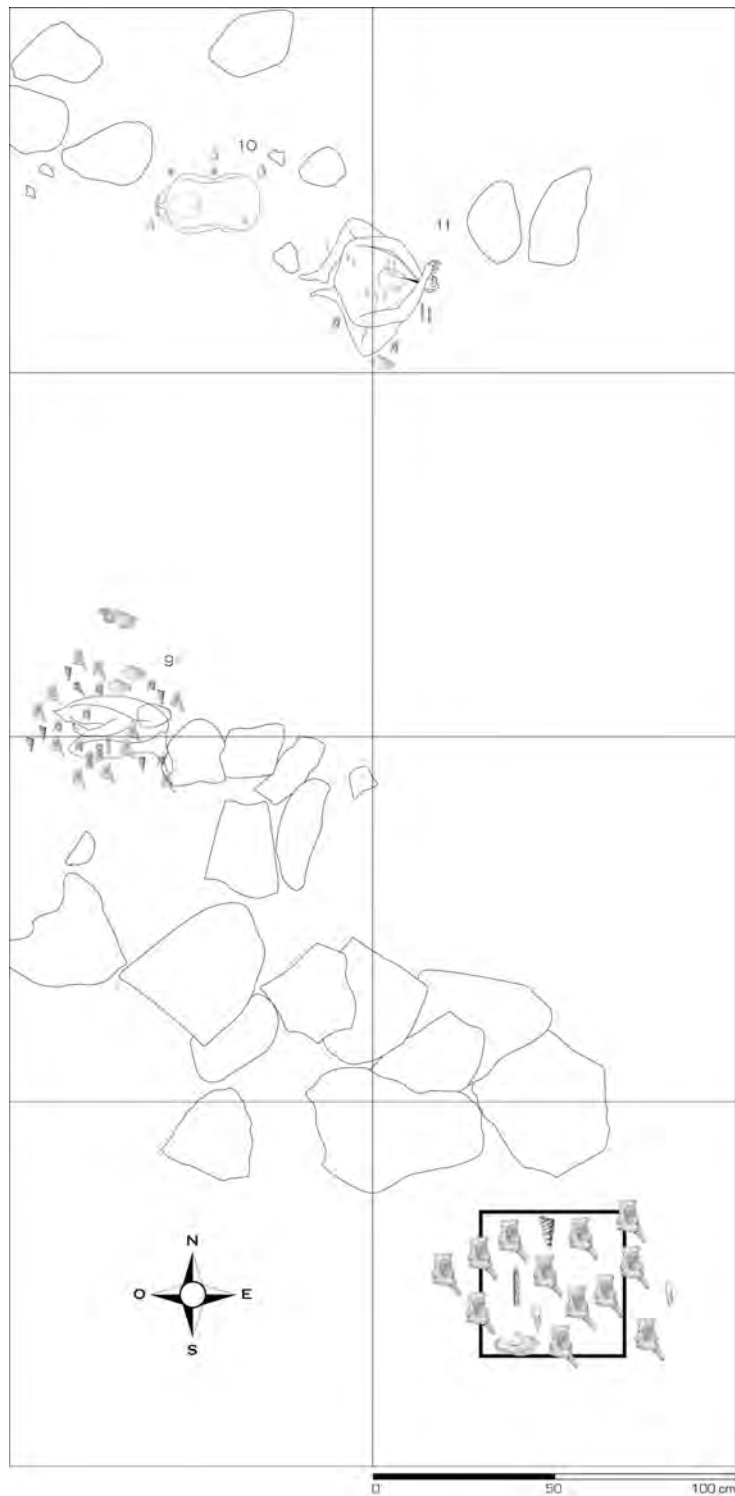


**FIG. 117.** Plano con la distribución de las ofrendas funerarias del entierro colectivo (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solís Espinoza (2005).

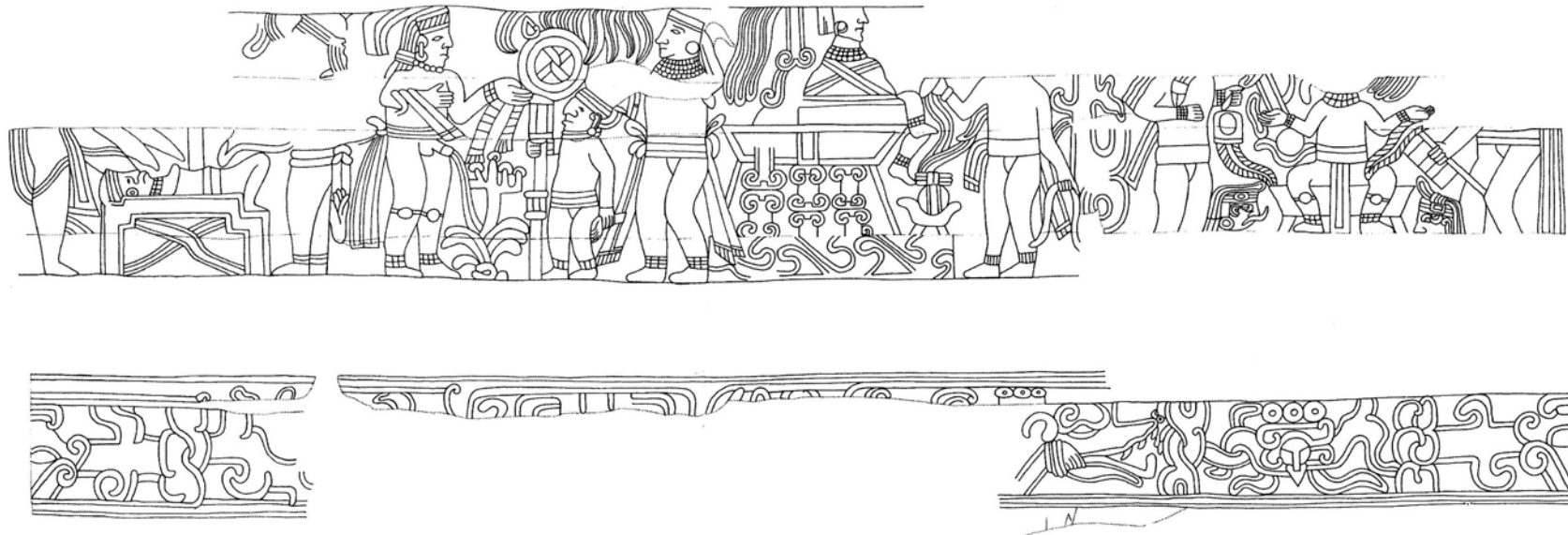




**FIG. 118.** Entierro colectivo en el altar (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza (2005).



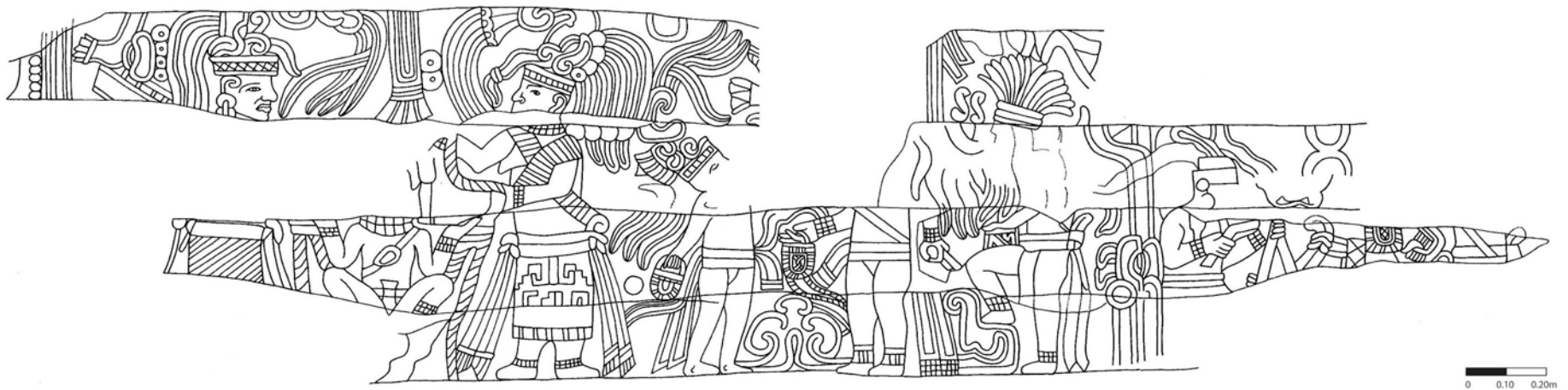
**Fig. 119.** Entierro colectivo en el altar (EP11B) de la Plaza Norte de Morgadal Grande, Veracruz. Dibujo: Amanda Soledad Solis Espinoza (2005).



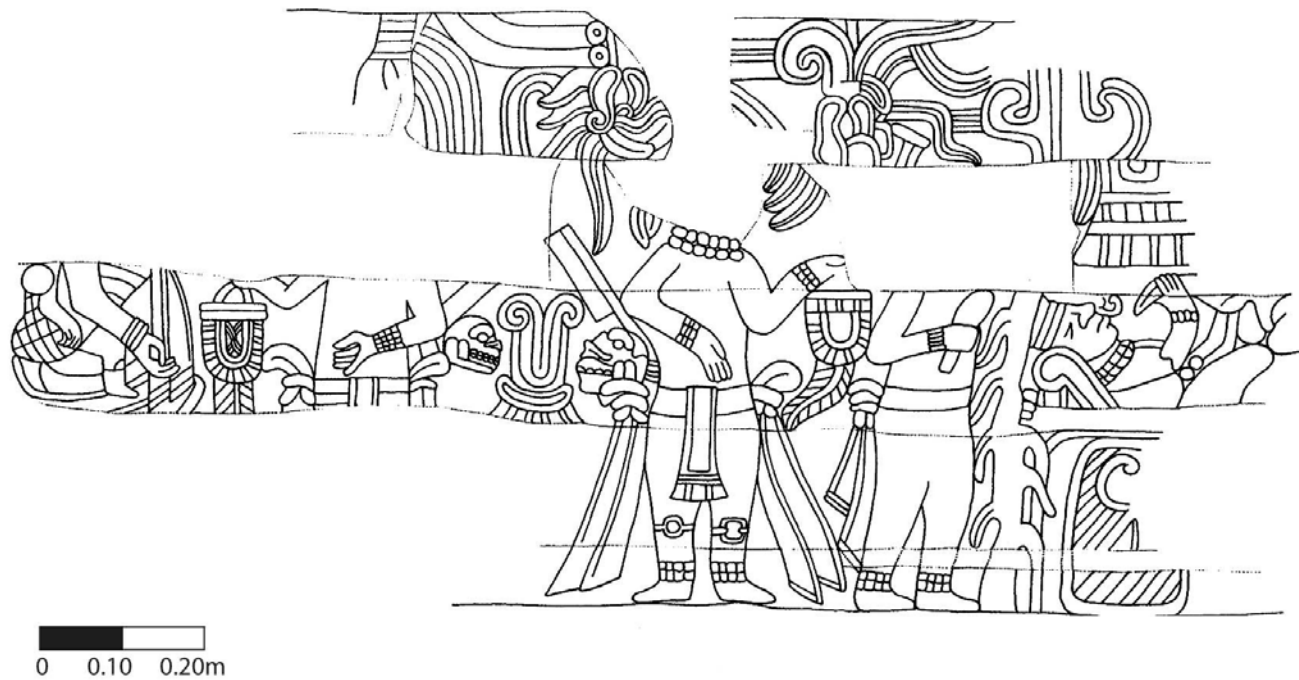
**FIG. 102.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



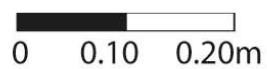
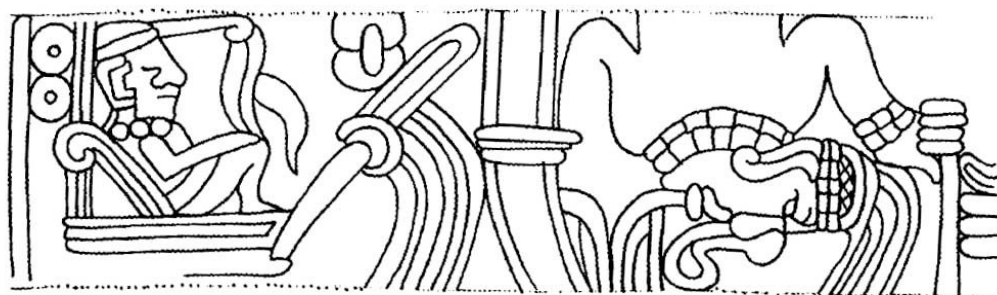
**FIG. 103.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



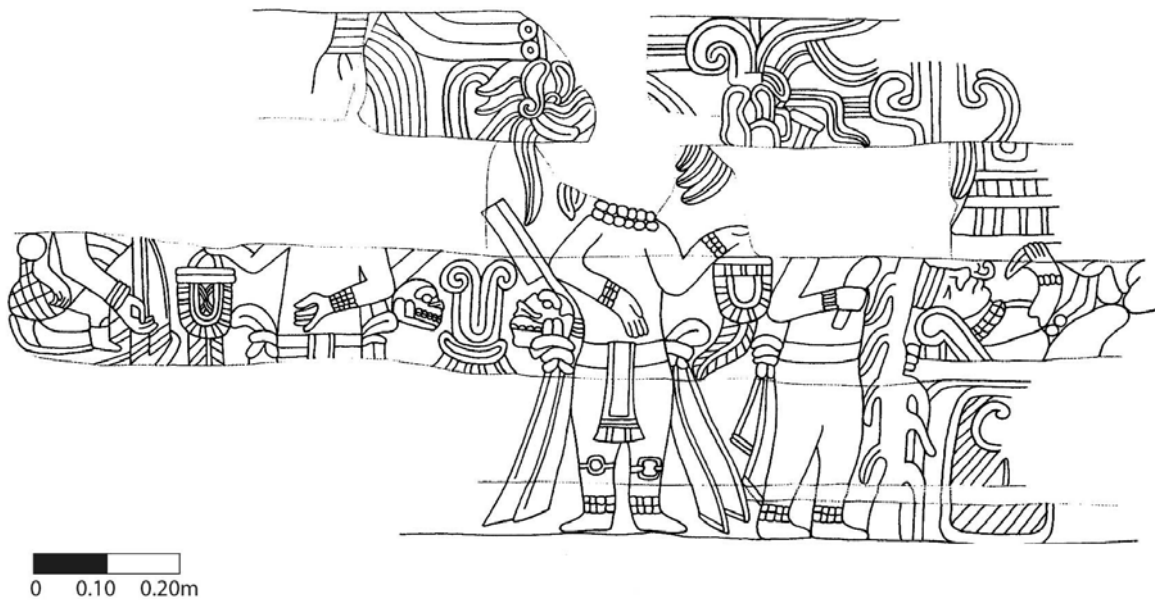
**FIG. 104.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



**FIG. 105.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



**FIG. 106.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



**FIG. 107.** Propuesta de reintegración plástica de una de las escenas labradas en el Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).





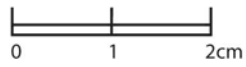
0 0.10 0.20m

**FIG. 108.** El Señor *13 Conejo* orinando ritualmente sobre un maguey (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).

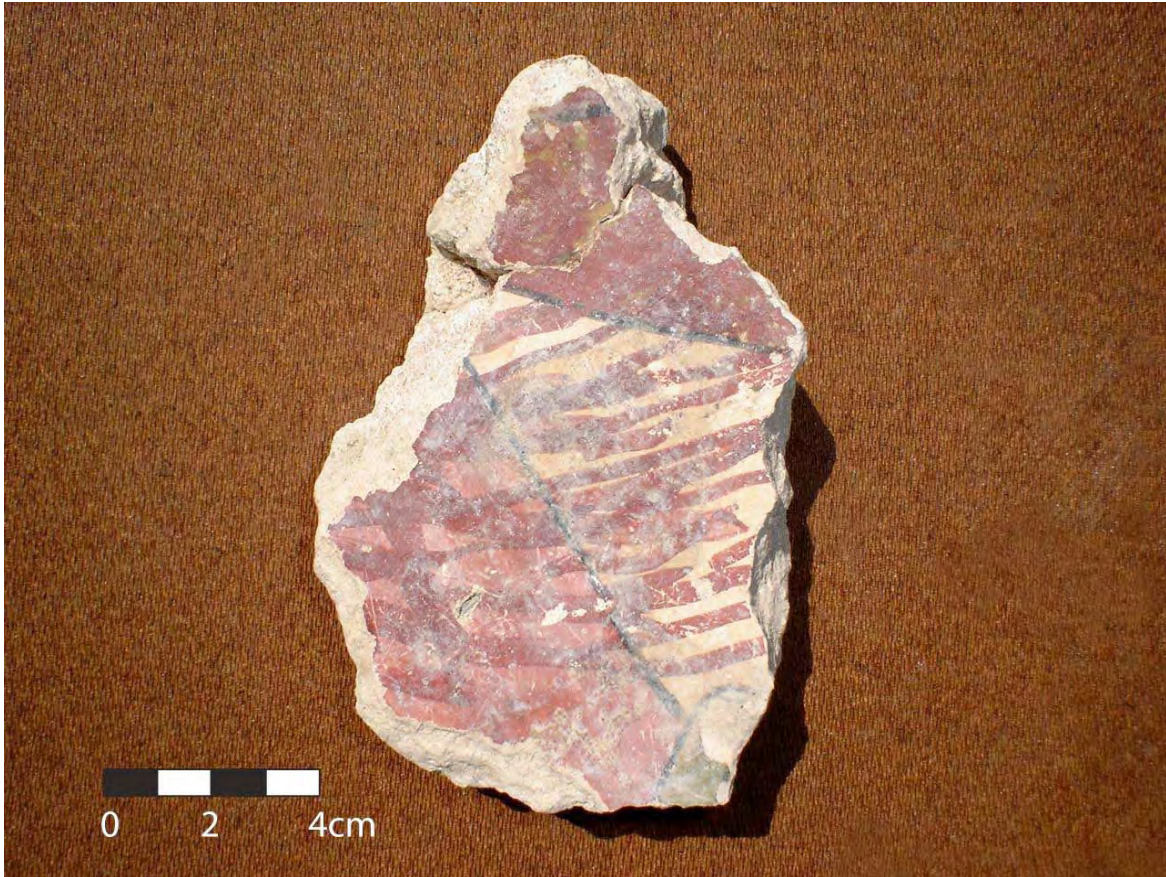


0 0.10 0.20m

**FIG. 109.** Magueyes en los paneles centrales del Juego de Pelota Sur (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



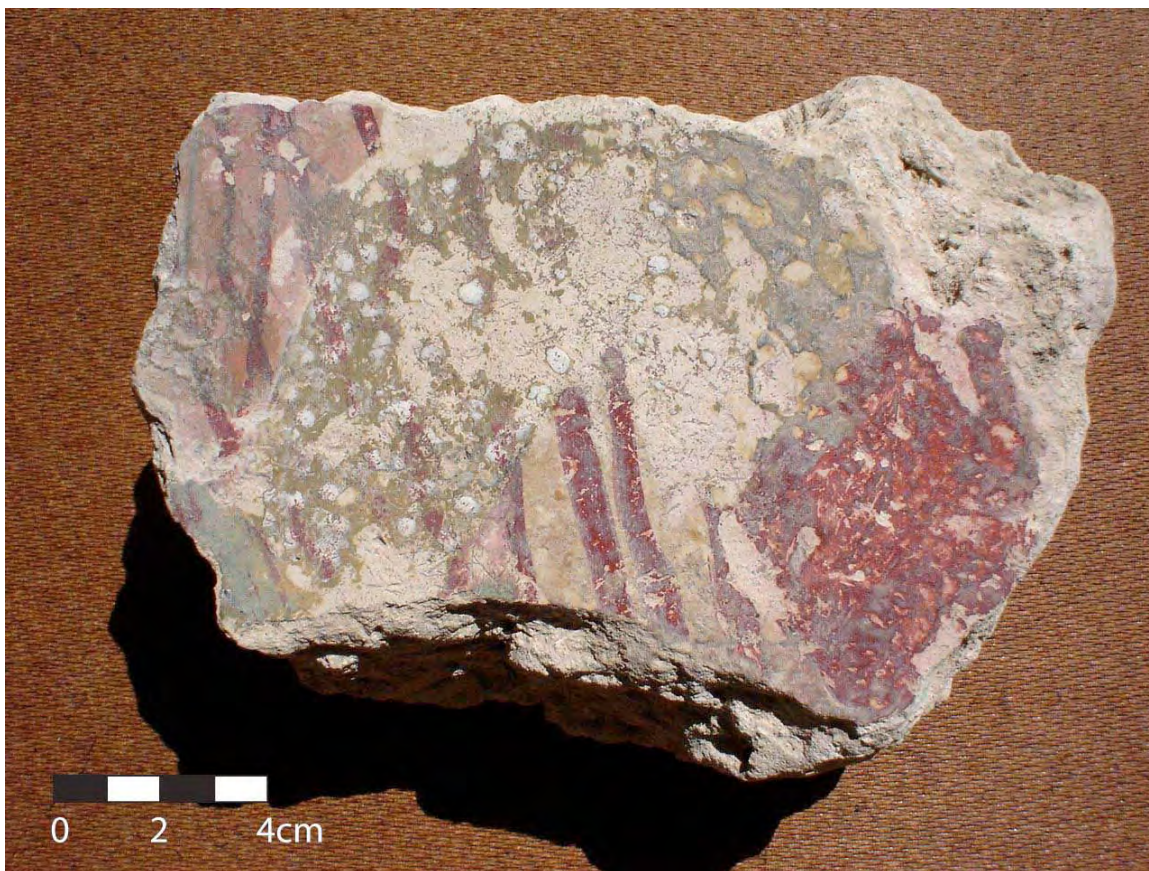
**FIG. 110.** Cascabel de Coatzintla, Veracruz (ca. 900 – 1100 d.C.). Museo de Antropología de Xalapa. Dibujo: Engelbert Chavarría Cruz.



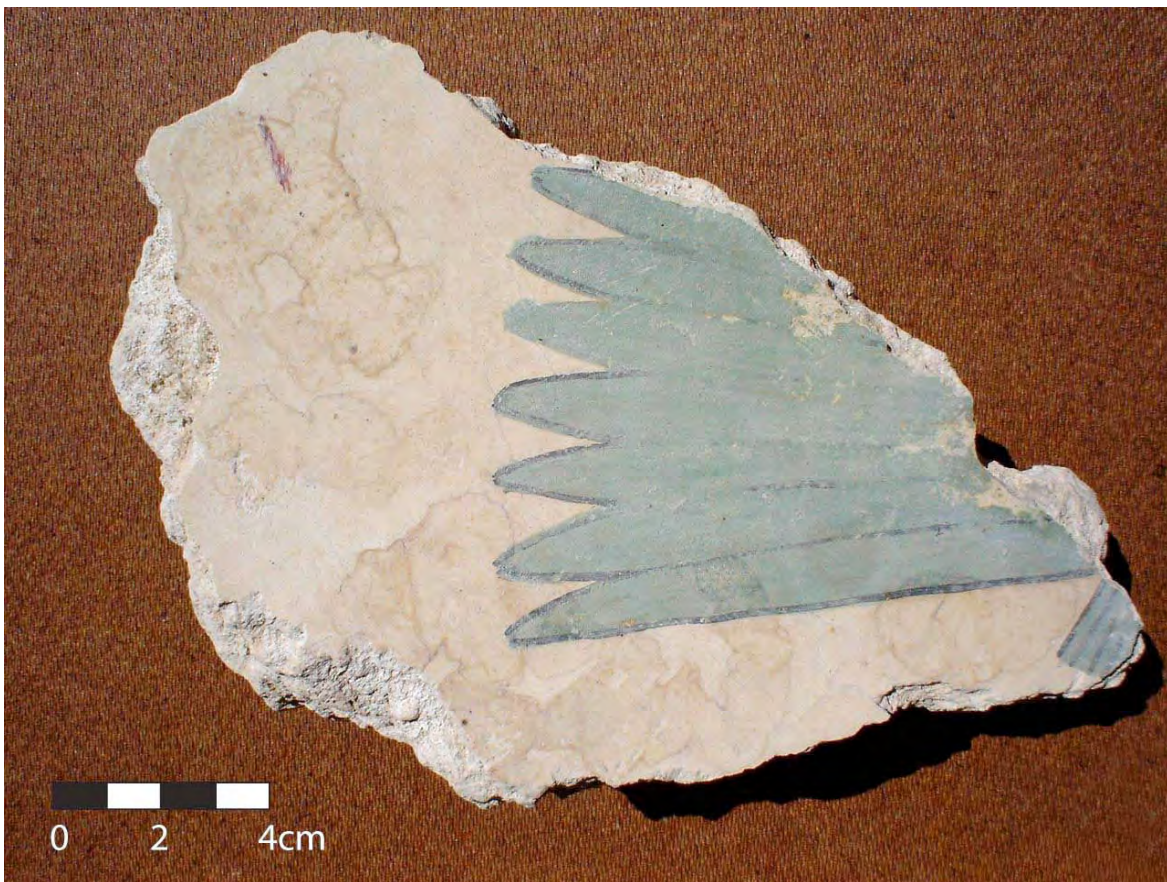
**FIG. 129.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de brazos ensangrentados (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).



**FIG. 130.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con otra representación más de sangre cayendo (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).



**FIG. 131.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de un motivo desconocido ensangrentado (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).



**FIG. 132.** Fragmento de un mural destruido en la antigüedad con la representación de plumas (ca. 900 – 1100 d.C.). Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2005).



**FIG. 133.** Fragmento de un pesado techo colado con mortero de cal y arena (ca. 900 – 1100 d.C.). Pórtico oriente del Edificio de las Columnas de El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).





**FIG. 134.** El Edificio A desde la Plaza del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).



**FIG. 135.** El Edificio B desde la Plaza del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).



**FIG. 136.** Techos de mortero colapsados en el pórtico Oriente del Edificio de las Columnas. Foto: Raúl Rocha García. (2008)



**FIG. 137.** El Juego de Pelota del Edificio 11 (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).



**FIG. 138.** El Juego de Pelota Norte (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).



**FIG. 139.** El Juego de Pelota Sur (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).



**FIG. 140.** El Juego de Pelota 13-14 (ca. 600 – 900 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).



**FIG. 141.** El Gran Juego de Pelota entre el follaje del bosque tropical (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).





**FIG. 142.** Escalinata de la Pirámide de los Nichos (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).



**FIG. 143.** Detalle de la escalera falsa del Edificio A del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).



**FIG. 144.** Detalle de la escalera posterior del Edificio B del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).



**FIG. 145.** El Edificio C desde la Plaza del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).



**FIG. 146.** Decoración en mosaicos de piedra en los aposentos interiores del Edificio A del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.) El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).



**FIG. 147.** Un túnel en el Edificio D del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García (2008).



**FIG. 148.** Escalera asimétrica del Edificio K del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García(2008).



**FIG. 149.** Escalera asimétrica en el Edificio Y del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García(2008).





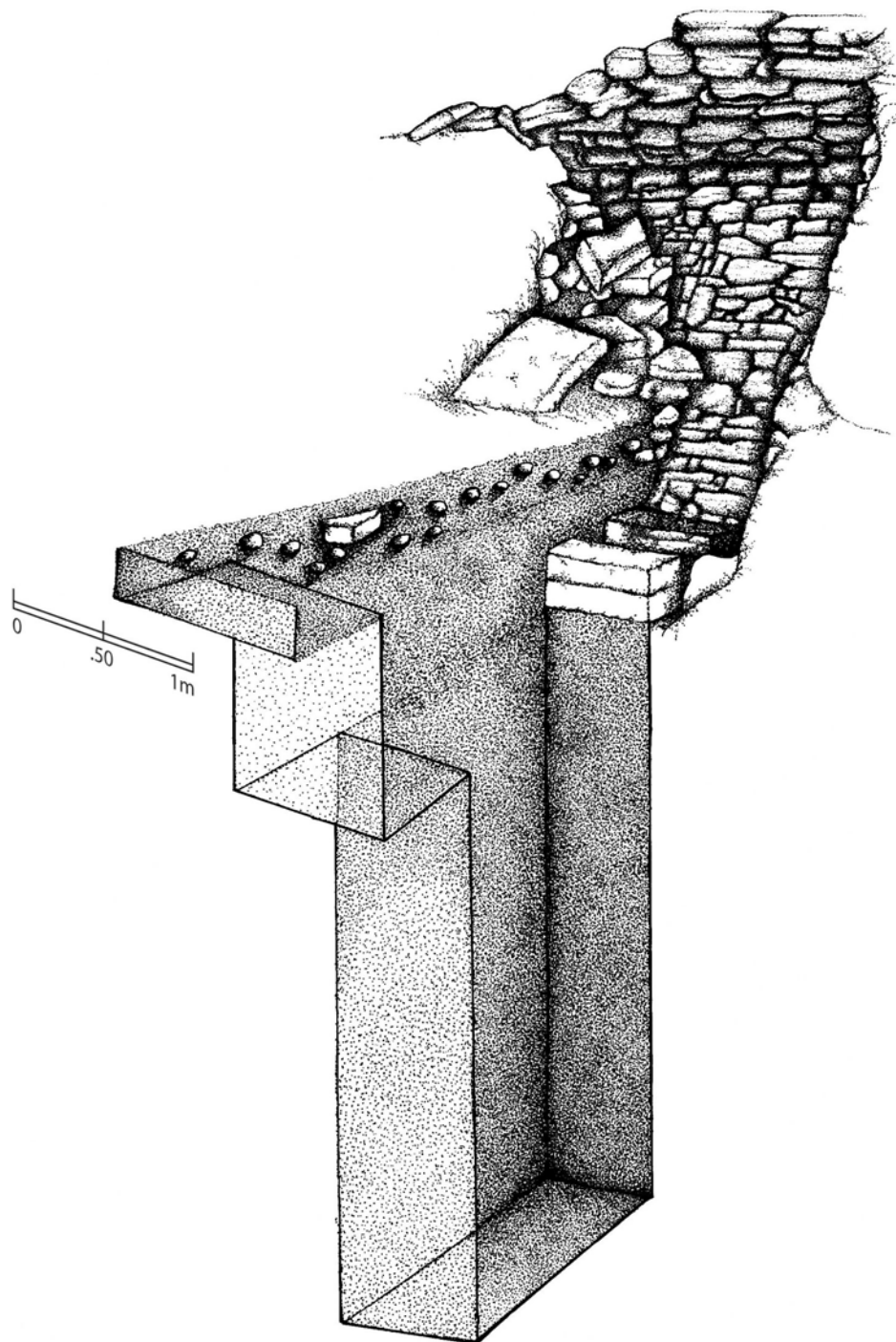
**FIG. 150.** Escalera asimétrica en el Edificio D del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Raúl Rocha García(2008).



**FIG. 151.** Panorámica de la excavación de prueba EP5 de la Plaza del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).



**FIG. 152.** Detalle del Edificio  $\alpha$  (EP5) de la Plaza del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).



**FIG. 153.** Detalle de la estratigrafía (EP5) de la Plaza del Edificio de las Columnas (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Dibujo: Jimena Forcada Velasco (2006).



**FIG. 154.** El edificio de las pinturas (ca. 600 – 900 d.C.). Las Higueras, Veracruz. Foto: Arturo Pascual Soto (2004).



**FIG. 155.** Detalle de un mural que muestra una escena ritual donde participan varios tiburones (ca. 600 – 900 d.C.). Las Higueras, Veracruz. Gerardo Vázquez (1999).



**FIG. 156.** Detalle de un mural con la representación de un individuo decapitado (ca. 600 – 900 d.C.). Las Higueras, Veracruz. Foto: Pedro Cuevas (1990).



**FIG. 157.** Lápida de Aparicio (ca. 600 – 900 d.C.). Las Higueras, Veracruz. Dibujo: Engelbert Chavarría Cruz (2007).





**FIG. 158.** Detalle de un mural que muestra un bulto mortuorio (ca. 600 – 900 d.C.). Las Higueras, Veracruz. Foto: Ernesto Peña Loza (1998).



**FIG. 159.** Guerreros en procesión representados sobre un fragmento de mural del Edificio K del Tajín Chico (ca. 900 – 1100 d.C.). El Tajín, Veracruz. Foto: Rafael Doniz (1992).